

Código

12356

Licenciatura en historia

Materia: Historia cultural Argentina

Tema: Unidad 10

Docente: Myers, Eduardo

Autor: Fiorucci Flavia

Editorial:

Introducción

Mito y realidad se entrelazan en los testimonios que describen la vida intelectual durante los años en que el peronismo fue gobierno. Jorge Luis Borges declaró que, durante la gestión de Juan Domingo Perón, fue espiado cotidianamente por un agente estatal, quien terminó convirtiéndose en su amigo y le confesó que él también odiaba a Perón y sólo obedecía órdenes.[1] Aun cuando no la podemos refutar, la anécdota resulta poco creíble. No obstante, sabemos que Borges tenía suficientes razones personales para abominar del peronismo. En 1946 fue transferido de su puesto en una biblioteca local a la inspección de aves en el mercado municipal; su madre de sesenta años debió sufrir arresto domiciliario y su hermana fue encarcelada en la prisión del Buen Pastor. El ejemplo de Borges ha sido recurrentemente invocado para explicar la forma en que el peronismo se relacionó con la intelectualidad. Tanto es así que referirse al divorcio entre los intelectuales y el peronismo es hoy un punto de partida en los debates sobre este fenómeno y forma parte del imaginario público.[2] Esa imagen ha clau-

1. J.L. Borges con N.T. Di Giovanni, *Autobiografía 1899-1970*, Buenos Aires, El Ateneo, 1999, p. 122.

2. Sobre la relación entre los intelectuales y el peronismo, véanse J.C. Portantiero, *Realismo y realidad en la narrativa argentina*, Buenos Aires, Procyon, 1961; J. King, *Sur. Estudio de la revista argentina y de su papel en el desarrollo de una cultura 1931-1970*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1989; O. Terán, "Rasgos de la cultura argentina en la década de 1950", en *En busca de la ideología argentina*, Buenos Aires, Catálogos, 1986; *Nuestros años sesenta. La formación de una nueva izquierda intelectual argentina 1956-1966*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1993; C. Altamirano, "¿Qué hacer con las masas?", en C. Altamirano y B. Sarlo (eds.), *La bata-*

surado las indagaciones más sistemáticas sobre la vida intelectual durante el período y oculta las contradicciones de un régimen que estuvo dominado por impulsos dispares en el área. Intentando inquirir en ese divorcio, en entender sus causas y sus manifestaciones, este libro tiene como objetivo abordar las relaciones que se dieron entre los intelectuales y el peronismo en el período desde el ascenso de Perón en 1946 hasta los doce primeros meses que siguieron a la Revolución Libertadora tomando en cuenta tanto la perspectiva estatal como la de los intelectuales. El objetivo no es reemplazar una historia de censura y hostigamiento por otra de iniciativas conciliadoras sino rastrear las tramas que dan cuenta de una relación compleja, marcada desde el principio por el desentendimiento. Si bien el foco del estudio está centrado en los intelectuales antiperonistas, entre otras cosas porque éstos eran mayoría, el libro dedica un capítulo a aquellos que expresaron su adhesión al peronismo de modo de evaluar el vínculo que el régimen entabló con sus propios cuadros intelectuales.

Antes de comenzar con el análisis, es preciso aclarar algunos términos y supuestos metodológicos que guían esta investigación. Para empezar, es indispensable dejar en claro qué entendemos como intelectual. Es sabido que cualquier definición que se adopte de este término puede ser contestada. Con cierta ironía Norberto Bobbio afirmó que se necesitaría la memoria de una computadora poderosísima para transcribir las definiciones.[3] En el marco de este libro la pregunta tiene implicancias concretas: ¿quiénes son aquellos sobre los cuales discurriremos en estas páginas? La extensa lista de debates y polémicas sobre la *naturaleza* del intelectual y sobre sus rasgos o atributos más salientes habla de un concepto polisémico. Siguiendo el esquema propuesto por Stefan Collini, podemos decir que los *sentidos* o las definiciones del término "intelectual" se agotan en tres grandes grupos (también pueden aparecer en versiones combinadas): aquellas que ven al intelectual como una categoría ocupacional (es decir, quien se ocupa de las ideas y la cultura); aquellas que definen al intelectual como alguien poseído por una determinada *actitud* hacia la verdad, el análisis y el saber, y por último, aquellas que sostienen que el intelectual es alguien

lla de las ideas (1943-1973), Buenos Aires, Ariel, 2001; F. Neiburg, *Los intelectuales y la invención del peronismo*, Buenos Aires, Alianza, 1998. Para un testimonio de la época sobre esta relación, véanse la revista *Contorno* y A. Jauretche, *Los profetas del odio*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1958.

3. N. Bobbio, *La duda y la elección. Intelectuales y poder en la sociedad contemporánea*, Barcelona, Paidós, 1998, p. 57.

que detenta alguna forma de "autoridad cultural" que le *permite* y le *exige* al mismo tiempo dirigirse sobre cuestiones de interés público a una audiencia mayor que la de su propia especialidad. En esta última definición lo central es la dimensión pública y moral de esta figura. Collini distingue los tres tipos de definiciones como la sociológica, la subjetiva y la cultural respectivamente.[4] Si bien es claro que cierta disposición y dedicación hacia las tareas del espíritu son necesarias para ser identificado como un intelectual, ninguno de los tres tipos de definiciones aludidos permite realizar un recorte satisfactorio para nuestro trabajo. Las dos primeras por su vaguedad y amplitud. La tercera porque representa más un ideal que un mapa para demarcar los límites de un grupo específico. Además, esta última identifica una lista conformada por figuras estelares, al menos tenedores de autoridad cultural. A lo largo de este libro veremos que algunos de los debates más cáusticos que se dieron en el campo intelectual en la década se debieron a disputas por el reconocimiento. Además, aquí nos ocupamos de un momento de la historia argentina cuando la dimensión pública de la tarea intelectual se vio recortada. Atendiendo a estas particularidades, optamos por utilizar la idea de autorreconocimiento, no porque todo aquel que se identifica como un intelectual deba ser considerado de esa forma, sino porque quien se reconoce en esa identidad participa de las "disputas de demarcación" que organizan el campo. Sin pretender imponer una norma general aplicable a otros tiempos y contextos, este estudio propone como criterio de autorreconocimiento la pertenencia a las dos asociaciones de escritores que en ese momento agrupaban a los intelectuales: la Sociedad Argentina de Escritores (SADE) y la Asociación de Escritores Argentinos (ADEA). Creemos que en la década de 1940 quien se asociaba a una instancia representativa de los escritores, lo hacía porque se identificaba como un miembro del campo intelectual.

4. S. Collini, *Public Moralists Political Life and Intellectual Thought in Britain, 1850-1930*, Londres, Claredon, 1993, p. 28, y *Absent Minds in Britain*, Oxford University Press, 2007, pp. 45-52. Recordemos que estas definiciones son siempre autodefiniciones, por lo tanto buscan reforzar una configuración social determinada y asegurar el estatus de un grupo particular. Asimismo, el mundo intelectual constituye una "pirámide" cuya base está poblada por figuras menores o aspirantes a intelectuales los cuales, aunque no logren ser reconocidos por sus colegas como ciudadanos plenos de la misma comunidad, tienen funciones fundamentales en ese campo, como la de reafirmar las jerarquías del propio campo. Véase Z. Baumman, *Legisladores e intérpretes. Sobre la modernidad, la posmodernidad y los intelectuales*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2005, p. 8.

La nómina de asociados de estas instituciones incluía nombres importantes pero también personajes desconocidos. Las actas de ambas –las cuales especificaban quién se podía integrar a ellas– remiten a definiciones del intelectual que no son restrictivas. En el caso de la SADE, cualquiera que tuviera publicaciones tanto de naturaleza artística, periodística o técnica podía integrarse.[5] La ADEA no ponía restricciones de ese tipo. Una convocatoria tan amplia habla de un mundo donde la figura del escritor y la del intelectual recortaban el mismo universo de personas y donde todavía no había una ocupación particular que pudiera asociarse a esas identidades. Para citar un ejemplo, Carlos Alberto Erro, abogado, profesor de una cátedra de sociología y autor de trabajos sobre la sociedad argentina, ejerció como presidente de la SADE entre 1948 y 1950. Esto tiene que ver con el desarrollo y la dinámica del campo intelectual en la década de 1940, que no estaba todavía sujeto a una lógica de especialización disciplinaria. Es decir, la heterogeneidad de figuras que se autoidentificaban como escritores y/o intelectuales se explica por la ausencia de campos disciplinarios consolidados y por un contexto donde el saber universitario no se había afianzado todavía como fuente de legitimidad para intervenir públicamente.[6]

Este trabajo se vale del concepto de *campo intelectual* elaborado por Pierre Bourdieu para abordar la vida intelectual en el período. Es decir que parte de la visión de que los escritores conforman un microcosmos en el mundo social que se rige por una lógica específica: posee reglas, formas de reconocimiento y sanción diferentes de las que gobiernan otros ámbitos de la sociedad. Esto quiere decir que el campo intelectual opera con relativa autonomía.[7] Como es sabido, la autonomía depende del grado de institucionalización del campo. En ocasiones ésta funciona más como un ideal que una realidad concreta pero, como veremos, su defensa estuvo en el centro

5. Véase *Boletín de la* SADE, año XII, vol. II, N° 23, noviembre de 1943.

6. En las décadas de 1950 y de 1960 se dieron en la Argentina una serie de situaciones que convergieron en la consolidación y en la profesionalización del campo de las ciencias sociales. Sobre este proceso, véanse F. Neiburg y M. Plokin (comps.), *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*, Buenos Aires, Paidós, 2004, y A. Blanco, *Razón y modernidad. Gino Germani y la sociología en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2006.

7. Sobre el concepto de campo intelectual, véase P. Bourdieu, *The Field of Cultural Production*, Columbia University Press, 1993. Sobre la utilidad de este concepto para la historia intelectual, véase C. Altamirano, *Intelectuales. Notas de investigación*, Buenos Aires, Norma, 2007, p. 85.

de muchos de los conflictos del peronismo con la intelectualidad. En el caso argentino, el campo intelectual comenzó a articularse alrededor de 1910 y para la década de 1940, aunque los cambios no habían ido todos en la misma dirección, varios eran los indicios de que ese campo se había afianzado.[8] En el ámbito económico se habían producido en ese lapso significativas transformaciones de escala. El crecimiento y la diversificación del público lector que se fue dando en forma sostenida desde inicios del siglo XX, fruto de la educación pública y las campañas de alfabetización, implicó una notable expansión del mercado interno para la industria cultural. La disminución de las tasas de analfabetismo fue muy marcada: se pasó de una tasa aproximada del 35% de analfabetismo entre la población de catorce años y más en 1914, a una del 16,6% en 1943.[9] La expansión del mercado cultural se tradujo automáticamente en la multiplicación de oportunidades laborales para los escritores tanto en la prensa periódica como en las editoriales que se fundaron en esos días.[10] Al mismo tiempo se incrementaron y sofisticaron las

8. Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo sostienen que es alrededor del Centenario cuando se puede registrar una serie de transformaciones que remiten a un gremio (el de los escritores) que comienza a adoptar "perfiles profesionales". Entre las modificaciones específicas, se encuentran cambios económicos; la práctica de escribir se vuelve remunerada sobre todo a través del periodismo; transformaciones en las dinámicas de la vida intelectual como la aparición de nuevos ámbitos de sociabilidad, instancias de cooptación y consagración y cambios en los debates del campo. B. Sarlo y C. Altamirano, "La Argentina del Centenario: campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos", en C. Altamirano y B. Sarlo, *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, Buenos Aires, Ariel, 1997, pp. 161-191.

9. A la mayor alfabetización se debe agregar la creciente urbanización. En 1914 la población urbana constituía un 52,7% de la población y en 1943 un mayoritario 61,1%. Las cifras señalaban a la Argentina como uno de los países de mayor población urbana, con una proporción poco menor a la de Gran Bretaña, Alemania e Italia y mayor que la de Francia, Estados Unidos y Canadá. Véase *Censo Escolar de la Nación*, Buenos Aires, Talleres Gráficos del Consejo Nacional de Educación, 1946, y el folleto del Consejo Nacional de Educación, "El analfabetismo en la Argentina. Estudio comparativo desde 1869 a 1943, Informe de la Dirección del Censo Escolar", Talleres Gráficos del Consejo Nacional de Educación, 1944.

10. Entre las editoriales que aparecieron cabe destacar a Sur (1933), Espasa-Calpe Argentina (1937), Losada (1938), Sudamericana (1939), Emecé (1939), Santiago Rueda (1939) y Nova (1942). El boom editorial fue el producto del crecimiento del público lector; de una coyuntura económica favorable pero también de la guerra civil en España, que hizo que las editoriales peninsulares interrumpieran sus ventas. En ese contexto el libro producido en la Argentina conquistó el mercado internacional (sobre todo el español y el hispanoamericano). Tanto es así que en la década del 40 la Argentina llegó a proveer el 80% de los libros importados por España. En el rubro del pe-

instancias de sociabilidad y de ordenación específicas del campo. La creación de la SADE en 1928, de la que nos ocuparemos en el capítulo 2, y el apoyo que ésta logró captar en sus dos primeras décadas de existencia condensan muchas de las transformaciones que se dieron en el campo intelectual desde el Centenario.[11] La convocatoria lograda por ésta puede ser leída como un reflejo de lo diseminada que estaba la ideología profesional entre los escritores y como un indicio del grado de madurez del campo.[12] Desde su constitución la SADE hizo suya una serie de reivindicaciones que eran claves para la profesionalización. El acta de fundación estipuló que la asociación debía "representar, administrar y defender los *intereses materiales y morales* de los escritores y publicistas". Las primeras iniciativas –la apertura de una oficina de Asesoría Legal con el fin de "defender los derechos de autor", la designación de una comisión que elaboró un anteproyecto de Ley de Propiedad Intelectual, la organización del I Congreso de Escritores en 1936 y la institución de varios premios (la Faja de Honor y el Gran Premio de la SADE)– no se apartaron del plan inicial.[13] La existencia

riodismo basta mencionar que en 1945 se calculaban para todo el territorio argentino 2.349 publicaciones periódicas de distinta índole. Véase E.A. García, *Desarrollo de la industria editorial argentina*, Buenos Aires, Fundación Interamericana de Bibliotecología Franklin, 1965. Sobre las relaciones entre los periodistas y los escritores, véase S. Saítta, *Regueros de tinta. El diario* Crítica *en la década de 1920*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998.

11. Según Sarlo y Altamirano, el proyecto gremial de Roberto J. Payró, quien en 1907 convocó a sus colegas escritores a fundar una sociedad con los expresos fines de defender sus derechos, constituyó uno de los indicios del perfil profesional que adoptaba la ocupación de escritor. El proyecto pereció a menos de tres años de ser lanzado y sólo pudo materializarse veinte años después con la creación de la SADE. Sobre el proyecto de Payró, véanse M. Dalmaroni, *Una república de las letras. Lugones, Rojas, Payró. Escritores argentinos y Estado*, Rosario, Beatriz Viterbo, 2006, pp. 141-151, y R. Giusti, "El I Congreso de los Escritores Argentinos", en R. Arrieta *et al.*, *La profesionalización de la crítica literaria*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1980, p. 159.

12. Si bien el proceso de profesionalización no puede subsumirse a su expresión asociativa, es válido considerar que el tipo y el grado de asociaciones producidas por un grupo ocupacional en su trayecto hacia la profesionalización son un importante indicio de su grado de madurez. Véase R. González Leandri, *Las profesiones: entre la vocación y el interés corporativo. Fundamentos para su estudio histórico*, Madrid, Catriel, 1999.

13. Las demandas por una crítica profesional. encargada a "especialistas", y por una adecuada enseñanza de la literatura –ambas enunciadas desde sus inicios por esta particular institución– eran otros de los capítulos en que se podía adivinar las in-

de esta asociación era particularmente importante para el campo porque jerarquizaba la voz de los intelectuales al permitirles intervenir en el debate público como un *colectivo social*, identidad a la que apelaron, como veremos, en reiteradas ocasiones.

Los cambios que se dieron desde el Centenario significaban también que el ámbito de influencia del intelectual había cambiado. Al menos hasta el advenimiento de la democracia de masas en 1916, el intelectual no sólo había participado en la construcción del andamiaje institucional de la nación sino que había hecho de esta labor un capítulo preponderante en la constitución de su propia identidad. Es decir que hasta entonces las fronteras entre el campo intelectual y el político eran difusas. Esta situación se modificó visiblemente luego de instaurado el gobierno de Hipólito Yrigoyen, cuando la influencia de los intelectuales en el ámbito político se eclipsó y su lugar fue ocupado por la naciente clase política. Todo sucedió, señala Silvia Sigal, como si "una vez acabada la fase de construcción, la nación hubiera terminado la misión reconocida a la inteligencia".[14] Paradójicamente, lo último no significó que la política desapareciera como una variable ordenadora de la vida intelectual. Por el contrario, una serie de procesos, que se dieron con mayor énfasis desde los años 30, complejizaron la relación entre el Estado, la política y el campo intelectual. Nos interesa aquí resaltar dos procesos que tuvieron particular importancia con el advenimiento del peronismo: el avance

tenciones "profesionalizantes" que animaban a la SADE. E. Martínez Estrada, "Por la mayor dignidad de la crítica literaria", *Boletín de la Sociedad Argentina de Escritores*, N° 23, noviembre de 1943, p. 8. En el mismo boletín, véase "Una opinión valiosa. La enseñanza de la literatura", p. 12.

14. S. Sigal, *Intelectuales y poder en Argentina. La década del 60*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2002, p. 6. Aun cuando varios hombres de letras seguían recurriendo al empleo estatal para sobrevivir, lo que se modificó en el siglo XX fue el estatus que éste tenía en sus carreras. Incluso las esporádicas experiencias de poder a las que fueron invitados algunos intelectuales fueron vividas, según sus propios testimonios, como una *carga necesaria* para compensar apremios económicos. Según Leopoldo Marechal, su aceptación a participar como director del Consejo Nacional de Educación de la intervención de Santa Fe (1943) se debió a que el ofrecimiento constituía "una tabla de salvación", que debió aceptar "más por necesidad que por entusiasmo". Borges se refirió a su jornada de trabajo en una biblioteca pública como un tiempo en que se sentía "un impostor, un chambón, un equivocado esencial", sólo de noche, una vez liberado de tales quehaceres, podía "sentirse un escritor". J.L. Borges, "Yo... Yo. ¿Qué opina usted de sí mismo?", *Leoplán*, diciembre de 1935, reproducido en J.L. Borges, *Textos recobrados*, Buenos Aires, Emecé, 2001, p. 132. Véase Leopoldo Marechal, en A. Alfredo, *Palabras con Leopoldo Marechal*, Buenos Aires, Ceyne, 1990.

del intervencionismo estatal en el área cultural y la politización del debate intelectual. Entendemos que estos procesos no invalidan el uso del concepto de autonomía ya que sólo apelando a ese concepto podemos comprender las acciones de los intelectuales y del Estado en el marco de dichas tramas.

El Estado argentino contaba desde temprano con diversas estructuras institucionales que operaban más o menos indirectamente sobre el campo intelectual, por ejemplo museos, comisiones, bibliotecas. Eran éstas instancias de intervención individual que carecían de un rasgo programático. A partir de los años 30 es posible observar la creación de mecanismos y canales oficiales de mayor sofisticación y articulación para intervenir en el área. La primera de estas instancias fue la formación de la Academia de Letras en 1931. Poco tiempo después el gobierno creó la Comisión Nacional de Cultura en 1933, que tenía como fin fomentar el cultivo de las letras y las artes en el país. Su conformación daba cuenta de un delicado equilibrio: reunía a figuras de la cultura y las artes pero también de la política al incorporar dos representantes por cada una de las cámaras legislativas. Luego el Estado auspició la fundación de la Comisión Argentina de Cooperación Intelectual y la Academia Nacional de Bellas Artes.[15] La creación de instituciones como las mencionadas tiene efectos contradictorios sobre el campo intelectual dado que, si bien éstas proveen de recursos, pueden constituirse también en mecanismos para el control estatal de los intelectuales y la cultura. La fundación de la Academia de Letras sólo tres años después del surgimiento de la SADE es reveladora en este sentido. Si la SADE remitía a los esfuerzos de un grupo ocupacional en pugna por la constitución y el control de sus propias condiciones de trabajo, la Academia de Letras se proyectaba como un contrapeso a esos esfuerzos. A través de la Academia, el Estado asumía expresamente el patrocinio de una asociación que tenía como misión "velar la pureza del idioma español", "otorgar a los escritores la significación social que les correspondía" e "infundir en el pueblo la noción de la importancia de la literatura".[16] Detrás

15. El Comité Nacional de Cooperación Intelectual constituía una subsidiaria del Comité Internacional de Cooperación Intelectual, órgano perteneciente a la Liga de las Naciones que promovía cuestiones relacionadas a los intelectuales y a la cultura. El rol que asumió el comité nacional fue propagar la imagen de la Argentina en el exterior.

16. Decreto de la creación de la Academia de Letras, 13 de agosto de 1931. Sobre los pormenores de la creación de la Academia, véanse M. Gálvez, *Recuerdos de la vida literaria II*, Buenos Aires, Taurus, 2003, pp. 93-104, y C. Ibarguren, *La historia que he vivido*, Buenos Aires, Eudeba, 1969, pp. 452-467.

de estos objetivos que sonaban un tanto vagos, el Estado legitimaba la cultura letrada, la literatura y las condiciones laborales del intelectual como un área de su incumbencia, disputando a la representación de los escritores su autoridad para decidir por sí sola sobre esas cuestiones.

Es posible pensar el avance del intervencionismo estatal en los años 30 como la reacción del Estado a la progresiva autonomización del campo intelectual.[17] No casualmente, algunas de las figuras escogidas como académicos, entre otros Alberto Gerchunoff y Ricardo Rojas, se rehusaron a tomar posesión del cargo alegando que el proyecto mezclaba la política con las letras. Sin embargo, con el tiempo estas instituciones lograron vencer la resistencia inicial y se logró una situación de equilibrio entre el afán por la autonomía y el subsidio que éstas facilitaban. La SADE, por ejemplo, se instituyó como representante de los escritores en la Comisión de Cultura. La Academia de Letras consiguió el apoyo de figuras que antes se habían negado a integrarla, como el caso de Enrique Banchs.[18] Además de la potencial importancia material que podía implicar el patronazgo, la relevancia de este entramado institucional radicaba en la presencia de canales institucionales predeterminados para encuadrar las relaciones entre el campo intelectual y el Estado.

En paralelo al proceso anterior se dio una progresiva radicalización del debate público que modificó el lugar que la política ocupaba en el discurso de los escritores. Éste fue un desarrollo paulatino que se fue delineando a la par de una serie de acontecimientos, tanto locales como extranjeros, que terminaron por dividir a los literatos argentinos en dos bandos irreconciliables. La República Argentina experimentó desde 1880 y hasta 1930 un significativo crecimiento económico basado en un modelo económico agroexportador y en un régimen político progresivamente más inclusivo. Esto hacía que el liberalismo gozara de un considerable grado de legitimidad y apoyo entre las elites locales. En el caso del campo intelectual, incluso cuando sus miembros profesaran diferentes ideologías y el liberalismo adoptara para estos últimos múltiples significados, la fe en el progreso bajo un sistema de educación se-

17. A este proceso se puede vincular también la creación del Instituto Cinematográfico del Estado en 1938, aunque éste estaba habitado de afanes más abiertamente censuradores. Véase M. Gené, *Un mundo feliz. Imágenes de los trabajadores en el primer peronismo, 1945-1955*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2005, p. 48.

18. Giusti se convirtió en académico de número en 1936. Enrique Banchs, quien había renunciado en 1932, volvió a integrarse en 1938.

cular constituía la base de un campo exento de conflictos constitutivos.[19] El consenso ideológico de base llegó a su fin en la década de 1930 cuando hizo su aparición el movimiento nacionalista, de un marcado sesgo antiliberal tanto en su visión política como económica, y cuando se dio un claro resurgimiento de creencias y valores conservadores en distintos ámbitos de la sociedad.[20] Un signo de este último proceso fue la vitalidad que ganó en esos años el discurso religioso.[21] El Congreso de los Pen Club celebrado a principios de 1936 en Buenos Aires puede ser leído como uno de los primeros signos de que el consenso en el campo intelectual tenía sus días contados. Lo que había sido pensado como un encuentro pacífico entre escritores de distintas partes del mundo se convirtió en el escenario de ácidas polémicas por el tema del fascismo. La eclosión de la guerra civil española muy pocos meses después terminó finalmente con la mencionada unidad. El conflicto español significó la polarización definitiva del campo intelectual local y la internacionalización de las preocupaciones de los escritores. Mientras los nacionalistas percibieron el conflicto como una "guerra santa" para restaurar los valores católicos e hispanos amenazados por el comunismo, el grueso de los escritores se expresó a favor del bando republicano.[22] Para éstos el fascismo era un peligro para el futuro de la sociedad occidental. La decisión de apoyar a uno u otro grupo en el conflicto español determinó la formación de dos bandos entre los

19. En los círculos culturales este consenso sobrevivió hasta principios de la década de 1930. El debate entre los escritores de Boedo y los de Florida, que tanta animosidad parece haber generado en los 20, no terminó con los ánimos de colaborar entre ellos, lo que se puede observar plasmado en la fundación de la SADE en 1928.

20. La llegada masiva de inmigrantes entre 1880 y 1914 motivó la emergencia de un nacionalismo de contenido romántico y nostálgico, nacido al compás de una sociedad en vertiginosa transformación. Estos nacionalistas no desafiaron el sistema liberal; por el contrario, se abocaron a tratar de fortalecer lo que consideraban los elementos de la verdadera cultura argentina. Propiciaron una exaltación nostálgica de la vida en las pampas, tomando al gaucho como una figura emblemática de la Argentina. Sobre el fin del consenso liberal, véanse M. Plotkin, *Mañana es San Perón*, Buenos Aires, Ariel, 1993, y T. Halperín Donghi, *La Argentina en la tormenta del mundo*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2003. Retomaremos el tema del nacionalismo en el capítulo 3.

21. La creación de los Cursos de Cultura Católica en 1922 y la fundación de la revista *Criterio* en 1928 son ejemplos concretos de la vitalidad del catolicismo en ese contexto.

22. Véase Julio Meinvielle, citado por V. Trifone y G. Svarzman, *La repercusión de la guerra civil española en la Argentina (1936-1939)*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1993, p. 53.

escritores: el democrático y el antidemocrático, según la terminología del sector más numeroso. A partir de entonces varios proyectos culturales que habían incluido la colaboración de escritores de ambos grupos se convirtieron en tribunas exclusivas de un sector. El ejemplo paradigmático es el de la revista *Sur,* la cual dejó de incluir colaboraciones de escritores nacionalistas.[23] En poco tiempo la causa republicana derivó en la conformación de una sociabilidad e identidad antifascista, ya que se fueron haciendo cada vez más numerosos las asociaciones y los mitines cuyo común denominador era aunar fuerzas contra la propagación del fascismo.[24] Esto significaba que el conflicto ideológico provocaba divisiones pero también solidaridades nuevas. La Junta de Amigos de la República Española congregó a muchas de estas figuras con el fin de apoyar la causa republicana. La Agrupación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores (AIAPE), originada en círculos cercanos al Partido Comunista, también agregó densidad a este mundo intelectual movilizado por el antifascismo.[25] Los nacionalistas se congregaron en grupos como la Agrupación Monárquica Española de Beneficencia o los Legionarios Civiles de Franco, y publicaron en *Arriba* y *Falange Española*.[26]

El comienzo de la Segunda Guerra Mundial profundizó aun más la politización del mundo intelectual, ya que para los escritores ésta

23. La deliberada separación de los miembros nacionalistas y la politización de un ámbito intelectual otrora plural también se dio –aunque algo más temprano que en otros ámbitos– en el Colegio Libre de Estudios Superiores (CLES). En 1931, Carlos Ibarguren, miembro del directorio del CLES, renunció al mismo porque según él una disertación sobre la Rusia actual lo había alertado de que la institución se había convertido en un espacio de "simpatizantes del comunismo"; citado por F. Neiburg, *Los intectuales*, p. 142. Esta polarización también se trasladó a ambientes científico-culturales. Un ejemplo es el de los círculos psicoanalíticos analizados por Mariano Plotkin en *Freud en las pampas*, Buenos Aires, Sudamericana, 2003, p. 93.

24. Si bien el antifascismo estaba conformado por grupos y personas que diferían en cuestiones político-ideológicas, logró convertirse, según Andrés Bisso, en "una tradición cultural [...] para conferir a los grupos unidos heterogéneamente bajo esa apelación cierto enfoque común"; *El antifascismo argentino*, Buenos Aires,Cedinci-Buenos Libros, 2007, p. 21.

25. Véase J. Cane, "«Unity for the Defense of Culture»: The AIAPE and the Cultural Politcs of Argentine Antifascism, 1935-1943", *Hispanic American Historical Review*, Nº 77, 1997, y A. Celentano, "Ideas e intelectuales en la formación de una red sudamericana antifascista", *Literatura y Lingüística*, Nº 17, pp. 195-218.

26. La politización local es equiparable a lo que había pasado algunos años antes en algunos países europeos como Francia, donde claramente para 1930 el mundo literario estaba dividido por las discusiones relacionadas con el fascismo.

mostraba en toda su tragedia la fortaleza del fascismo y la dimensión de la amenaza.[27] La politización de la que hablamos significaba que las cuestiones políticas e ideológicas influían en la dinámica del campo intelectual y monopolizaban en gran parte el contenido de los debates, lo que claramente iba en detrimento de la anhelada autonomía. En la SADE la radicalización se tradujo en el abandono del apoliticismo que la institución había levantado como una bandera identitaria.[28] En la revista *Sur* la politización se expresó en la forma de una toma de partido abierta. *Sur,* que se decía ajena a la política, publicó numerosos artículos y colaboraciones que hicieron pública la preferencia del grupo por los aliados. Hasta las traducciones que la editorial Sur hizo en el período pueden ser leídas en este marco, como sugiere Patricia Wilson.[29] El Colegio Libre de Estudios Superiores (CLES) también acentuó en el período su perfil político. La revista *Nosotros* se abocó a la defensa de la democracia y publicó varias páginas al respecto. La fundación de Acción Argentina en 1940, integrada por intelectuales y políticos de distinta extracción ideológica como Eduardo Mallea y Leónidas Barletta, debe ser interpretada como un punto culminante en la conformación de una red antifascista. El manifiesto inaugural de este grupo declaraba abiertamente la necesidad de obviar diferencias en pos de la lucha contra el fascismo.[30] A través de su periódico *Argentina Libre,* el grupo hizo

27. Véase M.D. Béjar, "La guerra en la vida política argentina", *Todo es Historia,* N° 148, septiembre de 1979.

28. Véase F. Fiorucci, "Los escritores y la SADE: entre la supervivencia y el antiperonismo. Los límites de la oposición (1946-1956)", *Prismas. Revista de Historia Intelectual,* N° 5, Universidad Nacional de Quilmes, 2001.

29. P. Wilson, *La constelación Sur*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2004. Para una discusión sobre las alianzas que se tejieron al compás de la causa antifascista, véase R. Passolini, "El nacimiento de una sensibilidad política. Cultura antifascista, comunismo y nación en la Argentina: entre la AIAPE y el Congreso Argentino de la Cultura, 1935-1955", *Desarrollo Económico*, vol. 45, N° 179, octubre-diciembre de 2005; véase también la compilación de textos en M. García Sebastiani (ed.), *Fascismo y antifascismo. Peronismo y antiperonismo*, Madrid, Iberoamericana, 2006.

30. Entre los políticos había radicales como Marcelo T. de Alvear y Eduardo Laurencena, conservadores como Agustín P. Justo y Federico Pinedo y socialistas como Alfredo Palacios y Enrique Dickmann, a quienes los unía el repudio al nazismo. De acuerdo con las memorias, en tres meses el grupo congregó a más de cincuenta mil afiliados y abrió más de trescientas sucursales. Incluso si podemos sospechar que el número era exagerado, resulta evidente que el antifascismo se había diseminado para volverse un nuevo factor de cohesión. El manifiesto fundacional se puede leer en "¡A los argentinos!", en R. Fitte y E.F. Sánchez Zinny, *Génesis de un sentimiento democrático*, Buenos Aires, Imprenta López, 1944.

pública su crítica contra la política de neutralidad en la Segunda Guerra adoptada por el gobierno.

En junio de 1943 tuvo lugar el golpe de Estado que terminó por catapultar a Perón al centro de la escena política. Desde su inicio, el gobierno militar adoptó un marcado perfil autoritario que tuvo efectos concretos para los intelectuales. Persistió en la política de neutralidad y prohibió la actividad de los partidos políticos, echando por tierra las ilusiones de quienes creían que los militares habían intervenido para restaurar la democracia y romper las relaciones con el Eje. Además, clausuró las organizaciones antifascistas y declaró cesantes a los profesores universitarios que habían firmado una nota demandando la ruptura de relaciones con Alemania. Tales acciones fueron determinantes para que los sectores autoidentificados como democráticos vincularan a las autoridades militares con el fascismo. Perón fue una figura clave del gobierno que se inició en 1943 y no es casual, por lo tanto, que el lenguaje del antifascismo haya sido el marco con que los intelectuales leyeron al peronismo en sus horas inaugurales. Son muchos los testimonios que dan cuenta de que el antifascismo –para ese entonces una identidad muy convocante– se transformó muy rápidamente en antiperonismo sobre todo luego del 17 de octubre, cuando Perón se convirtió para los antifascistas en la encarnación del fascismo criollo.[31] En una entrevista posterior, María Rosa Oliver resumió con elocuencia el repertorio de imágenes al que apelaron los escritores a la hora de interpretar la emergencia del peronismo. Según ella, la lógica era simple: "Perón había estado de agregado militar en Italia, el grupo de los coroneles, el GOU [Grupo Oficiales Unidos, del cual Perón era miembro], era germanófilo, conocíamos la mentalidad castrense, entonces dijimos, bueno, ahora lo vamos a tener aquí".[32] José Luis Romero, convocando a la ciudadanía a movilizarse en contra del nuevo movimiento político, afirmó, parafraseando el *Manifiesto comunista*, que el peronismo era "el fantasma fatídico que se levantaba de las tumbas apenas cerradas de Mussolini y

31. Un episodio que revela con nitidez la fuerza de la militancia antifascista fue la organización de la multitudinaria Marcha de la Constitución y la Libertad el 19 de septiembre de 1945. Se estima que el número de manifestantes llegó a doscientos mil. Sobre los acontecimientos de 1945, véase F. Luna, *El 45*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1984. Sobre el antifascismo devenido antiperonismo, véase A. Bisso, *El antifascismo*, p. 45.

32. María Rosa Oliver, entrevista realizada por Leandro Gutiérrez, 6 y 13 de mayo de 1971, Archivo de Historia Oral del Instituto Di Tella.

Hitler".[33] El hecho de que el antiperonismo decantara de una posición previa hizo que la mayoría de los escritores se posicionaran muy rápidamente a favor de la Unión Democrática. En un manifiesto publicado por *La Prensa* el 1 de febrero de 1946, declararon abiertamente su apoyo a esa coalición alegando que, aunque loable, el proyecto de Perón de integrar a las clases trabajadoras seguía el "camino que siguieron el nazismo en Alemania y el fascismo en Italia" y por esto era "nefasto".[34]

Lo dicho hasta ahora muestra que a la hora de relacionarse con la intelectualidad Perón debía lidiar con una imagen apocalíptica sobre sus propósitos y con un campo que aún, si bien radicalizado y politizado, funcionaba con relativa autonomía del poder político. Debía además encauzar esa relación en el marco de un Estado que contaba con mecanismos institucionalizados para operar con la intelectualidad. El desafío tampoco era menor para los escritores. La mayoría de ellos creía que el régimen en el que debían vivir y realizar sus tareas se emparentaba ideológicamente con el fascismo europeo y compartía mucha de sus intenciones. En el caso de los escritores que sí veían con agrado la emergencia del peronismo, el reto tampoco era menudo. Éstos debían definir qué tipo de lugar ocupar dentro del régimen y posicionarse al mismo tiempo en un campo intelectual donde constituían una evidente minoría cuyas preferencias eran denostadas. Teniendo en cuenta esta descripción, debemos pensar el punto de partida de la historia que aquí sigue. El objetivo de este libro es reconstruir los debates principales y las prácticas más recurrentes que caracterizaron el mundo de los escritores en el período. Para esto cada capítulo se adentra en una zona distinta de la vida intelectual y cultural. El trabajo se detiene en actores y dispositivos diversos que, aunque no agotan el tema, permiten descifrar algunos de los rasgos más sintomáticos de lo que fue la vida intelectual del período.

El capítulo 1 se centra en el estudio de la política cultural y se propone recuperar la voz del Estado, en especial la de la burocracia encargada de definir la política cultural oficial, porque se supone que allí se dirimieron cuestiones cruciales para la vida intelectual, determinantes en la relación entre el Estado y los intelectuales.

33. J.L. Romero, citado por S. Sigal, "Intelectuales y peronismo", en J.C. Torre (ed.), *Los años peronistas (1943-1955)*, Buenos Aires, Sudamericana, 2002, p. 502.

34. "Declaración de escritores en apoyo a la Unión Democrática", reproducida en C. Altamirano, *Bajo el signo de las masas (1943-1973)*, Buenos Aires, Planeta, 2001, p. 183.

El capítulo 2 se pregunta por las prácticas de los intelectuales, en especial por sus intervenciones en la esfera pública durante esos años, de modo de entender cómo el peronismo modificó las conductas de los intelectuales y la dinámica del propio campo. En esta parte la mirada se posa sobre una institución particular: la SADE. ¿Por qué pensar las conductas de los intelectuales a partir de esta asociación? Porque ésta constituyó un ámbito donde los intelectuales pensaron, se organizaron y discutieron cómo relacionarse con el gobierno y con sus pares peronistas, y porque esta institución se configuró como una voz colectiva representativa de los intelectuales. El capítulo 3 tiene como objetivo reconstruir la suerte de los intelectuales que adhirieron al peronismo; observar tanto la forma en que el Estado actuó con ese grupo como el modo en que éstos concibieron su lugar dentro del nuevo régimen político. Para iluminar esta cuestión se analizan dos casos puntuales: el de la ADEA, la asociación de escritores peronistas, y el de una revista animada en el período por intelectuales peronistas, *Hechos e Ideas*. Nos interesa la ADEA, porque ésta fue la única instancia que buscó reunir a todos los intelectuales peronistas.[35] La historia de la ADEA nos devuelve la imagen de un fracaso. Como veremos, este último refleja gran parte de la dinámica del campo en esos años. ¿Por qué analizar *Hechos e Ideas*? La respuesta tiene que ver con una práctica que se sabe es muy productiva para reconstruir la historia cultural e intelectual. Estudiar una revista constituye una estrategia recurrente en la historia intelectual por el papel que éstas tienen en la configuración del campo intelectual. Las revistas delimitan posiciones, agrupan y dividen, ponen en circulación polémicas, consagran determinados productos y figuras, se constituyen en usinas de proyectos colectivos y otorgan identidad. Además, porque aparecen periódicamente, ofrecen una ventaja importante al investigador: posibilitan la observación del proceso cultural diacrónicamente.[36] Esta última cuestión es muy significa-

35. Las asociaciones de escritores pretenden representar a la intelectualidad como un actor colectivo y, si son exitosas, juegan un papel crucial en definir la relación entre el campo político y el cultural. Sobre el tema, véase A. Viala, "Effets de Champ, Effets de Prisme", *Littérature*, Nº 70, 1988, p. 66.

36. Sobre la importancia de la revistas en la cultura argentina, véanse F. Masiello, "Argentine Literary Journalism: The Production of a Critical Discourse", *Latin American Research Review*, 20 (1985), H.R. Lafleur, S.D. Provenzano y F.P. Alonso, *Las revistas literarias argentinas (1893-1960)*, Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1962, y *Publicaciones periódicas argentinas 1781-1969*, Buenos Aires, Ministe-

tiva en el caso de *Hechos e Ideas* porque la periodicidad nos deja ver un cambio de actitud en el gobierno.

El capítulo 4 también vuelve sobre las revistas, pero esta vez para observar las lecturas que los intelectuales antiperonistas hicieron del fenómeno peronista *en el mismo momento* en que Perón estaba en el poder. La apuesta aquí es despegarse de las construcciones posteriores y ver cuál fue el contenido del debate intelectual en esos años; es decir, interrogarse cómo los intelectuales leyeron el peronismo al mismo tiempo que éste era gobierno. El último capítulo intenta entrelazar las distintas intervenciones de los actores estudiados (principalmente los antiperonistas) con la coyuntura política para advertir cómo la caída del régimen afectó tanto las interpretaciones del fenómeno peronista como la dinámica del campo intelectual.

Es preciso aclarar que el estudio deja de lado un ámbito muy importante de actuación de los intelectuales: la universidad. Dos son las razones que nos llevan a obviar el estudio de esta institución. Por un lado, este tema ya ha sido abordado por varios trabajos específicos y, por otro, la elección radica en que en ese momento la universidad fue más un objeto de disputa que una instancia del mundo intelectual, al menos en lo que respecta a los antiperonistas. Una vez que la intelectualidad antiperonista abandonó la universidad por conflictos con el régimen la vida intelectual funcionó principalmente por fuera de esa institución.[37] Aquélla se desarrolló en un mundo paralelo de revistas, asociaciones y grupos.

Este texto se vincula a toda una nueva producción académica sobre el peronismo que en los últimos años ha permitido matizar

rio de Agricultura y Ganadería, 1972; D. Quattrocchi-Woisson, "Estudio Preliminar", en N. Girbal-Blacha y D. Quattrocchi-Woisson, *Cuando opinar es actuar. Revistas argentinas del siglo XX*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1999; para una discusión sobre las revistas como objeto de la historia intelectual, véase F. Beigel, "Las revistas culturales como documentos de la historia latinoamericana", *Utopía y Praxis Latinoamericana*, año 8, N° 20, marzo de 2003, pp. 105-115; J. Pluet Despatin, "Une contribution a l'histoire des intellectuels: les revues", *Les Cahiers de l'IHTP*, N° 20, marzo de 1999, número especial: "Sociabilités intellectuels: lieux, milieux, reseaux", pp. 125-136.

37. Véanse S. Sigal, *Intelectuales*, pp. 21-71; P. Buchbinder, *Historia de las universidades argentinas*, Buenos Aires, Sudamericana, 2005, pp. 144-168; O. Graciano, *Entre la torre de marfil y el compromiso político. Intelectuales de izquierda en la Argentina 1918-1955*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2008, pp. 287-341; F. Neiburg, *Los intelectuales*; para estudios particulares sobre las distintas disciplinas académicas, véase F. Neiburg y M. Plotkin, *Intelectuales y expertos*.

imágenes y supuestos muy difundidos sobre esta experiencia histórica.[38] Esa literatura ha subrayado los quiebres y las anomalías del propio régimen, mostrando la combinación de rasgos progresistas y tradicionales que habitaron este proyecto político, por ejemplo en lo que se refiere a las políticas en relación con la familia y el género. Al mismo tiempo, los nuevos aportes historiográficos han subrayado las continuidades del peronismo con tiempos y procesos previos, y han mostrado cómo recuperó iniciativas y lenguajes que lo antecedían. Igualmente, han demostrado las importantes diferencias entre la primera y la segunda presidencia. La bibliografía también ha recuperado las distintas voces y tendencias que convergieron en este movimiento político. De ahí que el peronismo se ha revelado como un fenómeno mucho más complejo y heterogéneo de lo que inicialmente se creía; habitado por proyectos políticos contrapuestos, influencias ideológicas diversas y donde el liderazgo de Perón no puede ser concebido como absoluto. En lo que se refiere a los estudios sobre la cultura durante el período peronista, éstos han tendido también a subrayar la heterogeneidad estética e ideológica, como se puede observar en las producciones fílmicas que analiza Clara Kriger en su reciente libro.[39] El supuesto de que el gobierno ejercía un control cerrado sobre la producción cultural ha sido abandonado para dar cuenta de las selecciones coyunturales y arbitrarias que el Estado hacía en su sistema de auspicios, como muestra Andrea Giunta para el caso de la pintura.[40] Este libro retoma a lo largo de sus páginas esas hipótesis y argumentos, y se inserta en el marco de esas nuevas miradas sobre el peronismo.

38. Para un sugerente y detallado análisis de esta bibliografía, véase R. Rein, "De los grandes relatos a los estudios de «pequeña escala»: algunas notas acerca de la historiografía del primer peronismo", *Temas de Historia Argentina y Americana*, N° 4, 2009, pp. 133-165.

39. C. Kriger, *Cine y peronismo. El estado en acción*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2009.

40. A. Giunta, *Vanguardia, internacionalismo y política*, Buenos Aires, Paidós, 2002.

CAPÍTULO 1

La administración cultural del peronismo

God Help the Government that Meddles with Art.
Ministro lord Melbourne[1]

El Estado peronista llevó adelante una importante reforma de la administración cultural al crear la Subsecretaría de Cultura que luego se transformaría en Dirección de Cultura. La Subsecretaría de Cultura tenía como función primaria definir la política cultural oficial tanto con relación a los consumidores como a los creadores culturales; es decir que buscaba explícitamente intervenir sobre el campo intelectual y disponer aquello que debería considerarse cultura legítima. Este capítulo expone el derrotero de este proyecto institucional y las discusiones que generó. La mirada sobre esta burocracia nos permite observar al mismo tiempo la política oficial con respecto a los intelectuales, la respuesta de estos últimos a tales políticas y el accionar cultural del Estado peronista.[2] El capí-

1. Primer ministro británico, 1835, citado por C. Gray, *The Politics of Arts in Britain*, Londres, Macmillan, 2000, p. 54.

2. Esta lectura no pretende estudiar en todas sus manifestaciones la política cultural del peronismo. La aquí propuesta es necesariamente una mirada recortada: existía una multiplicidad de otras dependencias estatales que se ocupaban de la cultura. La Subsecretaría era la que tenía mayor importancia dentro del organigrama estatal. El trabajo tampoco parte de una definición a priori de aquello que se entiende como política cultural, por el contrario, se recurre a un camino inverso: observar aquello que el Estado designa como área de acción de la dependencia encargada de delimitar esa política.

tulo pretende desarmar imágenes muy afianzadas sobre la relación que el peronismo entabló con la denominada "alta cultura". Busca mostrar cómo la contradicción fue el rasgo distintivo de la gestión cultural y cómo esto fomentó las animosidades entre intelectuales y Estado.

El régimen y el campo intelectual

A la hora de evaluar la política del Estado peronista con los intelectuales es preciso distinguir "lógicas" distintas, incluso incompatibles. En un primer período prevalecieron dos objetivos que eran difícilmente reconciliables en un régimen como el peronista: por un lado, el Estado buscó ampliar los canales institucionales para intervenir sobre el campo y, por el otro, intentó a través de estos últimos cooptar a la intelectualidad. En un segundo período, a partir de 1950 y particularmente luego de iniciada la segunda presidencia del general Perón, podemos observar que el gobierno fue progresivamente abandonando la lógica de la cooptación para en su lugar privilegiar la censura y el enfrentamiento directo con los miembros y las instituciones del campo. Esta segunda etapa coincide con un clima general en el que el régimen redobló las instancias de control y adoctrinamiento ideológico de la sociedad civil, y de vigilancia y presión sobre la oposición política.[3]

La forma en que el gobierno peronista intentó en un primer momento cooptar a la intelectualidad e intervenir sobre el campo intelectual fue a través de la transformación de la burocracia cultural. Ante el "oportuno" reclamo de algunos intelectuales de ser incluidos en la reforma social peronista, el gobierno puso en marcha una importante serie de transformaciones institucionales que incluyeron la creación de la Subsecretaría de Cultura en febrero de 1948. Su fundación se insertaba en un cambio en la gestión de mayor envergadura: la separación de la administración de justicia y educación.

3. Un ejemplo de esto es la presión que el gobierno ejerció sobre algunos medios de comunicación o la campaña de peronización de los contenidos de los libros de lectura en las escuelas. Sobre este tema, véase el trabajo de M. Plotkin, *Mañana es San Perón*. En el plano político, la presión sobre la oposición se materializó en una serie de transformaciones institucionales que comenzaron con la sanción de la Constitución en 1949 que introdujo la reelección del presidente, la reforma del estatuto de los partidos políticos en el mismo año y la ley electoral en 1951. Entre otras cosas, el nuevo estatuto prohibía la formación de coaliciones y la ley electoral introducía el mecanismo de la circunscripción uninominal que favorecía al peronismo.

Concretamente, el peronismo apartó de la órbita del Ministerio de Justicia la política educativa y cultural al crear la Secretaría de Educación de la Nación y el Ministerio de Educación un año después.[4] Según el decreto 4.026/48 (que crea la Secretaría de Educación), los temas relacionados con la educación y la cultura habían alcanzado un grado de complejidad e importancia que se hacía necesaria la formación de un despacho especial.[5] La fundación de la Subsecretaría de Cultura se justificaba en el hecho de que en "el plan de gobierno figura[ba] entre sus capítulos esenciales el fomento de la cultura y el fortalecimiento de sus instituciones representativas".[6] La reforma burocrática abría un escenario incierto porque, si bien la Subsecretaría podía constituirse en una oportunidad para reencauzar las relaciones del gobierno con la intelectualidad (empezar de nuevo una relación marcada por el desentendimiento desde la primera hora), para proveer de nuevos recursos a los intelectuales y fortalecer las instituciones de la cultura subvencionado y apoyándolas, también implicaba potenciales focos de conflicto dado que se expandían las capacidades estatales sobre instancias y cuestiones propias del campo intelectual.[7] Si observamos aisladamente los objetivos de la Subsecretaría podemos ver que éstos entraban en tensión con el funcionamiento independiente del campo intelectual. La fundación de este cuerpo administrativo se justificaba en un Estado que pretendía dar "su propia orientación" a la cultura, "fijar [sus] objetivos y *controlar* [su] *ejecución*".[8] La voluntad de intervenir sobre la dinámica del campo intelectual era explícita ya que las políticas a desarrollarse

4. Al frente de ese ministerio fue nombrado Oscar Ivanissevich, un médico cirujano de raigambre católica y antiliberal. Para una caracterización de Ivanissevich, véase A. Puiggrós (dir.), *Peronismo: cultura política y educación*, Buenos Aires, Galerna, 1993, pp. 123-127.

5. Véase *Boletín del Ministerio de Educación*, febrero de 1948, pp. 25-28.

6. La letra chica del decreto establecía que era labor de la Subsecretaría la coordinación y gerencia de todas las dependencias culturales de la administración nacional: la Comisión de Bibliotecas Populares, la Biblioteca Nacional, los museos nacionales, la Comisión de Monumentos y Lugares Históricos, la Comisión de Cultura y el Teatro Cervantes. La Comisión de Cultura continuaba funcionando como órgano consultivo.

7. Recordemos que los intelectuales rechazaron al peronismo desde sus días iniciales por considerarlo una forma de fascismo. El primer conflicto abierto del gobierno con la intelectualidad se dio tempranamente, en 1946, cuando el director de la Comisión Nacional de Cultura, Ernesto Palacio, otorgó el Gran Premio de Honor al ex ministro de Relaciones Exteriores del presidente Ramón Castillo, Enrique Ruiz Guiñazú, por un libro sobre Malvinas. Retomaremos el análisis de este evento en el capítulo 3.

8. *Boletín del Ministerio de Educación*, abril de 1949, N° 7, p. 12

proyectaban orientarse no sólo hacia los consumidores de cultura sino también hacia "los productores", es decir, hacia los intelectuales y los artistas. Tenían como intención declarada corregir asimetrías regionales entre el interior y Buenos Aires tanto con relación a la creación como al consumo cultural.

Si el objetivo del Estado era crear una burocracia con capacidad de reorganizar el campo cultural, los pasos seguidos resultan, si no objetables, por lo menos torpes y dejan adivinar cierto desconocimiento de las leyes que regían las dinámicas del mundo intelectual. Esta torpeza fue evidente en el elenco de funcionarios escogidos para gestionar las nuevas dependencias estatales. El gobierno nombró a Antonio Castro al frente de la Subsecretaría. Castro era un historiador que se había desempeñado como investigador y director del Palacio San José en Entre Ríos y cuando fue designado subsecretario ostentaba desde 1945 las funciones de director del Museo Sarmiento y presidente de la Comisión de Cultura. Al asumir el cargo, Castro especificó como objetivos de su gestión "elevar el nivel cultural" de la población, "llevando la cultura a todos los rincones del país" y mejorar las condiciones de la clase intelectual, en especial del "intelectual de tierra adentro". Fragmentos de los discursos que Castro pronunció en los días inaugurales de su gestión permiten observar cierto revanchismo de una persona que hasta entonces había ocupado una posición marginal en el mundo cultural: según él, llegaba para rescatar la cultura de una "casta intelectual que se [la] había adueñado en forma absoluta".[9] La elección de Castro a la cabeza de la nueva estructura no era para nada obvia pues se trataba de una figura poco conocida por los intelectuales (sobre todo en la ciudad de Buenos Aires).[10] Además, con el nombramiento de Castro, el gobierno dispuso por decreto la renovación de los miembros de la Comisión de Cultura, que continuaba funcionan-

9. A. Castro, en *Boletín*, abril de 1949, N° 7.

10. Existe una dificultad intrínseca a la hora de conformar una burocracia cultural que no es tan marcada en otros ámbitos de la administración pública: la de identificar a los *expertos* de esa política. Este problema está asociado a la imposibilidad de señalar un grupo que se pueda adjudicar conocimientos, destrezas o calificaciones específicas necesarias para decidir sobre este capítulo de la gestión pública, teniendo en cuenta, entre otras cosas, la diversidad de actividades de aquello que se engloba bajo el concepto de cultura. No existía para la cultura un correlato como el caso de los arquitectos para las políticas de la vivienda o de los ingenieros para la obra pública, para los cuales la relación entre competencias técnicas y participación en el desarrollo de políticas públicas era –al menos en la autorrepresentación– más inmediata. Véase A. Ballent, "La caja de Pandora: los arquitectos y el peronismo", mimeo.

do como órgano asesor de la nueva Subsecretaría. Esto último abrió una disputa con la intelectualidad porque implicó que sus antiguos integrantes fuesen reemplazados por figuras elegidas directamente por el Poder Ejecutivo Nacional. Entre los que debían retirarse de la Comisión estaba el representante de la SADE y los dos miembros de las cámaras legislativas. La reyerta, que generó un debate en la SADE, llegó también a la Cámara de Diputados cuando Ricardo Rojas intentó en vano promover la revisión del decreto planteando una cuestión de privilegio. Rojas se quejaba de que la Comisión se había convertido en un "organismo simplemente burocrático, sin vida propia ni autoridad intelectual". Calificaba la reorganización como un "agravio a la Cámara de Diputados" y hacía expresa su preocupación de que la "cultura [fuese] dirigida por el PEN". Para el diputado escritor, el interés del gobierno en la cultura no era genuino –se reducía a la mera "centralización"–. Las diatribas de Rojas muestran que los avances estatales sobre terrenos que eran propios del campo intelectual generaron desconfianza desde la primera hora.[11]

La reacción de Rojas frente a la renovación de autoridades de la Comisión de Cultura se inscribe en un conflicto bastante típico del campo: el de las figuras reconocidas con otras que estas últimas consideran menores. Aun cuando el peronismo no se propuso una completa renovación de los círculos intelectuales –objetivo por cierto difícilmente realizable en un campo intelectual que ya funcionaba y que fue capaz, como veremos a lo largo de este trabajo, de reaccionar a los embates del Estado–, sí permitió a muchos personajes de trayectorias deslucidas, figuras del interior poco reconocidas a nivel nacional, la posibilidad de una mayor visibilidad integrándolos a instituciones estatales o haciéndolos acreedores de distinciones que difícilmente sus pares les hubieran concedido. Rojas los caracterizaba en su alocución en la Cámara de Diputados como personajes de estilo "pedestre" y proclives al uso del gerundio. El caso de Castro no escapaba a su denuncia: quien en 1945 era director de un museo en la provincia de Entre Ríos que ni siquiera contaba con luz eléctrica, dos años después dirigía la dependencia estatal que tenía como

11. Los argumentos de Rojas también insinuaban ciertas aprehensiones elitistas. Rojas concluía su alocución afirmando que el orden de prioridades estatales estaba claro: "Mientras [el Estado destinaba] millones de pesos a los clubes de fútbol", poco era lo que destinaba a la cultura. Que la cultura ocupara un lugar relegado en el presupuesto no era un dato nuevo, lo que le molestaba a Rojas era que el deporte ocupara un lugar preponderante. *Diario de Sesiones 1949. Sección de Cámara de Diputados*, p. 149.

misión definir la política cultural nacional.[12] La "artificialidad" del notable ascenso se comprende mejor observando la trayectoria posterior de Castro: luego de que fue desplazado, desapareció casi por completo de la escena cultural.[13] Casos como los de este personaje proliferaban dentro de la Secretaría. Otro ejemplo, probablemente más elocuente, es el de Horacio Velásquez: de obrero frigorífico pasó en 1949 a dirigir la Comisión de Bibliotecas Populares.[14] Esta promoción de figuras deslucidas y/o advenedizos implicó que los que ocupaban un lugar subordinado podían imponer sus criterios sobre aquellos que tenían mayor capital cultural. No era fortuita la mención del recientemente electo subsecretario de Cultura de la necesidad de recuperar la cultura de una "casta". Del otro lado, el rechazo absoluto de aquellos que eran considerados miembros de la casta a todo proyecto estatal en el área cultural, que veremos repetirse a lo largo del período, debe ser entendido entre otras cosas como la protección de un monopolio del cual se consideraban portadores legítimos: decidir quién era quién entre los *literatis* y artistas. El hecho de que gran parte de los nombres elegidos por el Poder Ejecutivo estaban ligados a las universidades intervenidas por el peronismo agregaba otro elemento de discordia al conflicto.

El arbitrario e inédito recambio del personal docente de la universidad instigado por el peronismo en sus horas iniciales es un dato ineludible a fin de comprender la respuesta de la intelectualidad a la ampliación de la burocracia cultural. Muchas figuras intelectuales sobre las cuales la Subsecretaría se proponía legislar habían sido víctimas del vaciamiento universitario.[15] Entre los nuevos miembros de la Comisión de Cultura estaban Carlos Rivas, médico interventor de la Universidad de La Plata desde 1948; Roque Izzo, interventor de la facultad de Ciencias Médicas de la Universidad de Buenos Aires; Agustín Riggi, geólogo director del Museo de Ciencias Naturales Bernardino Rivadavia desde 1946; Federico Daus, geógrafo, ex interventor del Consejo Nacional de Educación y decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires desde 1949. A ellos se sumaban personajes desconocidos como Armando Echeverría –un profesor de escuela, encargado en ese entonces de dirigir la Comisión Nacional de Aprendizaje y Orientación Profesional– junto con el abogado Horacio Rodríguez, quien había sido director desde 1934 del Registro de la Propiedad Intelectual y abogado del Círculo de Autores.[16] La cabeza de toda la estructura –el ministro de Educación Oscar Ivanissevich– había sido el primer interventor de la Universidad de Buenos Aires desde 1946 hasta 1948, cuando las exoneraciones y las renuncias se habían hecho efectivas. Los únicos conectados específicamente al mundo de la cultura en esa insólita lista eran el escritor nacionalista Carlos Ibarguren, en ese entonces presidente de la Academia de Letras, y el también escritor nacionalista Gustavo Martínez Zuviría, director de la Biblioteca Nacional. Figuras estas que, a pesar de tener experiencias más acordes al tipo de decisiones que debían tomar, eran cuestionados por gran parte de la intelectualidad por sus posiciones ideológicas de derecha. Al no ser personajes de consenso, difícilmente podrían ayudar al gobierno a atraer a la intelectualidad. La comparación con el caso brasileño durante las gestiones de Getulio Vargas resulta iluminadora porque el varguismo, a pesar de su naturaleza autoritaria, sí consiguió cooptar a la intelectualidad para llevar adelante una importante transformación de la administración cultural. De modo de sobrepasar los obvios recelos que los intelectuales tenían con el gobierno, a la hora de crear la burocracia cultural Getulio Vargas convocó a una figura capaz de generar adhesiones en el mundo letrado: la de Gustavo Capanema, un prestigioso intelectual, amigo personal de algunas de las figuras más reconocidas del modernismo, garantizando así el doble imperativo de calidad y lealtad.[17]

Cabe preguntarse por qué el peronismo escogió en su mayoría figuras menores y no recurrió a nombres de mayor prestigio dentro del universo de intelectuales nacionalistas que sí apoyaban al gobierno. Aunque no es posible dar una respuesta acabada a este interrogante, es plausible pensar que Perón se rodeó de personajes de menor reputación porque, aunque buscaba integrar a los intelectuales, demandaba de éstos una adhesión total a su persona y a su gobierno, la cual era potencialmente más fácil de conseguir si se convocaba a figuras que no contaban con un capital cultural y/o

12. Estos datos surgen de la lectura de las actas del período de la Comisión Nacional de Monumentos y Lugares Históricos que regulaba la labor del museo.

13. Castro murió en 1958. Sobre él, véase *Antonio P. Castro. Antecedentes, su actuación, sus trabajos. Obra realizada*, s/d, 1953.

14. Lo antecedían en el puesto escritores como Juan Pablo Echagüe y Carlos Obligado.

15. Véase P. Buchbinder, *Historia de las universidades*, pp. 144-168.

16. La función de la Comisión Nacional de Aprendizaje y Orientación Profesional era fiscalizar la formación de los menores y jóvenes vinculados al trabajo en las fábricas.

17. Para una comparación entre estas dos experiencias, véase F. Fiorucci, "Los intelectuales y el populismo. Los casos de Argentina y Brasil", *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe,* vol. 15, N° 2, Tel Aviv, julio-diciembre de 2004.

político prominente. Estas últimas estarían dispuestas a aceptar las exigencias estatales para avanzar en sus respectivas carreras. La falta de protagonismo y las dificultades que tuvieron los intelectuales peronistas de renombre para hacerse un lugar bajo el régimen, que discutiremos en el capítulo 3, abonan esta hipótesis.

El primer y más ruidoso experimento de la Subsecretaría de Cultura fue la creación en mayo de 1948 de la Junta Nacional de Intelectuales. Este proyecto expone con nitidez los objetivos incompatibles que el gobierno intentaba lograr a través de la ampliación de la burocracia cultural: cooptar a los intelectuales e intervenir sobre la dinámica del campo. La idea de la Junta estaba inspirada en el pedido de algunos intelectuales, no todos peronistas.[18] Oportunamente, varios escritores habían reclamado al presidente Perón por la precariedad de la situación económica del sector. Éste había respondido con el proyecto de la Subsecretaría y la promesa de una futura Junta, que se iba a ocupar de los problemas del sector. Para el peronismo, la Junta representaba una ocasión única: haciéndose eco de una demanda que emanaba de un grupo que le era hostil, posicionándose como garante de la actividad artística e intelectual, el gobierno podía plantearse la posibilidad de cooptar a la intelectualidad o, al menos, vencer los rechazos iniciales. No obstante, el proyecto, cuando fue elaborado, no pudo sustraerse a las lógicas verticalistas que dominaban el accionar del régimen en otros ámbitos y su suerte quedó sellada.

La Junta proyectaba como misión expresa extender los beneficios de la reforma social peronista a los "trabajadores intelectuales". Buscaba paliar la "situación de injusta pobreza" en que la clase intelectual desarrollaba su tarea, "rayana a menudo", según el decreto, "en la indigencia".[19] A efectos de remediar esta situación el nuevo organismo, conformado por los mismos intelectuales, debía expresamente "dignificar y asegurar [sus] condiciones de vida, y [su]

18. El origen de la iniciativa proviene del escritor Elías Castelnuovo, quien logra interesar a Manuel Gálvez en el asunto. En una carta a Manuel Gálvez, Castelnuovo declara: "Todos los gremios fueron favorecidos por el régimen actual, menos el gremio nuestro. Nosotros estamos siendo explotados como en los primeros tiempos del mercado editorial". Castelnuovo considera que un estatuto de protección del intelectual podría subsanar la situación. Para este escritor es importante la gestión de Gálvez, dado que "es un escritor de nota no enemistado con el gobierno" y que "cuenta con personas de su confianza en el parlamento". Carta de Elías Castelnuovo a Manuel Gálvez, Buenos Aires, 3 de marzo de 1947, Archivo Personal de Manuel Gálvez, Academia Argentina de Letras.

19. Decreto 15.484, 28 de mayo de 1948, en *Boletín del Ministerio de Educación*, p. 1530.

libertad económica", juzgada "indispensable para el goce normal de la libertad espiritual". En el decreto reglamentario se establecía que la organización "promover[ía] la investigación y la creación literaria, artística, científica y técnica, y velar[ía] por todas las manifestaciones de la cultura y su difusión". Además, garantizaba expresamente que "ninguna iniciativa del gobierno, bajo pretexto alguno, ha[bría] de interferir [con] el ejercicio de la libertad del trabajador intelectual".[20] Esta última promesa no alcanzó para atenuar las sospechas de gran parte de la intelectualidad local acerca de los propósitos que se escondían detrás de la nueva creación institucional. Los intelectuales antiperonistas pensaban que con la Junta el Estado buscaba tan sólo controlar el campo; temor que no sólo se justificaba en una concepción general sobre el régimen peronista sino también en ciertas exigencias presentadas en la oportunidad. Es que Perón, si bien había sido fiel a la estrategia conciliatoria convocando a la intelectualidad en su conjunto a participar en la fundación de la organización, y proponiendo tanto a acólitos y detractores como autoridades de la Junta, imponía como requisito para llevar adelante el proyecto que las dos sociedades de escritores existentes en la Argentina se reagrupasen en una sola.[21] Por un lado, esto parecía insinuar que la agenda del gobierno era sindicalizar a la inteligencia y, por el otro, significaba concretamente la fusión de la ADEA que reunía a los literatos que habían expresado su adhesión al peronismo y la SADE, donde se congregaban en su mayoría los antiperonistas.

> Como sé que hay varias entidades [de escritores, dijo Perón] que los agrupan, es necesario no desperdiciar ningún valor de los escritores, y para ello, a mi entender, la tarea principal a realizar *es unirlos a todos en una sociedad o reunir a todas las sociedades*, para realizar una tarea de colaboración, *lo inmediato es unirse espiritualmente*, para que yo pueda ofrecerle [mejores condiciones laborales] no a un sector de los escritores argentinos sino a todos los sectores.[22]

20. Ídem, reproducido en "Junta Nacional de Intelectuales. Antecedentes de su creación. Decretos y Reglamento Interno", Buenos Aires, Ministerio de Educación, Subsecretaría de Cultura, 1949.

21. La lista incluía a intelectuales peronistas como Gustavo Martínez Zuviría o Delfina Bunge y antiperonistas como Carlos Alberto Erro o Eduardo González Lanuza.

22. "El primer magistrado conversó ayer con un grupo de escritores", *La Prensa*, 12 de diciembre de 1947.

La exhortación de Perón a unirse en una sola organización terminaba con un comentario que hacía aun más sospechoso para los intelectuales antiperonistas el proyecto de la Junta: "Espero que ustedes se organicen en forma de sociedad, espero que se unan, que piensen como piensen, sientan como sientan y quieran como quieran, *pero que cumplan dentro de la orientación que sin duda fijará el Estado*".[23] Como era de esperarse, la discordia dominó la sesión donde se debía votar la conformación del nuevo órgano, incluso cuando el entonces presidente de la Comisión de Cultura intervino repetidamente para subrayar el espíritu conciliatorio y apolítico de la iniciativa. Los peronistas expresaron su oposición a unirse en una sola asociación, apelando a las diferencias ideológicas irreconciliables que separaban a ambos grupos de escritores. El antiperonismo decidió enfrentarse a un proyecto que no era otra cosa, para ellos, que un intento de vigilar la cultura e intervenir sobre las reglas del campo intelectual, por lo tanto se rehusó a conformar la institución. En ese contexto la SADE se convirtió –como veremos en el próximo capítulo– en la interlocutora del gobierno en representación de la intelectualidad antiperonista y declaró su repudio afirmando que la cultura no podía ser dirigida.[24]

La intelectualidad antiperonista no vio, no quiso ver o, simplemente, no creyó en los ánimos pacificadores. Por el contrario, interpretó el proyecto como un ataque directo a la autonomía del campo intelectual. El rechazo se explicaba por una lectura de la propuesta oficial donde subsidio y autonomía no podían más que constituir una relación de mutua negación. Es preciso subrayar que la resistencia de los antiperonistas a la Junta no implicaba una posición doctrinaria sobre la legitimidad de la intervención estatal o sobre la incompatibilidad entre patronazgo e institucionalización del campo. La SADE tenía hasta fines de 1947 un representante en la Comisión Nacional de Cultura, es decir, colaboraba con el órgano burocrático estatal que hasta entonces coordinaba la política cultural nacional. La intransigencia de los intelectuales

23. "El primer magistrado...". Ezequiel Adamovsky vincula el caso de la Junta Nacional de Intelectuales a un objetivo más amplio del peronismo de incorporar a los sectores medios. Véase E. Adavmosky, "El régimen peronista y la Confederación General de Profesionales: orígenes intelectuales e itinerario de un proyecto frustrado (1953-1955)", *Desarrollo Económico*, vol. 46, N° 182, julio-septiembre de 2006, pp. 245-265.

24. *La Nación*, 21, 22 y 23 de diciembre de 1947; *La Prensa*, 22 y 23 de diciembre de 1947.

frente a la Junta y a la Subsecretaría implicaba un cuestionamiento concreto al Estado peronista, al elenco de funcionarios escogidos, y no a la conveniencia misma de una política cultural de Estado o de patronazgo estatal. Revelaba una posición que buscaba preservar la autonomía porque se dudaba de las intenciones oficiales. El gobierno alimentaba esa lectura con exigencias contradictorias. Es necesario entender que el proyecto de la Junta incluía algunas promesas claramente atractivas para la intelectualidad (mejoras económicas, subsidios y leyes) pero, tal como eran planteadas, su materialización iba en detrimento del funcionamiento independiente del campo intelectual, pues dependía de aceptar las condiciones impuestas por el Estado.[25]

Si las garantías del peronismo de no intervenir eran genuinas y los requerimientos de unirse en una sola asociación resultaban equívocos, éstos al menos parecían indicar que el Estado no estaba dispuesto a otorgar a los escritores libertad de acción; indicaba además que el gobierno no reconocía como interlocutoras a las organizaciones que ya representaban a los escritores. Esta forma de proceder no tenía en cuenta un dato fundamental: dado que el surgimiento del peronismo había suscitado el rechazo casi unánime de la intelectualidad, cualquier iniciativa gubernamental que incorporara a los intelectuales debía ser sumamente generosa y cuidadosa de las formas si quería vencer a la oposición. El discurso de Perón en el momento de lanzar la convocatoria no sólo adoleció de tacto sino que sirvió para confirmar a los escritores opositores los rasgos autoritarios que subyacían en la iniciativa. La negativa de los intelectuales antiperonistas a integrar la Junta comprometió el futuro de la institución: al autoexcluirse impidieron que ésta se constituyese en una instancia legítima del campo.[26] No fue un instrumento regulador del campo intelectual y cultural porque, desprovista del apoyo de quienes debían conformarla, perdió ímpe-

25. En la reunión que se realizó en el Cervantes los intelectuales antiperonistas aceptaron que eran necesarias medidas económicas como las que prometía la Junta, ya que (en el decir de Córdoba Iturburu) los intelectuales "estaban desguarnecidos frente al capitalismo de las editoriales". Véase "Junta Nacional".

26. Sólo aquellos carentes de capital cultural estaban dispuestos a integrar la institución. No es casual que luego de caído el peronismo los intelectuales peronistas más castigados por sus colegas fueron aquellos pocos que, aunque reconocidos, se unieron al nuevo movimiento político. El caso de Leopoldo Marechal fue el más representativo. Según este autor, su peronismo le costó un ostracismo de años, el "cierre de puertas vitales y literarias", una "especie de muerte civil o asesinato colectivo", Leopoldo Marechal, citado por A. Andrés, *Palabras con Leopoldo Marechal*, p. 51.

tus hasta ser cerrada por un decreto en 1953.[27] El fracaso de este proyecto cerró toda instancia de diálogo entre el Estado y los escritores opositores. Al mismo tiempo, los eventos que rodearon su creación mostraron la capacidad de la intelectualidad de reaccionar en forma orgánica y articulada frente a políticas que, según la percepción del sector, interferían con el funcionamiento del campo intelectual.

A partir de 1950, sobre todo luego de iniciada la segunda presidencia de Perón, las estrategias del Estado con los intelectuales comenzaron a adquirir un cariz más unilateral. Es en ese entonces cuando es posible registrar una mayor recurrencia de políticas y de acciones estatales claramente censuradoras y de confrontación, probablemente alimentadas por la indiferencia y el rechazo a las propuestas previas. Varias instituciones de la cultura local como la SADE, el Museo Social o el CLES comenzaron a sufrir diferentes episodios de censura. Si bien éstos podrían interpretarse como sucesos aislados, no quedaron dudas del giro en la política oficial con respecto al campo intelectual cuando el gobierno puso en marcha el proyecto de regular las academias nacionales. En septiembre de 1950, el Congreso de la Nación promulgó una ley que establecía que el Poder Ejecutivo debía reglamentar el funcionamiento de las academias. El proyecto, aprobado apresuradamente en la última sesión de la Cámara de Diputados, fue resistido por la oposición que lo consideraba un escalón más en la consecución de una "cultura dirigida".[28] Recién en septiembre de 1952 el Poder Ejecutivo sancionó el respectivo decreto reglamentario que, justificado en que el gobierno nacional debía ser el "rector y el *organizador de toda actividad* que interese al patrimonio social, tanto en el terreno cultural como en el científico", establecía la necesidad de racionalizar el funcionamiento de las academias. Para esto se centralizaba la fiscalización de la labor de las instituciones a un órgano recientemente creado: el Consejo Académico Nacional, integrado por los presidentes de las distintas academias, el ministro de Educación y el rector de la Universidad de Buenos Aires. Además de la injerencia ministerial, el nuevo reglamento incluía una serie de disposiciones concretas que causaron gran revuelo en los círculos intelectuales. Se establecía que la designación de los académicos de número debía ser aprobada por el Poder Ejecutivo y se estipulaba que los miembros de más de sesenta años debían retirarse. Se decretaba además la obligación de que esas asociaciones prestaran la colaboración de orden científico y cultural que los poderes públicos le requirieran.[29] Lo último implicaba un postrero intento por forzar –esta vez sin ninguna pretensión conciliatoria– el objetivo frustrado que había animado la fundación de la Junta Nacional de Intelectuales: integrar a la intelectualidad al proyecto peronista. Si recordamos que cuando se presentó la propuesta de la Junta se había invitado a todos los escritores a una reunión para redactar un anteproyecto, podemos ver la distancia en los ánimos y los procedimientos que había entre estas dos iniciativas. La regulación de las academias significaba además que el control gubernamental se extendía hacia sectores que habían expresado su adhesión pública al régimen.

27. Durante su efímera duración, la Junta se ocupó de las relaciones del gobierno con la recién fundada UNESCO, de la redacción de un estatuto del trabajador intelectual, además de ser la responsable de un proyecto que sobrepasó sus límites cronológicos: la creación de la Orquesta Sinfónica del Estado. El estatuto no pudo ser puesto en práctica porque provocó el rechazo unánime de la intelectualidad. Véase F. Fiorucci, "Neither Warriors Nor Prophets: Peronist and AntiPeronist intellectuals, 1945-1956", tesis doctoral, Universidad de Londres, 2002.

28. *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados de la Nación*, t. IV, 29 de septiembre de 1950, p. 3654.

El decreto que reglamentaba la reforma de las academias otorgaba dos meses a los presidentes de las mismas para reorganizarse bajo la nueva estructura. En el caso de las academias privadas, el gobierno iba aun más allá. Se erigía con la potestad para crearlas, intervenirlas o negarles personería jurídica. El requisito de los sesenta años implicaba el virtual vaciamiento de estos cuerpos colegiados, en su mayoría integrados por personas mayores a esa edad. Por ejemplo, de los veintiún académicos de la Academia Argentina de Letras, tan sólo uno –el poeta Francisco Luis Bernárdez– no excedía el límite de edad. En lugar de apuntalar el funcionamiento de estas entidades culturales, el decreto provocó renuncias masivas. Carlos Ibarguren, quien había apoyado el peronismo en días iniciales, dejó espontáneamente y en silencio su cargo de presidente de la Academia. El poeta Bernárdez, el único miembro de la Academia no abarcado por el decreto, presentó su renuncia. La Academia de Ciencias Morales y Políticas, cuerpo privado donde se reunían conocidas figuras como Ricardo Levene, Enrique de Gandía y Rómulo Zabala, decidió autodisolverse por el voto unánime de sus miembros. Su "autoclausura", acto cargado de simbolismo, demostraba el grado de rechazo que la medida generaba a lo largo del campo

29. El Poder Ejecutivo tenía además el derecho de elegir sobre quién recaería la presidencia entre aquellos preseleccionados por el recientemente fundado Consejo Académico.

intelectual. En los textos de las dimisiones que fueron reproducidos en la prensa diaria se acusaba al decreto de avasallar "el derecho de asociación, la libertad de pensamiento y de expresión".[30] El diario *La Nación* dedicó dos editoriales a criticar el decreto. Las mayores diatribas se dirigían contra un proyecto que "privaba [a las academias] de esa independencia que [era] su mayor resguardo contra las vicisitudes de la vida política" y se estimaba que en virtud de la reforma éstas se transformarían "en [meras] dependencias del Estado como tantas otras de índole cultural ya existente, cuyas útiles resoluciones y tareas son dirigidas por notas desde las oficinas oficiales". Claramente, para el editorialista de *La Nación,* lo que estaba en juego era la existencia misma de un campo intelectual. Como una sugerencia velada a los renunciantes, el editorial subrayaba que en otras latitudes las academias no sólo eran autónomas, sino que además "contaban con rentas propias con que fortalecer la necesaria independencia".[31] Aunque el decreto no estimuló la formación de una academia privada, algunos de sus miembros formaron grupos que intentaron mantener estos espacios de sociabilidad.[32] El nuevo reglamento de las academias no logró, por lo tanto, ni la cooptación ni el recambio, resultando por el contrario en la virtual parálisis de esas asociaciones. Nuevamente, podemos ver en el desarrollo de este conflicto el poder y el grado de cohesión –aunque relativo– de la intelectualidad antiperonista frente al Estado: ésta fue capaz de desarticular uno a uno los distintos proyectos estatales que intentaron regular la vida intelectual. Lo dicho puede ser interpretado como un signo de la "madurez" que había alcanzado para ese entonces el campo intelectual local.

El giro en la política oficial con respecto a los intelectuales a partir de 1950 se reflejó también en aspectos que tenían que ver con el funcionamiento interno de la burocracia cultural estatal, por ejemplo en el nombramiento de nuevos funcionarios. En octubre de 1952 asumió como nuevo director de Cultura Raúl de Oromí, quien no sólo era una figura totalmente desconocida en el ámbito de la cultura sino que se había desempeñado hasta entonces en el cargo de subsecretario de Informaciones de la Presidencia de la Nación, secundando en su tarea a Raúl Alejandro Apold. Este último había sido el encargado de llevar

30. Véase *La Nación,* 3 de octubre de 1952.

31. *La Nación,* 7 de octubre de 1952.

32. Véase "Discurso de don Mariano de Vedia y Mitre en el sepelio de Carlos Ibarguren", *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, t. XXI, Nº 80, abril-junio de 1956, p. 159.

adelante la política de propaganda del régimen y era el responsable de la progresiva peronización del imaginario público a partir de 1950.[33] Poco antes, el Ministerio de Educación había aconsejado en una resolución interna hacer un "minucioso reajuste en los cargos directivos de modo que no queden sino hombres de absoluta confianza y lealtad".[34] El nombramiento de Oromí significaba que el aparato burocrático destinado a definir la política cultural estatal comenzaba a ser gestionado por una figura cuya experiencia estaba asociada a la maquinaria de la propaganda del régimen. Si contraponemos las figuras de Antonio Castro y de José Castiñeira de Dios (quien ocupó el cargo de director de Cultura entre 1950 y 1952) con la de Oromí, podemos percibir el cambio con mayor nitidez. Aun cuando figuras menores, los antecedentes profesionales de Castro y de Castiñeira de Dios remitían al ámbito cultural; no era éste el caso de Oromí. Como veremos en el próximo apartado, la llegada de Oromí coincidió también con la pérdida de dinamismo y "neutralidad" de la burocracia cultural.

33. Véase M. Plotkin, *Mañana,* p. 126. Sobre su labor en la Subsecretaría de Informaciones, véase M. Gene, *Un mundo*, especialmente capítulo 1.

34. Resolución del Ministerio de Educación, 6 de junio de 1952, Archivo Biblioteca Nacional. La orden dictaminaba además que la Dirección de Cultura debía "intensificar su acción de difusión de la doctrina justicialista mediante la voz de los intelectuales argentinos". Si bien este objetivo no se llevó a cabo –la mayoría de las elites cultas estaban en contra del gobierno y no iban a cambiar de posición por un acto de voluntarismo estatal–, el propósito motivó la progresiva pérdida de autonomía administrativa y dinamismo de las dependencias que conformaban la Dirección de Cultura. Primero se les prohibió difundir sus propias noticias y dar conferencias sin previa autorización; luego fueron exentas de la capacidad de dar a conocer sus propias publicaciones y de dirigirse directamente a otras reparticiones del Estado, atribuciones que se volvieron privativas del ministro de Educación o de su oficina de Prensa y Difusión. Paralelamente la Subsecretaría de Informaciones de la Nación comenzó a ocuparse de iniciativas que incumbían previamente a la dependencia cultural, como las funciones de teatro para niños, mostrando la estrecha vinculación que comenzaba a gestarse entre cultura y propaganda, véase *La Prensa*, 11 de diciembre de 1953, p. 4. En 1954 tuvo lugar un hito de la acción cultural del gobierno peronista como fue la organización del Primer Festival de Cine de Mar del Plata (1954). No fue la Dirección de Cultura la encargada de esta tarea sino la dependencia que dirigía Apold. Esto parece indicar que, contrariamente a lo que había sucedido hasta entonces, los eventos culturales comenzaban a integrarse al repertorio de la propaganda oficial. En los años previos, si bien las acciones que promocionaba la burocracia cultural estaban cargadas de "significados políticos" porque garantizaban, como advierte Anahí Ballent, "la presencia popular en la calle", "una vida cuyo desarrollo no se limitaba a la frecuentación alternada de los espacios de la subsistencia, es decir los del trabajo y la vida doméstica", no había una correlación inmediata entre cultura y propaganda. A. Ballent, *Las huellas de la política*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 2005, p. 252.

A pesar del evidente giro autoritario que se dio en la década del 50, sería equivocado concluir que en ese contexto se agotaron todas las iniciativas tendientes a la cooptación. Esto se puede observar en los esfuerzos oficiales por promover los premios de la Comisión Nacional de Cultura. En 1951, el gobierno aumentó el monto recibido por el premio de la Comisión Nacional de Cultura de 15.000 a 40.000 pesos. Instauró además doce nuevos galardones nacionales a investigaciones académicas y textos literarios, e instituyó una serie de distinciones regionales. Inició también un programa de becas para intelectuales americanos, con el fin de estudiar e investigar en el país. La intención del Estado era atraer a los intelectuales y, al mismo tiempo, convertirse en un agente productor de valor cultural. La instauración de nuevos premios culturales en paralelo a la intervención de las academias remitía a aquello que caracterizamos como un rasgo del régimen peronista: la convivencia de estrategias estatales irreconciliables con respecto a la inteligencia. Los esfuerzos, como era de esperarse en tal contexto, fueron vanos. Para ser escogido como ganador había que inscribirse. En 1955 el gobierno volvió a aumentar el monto de las distinciones nacionales a 60.000 pesos y cambió su reglamento porque en muchos de ellos no había habido ninguna presentación.[35] En las nuevas bases se derogó la obligatoriedad de la publicación oficial del trabajo ganador. El régimen aceptaba tácitamente su escasa legitimidad para distribuir prestigio en el campo intelectual: estimaba que sólo exentos del deber de publicar en la editorial oficial los intelectuales se presentarían a la competencia.[36]

La burocracia cultural

El proyecto del régimen peronista de expandir la burocracia cultural y las capacidades estatales en el área debe ser sujeto a una periodización, no sólo con relación a los ánimos que lo dominaban, sino también en cuanto a la importancia que se le asignaba a ese objetivo. Nuevamente, a partir de comienzos de la década de 1950 se puede registrar un giro en la política pública, ya que en ese momento tuvo

35. Para evaluar la importancia económica del premio, se puede tomar como ejemplo el sueldo de un maestro que recién se iniciaba en la docencia, que era de 300 pesos.

36. El despojo del premio de la Comisión de Cultura a Ricardo Rojas en 1946, que veremos en el próximo capítulo, hizo que durante el peronismo los premios oficiales perdieran legitimidad.

lugar un repliegue de los esfuerzos. El corte se manifestó con nitidez en el plano económico. La creación de la Subsecretaría en 1948 implicó un aumento notable de las partidas para cultura, lo que puede ser leído como un signo de compromiso del gobierno con el proyecto. El presupuesto para el área se triplicó, pasando de 1.355.500 pesos a 3.817.000 pesos.[37] Las cifras representaban un salto claramente mayor al que dio el gasto público real en su totalidad, que creció en el período que va desde 1947 hasta 1948 en aproximadamente un 40% para luego estacionarse. Proporcionalmente, el incremento destinado a sostener la nueva burocracia cultural era también mayor a aquel que fue considerado "el principal motor de las inversiones estatales": el gasto en defensa, que se expandió en ese período en un 60%.[38] En 1950, en cambio, el camino del presupuesto para cultura fue el inverso: se recortaron en un tercio las partidas presupuestarias. Si bien esto último reflejaba la crisis económica por la que atravesaba el país, que obligaba al gobierno a disminuir el gasto público, el recorte en cultura era mayor al que se daba en otros ámbitos. De acuerdo con las estadísticas provistas por Pablo Gerchunoff y Lucas Llach, medido en precios constantes, el gasto público se redujo entre 1950 y 1953 en un 23%. La disminución de las asignaciones presupuestarias se manifestó en la disolución de la Comisión Nacional de Folclore, la Junta Nacional de Intelectuales y la Comisión de Cultura a finales de 1954. Según la justificación oficial, la intención era centralizar la acción cultural estatal en una sola dependencia, pero poco después, al ordenarse que se congelaran los nombramientos de personal, fue evidente que lo que se buscaba era disminuir los gastos.[39]

El recorte de los esfuerzos no sólo fue económico, sino que también se expresó en cuestiones que atañían a la gestión de la burocracia estatal. En julio de 1950 se transformó la Subsecretaría en Dirección Nacional de Cultura.[40] El funcionamiento de la Dirección de Cultura

37. Véase detalle en decreto 1709, 24 de enero de 1949, incorporado al *Boletín del Ministerio de Educación*, N° 13, enero de 1949.

38. Estos datos están calculados sobre la base de una tabla de gasto público real reproducida por P. Gerchunoff y L. Llach, *El ciclo de la ilusión y el desencanto. Un siglo de políticas económicas argentinas*, Buenos Aires, Ariel, 2003, p. 179.

39. Decreto N° 25.090, *Boletín de Comunicacones del Ministerio de Educación*, N° 307, 8 de enero de 1954.

40. La transformación en la burocracia se dio en el contexto de un recambio ministerial. Ivanissevich debió renunciar por aparentes desentendidos con Eva Perón, e ingresó un nuevo ministro de Educación: el médico Armando Méndez de San Martín

no se reglamentó hasta enero de 1954. Este último dato no es menor; por el contrario, puede ser interpretado como un signo de la poca importancia que se le asignaba a la nueva dependencia y como una vuelta atrás en la ampliación de la burocracia cultural que siguió funcionando por inercia. Como en otros ámbitos de la política pública del peronismo, los recortes fueron a contramano de lo que sucedía en el terreno de la legislación. La reforma constitucional de 1949 estipuló expresamente la responsabilidad estatal en "la protección y fomento de las ciencias y las artes".[41] El texto constitucional imponía, por lo tanto, la necesidad de que la Dirección de Cultura (el órgano estatal destinado a definir la política cultural del Estado) estuviera llamada a jugar un rol importante en la consecución de las nuevas responsabilidades. No obstante, sin un programa y un reglamento definidos, la Dirección de Cultura se ocupó sólo esporádicamente de las exigencias establecidas por la Constitución proclamada en 1949 y retomó las iniciativas culturales que se habían originado en los años anteriores, pero con un presupuesto y un entusiasmo más modesto.[42]

Es necesario aclarar que los recortes no pasaron inadvertidos para aquellos que estaban a cargo de la gestión de las dependencias que formaban parte de la Dirección de Cultura. El director del Museo de Bellas Artes, Juan Zoochi, se quejó de no haber logrado cumplir el objetivo cardinal de su gestión: la construcción de un nuevo y moderno edificio para el museo. En dos cartas, la última de julio de 1951, Zoochi le reclamó a Perón el incumplimiento de la promesa que le había hecho en 1947, por lo que el museo continuaba funcionando en una casa tan "inadecuada como ineficiente", recordándole además que tal descuido no era digno de un régimen como el peronista.[43] En términos similares se expresó el director de la Biblioteca Nacional, Gustavo Martínez Zuviría, quien en una carta al director de Cultura fechada el 22 octubre de 1951 resumió la "urgencia" de la construcción de un nuevo edificio afirmando que "dentro de poco tiempo [la biblioteca] no podrá guardar ordenadamente ni un solo libro más".[44] El alarmista comentario de Martínez Zuviría revelaba la frustración del director: sus problemas no sólo no eran atendidos sino que éstos se habían exacerbado en virtud del decreto de economías de 1950 y por el pedido concreto del entonces subsecretario de Cultura, José Castiñeira de Dios, que la biblioteca rebajara sus gastos en un 10%. Otro dato revelador en este sentido está vinculado a la suerte de las propuestas que fueron incluidas en el Segundo Plan Quinquenal (1952). El plan se hizo eco del artículo constitucional sobre la cultura e incluyó en su desarrollo una sección con una variada lista de proyectos que debían ser llevados adelante por el Estado. Se estipulaba, por ejemplo, que el Estado se debía abocar al fomento de las publicaciones de bajo costo, al rescate y la difusión del patrimonio artístico. Estas iniciativas tampoco fueron puestas en marcha.

En 1954, cuando finalmente se reguló el funcionamiento de la Dirección de Cultura, se estableció que el objetivo de la institución era "despertar, elevar el sentido estético del pueblo, con el fin de *crear un ambiente de buen gusto* que permi[tiese] el nacimiento de las vocaciones".[45] Si comparamos estos propósitos con los que debían inspirar a la Subsecretaría de Cultura, podemos percibir un cambio en los objetivos generales de la burocracia cultural: el gobierno abandonaba explícitamente las políticas dirigidas a los "productores culturales". Radicaba allí la aceptación de un fracaso: el de cooptar a los intelectuales y el del intervenir sobre el campo intelectual. Lo cierto es que la inestabilidad institucional fue la nota distintiva de la gestión de la Dirección de Cultura en los últimos

quien había ejercido hasta entonces el cargo de director de la Asistencia Social. El joven poeta José Castiñeira de Dios asumió como director de Cultura. El período en que Méndez de San Martín fue ministro se caracterizó por el avance de la peronización en la educación pública (particularmente con el cambio de los libros de texto) y por un creciente nivel de conflictividad entre el Estado y la Iglesia. Véase M. Plotkin, *Mañana*, pp. 162-208.

41. El artículo constitucional establecía además criterios para determinar aquello que constituía el patrimonio cultural de la nación, incluyendo en éste todas "las riquezas artísticas e históricas", y dictaminaba que éstas quedarían sujetas a la "tutela del Estado". El preámbulo incorporaba además un alegato a "promover la cultura nacional". Véase J.C. Avanza, *Los derechos de la educación y la cultura en la Constitución argentina*, La Plata, Ediciones de Biblioteca Laboremos, 1950.

42. Como excepción a esta falta de dinamismo, debe destacarse la megaexposición "La pintura y la escultura argentinas de este siglo" presentada entre octubre de 1952 y marzo de 1953 en el Museo de Bellas Artes. Véase A. Giunta, *Vanguardia*.

43. AGN, Fondo Documental de la Secretaría Técnica de la Nación, Legajo 137. Un dato sorprendente y revelador al mismo tiempo es que, para dirigirse a Perón, Zoochi envió la misiva como parte de la campaña "Perón quiere saber" realizada en 1951. En ésta se convocaba a la población en general para que hiciera llegar sus propuestas para integrar el Segundo Plan Quinquenal. El hecho de que el director del museo usara un canal de comunicación destinado a los sectores civiles para acceder al Ejecutivo es revelador de la autorrepresentación que él mismo hacía de su propio lugar e influencia dentro de la estructura burocrática del gobierno.

44. Libro de Correspondencia Biblioteca Nacional 1951, t. I.

45. De este objetivo se desprendía que no estaba en el horizonte del régimen la revaloración sin reservas de la cultura popular.

meses. En julio de 1955 Oromí fue reemplazado por el profesor Enrique Catani, director de la Escuela Superior de Bellas Artes Eva Perón y titular de la cátedra de Literatura Argentina en la Facultad de Humanidades de la Universidad de Buenos Aires, de la cual también era vicedecano. Casi es redundante en este caso afirmar que los recurrentes cambios de personal implicaron la imposibilidad de institucionalizar políticas y reglas de juego. Catani prometió, como todos sus antecesores en el puesto, planes fundacionales, pero, una vez más –aunque por razones distintas–, no pudo llevar adelante sus proyectos. La Revolución Libertadora abortó los propósitos de este profesor universitario.

Una cultura metropolitana para el pueblo

Como se vio hasta aquí, la reforma burocrática del área cultural encarada por el peronismo tuvo éxitos muy escasos. La inestabilidad institucional fue un signo visible de la profunda brecha entre los pomposos enunciados y los resultados concretos: en una década la política cultural fue dirigida por cinco figuras distintas, y cambió tres veces de ordenamiento administrativo. Es evidente que los objetivos iniciales de la primera reforma fueron progresivamente abandonados y que hubo una obvia periodización, tanto en los esfuerzos desplegados en la creación de esta burocracia como en el tipo de relación que se intentó entablar con la intelectualidad. Esto se refleja en el inicial aumento y el posterior recorte de los recursos económicos que el Estado dispuso para la gestión de la cultura y en los ánimos dispares que primaron antes de 1950 y después de esta fecha en cuanto a qué tipo de estrategia desplegar con la intelectualidad (cooptación, censura y confrontación).[46] La incapacidad de materializar los objetivos gubernamentales durante el régimen peronista no fue exclusiva de la política cultural y la literatura da cuenta de un número importante de ejemplos al respecto.[47] No obstante, la descripción de la gestión cultural del peronismo sería incompleta si no evaluamos la política cultural del Estado en torno a aquellos a quienes éste identificaba como consumidores de cultura.

46. La periodización reproduce casi fielmente los ciclos económicos del peronismo que van de la expansión a la crisis y a la disminución generalizada de presupuestos. Véase P. Gerchunoff y L. Llach, *El ciclo*, pp. 181-242.

47. Véase, por ejemplo, K. Ramacciotti, *La política sanitaria del peronismo*, Buenos Aires, Biblos, 2009.

Como se mencionó en párrafos anteriores, a la hora de crearse la Subsecretaría, había dispuesto que su labor debía orientar no sólo hacia los intelectuales, sino también hacia el público en general y aquí los esfuerzos estatales tuvieron mejor acogida.

Con un afán primordialmente distributivo, no exento de preocupaciones "civilizadoras", la Subsecretaría se abocó desde un principio a hacer posible el consumo de alta cultura a la mayor cantidad de público. A tan sólo días de ser inaugurado, el nuevo organismo estatal dispuso la consecución de un "plan integral de política cultural", el que debía ser diseñado por la Comisión de Cultura.[48] Varias y con suertes dispares fueron las actividades del gobierno programadas por este plan. Entre ellas, cabe resaltar la del Tren Cultural. La Subsecretaría ordenó la creación de una especie de centro cultural itinerante que tenía como misión recorrer el país acercando "la cultura" a las poblaciones alejadas. Éste debía trasladar conjuntos teatrales y artísticos, orquestas, exposiciones pictóricas, escritores y libros, y acercarlos al interior. Enseguida, el proyecto fue presentado como política central de la nueva administración, que en un principio no escatimó esfuerzos para llevarlo a cabo.[49]

Paralelamente, se sumaron otras políticas que tenían el mismo "afán democratizador" que se le quería dar a la nueva agencia estatal. La Comisión de Bibliotecas Populares dependiente de la Subsecretaría acusó un dinamismo extraordinario, entre otras cosas porque se aumentaron sus partidas notablemente (de 1.309.935 pesos en 1946 pasó a tener 3.578.865 en 1947).[50] Al mismo tiempo se organizó un programa de conferencias y audiciones radiofónicas, un plan de difusión del teatro en el interior con dos elencos que recorrían el país, un programa de teatro para niños de los hogares obreros, se creó una orquesta de música popular y en julio de 1949 se ordenó la institución de un gran certamen nacional de teatro vo-

48. Decreto 11.415, 22 de abril de 1948, *Boletín del Ministerio de Educación*, N° 4, abril de 1948, p. 1058.

49. Se contrató a un director artístico francés (Andrés Gardes) para el diseño de los vagones y se designó el personal. Castro comenzó a recorrer el país en jornadas previas a la inauguración del tren para difundirlo. Sin embargo, el entusiasmo inicial pronto pereció, el tren no llegó a materializarse y en 1950 la idea fue abandonada.

50. La Comisión de Bibliotecas era la única dependencia de la Subsecretaría de Cultura que tenía un presupuesto independiente de las partidas de ésta. Véase F. Fiorucci, "La cultura, el libro y la lectura bajo el peronismo: el caso de la Comisión de Bibliotecas Populares", *Desarrollo Económico*, vol. 48, N° 192, enero-marzo de 2009.

cacional.[51] El certamen, que tuvo mejor suerte que otras iniciativas del gobierno, se inspiraba en el intento de fomentar la labor de los grupos teatrales en el interior del país, "raramente visitados por compañías teatrales", atentos además a que "tales cuadros constituyen núcleos experimentales de los que surgirán nuevas personalidades para incorporarse a la escena nacional". El proyecto extendía los beneficios del subsidio estatal a un grupo hasta entonces exento de ellos. El Estado no imponía un "contenido rector" de "una" política cultural –como sucedía con la idea de un tren que desde el centro se dirigía a la periferia– sino que fomentaba un espacio por donde discurría la espontaneidad creativa del pueblo.

La resolución que establecía la creación del concurso mencionada estipulaba que "el apoyo a dichas manifestaciones artísticas [las vocacionales] ocupan un lugar de preferencia dentro de las actividades planificadas por esta Subsecretaría".[52] Tanto es así que el fomento a la práctica del arte vocacional puede ser identificado como un contenido recurrente de la política cultural durante todo el período, incluso luego de que se recortaran las partidas presupuestarias.[53] Entre las acciones que formaron parte de esta iniciativa se pueden mencionar la inauguración de un Salón de Artes Plásticas para el Magisterio, de un Salón Nacional para Estudiantes de Artes Plásticas o aquellas que proveían medios a los grupos vocacionales para manifestarse. En el Teatro Cervantes se creó una Sala Argentina con la idea de que los grupos del interior pudieran llegar a Buenos Aires a realizar presentaciones. La Subsecretaría también cedió salas gratuitamente a distintos grupos teatrales y numerosos coros recibieron subsidios.[54] La democratización era entendida en

51. Hubo experimentos anteriores a este tipo de certámenes en el ámbito privado organizados por compañías teatrales o por publicaciones. Véase N. Mazziotti, "*Bambalinas*: el auge de una modalidad teatral-periodística", en D. Armus, *Mundo urbano y cultura popular*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990, p. 86. El dato innovador del peronismo no es sólo que este tipo de concursos fuera organizado por el Estado sino su grado de apertura hacia el interior.

52. *Boletín del Ministerio de Educación*, N° 17, julio de 1949.

53. Cuando se recortaron las partidas presupuestarias la Dirección de Cultura transformó el Tren Cultural en más humildes fiestas provinciales de cultura, no obstante continuó con los concursos vocacionales.

54. Resolución del 21 de marzo de 1949 brindando a los conjuntos vocacionales de teatro salas gratuitas de la Subsecretaría, *Boletín del Ministerio de Educación*, N° 15, marzo de 1949. También se auspiciaron las actividades culturales de la Confederación General del Trabajo (CGT).

un sentido amplio: no sólo se trataba de difundir manifestaciones culturales entre grupos normalmente imposibilitados de acceder a grandes públicos y operar así sobre la sensibilidad del pueblo, sino también de proporcionar a aquellos con inquietudes artísticas los medios para realizarlas. El apoyo a la actividad vocacional borraba implícitamente la distinción entre productores legítimos y aficionados del arte e inclinaba al gobierno no hacia la subvención de la búsqueda de la excelencia artística sino, más bien, a fomentar el arte como un pasatiempo para las masas. Esto alimentaba el mencionado conflicto entre las figuras menores y las consagradas. El Estado daba a los profesionales del arte un motivo extra para sentir su legitimidad amenazada. El auspicio de un teatro consumado por practicantes *amateurs* podía ser interpretado como un rebajamiento de esta actividad, como una forma más de intervenir sobre las jerarquías internas al propio campo. El contraste era evidente para sus protagonistas: mientras se seguía organizando religiosamente el Certamen de Teatro Vocacional, los actores se quejaban al gobierno del desempleo generalizado en el sector.[55]

¿Realmente implicaba el fomento de las vocaciones por parte del régimen peronista una revalorización de un *arte del pueblo para el pueblo*? ¿Suponía el fin de toda distinción entre arte y artesanía? La proclama de que la legitimidad cultural era finalmente improcedente y tan sólo sujeta a dispositivos institucionales, ¿negaba toda legitimidad a una práctica profesional del arte y la cultura? ¿Era un intento sutil por producir un reordenamiento total del campo cultural?[56] Si bien podemos detectar durante el peronismo tanto políticas como discursos ambiguos en relación con este interrogante, es posible concluir que no estuvo en el horizonte del peronismo revocar las jerarquías culturales. Observemos por ejemplo el caso de la pintura. Por un lado, el ministro de Educación afirmaba la improcedencia de las jerarquías culturales al abrir el Salón del Magisterio: en "este Salón no hemos necesitado hacer la separación de lo que en otro lado hubimos de hacer entre lo normal y lo patológico. Aquí todo

55. La queja del sector se puede leer en una carta enviada por el Sindicato del Teatro. Legajo 215, FST, ANG. Es necesario aclarar que el peronismo trajo aparejadas nuevas oportunidades laborales para los actores dado el impulso otorgado al cine. También se lograron ciertas conquistas como la construcción de la Casa del Teatro.

56. Para un breve análisis de la relación entre alta y baja cultura, véase C. Benzecry, "Jerarquías culturales y jerarquías sociales", en C. Altamirano, *Términos críticos de la sociología de la cultura*, Buenos Aires, Paidós, 2002, pp. 158-161.

es normal".[57] El contrapunto que tenía Ivanissevich era el Salón de Artes Plásticas donde participaban los pintores profesionales, el cual había inaugurado poco antes. Según el ministro, mientras el primero de los salones podía ser mirado con "ojos de amor y estímulo", el segundo debió ser cuidadosamente inspeccionado por el jurado antes de ser presentado al público para delimitar –apelando a un lenguaje que le era familiar– "el límite entre lo normal y lo enfermizo".[58]

Ivanissevich se refería concretamente a su exhortación al jurado para que retirase el cuadro de Emilio Pettorutti, *Sol en ángulo*, exigencia que el jurado rechazó. En la ocasión el ministro se expresó en contra de la "nefasta manía del cubismo, del futurismo, del fauvismo y del surrealismo", y concluyó que "entre los peronistas no caben los *fauvistas* y menos los cubistas". Este discurso permitió a la oposición establecer paralelos con el nazismo dado que recordaba en muchos sentidos al texto de la exposición del arte degenerado, aun cuando no fuera un texto antisemita. Las palabras del ministro no sólo parecían sugerir que el gobierno prefería el arte producido por el pueblo –al que le otorgaba en su discurso mayor legitimidad– sino también que auspiciaba una estética realista. Sin embargo, como observa Andrea Giunta en un cuidadoso estudio, el peronismo no tuvo mayor injerencia en las artes plásticas y no favoreció una escuela artística sobre otra. No se produjeron quemas, confiscaciones ni proscripciones. Además, mientras Ivanissevich aborrecía el arte abstracto, otro director de un museo nacional como Ignacio Pirovano (Museo de Arte Decorativo) coleccionaba ese arte.

La abstracción tampoco fue extirpada (como había aconsejado Ivanissevich) de las exhibiciones realizadas con el auspicio oficial. Por el contrario, en 1949 algunas de las exposiciones más relevantes del período estuvieron dedicadas al arte abstracto como *De Manet a nuestros días* y la específicamente denominada *Arte abstracto*.[59] Incluso un tiempo después, el Ministerio envió instrucciones a los establecimientos de enseñanza pública –los cuales estaban obligados a visitar los salones de arte– sobre cómo los maestros debían orientar

57. Discurso de Ivanissevich de inauguración del Primer Salón de Artes Plásticas del Magisterio, 4 de octubre de 1948, reproducido en *Boletín del Ministerio de Educación*, N° 10, octubre de 1948, p. 4035.

58. Discurso pronunciado por Oscar Ivanissevich en el acto inaugural del XXXVIII Salón de Artes Plásticas, 21 de septiembre de 1948. Para una discusión, véase A. Giunta, *Vanguardia*, pp. 66-67.

59. Sobre los avatares del arte abstracto bajo el peronismo, véase A. Giunta, *Vanguardia*, pp. 45-76.

a los alumnos a la hora de apreciar una pintura. En ellas se instaba a que "frente a determinadas formas o escuelas artísticas [el docente] deberá explicar que el arte no es, simplemente, la reproducción exacta, mecánica, material de la Naturaleza".[60] Además, el Estado seguía abonando la idea de que existía una cultura superior que era la que debía llevarse del centro a la periferia, hasta llegar incluso a afirmar que la divulgación de lo popular era necesaria para cooptar a las masas y comenzar un proceso de educación de sus gustos. Al asumir, Castro citó las palabras de Perón: "La vulgarización de nuestra cultura deber servir como elemento espiritual para captar a las masas de emigrados, facilitando por esa vía generosa la absorción".[61] El proyecto era, en el decir de uno de los editorialistas de la revista de teatro *Talía*, "acercar la cultura al pueblo; educarlo por medio del arte, *pulir sus imperfecciones* y hacer que pueda asimilar las obras superiores de los creadores de la cultura".[62] Es inherente al objetivo de la democratización cultural la jerarquización. Este propósito se basa en la visión de que hay una cultura legítima y en que lo que se busca es diseminar su acceso. En consecuencia, *el pueblo aparece como un sujeto a ser renovado*, donde las prácticas de la cultura popular no tienen valor artístico o estético. Es importante observar que ni la radio ni el cine fueron parte de los proyectos activos de la Subsecretaría o de la Dirección de Cultura. Las políticas que involucraban a estos medios fueron parte de la gestión de la Secretaría de Informaciones Públicas. Es probable que esta distribución institucional de tareas abonara una mirada tradicional y/o conservadora sobre las prácticas artísticas donde el cine y la radio difícilmente podían entrar en la misma categoría que el teatro, por ejemplo.

La creación por parte del Ministerio de Educación de las denominadas "Misiones monotécnicas" (1947), que tenían entre otros el rol manifiesto de "irradiar cultura" a las comunidades rurales, nos ofrece un ejemplo acabado de cuál era finalmente la visión del

60. En esta obligación se hacía manifiesta la voluntad de educar al público para que pudiera "gozar" de los bienes expuestos en un museo. Resolución del 12 de junio de 1953 del Ministerio de Educación, *Boletín de Comunicaciones del Ministerio de Educación*, N° 277, junio de 1953.

61. "Discurso de Antonio P. Castro al asumir el cargo de presidente de la Comisión Nacional de Cultura", *Boletín del Ministerio de Educación de la Nación Argentina*, año II, N° 16, abril de 1949.

62. M. Ronzitti, "2° Plan Quinquenal y Teatro", *Talía*, N° 1, 2 y 3 septiembre, noviembre, diciembre de 1953, citado por Y. Leonardi, "Espectáculos y figuras populares en el circuito teatral oficial durante los años peronistas", mimeo, p. 3.

gobierno del grado de desarrollo cultural del pueblo.[63] El Estado proyectaba lo popular como una esfera de actividad creativa, pero no un espacio –como era postulado por el romanticismo– de "una autenticidad o verdad que no se hallaría en otra parte".[64] "Hasta en el pueblo más lejano" llegaba ahora el arte, proclamaba la revista *Mundo Peronista*. "Hasta *donde jamás* llegó un signo de la cultura metropolitana" llegaba un concertista que, en el relato de la revista, provocaba una reacción nueva y desconocida para una familia que vivía en el monte.[65] El mencionado concertista podía ser un ignoto profesor de piano –y es probable que lo fuera–, lo que importaba es que venía como mensajero de la cultura metropolitana, de aquello que era presentado como un ideal. Guillermo Palacios observa que las misiones culturales introducidas en 1923 con el objetivo de actualizar el México rural, al querer difundir elementos de la cultura urbana, reforzaban "la representación de la inferioridad del grupo agrario, de su limitada capacidad para manejar los ingredientes de ese nuevo conjunto de gustos, normas y prácticas que significaban el progreso y la modernidad, ante los cuales eran necesariamente infantiles y torpes practicantes".[66] Esto mismo no era ajeno a los afanes democratizantes que subyacían en la gestión cultural del peronismo.

Cuando Perón decía que la "cultura si no es popular no es cultura", no proponía un rescate sin cortapisas de las tradiciones populares, ni proveer aquello que era parte del "gusto ya existente".[67] Se refería en forma expresa a la necesidad de "borrar tantas décadas de

63. Las misiones empezaron a funcionar en 1947 y tenían el propósito de "educar al campesinado rural". No sólo se les enseñaban técnicas agrícolas, artesanía, nociones de economía, sino que también se organizaban una biblioteca y una discoteca.

64. Véase J. Martín-Barbero, *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*, México, Gilli, 1988, p. 18. Los escritores que se afiliaron al peronismo tampoco vieron en "lo popular" un lenguaje para operar un cambio en lo literario. Véase Andrés Avellaneda, *El habla de la ideología*, Buenos Aires, Sudamericana, 1983, p. 22.

65. "Hasta en el pueblo más lejano", *Mundo Peronista*, N° 9, 15 de noviembre de 1951, p. 1.

66. G. Palacios, *La pluma y el arado. Los intelectuales pedagogos y la construcción sociocultural del "problema campesino" en México, 1932-1934*, El Colegio de México, 1999, p. 71.

67. J.D. Perón, citado por F. Chávez, *Perón y el peronismo en la historia contemporánea*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1984, p. 219. Para una discusión teórica sobre los términos *cultura, cultura popular, cultura de masas*, véase C. Altamirano, *Términos críticos*.

olvido [...] y *capacitar* a las masas para que se *ilustren* en todo lo posible, poner a su alcance los medios más comunes y elementales de estudio [...] *y lograr por ese medio su elevación cultural*".[68] La misma estructura burocrática de la Subsecretaría de Cultura, centralizada en la Capital Federal, respondía a una implícita jerarquía entre la cultura urbana ("metropolitana") y la del interior. Subrayaba la distancia entre un "mundo" (el de la ciudad) que podía "irradiar cultura" –utilizando el lenguaje del régimen– y uno que debía recibirla. El peronismo abrevó en un tópico clásico de la intelectualidad latinoamericana que en la Argentina había tenido su elaboración más acabada en Domingo F. Sarmiento: la ciudad como foco civilizador.[69] Asimismo, a la hora de interpretar el apoyo a las vocaciones no debe descartarse una estrategia de recambio: el Estado buscaba crear sus propios cuadros artísticos.[70] Esto no implicaba un desafío a las jerarquías culturales sino un intento por reproducirlas y, en consecuencia, las reafirmaba. En 1954, el gobierno hizo manifiesta esta aspiración al afirmar que "el Estado toma a los sujetos mejor dotados y les ofrece enseñanza artística por intermedio de sus academias e institutos. De ahí surgirán los artesanos del arte y los artistas". La voluntad de recambio debe relacionarse con las dificultades del peronismo para lograr apoyos en la familia intelectual. Resignado, el régimen comienza a barajar la posibilidad de crear sus propios cuadros intelectuales y artísticos.

Por todo esto sería equivocado pensar que el contenido de cultura que se promovía en esos años desde la institución aquí estudiada delineaba una estética estatal exclusivamente centrada en el color local y en lo popular. Si ciertas iniciativas –la fundación del Instituto del Folclore, la institución de un día para celebrar la tradición (1948) o la creación de una orquesta de música popular– abonan esta hipótesis, otras la desmienten, como la creación de la Orquesta Sinfónica o la organización de puestas teatrales de obras clásicas como la representación de *Electra* de Sófocles en las escalinatas de la Facultad

68. Para las distintas alocuciones de Perón sobre la cultura, véase J.D. Perón, *La cultura a través del pensamiento de Perón*, Buenos Aires, Presidencia de la Nación, Secretaría de Prensa y Difusión, 1954.

69. Para una discusión sobre el "ideal urbano" en América Latina y su relación con la cultura letrada, véase Á. Rama, *La ciudad letrada*, Montevideo, Arca, 1995.

70. Según Luis Ordaz, el apoyo del peronismo al teatro vocacional se explicaba por su conflicto con el teatro independiente liderado por figuras opositoras como la de Leónidas Barletta. L. Ordaz, *El teatro en el Río de la Plata*, Buenos Aires, Leviatán, 1957.

de Derecho.[71] El famoso decreto que determinaba que debía pasarse un 50% de música nacional en las salas de espectáculos estaba basado en consideraciones económicas (proteger a la corporación de músicos e intérpretes) y sólo secundariamente invocaba motivos nacionalistas.[72] La misma orquesta de música popular delimitaba claramente que lo popular era toda aquella música consumida por el pueblo, aun la extranjera. Las menciones del discurso político al fomento de una cultura nacional, por ejemplo, la expresa intención del Segundo Plan Quinquenal de desarrollar la cultura artística con preponderancia del acervo nacional, se superponían con otras que afirmaban la universalidad de los valores culturales. "No tenemos la pretensión de seguir pensando en las ondas etéreas e inalcanzables de una cultura ideal", afirmaba Perón, pero ahí mismo admitía que "sí tenemos la pretensión de ir poniendo ladrillo sobre ladrillo hasta alcanzar las alturas etéreas e inalcanzables de ese arte ideal perseguido por la humanidad durante siglos".[73]

Esta falta de acento, al menos en forma exclusiva, en la cultura popular y en lo que comúnmente se asocia con lo nativo también se dio en otros capítulos de la producción cultural promovida por el régimen. Emilio Bernini describe un grupo de películas que se produjeron bajo el peronismo como caracterizadas por "la transposición de lo culto": la traducción al lenguaje cinematográfico de la literatura europea del siglo XIX.[74] Entre otros el cine del período filmó a Gustave

71. En 1948 se instituyó por decreto el 10 de noviembre como día de la tradición, aniversario del nacimiento de José Hernández. En el caso del teatro la situación parece haber sido heterodoxa: al mismo tiempo que se desplegaban importantes esfuerzos para exponer obras clásicas como el mencionado caso de *Electra*, el Estado apoyaba obras de la dramaturgia nacional tradicional asociadas al nativismo, como fueron las espectaculares puestas de *El patio de la morocha* de Cátulo Castillo y Aníbal Troilo (1953). Sobre el teatro bajo el peronismo, véanse Y.A. Leonardi, "Espectáculos y figuras populares", y L. Mogliani, "Principales objetivos de la política cultural teatral del peronismo (1945-1955): hegemonía y difusión cultural", *www.unsam.com*.

72. Decreto 3.371, 31 de diciembre de 1949. El mismo decreto se justificaba apelando a un pedido de las entidades representativas de la industria de la música. Existen testimonios que sugieren que el decreto era asiduamente violado. Véase Legajo 358, Fondo Secretaría Técnica, AGN.

73. *La Prensa*, 22 de diciembre de 1953.

74. Bernini sostiene que este uso del género se debe por un lado al agotamiento del criollismo y, por el otro, a que este último permitía evadir el control estatal sobre el contenido. E. Bernini, "Un cine culto para el pueblo. La transposición como política del cine durante el primer peronismo", *www.unsam.edu.ar/home/material/Bernini.pdf*. Clara Kriger analiza un grupo mayor de películas y recupera zonas importantes

Flaubert (*Madame Bovary*, Carlos Schlieper), a Guy de Maupassant (*La dama del collar*, Luis Mottura), a Henrik Ibsen (*La dama del mar*, Mario Soffici), a Máximo Gorki (*Albergue de mujeres*, Arturo S. Mom), a León Tolstoi (*Celos*, Mario Soffici), a Arthur Schnitzler (*El ángel desnudo*, Carlos H. Christensen) y a Fiodor Dostoievsky (*El jugador*, León Klimovsky).[75] Además, la misma apelación a la tradición (cuando se hacía) no era un elemento novedoso. Como sostiene Alejandro Cattaruzza, la apropiación estatal del gaucho y la consecuente reivindicación de las prácticas culturales folclóricas, la identificación de dicha figura como esencia de la identidad nacional, precedían al peronismo.[76] Basta mencionar, por ejemplo, que el festejo del día de la tradición formaba parte desde 1939 del calendario oficial de la provincia de Buenos Aires y que el Instituto del Folclore antecedía al peronismo.[77] En otras palabras, no debemos confundir programas estatales con símbolos y actividades previamente instaladas en la sociedad, ni es posible concluir la existencia de *una política cultural peronista basada en lo popular*. La literatura sostiene además que los productos típicos de la cultura de masas de esa época, como las transmisiones radiofónicas y los filmes, siguieron más de cerca las lógicas del mer-

de la producción donde resuenan tanto las transformaciones introducidas como el mensaje del peronismo. Es decir que su estudio permite observar que la transposición de lo culto no fue el único principio que guió la producción del período. Kriger sostiene al respecto que, dada la variedad del corpus de películas que se produjeron durante el peronismo, no es posible "plantear hipótesis generalizadoras que intenten abarcarlo en su totalidad". Véase C. Kriger, *Cine y peronismo*, p. 250.

75. Sobre los auspicios al cine, véase N. Girbal-Blancha, *Mitos, paradojas y realidades en la Argentina peronista (1946-1955)*, Universidad Nacional de Quilmes, 2000, pp. 241-254, y C. Kriger, *Cine y peronismo*, pp. 32-108.

76. Para una interesante discusión en torno al proceso que llevó a la apropiación estatal del gaucho, véanse A. Cattaruzza y A. Eujanián, "Héroes patricios y gauchos rebeldes. Tradiciones en pugna", en *Políticas de la historia argentina 1860-1960*, Buenos Aires, Alianza, 2003, pp. 217-262, "Descifrando pasados: debates y representaciones de la historia nacional", en A. Cattaruzza (comp.), *Crisis económica, avance del Estado e incertidumbre política (1930-1943)*, Buenos Aires, Sudamericana, 2001, pp. 426-476. Según Marcela Gené, el peronismo hizo un uso recurrente del gaucho en la iconografía estatal; véase M. Gené, *Un mundo*, pp. 108-116.

77. Varios expedientes del Consejo Nacional de Educación guardados en el Archivo Intermedio del Archivo General de la Nación muestran que los maestros apelaban a repertorios asociados al folclore como vehículo para "acrecentar el sentimiento nacionalista" en el ámbito escolar y demandaban del Estado una mayor inversión en el área. Por ejemplo, en 1946 fue creado por iniciativa de un grupo de maestros un Centro Cultural Folclórico Argentino del Magisterio.

cado que demandas que provenían de la política.[78] Sin embargo, como veremos con más detalle en el capítulo 4, incluso cuando las iniciativas culturales del peronismo tendían a reforzar jerarquías propias de la alta cultura, alimentaron los recelos de la intelectualidad que las asociaban a la vulgarización, al nacionalismo y a lo popular.[79]

¿Cuál fue la suerte de estos intentos oficiales de "acercarle cultura" al pueblo? Aquí entramos en el resbaladizo terreno de cómo evaluar la implementación de las políticas a escala local, precisamente de cómo comprender su impacto. Claramente, la empresa se revela imposible. En primer lugar, por las numerosas complicaciones metodológicas que tal objetivo implica;[80] incluso la dificultad de definir aquello que entendemos por *impacto*. Además, no poseemos una lista exhaustiva de las actividades y de los niveles de asistencia. Pero pese a no poder determinar qué hacían los públicos populares frente al explícito objetivo estatal de "elevar su nivel cultural", es posible conjeturar que las iniciativas de la Secretaría y la Dirección de Cultura con respecto al mundo popular "que llevaron", en palabras de una publicación oficial, "al pueblo de toda la República las expresiones de la plástica, de la música, del teatro", recibieron una acogida de tono positivo.[81] Esto es así porque el consumo de los bienes culturales propios de la denominada alta cultura operaba todavía en esa sociedad como un ideal y era entendido como un mecanismo de distinción.

Si bien el acto inaugural del peronismo –la marcha a la Plaza de Mayo– parecía haber revelado los contornos de un latente conflicto entre doctos y pueblo, expresado en el famoso grito de guerra "¡Alpargatas sí, libros no!", la taxativa arenga se aplicaba a un debate interno al campo intelectual y no a las actitudes populares frente

78. Véase M.B. Karush, "Populism, Melodrama and The Market. The Mass Cultural Origins of Peronism", en M.B. Karush y O. Chamosa, *The New Cultural History of Peronism*, Durham, Duke University Press, 2010, p. 32.

79. Esto sucedió incluso cuando la vocación pedagógica y "civilizatoria" estaba presente en los proyectos de los intelectuales que se quejaban de esos mismos afanes en el peronismo. El ejemplo paradigmático es el del grupo Sur y su política de traducción, que tenía como objetivo entre otras cosas la democratización del consumo y el intento de crear un público lector.

80. Sobre las dificultades metodológicas que implica evaluar programas de apoyo de las artes, véase J. Guetzkow, "How the Arts Impact Communities: An Introduction to the literature on Arts Impact Studies", *http://www.princeton.edu/~artspol/workpap/WP20%20-%20Guetzkow.pdf*

81. Véase Ministerio de Educación de la Nación, *Labor desarrollada durante la primera presidencia del general Juan Perón*, Buenos Aires, 1952. Según estadísticas oficiales, hasta 1951 se habían organizado cuatro mil de estos actos.

a la alta cultura.[82] Son numerosos los testimonios de la época que remiten a una fuerte valoración de la cultura erudita en los sectores populares, incluso cuando era indudable que las prácticas a la que ésta se hallaba asociada, como la lectura, estaban en decadencia frente al auge de la radio, el cine, el fútbol.[83] Entre estos testimonios podemos mencionar las insistentes cartas que el director de la Biblioteca Nacional recibía pidiéndole publicaciones o asesoramiento enviadas, por ejemplo, por una asociación con el sugestivo nombre de Seminario Ilustrado de Mujeres Peronistas. El archivo que guarda las sugerencias realizadas por la población a ser incluidas en el Segundo Plan Quinquenal está plagado de pedidos de apertura de un teatro, una sala cultural barrial o de una misión monotécnica. La ubicuidad de las bibliotecas populares en los barrios es un dato que no puede ser ignorado a la hora de hacer un balance del estatus de la denominada alta cultura en los sectores populares. Incluso, como nos advierten Luis Alberto Romero y Leandro Gutiérrez, aun la escasa actividad de lectura era prueba de tal reputación: el libro era el agente legitimador de esa sociabilidad.[84] La compungida carta de un jefe de correos local, que oficiaba como inspector de la biblioteca popular, quejándose de que "la influencia de la radio y otros entretenimientos ha desplazado la lectura de los hogares campesinos" es uno de los muchos testimonios que nos remiten a dicho prestigio.[85] Es la alarma frente al decaimiento de ciertas prácticas la que nos ilustra sobre su alta valoración. El modelo de unidad básica, fotografiado en *Mundo Peronista,* contaba con un "edificio de irradiación cultural" donde se encontraba la biblioteca y la sala de conferencias. También

82. Durante mucho tiempo el debate entre intelectuales y pueblo fue uno de los temas principales del campo intelectual argentino. Véase C. Altamirano, "Intelectuales y pueblo", en C. Altamirano (ed.), *La Argentina en el siglo XX*, Buenos Aires, Ariel, 1999, pp. 314-324.

83. Sobre el auge de las nuevas prácticas, véase entre otros R. Archetti, "Fútbol: imágenes y estereotipos", en D. Armus (comp.), *Mundo urbano y cultura popular.* Sobre los hábitos de lectura de los sectores populares, véase L.A. Romero, *Libros baratos y cultura popular*, Buenos Aires, CISEA, 1986, y B. Sarlo, *El imperio de los sentimientos*, Buenos Aires, Catálogos, 1985.

84. Según Luis Alberto Romero y Leandro Gutiérrez, la lectura ocupó un lugar subordinado en este tipo de bibliotecas aunque esto no anulaba la importancia del libro y la cultura letrada. Por el contrario, "los libros cumplían una función esencial [...] aglutinante, justificatoria y legitimadora", L. Gutiérrez y L.A. Romero, "Sociedades barriales, bibliotecas populares y cultura de los sectores populares: Buenos Aires, 1920-1945", *Desarrollo Económico*, vol. 29, N° 113, abril-junio de 1989, p. 55.

85. Comisión de Bibliotecas Populares, Expediente 406 Letra B.

afirmaba como su función específica "la formación y la orientación de las vocaciones artísticas de la comunidad".[86]

Por todo esto es posible creer –como lo atestiguan las publicaciones oficiales– que las clases populares aceptaron la invitación a participar de la alta cultura; que, como observa la revista *Mundo Peronista,* fue importante "la afluencia de familias de origen humilde que brindan a sus pequeños la oportunidad de abocarse a espectáculos *de arte de alta jerarquía*".[87] El interior se regocijaba, en las palabras de una lectora de la mencionada publicación, de que "una vez un territorio [nacional] pudo ver por primera vez en su larga vida actuar al elenco del Teatro Colón".[88] Fotos de la época muestran chicos prolijamente vestidos concurriendo a las funciones de teatro.[89] Lo mismo se puede decir del objetivo del desarrollo de las vocaciones. Basta mencionar que el cuarto certamen de teatro vocacional organizado por la Dirección de Cultura contó con 165 conjuntos teatrales.[90] El libro circuló intensamente y su acceso se diseminó en forma notable si tenemos en cuenta un dato como el incremento en el número de lectores en las bibliotecas populares. El ciclo cerró con más 1.600 bibliotecas subvencionadas y congregando a 5.535.521 lectores según estadísticas de 1954. Esto significaba que el peronismo había incorporado un centenar de bibliotecas más al sistema de subsidios patrocinado por la Comisión de Bibliotecas Populares.[91] Algunas de las puestas teatrales organizadas por el Estado convocaron a un público masivo, como fue el caso de la representación de *Electra* que reunió a unas cuarenta mil personas.[92] El diario *La Prensa* dio cuenta del dinamismo de la actividad teatral *amateur* al incluir en su programación las funciones que se desarrollaban en la ciudad.[93] Finalmente, aun cuando las limitaciones de presupuesto recortaron los afanes democratizantes del peronismo, e incluso teniendo en cuenta que estos mismos afanes tendían a reforzar jerarquías culturales y en consecuencia sociales, las clases populares, cuando tuvieron la oportunidad, participaron de las iniciativas culturales oficiales. El peronismo abrevó así *en el más liberal de los proyectos*: educar al soberano.[94] Para esto hizo hincapié en dispositivos propios de la "cultura distinguida" como el libro. El modo en que éstos sectores reprocesaron estas intervenciones queda como interrogante abierto. Es plausible, sin embargo, concluir que contribuyeron a la construcción de la ciudadanía social del peronismo y se unieron como un capítulo más –aunque menor– a la prometida democratización del bienestar ofrendada por el movimiento popular.[95] Nuevamente vemos que, como en otros capítulos de la historia de este gobierno, es en la democratización donde el régimen tuvo, aunque limitados, ciertos éxitos. El Estado reconoció el consumo y la producción (aunque fuese torpe y *amateur*) de cultura como factores fundamentales en el desarrollo de la personalidad y la sociabilidad.[96]

86. *Mundo Peronista*, N° 55, 1 de diciembre de 1953, p. 19.

87. *Mundo Peronista*, N° 18, 1 de abril de 1952, p. 1.

88. *Mundo Peronista*, N° 55, 1 de diciembre de 1953, p. 30. Sobre la labor teatral en el interior, véase L. Mogliani, "Principales".

89. *Mundo Peronista*, N° 18, 1 de abril de 1952.

90. *La Prensa*, 12 de febrero de 1954, p. 6.

91. De acuerdo con cifras de 1954, eran 1.623 las bibliotecas subvencionadas. La incorporación de más de un centenar de bibliotecas en el lapso de menos de una década no es un incremento desdeñable.

92. Véase A. Ballent, *Las huellas*, pp. 243-267.

93. Vale aclarar que la mayoría de estos elencos prefería el repertorio extranjero para desilusión de *Mundo Peronista*, el que descalificaba al teatro independiente como un "arte negativo" por ese motivo; *Mundo Peronista*, N° 31, 15 de octubre de 1952.

Conclusión

Como hemos visto hasta aquí, la reforma burocrática de los primeros tiempos del régimen peronista tuvo éxitos escasos, y vivió un ciclo que fue de la expansión al recorte y de una contradictoria liberalidad a la confrontación. Si bien una serie de cuestiones, entre las

94. Muchas de las iniciativas pedagógicas del peronismo en el terreno cultural y artístico coinciden con las ensayadas por la cultura de izquierda en la Argentina, donde también existió una tensión implícita entre enseñanza y propaganda, entre la voluntad de difundir el arte y cooptar nuevos adherentes. La bibliografía sobre este tema es extensa; véanse, por ejemplo, A. Eujanián y A. Giordano, "Las revistas de izquierda y la función de la literatura: enseñanza y propaganda", en M.T. Gramuglio (dir.), *El imperio realista. Historia crítica de la literatura argentina*, vol. 6, Buenos Aires, Emecé, 2002, pp. 395-415; O. Graciano, *Entre la torre de marfil y el compromiso político.*

95. Sobre la promesa de democratización del bienestar, véase E. Pastoriza y J.C. Torre, "La democratización del bienestar en los años peronistas", en J.C. Torre (comp.), *Los años peronistas*, Buenos Aires, Sudamericana, 2002, pp. 257-312.

96. Es importante notar que el derecho al consumo constituyó una parte integral del lenguaje político del peronismo, que estuvo estrechamente ligado a la idea de justicia social. Véase E. Elena, "Peronist Consumer Politics and the Problem of Domesticating Markets in Argentina, 1943-1955", *Hispanic American Historical Review*, 87 (1), 2007.

que deben ser incluidos los problemas económicos que vivió el régimen a partir de los años 50, contribuyeron al fracaso del proyecto, fue la recepción que la reforma suscitó entre quienes debían ser uno de sus públicos privilegiados y quienes debían además legitimarla (los intelectuales) la razón que más pesó en la suerte fallida de la burocracia cultural.[97] El gobierno quedó demasiado acotado en 1948 cuando los intelectuales más reconocidos del país se retiraron del Teatro Cervantes, dejando claro que cualquier iniciativa que el Estado llevara adelante en el ámbito de la cultura estaba condenada a ser leída como una injerencia interesada y política. A partir de entonces, la intelectualidad argentina se opuso a todos los proyectos del régimen que pretendían legislar sobre el campo cultural. Es importante aclarar que la expansión institucional del Estado sobre el área cultural no siempre se traduce en una afrenta a la autonomía del campo intelectual, ya que ésta supone una expansión del patronazgo y potencialmente puede reforzar las instituciones del campo.

La reforma propuesta por el peronismo coincidió con un clima de época donde varios países habían comenzado a ampliar la burocracia cultural.[98] Entre 1935 y 1943 funcionó en Estados Unidos el primer programa federal de financiamiento de las artes. En Brasil, la constitución establecida por el Estado Novo en 1937 estipuló el deber estatal de contribuir directa e indirectamente en el desenvolvimiento cultural del país, lo que estimuló la fundación de diversas instituciones artísticas, científicas y de enseñanza.[99] En Inglaterra, se otorgó en 1946 estatus legal al Consejo para el Fomento de la Música y las Artes, cuerpo colegiado ideado por John Maynard Keynes.[100] En todos los casos, tales creaciones burocráticas, que institucionalizaban sistemas de patronazgo de las artes, detonaron enconados debates pero lograron sostenerse pues, pese a los reveses iniciales, sumaron el apoyo de intelectuales y artistas. En el caso del peronismo la transformación de la burocracia cultural estaba condenada al fracaso desde sus inicios porque respondía a un esquema jerárquico, en el cual sus objetivos de intervenir y cooptar a la intelectualidad se tornaban incompatibles. ¿En qué medida las lecturas de los intelectuales antiperonistas sobre los ánimos de la gestión cultural eran acertados? ¿Buscaba tan sólo el gobierno *centralizar e intervenir* con las nuevas creaciones burocráticas?, ¿lograr la domesticación de un sector que le era hostil? Si bien no es posible descifrar los fines últimos del gobierno, es evidente que las estrategias que ensayó estaban afectadas por una combinación de torpeza, desconocimiento y ánimos autoritarios. Un gobierno que había sido recibido con el rechazo casi unánime de las clases cultas debería haber cedido más y aumentado las garantías si realmente buscaba el apoyo del campo intelectual. Ante el fracaso de este proyecto, el gobierno optó por una estrategia unilateral, la de la confrontación, alimentando aun más el desentendimiento con los intelectuales.

Los logros del peronismo en el área cultural se vincularon, por lo tanto, a la integración simbólica de la población. El resultado sin embargo fue privilegiar el espectáculo y la fiesta –que insumieron una gran cantidad de recursos– sobre el desarrollo, la modernización y la edificación de nuevos museos, bibliotecas y centros culturales. Esta situación alimentó aun más el conflicto entre las clases cultas y el Estado, y sirvió de justificación a las lecturas más apocalípticas sobre el impacto del peronismo en la cultura. El énfasis sobre el espectáculo y sobre las prácticas vocacionales explica que el peronismo haya quedado asociado a un proyecto cultural de orientación popular, cuando en verdad sus políticas reforzaban las jerarquías propias del campo y abrevaban en el más liberal de los proyectos: educar y reformar al ciudadano.

97. La multiplicación de esfuerzos no puede ser completamente descartada a la hora de explicar el fracaso de la institución aquí estudiada. El ejemplo más notable se da en la ciudad de Buenos Aires, sobre todo a partir de 1952, cuando no sólo se discutieron y concretaron esfuerzos que tenían que ver con la infraestructura de la cultura, por ejemplo la reforma del Teatro San Martín. En éstos no se dio participación a la Dirección de Cultura. La provincia de Buenos Aires tenía su propia versión del Tren Cultural: un camión denominado "Vagón del Arte". Según un folleto, éste tenía como función "acercar el arte y *orientar en el pueblo el sentido del buen gusto*, capacitándolo para la realización de los más modestos menesteres de la vida diaria con el sentido de lo bello". Véase *Vagón del Arte*, La Plata, Ministerio de Gobierno Provincia de Buenos Aires, Dirección de Cultura, 1950, mi subrayado.

98. Para un análisis de casos sobre el avance del Estado hacia la política cultural, véase M.C. Cummings Jr. y R.S. Katz, *The Patron State Government and the Arts in Europe, North America and Japan*, Oxford University, 1987.

99. Véase D. Williams, "Gustavo Capanema, ministro da cultura", en A. de Castro Gomes, *Capanema: o ministro e seu ministério*, Río de Janeiro, FGV, 2000, p. 256.

100. El documento que oficializó esta institución –elaborado por Keynes– fue el primero en reconocer las artes como una responsabilidad estatal permanente. Sobre Keynes y el patronazgo cultural, véase A. Upchurch, "John Maynard Keynes, The Bloomsbury Group and the Origins of the Arts Council Movement", *Internacional Journal of Cultural Policy*, vol. 10, N° 2, 2004, pp. 207-217.

Capítulo 2

Los escritores en los años del peronismo: el caso de la Sociedad Argentina de Escritores

Si bien el régimen peronista tuvo dificultades para relacionarse con los intelectuales, su emergencia impactó notablemente en las dinámicas propias de la vida intelectual. A través de una lectura de lo actuado por la principal agrupación de escritores de la época (la SADE), este capítulo discute la forma en que el peronismo modificó el rol, el espacio y las conductas del intelectual. La mirada sobre la SADE se justifica por la función y el lugar que esa institución ocupó en la vida literaria local, la que la convierte en un punto de observación privilegiado para estudiar la intersección entre el campo intelectual y el político. Aunque ésta no agotaba todo el campo intelectual, era el espacio donde se congregaba en forma voluntaria el mayor número de intelectuales y donde además éstos se proyectaban como un *actor colectivo*. La SADE permitía a los escritores lanzar un manifiesto como emanado de la intelectualidad en su conjunto y no de un grupo particular. Otro dato relevante es que permaneció abierta sin ser intervenida durante todo el período aquí estudiado, lo que fue una situación atípica. En este capítulo veremos que bajo el peronismo la sociedad de escritores fue una instancia crucial a la hora de decidir qué tipo de relación entablar con el gobierno y cómo reaccionar a invitaciones y presiones. En contrapartida, el Estado trató a la SADE como la voz de la inteligencia.

La SADE y la politización del debate intelectual

En la introducción se discutió cómo las lecturas de los intelectuales frente a la emergencia del peronismo estuvieron fuertemente marcadas por su contexto de aparición. La intelectualidad vernácula

interpretó el nuevo fenómeno político como la consumación de una amenaza sobre la que hacía tiempo venían alertando: la emergencia del fascismo en el plano local. Esa interpretación se enmarcaba en el proceso de politización que dominó el mundo intelectual a partir de los años 30. La SADE fue fundada en 1928 por la iniciativa de un grupo de escritores muy heterogéneo en términos ideológicos, cuya reunión fue viable porque la política había sido expresamente excluida del proyecto. El apoliticismo no sólo constituyó una condición de posibilidad, sino también un principio de identidad. Esto hizo que en las filas de SADE se congregaran intelectuales pertenecientes a los distintos grupos en que cada vez más visiblemente se dividía el campo, aunque eran mayoría los autodenominados "democráticos", que eran más numerosos en términos generales. En 1938 varios escritores nacionalistas de renombre como Mario Amadeo, Ernesto Palacio y Manuel Peyrou se unieron a la SADE. Si contrastamos esta situación con lo que pasaba en la revista *Sur*, donde para entonces ya se habían excluido deliberadamente las colaboraciones de los nacionalistas por sus preferencias ideológicas, podemos observar por comparación la apertura ideológica de la SADE. Hasta fines de la década de 1930 la institución logró sostener cierta transigencia ideológica. Prueba de que el espíritu de convivencia todavía imperaba en la asociación fue la organización de dos congresos de escritores en años particularmente conflictivos: en 1936, cuando estalló la guerra civil española, y en 1939, cuando comenzó la Segunda Guerra Mundial. Estos encuentros no fueron ajenos a los debates y las disputas del campo, pero la convocatoria estuvo exenta de restricciones.[1]

A pesar de sus esfuerzos por preservar la solidaridad gremial, quien lee atentamente las actas de la SADE puede observar que a partir del inicio de la Segunda Guerra se fue haciendo progresivamente más difícil para esta institución sustraerse a la politización que dominaba la vida intelectual local. En varias reuniones a lo largo de 1940 se registraron pedidos a la asociación para que tomara partido público en defensa de la democracia y en contra de la política exterior de neutralidad sostenida por el Estado. Llevar adelante tal reclamo no sólo iría en contra del apoliticismo tan caro a la asociación, sino que podía alienar a los asociados que sí apoyaban la política oficial. El Tercer Congreso de Escritores, celebrado en 1941 en la

1. Para una discusión detenida sobre la SADE en los años de su fundación hasta la emergencia del peronismo, véase J. Nállim, "De los intereses gremiales a la lucha política: la Sociedad Argentina de Escritores (SADE), 1928-1946", *Prismas*, 7, 2003, pp. 117-118.

ciudad de Tucumán, significó un punto de inflexión. Como resultado del mismo la sociedad de escritores publicó un manifiesto a favor del sistema democrático. La SADE presentó la defensa de la democracia como un imperativo moral y ajeno a consideraciones partidarias. La ocasión fue un punto de inflexión: desde ese pronunciamiento la institución dejó de ser ese espacio aglutinante y neutral imaginado por Leopoldo Lugones al fundarla, incluso cuando sus puertas continuaron abiertas a cualquier escritor. De ahí en adelante la sociedad de escritores intervino recurrentemente en la esfera pública para hacer conocer sus opiniones sobre la coyuntura local y su propia dinámica estuvo marcada por consideraciones políticas. Tanto es así que, luego de apoyar inicialmente el golpe de junio de 1943, se convirtió en una voz de oposición al gobierno militar. Reclamó públicamente "el restablecimiento de las garantías constitucionales y el imperio de la ley, para desterrar los regímenes de fuerza y sus ideas contrarias a la civilización" en el país.[2] Esta toma de partido era el resultado del lugar hegemónico que tenían los escritores autodenominados democráticos dentro de las filas de la institución y significaba un cambio en la autorrepresentación de la SADE. Si ésta había sido concebida como un gremio cuya misión era defender los intereses profesionales de un grupo, sus intervenciones públicas sobre la coyuntura política implicaban que la sociedad de escritores asumía una función social más amplia: la de ejercer la voz de la intelectualidad comprometida con la democracia y la lucha antifascista.

La politización del debate intelectual que tenía lugar en la Argentina desde mediados de los años 30 no se entiende sino apelando a un actor social que se concibe con *autoridad* para interpelar a la sociedad y en especial al poder, sobre cuestiones que van allá de sus intereses y conocimientos más particulares, como la literatura. Esta autopercepción dejaba entrever un intelectual que proyectaba su función de "censor público" como un "deber ser" y que se sentía *autorizado para* poder cumplir dicho papel.[3] Si bien ese cambio no hubiera sido posible si estos actores no hubieran abonado implícitamente una idea bastante canónica de las relaciones entre conocimiento y poder, su motivo más inmediato no se relacionaba con una reevaluación de esta relación, o de los alcances de su profesión, sino que tiene que ver con la percepción de amenaza. La Segunda

2. SADE, acta N° 375, 27 de marzo de 1945, p. 104.

3. El intelectual, en este contexto, se adapta mejor a la figura de censor que a la de legislador a la que se refiere Z. Baumann, *Legisladores e intérpretes*.

Guerra Mundial operó un impacto enorme en la visión de la inteligencia argentina y el mismo contexto local pasó a ser leído con la matriz con que se interpretaba el conflicto mundial: una lucha entre fascismo y democracia. La neutralidad sostenida por el gobierno surgido del golpe de junio de 1943 y el giro autoritario que éste adoptó llevaron a estos intelectuales a percibir que la misma lucha se estaba dando en el país. La represión contra los comunistas y los socialistas, la intervención de las universidades, la prohibición del accionar de los partidos políticos y las organizaciones antifascistas, implicaron que muchos de los miembros de la SADE vivieran en carne propia los embates de la nueva administración. La introducción de la religión católica en las escuelas, la cesantía de profesores, el protagonismo de ciertos nacionalistas en puestos clave del gobierno, la censura contra los medios de comunicación institucionalizada con el decreto 18.497, se sumaron a la larga lista de medidas represivas llevadas adelante por el régimen.[4] La incorporación de la enseñanza del catolicismo por decreto en las instituciones escolares estatales fue percibida como una de las mayores afrentas a una elite que pensaba la nación en términos seculares y modernos. Ante esta situación, la SADE optó por tomar partido, incluso cuando esto último significaba ir en contra de sus principios fundacionales y arriesgar la unidad de la institución.

En 1945, la SADE se embarcó en un prolongado debate sobre la posibilidad y la conveniencia de excluir de su seno a los escritores nacionalistas y de cambiar el nombre de la asociación por Sociedad de Escritores Democráticos. Entre las figuras cuestionadas estaban Leopoldo Marechal y Manuel Gálvez, quienes se habían comprometido públicamente con el nacionalismo y con el gobierno. La discusión derivó en la formación de una comisión para investigar a los escritores nacionalistas.[5] Cuando este debate aún estaba llevándose a cabo tuvo lugar la marcha del 17 de octubre que derivó en la candidatura de Perón como presidente de la nación. La SADE no hizo declaraciones públicas sobre ese evento. El silencio ante una manifestación popular que hoy resulta tan evidentemente un parteaguas en la historia argentina tiene algo de sorprendente, dado que se da

4. Sobre el régimen de 1943, véanse, entre otros, L. Zanatta, *El mito de la nación católica. Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo 1943-1946,* Buenos Aires, Sudamericana, 1999, y C. Buchrucker, *Nacionalismo y peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial (1927-1955)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987.

5. Estaba integrada por Eduardo González Lanuza, Enrique Amorín, Conrado Nalé Roxlo, Juan Carlos La Madrid y Roberto Giusti.

en un contexto de gran ebullición en el campo intelectual y en la SADE misma. Hasta antes de haber acontecido la marcha popular de octubre de 1945 el coronel Perón era para los escritores "democráticos" de la asociación un miembro más del gobierno inaugurado en junio de 1943.[6] La SADE intervino periódicamente para expresar su disenso contra el gobierno militar. Era evidente que la posición de la asociación frente al peronismo ya estaba decidida, Perón caía dentro de todas las categorías posibles que hacían de él un nacionalista: era católico, tenía contactos con grupos nacionalistas y había sido un protagonista central del gobierno de 1943. Pero si la lógica de los conflictos anteriores permite anticipar que la SADE estaría en las filas del antiperonismo, ello no nos facilita predecir el ciclo que se abriría en octubre de 1945. La primera medida de la institución luego de la marcha popular fue cancelar todos los actos públicos programados.[7] Acto seguido, decidió suspender el debate sobre la expulsión de los escritores nacionalistas.[8] Del mismo modo, aunque la SADE decidió formar parte del mitin de la Unión Democrática, lo hizo con la expresa prohibición de ejercer cualquier cargo, dado que el estatuto de la asociación vedaba las actividades políticas.[9]

¿Actuó así por temor o por prudencia? Resulta difícil dar una respuesta a este interrogante porque, aunque la marcha del 17 de octubre fue interpretada por los escritores como una alarmante demostración de fuerzas, para muchos de ellos era difícil creer que Perón podía efectivamente ganar las elecciones. La formación de una alianza electoral contra el peronismo de la envergadura de la Unión Democrática, que congregaba a importantes sectores de la sociedad civil otrora enemistados, nutría las expectativas positivas.[10] Julio

6. En un principio la asociación apoyó el golpe de 1943 pero muy pronto se alejó porque en su visión el gobierno demostraba su simpatía con el fascismo.

7. SADE, acta N° 396, 19 de octubre de 1945; acta N° 397, 29 de octubre de 1945.

8. Los miembros de la comisión que habían sido elegidos para decidir la suerte de los nacionalistas se rehusaban a conformarla. SADE, acta N° 399, 23 de noviembre de 1945; acta N° 400, 7 de diciembre de 1945.

9. SADE, acta N° 400, 7 de diciembre de 1945.

10. Según Marcela García Sebastiani, esta particular alianza electoral, que reunió entre otros a partidos de tradiciones políticas disímiles como el socialista, el radical y el comunista con vistas a oponerse al peronismo, debe entenderse como producto de "una serie de antecedentes de entendimiento interpartidario que estaban presentes desde la década anterior" y que se habían gestado en los años y espacios de la lucha antifascista. Sobre la Unión Democrática, véase M. García Sebastiani, "La oposición política al peronismo. Los partidos políticos en la Argentina entre 1943 y 1951", tesis

Cortázar expresó ese optimismo en una carta a un amigo, luego de asistir a un acto:

> Por aquí las cosas siguen que arden. Tengo la leve impresión de que va ocurrir algo grande antes del 24. He pulsado todo lo posible el ambiente, y me he mezclado bastante en el proceloso mar de la política (que le dicen). Estuve en la proclamación de la lista comunista en el Luna Park, estuve en la del PS. Y finalmente ayer, tuve el inmenso orgullo de estar en la Avenida 9 de Julio cuando la proclamación de la fórmula democrática [...] Resulta imposible, absolutamente imposible intentar una descripción. *Es la multitud más fabulosa que haya yo contemplado en mi vida. Si después de esto el Coronel retirado tiene todavía alguna esperanza de ganar en elecciones correctas evidentemente le funciona mal el piso alto.*[11]

El entusiasmo se originaba, entre otras cosas, en el hecho de que los peronistas no eran una presencia visible en los círculos intelectuales. Como lo resumió Adolfo Bioy Casares: "El peronismo no se notaba entre los escritores, la gente que [ellos] veía[n]".[12] Como sabemos, los hechos desmintieron las impresiones citadas y les "revelaron" a estos escritores a aquellos que no frecuentaban. Perón ganó las elecciones por un margen que, si no era abismal –un 52% de los votos sobre un 42% conseguido por la fórmula de la Unión Democrática–, no dejaba dudas de las preferencias de la sociedad.

La precavida actitud de la SADE frente a la emergencia del peronismo contrastaba con la costumbre iniciada en el congreso de escritores realizado en Tucumán en 1941 de publicar manifiestos públicos sobre la situación política. Ésta no se condecía con la autorrepresentación de una institución compelida por imperativos morales que habían sido presentados como superiores a cualquier consideración del orden de lo institucional. En otras palabras, este deliberado silencio no deja de asombrarnos si se tiene en cuenta que la asociación se había politizado –yendo en contra de los principios con que había sido fundada– porque había percibido que los valores de la civilización estaban en riesgo. ¿Por qué "callar" cuando esos valores eran concretamente amenazados? Si el peronismo era una variación local del "nazismo", como lo habría de calificar Jorge Luis Borges en uno de los pocos encuentros de la asociación (1946) donde el peronismo sería tan sólo nombrado, ¿por qué la sociedad de escritores no realizó ningún pronunciamiento frente a la llegada de Perón? Este mismo interrogante se aplica a otras instancias donde se podía expresar la voz de los intelectuales y que habían vivido procesos análogos de politización, como la revista *Sur*. Como veremos en el capítulo 4, ésta tampoco publicó declaraciones al respecto. En su caso cabe preguntarse, por ejemplo, por qué *Sur* celebró la liberación de París y no dijo nada en sus páginas sobre el 17 de octubre. Si bien estas dos instituciones no agotaban todo el espacio del campo intelectual –sabemos que los intelectuales participaron y apoyaron en forma individual a la Unión Democrática–, el cambio fue sintomático de una estrategia que se reveló con más claridad a medida que transcurría la gestión de Perón: la despolitización en función de la supervivencia institucional. En ambos casos –el de Sur y la SADE– veremos que el peronismo hizo que la política se convirtiera en un tema *deliberadamente* marginal en los debates públicos de los escritores. La aparición en escena de Perón tuvo entonces un impacto claro e inmediato en la dinámica del campo intelectual: ralentizar la politización de los años precedentes.

doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 1997, y *Los antiperonistas en la Argentina peronista. Radicales y socialistas en la política argentina entre 1943 y 1951*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2005.

11. Julio Cortázar, carta a Sergio Sergi, 10 de febrero de 1946, en *Cartas 1937-1963*, Buenos Aires, Alfaguara, 2000, p. 197, mi subrayado.

12. Citado por F. Sorrentino, *Siete conversaciones con Adolfo Bioy Casares*, Buenos Aires, Sudamericana, 1992, p. 90.

Mundo intelectual y peronismo: efectos en la SADE

La desaceleración de la politización no fue el único cambio que se dio en la relación entre política e intelectuales con la llegada de Perón al poder. Paralelamente se produjo una situación que matizaba el proceso: las identidades políticas se convirtieron en un criterio de demarcación insoslayable para determinar ámbitos de sociabilidad y jerarquías. El hecho de que la opción por Perón o su rechazo se inscribiera en divisiones que precedían a 1945 no hizo más que provocar fracturas en aquellos lugares donde hacía años se divisaban quiebres. Específicamente, la aparición del peronismo como opción electoral provocó casi inmediatamente la fractura de la SADE. Diecisiete años después de ser fundada, la sociedad se escindió por motivos políticos. La simpatía expresa de los intelectuales nacionalistas por el nuevo movimiento y el rechazo que esto suscitó en un gran número de miembros de la SADE derivó en la creación de una nueva sociedad de escritores: la ADEA. Antes de que la comisión de la SADE

formada al efecto se expidiera sobre la expulsión de los escritores nacionalistas, estos últimos abandonaron sus filas y organizaron su propia asociación. Según Arturo Cancela, la ADEA se fundó después de que la comisión directiva de la SADE lo acusara a él junto a otros escritores como Marechal, Gálvez y Martínez Zuviría "de colaboracionistas" por apoyar la candidatura de Perón.[13] La formación de la ADEA respondía a un cálculo estratégico de los intelectuales peronistas. Retirándose de la SADE, evitaban ser impugnados públicamente por sus pares; creando su propia organización, afianzaban su voz en un contexto en que eran una minoría fuertemente cuestionada.[14]

Una vez consumada la salida de los nacionalistas, la SADE eludió las discusiones de contenido político. Esto implicó que se abstuviera de hacer públicas sus opiniones sobre los hechos que se estaban viviendo en el país. En un reportaje realizado varios años después, el escritor Adolfo Bioy Casares criticó a su par Ezequiel Martínez Estrada (presidente de la SADE en 1945) por no haber pronunciado una condena pública al peronismo desde la asociación. Es preciso aclarar que esta opción no fue discutida en las reuniones de la SADE; por el contrario, el silencio ante la marcha popular del 17 de octubre inauguró un ciclo que duró hasta casi el final del régimen: el devenir político del país dejó de ser una materia sobre la cual la sociedad de escritores se manifestara a la opinión pública del modo en que lo hacía en los primeros años de la década del 40.[15] Durante

13. Las declaraciones de Cancela se encuentran "El primer magistrado conversó con un grupo de escritores", *La Prensa,* 12 de diciembre de 1947.

14. La creación de esta sociedad nos muestra cómo los intelectuales tenían internalizada la importancia de ciertos mecanismos, espacios e instancias de agregación corporativa y nos ilustra indirectamente del valor que se le adjudicaba en ese entonces a la SADE.

15. Bioy Casares, refiriéndose a Martínez Estrada, declaró: "En tiempos del peronismo, fingía. Él estaba totalmente en contra del peronismo. Era presidente de la SADE, pero realmente hacía cualquier cosa para evitar una condenación pública. Había una especie de cómo te podría decir. La conducta de Martínez Estrada en la conversación privada no coincidía con lo que debería ser una declaración pública", A. Bioy Casares en F. Sorrentino, *Siete conversaciones*, p. 245. Esta falta de toma de partido no debe de ningún modo ser asociada a las futuras concesiones que el autor de *Radiografía de la pampa* iba a tener con el peronismo después de 1955. Esto es claro si se tiene en cuenta que, según él, durante esos años estuvo enfermo de una rara afección en la piel que denominó "peronitis", alegando que era la forma en que somatizaba su repudio a Perón. La escritora María Rosa Oliver menciona, en una entrevista realizada por el historiador Leandro Gutiérrez, que en una visita a Martínez Estrada mientras estaba enfermo, el escritor le aseguró "que lo que él tenía era «peronitis»". Véase M.R. Oliver, *Archivo de Historia Oral del Instituto Torcuato Di Tella.*

ese período, la política sólo reapareció en el centro de las preocupaciones cada vez que se producía un ataque directo a la SADE. Dentro de ese marco, su accionar estuvo sujeto a dos variables: las contingencias del contexto más inmediato y las diversas ideas de las distintas comisiones directivas sobre el rol de la institución. Fueron seis las comisiones directivas que la dirigieron en el período. Las comisiones directivas eran elegidas por dos años, en asambleas generales, a través del voto de los asociados. Ezequiel Martínez Estrada fue el primer presidente de la SADE bajo el peronismo, seguido por Leónidas Barletta en julio de 1946, a quien sucedieron Carlos Alberto Erro (1948-1950), Jorge Luis Borges (1950-1953), José Luis Lanuza (1953-1955) y Vicente Barbieri (1955-1956).

Cuando asumió Barletta a mediados de 1946, la SADE quedó de algún modo enmarcada por los intereses de ese comunista ecléctico. Éste era un escritor, integrante del denominado grupo de Boedo, fundador del Teatro del Pueblo y de varias publicaciones entre las que sobresalieron *Conducta* y *Propósitos*.[16] Barletta identificó como objetivos primordiales de la SADE el "asesoramiento legal de los escritores, la asistencia médica gratuita y la gestión para la formulación de una ley que protegiera los derechos de autor".[17] Con estas iniciativas afirmaba estar avanzando "hacia un más definido y práctico gremialismo", además de reforzar "el concepto que, desde el primer día, se había sostenido como primordial orientación de [las] actividades [de la Comisión] al frente de los destinos de la SADE".[18] De algún modo, el proyecto consistía en una vuelta atrás al ideal de Lugones, quien consideraba la defensa de los derechos gremiales del escritor el eje programático de la institución. Barletta también se propuso reforzar los vínculos con la clase obrera, ofreciéndoles a los sindicatos un servicio gratuito de divulgación cultural. La intención era hacer de los escritores de la SADE una inteligencia sensible a los problemas de las clases bajas y disputar espacios de difusión cultural al

16. Barletta se niega por ejemplo a hacer del Teatro del Pueblo, del cual fue su alma máter, un teatro militante que sirva a la revolución. Véase R. Larra, *Leónidas Barletta: el hombre de la campana*, Buenos Aires, Conducta, 1978, p. 86.

17. "Aspiraciones gremiales que se concretan", *Boletín de la SADE*, año XVI, N° 30, 1947.

18. Claramente el "gremialismo" de Barletta no era sin embargo funcional a los designios de la "comunidad organizada" o a los pedidos de agremiación formulados desde el Estado. Por un lado, esto quedaba establecido en la nula colaboración de la asociación con el gobierno de Perón y, por otro, la SADE lo clarifica en su boletín en el que especificaba que el gremialismo de la institución no tenía que ver "con enervantes estatismos", *Boletín de la SADE*, año XV, N° 30, 1947.

peronismo.[19] El acento sobre la cuestión laboral en la agenda de la SADE significaba un claro recorte en el rol público de la institución: ya no estaba allí para defender causas grandilocuentes como el sistema democrático, sino para proteger los *intereses* de sus asociados.

Durante la gestión de Barletta es posible identificar dos momentos clave a la hora comprender cuál fue la estrategia de la sociedad de escritores frente a las acciones del gobierno en el campo cultural. El primero se dio cuando tuvo lugar el "agravio" cometido contra el escritor Ricardo Rojas, y el segundo, cuando se intentó organizar la Junta Nacional de Intelectuales.[20] En ambos casos la reacción de la SADE se caracterizó por la mesura. El primero de estos incidentes se dio muy tempranamente, incluso antes de que el gobierno iniciara su proyecto de ampliación de la burocracia cultural discutido en el capítulo 1. El incidente tuvo lugar cuando el escritor Ernesto Palacio (entonces presidente de la Comisión de Cultura) otorgó el premio de la Comisión al ex ministro de Relaciones Exteriores del presidente Roberto Castillo, Enrique Ruiz Guiñazú. Esta decisión revocaba el dictamen previo del jurado conformado, entre otros, por un miembro de la SADE, que había otorgado la distinción a Ricardo Rojas, quien había sido candidato a senador nacional por el partido radical en las elecciones de febrero de 1946. No es posible saber si se lo despojaba del premio como un castigo a esa candidatura o, como afirmó cínicamente uno de sus colegas, "Sarmiento [tema del libro de Rojas] no era en ese entonces una figura de buen tono para ser presentada en una sociedad de gente piadosa, decente y ordenada".[21]

El suceso confirmaba las peores sospechas de los intelectuales: el peronismo llegaba para interferir en la cultura animado por el doble propósito de destruir jerarquías propias del campo e imponer la lealtad política como criterio último a la hora de distribuir premios y sancio-

19. Vemos aquí cómo la intelectualidad discute proyectos análogos a los que animaban la política cultural del peronismo: la democratización. Barletta fundamentaba su proyecto en la "necesidad de desvanecer recelos contra la inteligencia", SADE, acta N° 421, 4 de noviembre de 1946.

20. Los actos de censura contra actividades culturales que se dieron en esos dos primeros años suscitaron reacciones adversas en la SADE, pero éstas se limitaron a cartas personales a las autoridades y no llevaron nunca a un cuestionamiento más general o público al gobierno. Véase, por ejemplo, SADE, acta N° 421, 4 de noviembre de 1946; acta N° 434, 2 de junio de 1947; acta N° 440, 16 de agosto de 1947; acta N° 443, 8 de septiembre de 1947; "Sobre censura literaria", *Boletín de la SADE*, año XV, N° 30, 1947.

21. R. Giusti, "Perfil del tiempo. Actos de fe", *Expresión*, año I, t. I, diciembre de 1946. El artículo presenta una crónica cínica de estos acontecimientos.

nes. El incidente revelaba las lógicas incompatibles que dominaban las políticas estatales en torno al campo intelectual y la torpeza con que el gobierno se manejaba muchas veces con las clases cultas. Lo cierto es que, aunque Rojas no era un miembro de la SADE, ésta interpretó la ofensa contra el escritor como un insulto al gremio en su conjunto. La respuesta de la SADE fue categórica, aun cuando evitó la confrontación. La asociación le entregó su premio más importante –el "gran premio de honor"– a Rojas. Con la entrega de su máximo galardón a ese escritor recomponía el orden jerárquico dentro del campo cultural del país que era destruido, según su visión, por el gobierno. El incidente era también una manifestación de ese conflicto recurrente y subyacente en todo el período: el de los nombres consagrados contra el de las figuras menores o de trayectorias deslucidas.[22] Este proceder no sólo permitía a la SADE evitar un enfrentamiento público sino también fortalecerse como árbitro del campo intelectual y cultural.[23] Al premiar a Rojas, la SADE afirmaba sus propias credenciales culturales y su capacidad para mediar en las disputas culturales. Recordemos que los premios, como cualquier evento competitivo, atraen la atención no sólo sobre quiénes son sus acreedores sino también sobre los que los otorgan; funcionan institucionalmente como "una apelación y una demostración de autoridad" e implican beneficios compartidos.[24] Si los premios oficiales eran repartidos entre aquellos que expresaban su favor al gobierno, los galardones de la SADE recompensaban el valor literario y los principios de sus ganadores.

En su discurso Borges afirmó que el premio se justificaba en razones que iban más allá del contenido específico del libro: "Al hacer suyo ese dictamen la comisión directiva le expresa, por mi intermedio, su adhesión y aplauso *a los ideales democráticos* que enaltecen su vida y su magnífica obra".[25] No casualmente, desde el "episodio Rojas", el gran premio de honor se constituyó en un símbolo de resistencia al peronismo. De ahí en más y durante los años en que el peronismo fue

22. Es plausible pensar que este incidente jugó un papel importante en la interpretación que los intelectuales hicieron del proyecto del gobierno de ampliar la burocracia cultural, que asociaron a un mero intento de controlar la cultura.

23. El auspicio de la SADE a la visita de Pablo Neruda muestra de algún modo esta intención de estar fuera de disputas políticas en las que poco podría ganar. La SADE sólo auspicia las conferencias de Neruda con la condición de que no sean políticas. SADE, acta N° 438, 28 de julio de 1947.

24. Véase J. English, *The Economy of Prestige. Awards, and the circulation of cultural value*, Harvard University Press, 2006, p. 51.

25. J.L. Borges, "En forma de parábola", *Boletín de la SADE*, año XIV, N° 29, diciembre de 1946.

gobierno, el premio fue entregado a personalidades a las que se les podían adjudicar claras "credenciales democráticas", lo que en el lenguaje de la época quería decir antiperonistas. Durante esa década la asociación otorgó el mencionado galardón a los escritores Eduardo Mallea, Ezequiel Martínez Estrada, Arturo Capdevilla, Baldomero Fernández Moreno, Francisco Romero, Alberto Gerchunoff, Enrique Banchs y Manuel Mujica Láinez. El premio de honor, presentado por la propia SADE "como el más alto prestigio que puede aspirar un escritor en el país",[26] era no sólo un reconocimiento a la obra sino también a la trayectoria del escritor.[27] Era la puesta en práctica de aquello que Carlos Alberto Erro tan claramente expuso al recordar a Ricardo Rojas: "Al escritor no sólo hay derecho a pedirle obras hermosas, sino también *limpia conducta cívica*".[28] Para la SADE, la decisión acerca de sobre quién recaía el gran premio constituyó una forma de resistencia, una oposición imperceptible para el gobierno, pero que era una forma de ejercer poder dentro del campo intelectual. El galardón jerarquizaba el mundo de los escritores y era claro que éste sólo era otorgado a escritores en contra del peronismo. Nos mostraba un campo que hacía uso de sus propias "armas" para combatir los embates estatales. Pero cuando la resistencia es sutil, es porque no ha dado batalla abierta. Refiriéndose a la tibia reacción de los liberales españoles frente al franquismo, Jordi Gracia advierte que, "cuando la *resistencia es silenciosa* [fórmula que Gracia utiliza para resumir este tipo de oposición], es porque no ha sabido ser ruidosa ni pletórica y alegre y vital y explosiva, sino [...] precavida, cauta y muy poco heroica".[29] Pero, como el mismo Gracia subraya, el silencio no debe ser descartado ni igualado automáticamente a una claudicación, porque es una forma de *no transigir*. No obstante, como veremos más adelante, esta forma de proceder generó frustración en sectores de la intelectualidad, sobre todo en momentos en que el silencio sí fue vivido por algunas figuras como un renunciamiento.

La otra instancia, bajo la presidencia de Barletta, donde se puede ver desplegada con más nitidez la estrategia de la SADE frente al gobierno de Perón fue cuando tuvo lugar el llamado a conformar la

26. C.E. Erro, "Manuel Mujica Láinez. Gran Premio de Honor 1955-1956", *Boletín de la Sociedad Argentina de Escritores, 1957-1959*.

27. En todos los discursos de entrega se hacía mención al pasado democrático del escritor acreedor.

28. C.E. Erro, "Ricardo Rojas. Una gran pérdida para la cultura argentina", *Boletín de la Sociedad Argentina de Escritores, 1957-1959*.

29. J. Gracia, *La resistencia silenciosa. Fascismo y cultura en España*, Madrid, Anagrama, 2004, p. 19.

Junta de Intelectuales. El proyecto que, como mencionamos, se originó cuando algunos intelectuales creyeron posible sacar de Perón un estatuto que regulara el mercado intelectual, suscitó el rechazo vehemente de la SADE.[30] Si bien sabemos que fue invitada a participar en la elaboración de este proyecto, leyó la iniciativa como un intento del gobierno por controlar la cultura y se opuso públicamente a ella negándose a integrarla. En el mismo momento en que el debate sobre la Junta se estaba llevando a cabo, en diciembre de 1947, la sociedad de escritores publicó una serie de notas en las que afirmaba "que la cultura no [podía] ser dirigida", a la vez que reclamaba "por la reposición de los intelectuales separados de sus cargos u obligados a renunciar; el restablecimiento integral de la libertad de prensa, el levantamiento de la censura radiofónica, cinematográfica y teatral y la suspensión de los derechos que [afectaban] al derecho de reunión".[31] De algún modo, el antecedente de lo que había sucedido con el premio de Rojas alimentaba las imágenes negativas. La SADE también envió una carta dirigida personalmente a Perón en la que le advertía que los escritores sólo iban a colaborar con los planes del gobierno si éste terminaba sus ataques contra las libertades públicas.[32]

El papel protagónico asumido por la SADE en ocasión de la creación de la Junta Nacional de Intelectuales revelaba que las cuestiones que atañían al funcionamiento del campo eran procesadas a través de esta institución. Su reacción dejaba también en claro que, aunque los escritores no constituyeran una oposición militante, difícilmente el gobierno iba a conseguir su cooptación como se proponía.[33] La respuesta de la sociedad de escritores mostraba que ésta estaba dispuesta a asumir una actitud de confrontación cuando los ataques fueran directos al gremio, cuando lo que estuviera en juego fuera la dinámica del campo y también cuando se intentara intervenir sobre el mercado intelectual que funcionaba en forma independiente de los vaivenes políticos. A través de este caso podemos ver cómo el ciclo de la politización de los escritores abierto por la guerra civil española claramente se había "desacelerado" y cómo había cambiado su naturaleza. La SADE intervenía en la esfera pública sobre cuestiones políticas cuando sus intereses profesionales eran directamente afectados. No era entonces el

30. Véase el capítulo 1.

31. *La Nación*, 21 de diciembre de 1946. Otros comunicados de la SADE son publicados en *La Nación* y en *La Prensa* el 22 y 23 de diciembre.

32. SADE, acta N° 460, 3 de julio de 1948.

33. Recordemos además que el proyecto de la Junta tenía elementos contradictorios que confirmaban muchas de las sospechas de los intelectuales. Véase capítulo 1.

devenir político del país en general el que despertaba su participación, como sucedía en los inicios de la década del 40, sino las políticas que se inmiscuían sobre los mecanismos de ordenación del campo intelectual. La diferencia, aunque aparentemente sutil, recortaba para estos intelectuales un rol diferente del que habían promovido como modelo desde mediados de los años 30: de guardianes de los valores de la democracia y las libertades, pasaban a circunscribir sus intervenciones a defensas profesionales. ¿Quiere decir que bajo el peronismo la figura del intelectual perdió relevancia social? La pregunta, aunque obligada, tiene algo de engañosa. La especificidad de las intervenciones públicas y el silencio fueron parte de una estrategia: la de permitir la supervivencia de la vida cultural. La legitimidad, la dignidad y la pertinencia de esta táctica dependen de las expectativas que se depositen en la figura del intelectual y en una institución como la SADE. Cualquiera que sea la respuesta a este interrogante, el itinerario de la sociedad de escritores en esos años nos permite ver la brecha que separaba las propias autorrepresentaciones de los escritores (sobre todo, las construidas después de 1955) con lo realmente actuado, ya que, como veremos, éstos se construyeron un pasado heroico de militancia opositora al gobierno que no se corresponde con la realidad de sus acciones.

En julio de 1948 asumió la presidencia de la asociación un personaje bien distinto de Barletta: el abogado liberal, profesor universitario, Carlos Alberto Erro, quien tenía una visión diferente a la de su antecesor sobre el rol que debía asumir la sociedad de escritores en esos años. Mientras Barletta afirmaba el carácter gremial de la institución, Erro procuraba hacer de la SADE una oposición más activa al gobierno.[34] En el acto de toma de posesión del cargo resumió sus convicciones afirmando que "debía afianzarse la *tradición militante de la literatura argentina*", dado "que la fuerza de un escritor [derivaba] de su lealtad a un alto ideal, que rige su obra y su vida y que se refleja en su conducta".[35] Desde la SADE, Erro pretendía que los intelectuales reasumieran el compromiso público de los años previos. Sus esfuerzos fueron vanos, incluso cuando durante su gestión se dieron

34. Obviamente Erro no negaba el carácter gremial de la institución pero afirmaba que la SADE debía ser más que eso. Además de un gremio que defendiera los intereses económicos, en su visión, la SADE debía ser "un ateneo de ideas, una válvula de expresión de inquietudes y un medio para la comunicación y convivencia social de sus asociados", C.A. Erro, SADE, acta N° 481, 1 de julio de 1950.

35. Alocución que concluyó con un argumento categórico: "El fundamento de la libertad es primordialmente moral y accesoriamente económico". C.E. Erro, "Discurso en la entrega del Gran Premio de Honor 1948", *Boletín de la Sociedad Argentina de Escritores, 1948-1950*.

episodios que intervenían más abiertamente sobre el funcionamiento de la institución. Hasta entrado 1948 la SADE no se había visto directamente desfavorecida por ser un núcleo antiperonista. Las reuniones continuaban desarrollándose normalmente y sus representantes en la Comisión de Cultura tenían voz y voto. Esta situación se modificó cuando, después de una discusión y una serie de idas y vueltas que se alargaron por varios meses durante ese año, el peronismo privó a la SADE de estar representada en esa Comisión. Aprovechando un error de su delegado –en lugar de dirigir su renuncia a la Comisión Directiva de la asociación de escritores lo hizo directamente ante las autoridades de la Comisión de Cultura–, el gobierno declaró vacante el lugar y se lo otorgó a un escritor miembro de la ADEA.[36] Si bien estos acontecimientos habían pasado en los últimos días de la gestión de Barletta, fue Erro quien inició una serie de gestiones (numerosas cartas, entre ellas un pedido de interpelación al ministro) para lograr la reincorporación de la SADE a esa instancia administrativa.[37]

El mes en que la SADE fue retirada de la Comisión de Cultura fue dado a conocer el llamado "estatuto del trabajador intelectual", elaborado por la recién creada Junta Nacional de Intelectuales, de la cual los intelectuales antiperonistas habían optado por excluirse. El estatuto, al igual que el proyecto de la Junta, contenía elementos contradictorios. Al mismo tiempo que se hacía eco de demandas sectoriales, como leyes e instancias de regulación del mercado editorial, incluía ciertas disposiciones que atentaban contra la libertad de expresión.[38] La cláusula que más preocupaba a los miembros de la sociedad de escritores establecía que para acogerse a los beneficios económicos ofrecidos era antes necesario sindicalizarse, es decir, afiliarse a una confederación de intelectuales que se iba a crear al efecto. El otro ar-

36. Existe una vinculación entre la creación de la Junta Nacional de Intelectuales y los hechos ligados a la suspensión de la representación de la SADE en la Comisión Nacional de Cultura. Leónidas de Vedia renunció a la Comisión de Cultura porque consideró que en la SADE se cuestionaba su actuación (presuntamente poco opositora) en los hechos ligados a la creación de la Junta Nacional de Intelectuales. Si bien en el ínterin la SADE le ratificó su confianza, el gobierno ya había encontrado la oportunidad de quitarle su representación en la Comisión Nacional de Cultura. Véase SADE, acta N° 453, 12 de enero de 1948; acta N° 454, 19 de enero de 1948.

37. SADE, acta N° 461, 26 de julio de 1948. Erro afirmó en el acto de asunción que su objetivo era "mantener el prestigio de la SADE tratando de recuperar las posiciones legales que le [correspondían] en la Comisión de Cultura y otras instituciones", SADE, actas N° 461 y 466, 28 de marzo de 1949.

38. "Anteproyecto de Estatuto del Trabajador Intelectual", Secretaría de Cultura, Junta Nacional de Intelectuales, Ministerio de Educación, 1949.

tículo que generaba sospechas determinaba que iban a obtener tales ventajas sólo aquellos autores de libros que no ofendieran ni la religión del país, ni la nacionalidad, ni el orden moral.[39] A pesar de que la SADE también identificaba como primordial la defensa de los intereses económicos de sus asociados, no podía aceptar que éstos estuvieran subordinados a una renuncia a sus libertades gremiales y creativas. La comisión directiva presidida por Erro expresó públicamente su desacuerdo con el proyecto. La SADE reclamó su participación en la redacción del proyecto, a la vez que subrayó "que por sobre todos los beneficios materiales siempre [ha] preocupado primordialmente a la sociedad el resguardo de la libertad del escritor, sin cuya existencia se [desvanece] toda posibilidad fecunda de labor intelectual".[40] En la exhortación, Erro obviaba mencionar que la asociación había sido efectivamente "invitada" a participar del proyecto, pero que se había negado a trabajar en él por las sospechas que le generaba.

El contencioso estatuto se convirtió en uno más de la larga lista de proyectos fracasados del peronismo en el área cultural, ya que no logró traducirse en una ley o un decreto. No es posible determinar si fueron las gestiones de la SADE las que impidieron que éste se hiciera realidad, lo inviable de muchas de sus propuestas o un aparato cultural oficial que fue perdiendo en dinamismo y recursos. En cuanto a lo relacionado con la Comisión de Cultura, la sociedad de escritores no tuvo éxito: durante el peronismo no recuperó el lugar que le correspondía en aquélla.[41] Hechos como los mencionados hacían aun más inviable el propósito del peronismo de cooptar a la intelectualidad porque alimentaban los recelos ésta. Del lado de los escritores, las reacciones que se suscitaron ante esta coyuntura muestran nuevamente que, a pesar de que Erro abogara por una literatura "mili-

39. "El Estatuto del Trabajador Intelectual", *Boletín de la Sociedad Argentina de Escritores, 1948-1950.*

40. La carta al ministro afirmaba sin media tintas que "toda medida destinada a mejorar la situación de los trabajadores intelectuales ha de contar con la aprobación de la Sociedad Argentina de Escritores", SADE, acta N° 471, 27 de agosto de 1949.

41. Mientras Erro estaba gestionando una reunión con el ministro de Educación para resolver la cuestión de la Comisión de Cultura, un decreto fechado el 26 de marzo de 1949 privó oficialmente a la sociedad de escritores de su representación en la Comisión. Frente a lo sucedido, Erro mandó cartas al ministro con copias a la prensa donde afirmaba el carácter ilegal del decreto que por una decisión del Ejecutivo se violaba lo que la ley había dictado. Conjuntamente inició las gestiones para que se hiciera una interpelación al ministro en la Cámara de Diputados, gestiones éstas que no tuvieron éxito. Véase decreto 7.182 de 1949 y "La presentación de la SADE en la Comisión de Cultura", *Boletín de la Sociedad Argentina de Escritores, 1948-1950.*

tante", la SADE sólo hizo públicos sus disensos con el gobierno cuando sus intereses se vieron directamente afectados. Erro podría subir el tono de los discursos, arengar a sus colegas en las reuniones "contra el sindicalismo de Estado",[42] acusarlos de "vacilantes, indiferentes, timoratos o amedrentados",[43] pero nunca consiguió que los miembros de la institución que presidía pusieran su firma en una condena en términos generales al gobierno peronista.[44]

Los dilemas morales de la supervivencia institucional

En 1950 Jorge Luis Borges asumió como presidente de la sociedad de escritores. Se ha hablado y discutido copiosamente sobre el antiperonismo virulento de Borges, quien ha sido considerado por muchos un símbolo de la incapacidad de los intelectuales de comprender el fenómeno peronista. Esa falta de entendimiento se habría expresado con todo su vigor en el número 237 de la revista *Sur*, donde Borges resumió al peronismo como "la ilusión cómica".[45] Lo cierto es que a Borges le tocó presidir la asociación en el momento más hostil del peronismo contra la vida intelectual y contra la SADE en particular, una vez que el gobierno había abandonado casi por completo el proyecto de cooptar a los intelectuales. El objetivo de Borges era hacer de la SADE un foro cultural, un espacio ajeno y opuesto en su contenido al devenir político del país. La idea subyacente era demostrar que existía un campo intelectual que sobrevivía en paralelo a la estructura estatal. Bajo ese marco deben interpretarse los actos, las conferencias, los cursos y las exposiciones que el escritor planificó durante su gestión. Durante su presidencia se organizaron charlas y cursos para discutir las

42. C.A. Erro, *Boletín de la SADE, 1948-1950*, p. 13.

43. En el discurso de entrega del gran premio de honor a Fernández Moreno en 1949, Erro declaró respecto de la actitud de los escritores: "Yo quisiera que todos los que tienen mi mismo credo político, moral y espiritual estuvieran iluminados por una pasión decisiva, en vez de mostrarse vacilantes, indiferentes, timoratos o amedrentados", C.A. Erro, *Boletín de la Sociedad Argentina de Escritores, 1948-1950.*

44. Luego de su presidencia en la SADE fue el fundador y alma máter de la Asociación Cultural Argentina para la Defensa y Superación de Mayo (ASCUA), creada con el objetivo de defender la tradición de Mayo y liderar una oposición más abierta contra el gobierno. Véase el capítulo 4.

45. Éste es el título del ensayo que publicó en el número de *Sur* posterior a la caída del peronismo. Véase J.L. Borges, "L'illusion comique", *Sur*, N° 237, pp. 9-10.

obras de escritores extranjeros y locales, como Honoré de Balzac, Herman Melville, Thomas S. Eliot, Franz Kafka, Martin Buber, Esteban Echeverría, José Mármol, Miguel Cané y Domingo F. Sarmiento.[46] No estuvo en la agenda del reconocido autor ni reivindicar el carácter gremial de la institución, ni hacer de ésta un centro de oposición política militante en contra del gobierno.

El primer año y medio de la gestión de Borges se sucedió sin demasiados sobresaltos pero en 1952, conforme a un contexto político de mayor polarización, la SADE se vio imposibilitada de realizar sus asambleas por una orden policial que alegaba razones "de seguridad pública".[47] La situación se complicó porque la institución debía renovar autoridades y era imposible hacerlo si los socios no se podían reunir.[48] De acuerdo con lo estipulado por el estatuto de la sociedad, en caso de que no pudiera elegirse una nueva comisión, la que estaba en ejercicio debía permanecer en el cargo. Así, Borges se vio obligado a ser presidente de la SADE un año más de lo que le correspondía. Cabe preguntarse qué hizo la SADE frente al que era sin lugar a dudas el mayor asalto a la institución en toda su existencia. Por lo pronto, se abstuvo de condenar al gobierno públicamente. Aunque informó inicialmente a la prensa y a sus asociados de lo que estaba sucediendo, los esfuerzos de terminar con la prohibición gubernamental oscilaron entre cartas al delegado de la policía federal, al inspector de Justicia (que debía labrar las actas) y al ministro del Interior Ángel Borlenghi.[49] Finalmente, un año después, en agosto de 1953, una comitiva de la SADE que se reunió con el ministro consiguió que éste autorizara la realización de la asamblea para reelegir a las autoridades.[50]

46. Véase la memoria de la gestión de Borges en acta N° 521, 31 de agosto de 1953.

47. Más allá de una protesta hecha pública por la SADE en contra de la imposición de una ley que estipulaba un gravamen de hasta un 50% a los libros extranjeros, la presidencia de Borges se abocó durante ese período a hacer de la SADE un foro cultural. El gravamen fue estipulado con la intención de aumentar la producción local. La SADE rechazó la medida argumentando que los libros extranjeros hacían a la formación de los escritores nacionales y que ese gravamen constituía un ataque a la cultura misma. Del igual modo la sociedad estimó que iba a perjudicar la entrada de los libros argentinos en el extranjero. Cabe aclarar que hasta entonces no existían impuestos para la importación de libros. SADE, acta N° 486, 19 de agosto de 1950.

48. SADE, acta N° 510, 28 de agosto de 1952.

49. Véase SADE, actas N° 509-521, agosto de 1952-agosto de 1953.

50. Roberto Giusti relata en sus memorias esa visita al ministro del Interior, el ingeniero Ángel Borlenghi. De acuerdo con él, Borlenghi no comprendía por qué los

En abril de 1953, durante una concentración en la Plaza de Mayo en la que hablaba Perón, estallaron bombas colocadas por grupos opositores. Las explosiones dieron lugar a una escalada de violencia poco antes vista en el país. Seguidores peronistas incendiaron el Jockey Club, la biblioteca de la Casa del Pueblo, la Casa Radical y el Comité Conservador. El gobierno encarceló indiscriminadamente a opositores: entre abril y mayo se detuvo a cuatro mil personas.[51] Varios escritores de la SADE quedaron entre rejas; entre ellos la Comisión entera de ASCUA. El ex presidente de la institución, Carlos Alberto Erro, fue capturado junto con sus compañeros de fila, entre los que se encontraban varios escritores miembros de la SADE.[52] La lista de escritores detenidos por el gobierno que eran miembros de la SADE era, sin embargo, más numerosa. Entre ellos estaban el poeta Enrique Banchs, la directora de la revista *Sur* Victoria Ocampo y el profesor universitario Vicente Fatone.[53] Si bien nunca se supo quiénes fueron los responsables de las bombas, es lícito dudar de que estos intelectuales tuvieran algo que ver con tales actos de terrorismo. Dependiendo de los casos, los escritores permanecieron alrededor de cuarenta días encarcelados. La pregunta obvia que los hechos descriptos suscitan es qué hizo la SADE, como entidad gremial de los escritores, para defenderlos y para garantizar la libertad intelectual. ¿Qué hizo para defender a quien había sido hasta hacía poco tiempo su presidente? A esta altura ya es casi redundante afirmar que la sociedad tenía un compromiso con las libertades intrínsecas a la tarea intelectual. Cuando actuar siguiendo ese compromiso fue más apremiante que nunca, la SADE decidió no involucrarse. Considerando que el momento político no autorizaba la confrontación, decidió abstenerse de salir en defensa de sus asociados.[54] Ésta fue claramente una decisión unilateral de la

escritores no estaban alineados con Perón. R. Giusti, *Visto y vivido*, Buenos Aires, Secretaría de Cultura, 1994, p. 262.

51. Véase F. Luna, *Perón y su tiempo*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987, t. III, p. 48.

52. La comisión directiva de ASCUA estaba formada por Carlos Alberto Erro, Julio Aramburu, Daniel A. Seijas, Isaac Maguid, José Fornaroli, José P. Barreiro, Cupertino del Campo, Rodolfo Fitte, Jose Santos Gollán, Víctor Massuh, Carlos Manuel Muniz, Jaime Perriaux, Héctor Raurich, Norberto Rodríguez Bustamante, Francisco Romero, Ernesto Sábato y Ángel M. Zuloaga, el único que no fue encarcelado en 1952.

53. Véase R. Giusti, *Visto y vivido*, p. 260.

54. La razón por la que la SADE no defendió a sus propios escritores fue expuesta abiertamente recién un año después cuando la SADE se negó a defender a Carlos Agosti, quien también había sido encarcelado. En ambos casos se consideró que el

comisión directiva presidida por Borges, dado que en ese entonces la sociedad estaba impedida de realizar asambleas. ¿Temió la sociedad de escritores que, si se enfrentaba al gobierno, sería cerrada? Si ésta era la razón, es necesario afirmar que la misma no fue un obstáculo para el gremio de los periodistas. El Círculo de Prensa se entrevistó con el ministro Borlenghi para obtener la libertad de los periodistas y escritores detenidos.[55] La actitud de la SADE fue duramente impugnada por varios de sus miembros. Leónidas Barletta en una carta dirigida a Manuel Gálvez se preguntaba por las razones que motivaron que los escritores no defendieran a sus colegas:

> Si es por miedo, ¿miedo de qué?; ¿de qué los encierren? ¿Y acaso no es mejor estar entre rejas con el respeto y la gratitud emocionada de los jóvenes que nos suceden, que estar en el cómodo gabinete escribiendo con suma cautela sobre Sarmiento y Echeverría, soportando la sonrisa desdeñosa de quienes se sienten defraudados *por una conducta que no puede ser nunca la de un intelectual*?[56]

ambiente político no era propicio para dicha defensa. SADE, acta N° 543, 27 de julio de 1954.

55. M. Romero Delgado, "¿Quién logró del ministro Borlenghi la libertad de los intelectuales de ASCUA: el Círculo de Prensa o el Sindicato Argentino de Escritores?", *Mayoría,* 19 de febrero de 1959, p. 96.

56. Leónidas Barletta, carta a Manuel Gálvez, Buenos Aires, 12 de diciembre de 1953, Archivo Personal de Gálvez, Academia Argentina de Letras. El ex presidente de la institución Leónidas Barletta –quien por propia iniciativa se reunió con varios escritores para pedir por los presos políticos– expresó en reiteradas ocasiones su rechazo a la actuación de la SADE y todos aquellos que se negaron a interceder por sus colegas encarcelados. La cita transcripta es parte de una carta, dirigida al escritor Manuel Gálvez a quien Barletta había invitado a participar en la defensa de los presos pero que se había se negado alegando la filiación comunista del ex presidente de la SADE. Barletta criticó tanto la actitud de Gálvez como la de sus colegas de la SADE. Desde su publicación –*Propósitos*– volvió en reiteradas ocasiones sobre estos hechos. Lo cierto es que, del otro lado, la actitud de Barletta también resultó inaceptable para muchos de sus colegas. De modo de interceder por los presos, Barletta se reunió con escritores que eran confesos peronistas y firmó con ellos un petitorio. Entre los firmantes estaba el enemigo más claro de la SADE: su anterior socio, Leopoldo Marechal. Para los escritores antiperonistas de la SADE, ésta era una actitud inaceptable. Los límites eran claros: o se estaba de un lado o del otro, no podía haber convivencia alguna con los peronistas, ni aun para interceder por los presos. Giusti a la distancia dirá que no firmó el petitorio porque consideró que "los amigos presos eran quienes más se oponían a obtener la libertad por ese camino oblicuo", R. Giusti, *Visto y vivido*, p. 262. Véase, además, "Un grupo de escritores solicitó la libertad de varios colegas detenidos", *La Prensa*, 13 de junio de 1953, p. 5, y Leónidas Barletta, "Problemas del escritor", *Propósitos,* 11 de agosto de 1955.

La acusación de Barletta implicaba una determinada visión sobre cuál era la conducta ideal de un intelectual. Evidentemente, para el fundador del Teatro del Pueblo la defensa de la libertad no podía estar subordinada al objetivo de preservar instancias institucionales. En el caso de la SADE, la pregunta era aun más pertinente porque ésta había asumido como misión expresa la defensa de la vida intelectual. Es lícito interrogarse por la transformación de una institución que en los 40 reclamaba por la restauración de la democracia y menos de una década después se niega a defender públicamente a sus miembros. Sería equivocado adjudicar a Borges la responsabilidad última de esa decisión. Si bien durante su gestión estaban prohibidas las reuniones, por lo que es probable que la medida de no interceder por los escritores presos haya sido tomada por la comisión que él presidía, éste era un accionar que se seguía de lo que la SADE venía haciendo hasta entonces. Aun para el combativo Erro, el antiperonismo tenía límites ya que anteponía el objetivo de preservar la integridad de la institución. Probablemente el no proteger a los socios encarcelados fue un límite demasiado estrecho, pero en ese entonces fue juzgado imperativo para garantizar la supervivencia de la asociación. Este objetivo siguió guiando la conducta de la SADE luego de que Borges dejara de presidirla. Finalmente, un año después de lo previsto –en octubre de 1953– asumió una nueva comisión en la sociedad de escritores.

La gestión del nuevo presidente –el poeta y periodista colaborador del diario *La Prensa* José Luis Lanuza– se pareció en un principio mucho a la de su antecesor, dado que enfrentaron problemas y apelaron a prácticas similares. El gobierno, en lo que era un contexto aun más polarizado, prohibió reiteradamente las reuniones de la institución, no sólo las asambleas sino las actividades culturales que ésta realizaba. Por "razones de seguridad pública" se suspendieron las conferencias de Francisco Romero, Cayetano Córdoba Iturburu, Leónidas de Vedia, las entregas de premios previstas y las presentaciones de libros y revistas. La asociación dirigió cartas a la policía y al ministro descartando el carácter político de las conferencias. Entre 1953 y 1954 varios socios fueron encarcelados, entre otros el escritor de izquierda y socio activo de la institución, Carlos Agosti. La SADE, juzgando que el ambiente no era propicio, se abstuvo de defender a sus miembros.[57] Ante un contex-

57. Es probable que en la decisión de no defender a Agosti también haya pesado la crítica que éste había insinuado al antiperonismo en su libro sobre Echeverría y su argumento de que el peronismo podía ser considerado un paso hacia la revolución. No obstante, la negativa a interceder no recayó sólo sobre Agosti. Sobre la ambigua lectura de Agosti en torno al peronismo, véase L. Prado Acosta, "Héctor Agosti, el

to de mayor represión, la postura de la SADE fue clara: la oposición al peronismo constituía una "cuestión privada y de la conciencia" de sus asociados. Esto era así porque los escritores percibían que lo que estaba en juego en aquel contexto era la propia vida de la institución. En el capítulo 5 veremos que esta estrategia sólo fue abandonada por la SADE cuando resultó evidente que el régimen estaba agotado.

Conclusión

El surgimiento del peronismo introdujo cambios inmediatos en la dinámica intelectual. Si bien las lecturas que los intelectuales hicieron de este fenómeno respondieron a posiciones que habían tomado previamente, la emergencia de este régimen implicó que la adhesión o el rechazo operasen como una frontera infranqueable entre amigos y enemigos (los antiperonistas de un lado y los peronistas del otro). La división de la SADE y la formación de la ADEA debe ser entendida en ese marco: uno donde la lógica del campo ha sido subsumida a la política. El peronismo provocó el desdoblamiento del campo intelectual: las fracturas se produjeron en aquellos lugares donde desde los años 30 se podían observar quiebres. Paralelamente y en un sentido inverso, la política se convirtió en un tema marginal en el discurso público de los intelectuales. Desde 1946 los intelectuales dejaron de interpelar a la sociedad y al gobierno por cuestiones referentes a la política. La SADE fue un lugar donde este cambio se vio con claridad. Concretamente, desde octubre de 1945 ésta dejo de participar en la esfera pública para hacer explícitas sus posiciones frente a la coyuntura y sólo alzó su voz cuando los intereses específicos de sus miembros se encontraron comprometidos. Esta situación se repitió en otros contextos. Varias de las publicaciones, que analizaremos con más detalle en el capítulo 4, también bajaron el tono de sus intervenciones. El peronismo cerró así un ciclo dentro del campo: el de la marcada politización del debate intelectual de los años 30. No obstante, la política fue decisiva en determinar muchas de las prácticas de los intelectuales en esos años. Determinó lo que se publicaba y se discutía, a quién se premiaba y cómo se organizaba sociabilidad del campo. El uso de los propios mecanismos del campo para contestar al peronismo, específicamente el premio, nos remite nuevamente a la ubicuidad

difícil equilibrio. Partido Comunista e intelectuales (1935-1963)", tesis de maestría, Universidad de San Andrés, 2008.

de la política: más que el valor estético, lo que se recompensaba era las preferencias ideológicas de sus acreedores.

En el caso de la SADE, la despolitización constituyó una evidente estrategia con un objetivo claro: la supervivencia institucional. Esta estrategia se sostuvo aun en momentos cuando implicaba, en el caso de los escritores encarcelados, un dilema moral de repercusiones concretas para la continuidad de la vida del espíritu. La historia no es un tribunal para juzgar el tiempo pasado, aunque sí podemos preguntarnos por las implicancias, el contexto y las motivaciones de las decisiones tomadas. Para evaluar la decisión de la SADE de no intervenir para defender a sus socios se debe tomar en cuenta que esta entidad tenía una obligación expresa para con ellos, de la que claramente abdicó. Así además lo percibían sus miembros, quienes en más de una ocasión pidieron que los representara ante las autoridades. El abandono de estos principios generó críticas y cierto clima de alarma entre algunos intelectuales. Leónidas Barletta declaró en las páginas de su publicación que la institución perdía con esta medida su prestigio moral.[58] El poeta José Pedroni, también miembro de la SADE, se refirió a la abstención afirmando:

> Frente a un hecho que lastima el hogar de un escritor y que supone un avance sobre el derecho de pensar y sentir independientemente, la abstención, así sea transitoria, de un organismo representativo como la SADE, no me parece acertada. Es una actitud que contrasta con la espontánea de diversos sectores de la población y con la de los escritores mismos, que en forma numerosa se han dirigido a las autoridades reclamando la libertad del detenido. *El silencio de la SADE, pues, no puede menos que apesadumbrarme,* como asociado de la misma y como ciudadano.[59]

Las impugnaciones provenían en su mayoría de intelectuales cercanos a la izquierda argentina, en especial al Partido Comunista. No es casual que a partir de 1952 éstos llamaron a la conformación de una asamblea nacional de intelectuales cuyo manifiesto fundacional fue, según Ricardo Pasolini, "un manifiesto beligerante" en contra de la política seguida por la SADE.[60] Entre los adherentes a la asamblea

58. L. Barletta, "Problemas del escritor", *Propósitos*, 11 de agosto de 1955.

59. J. Pedroni, en *Propósitos*, 11 de agosto de 1955.

60. Las críticas emitidas por el documento mencionado incluían un repertorio variado de reproches. Estos intelectuales cuestionaban el rol asumido por la intelectuali-

estaban Héctor Agosti, Raúl Larra y Raúl González Tuñón.[61] En estas impugnaciones se podían adivinar las primeras grietas en la alianza intelectual antifascista que se quebraría muy pronto luego de ocurrido el desalojo de Perón del poder.

Volviendo al rol de la SADE bajo el peronismo, no podemos pasar por alto que existe un argumento ético para sostener la estrategia institucional. Ésta buscaba preservar la continuidad y la autonomía de la vida del espíritu. La clausura o la intervención de la institución era una amenaza innegable, sobre todo a partir de 1950 cuando el Estado aumentó sus niveles de censura y cuando prácticamente dejó de lado el objetivo de cooptar a la intelectualidad. Basta remitirnos a lo que sucedió con la Academia de Letras, la cual fue intervenida en 1952, o a la suerte corrida por la sede del CLES en el mismo año.[62] En ese contexto, evitar de cualquier forma el cierre, constituirse en un refugio (aunque a puertas cerradas) para la vida intelectual, podía ser visto como una misión. En este sentido, la estrategia funcionó. La institución no fue clausurada. Un dato que nos ilustra del prestigio, la vitalidad y la importancia que la sociedad de escritores continuó teniendo es que, pese a este "pasado imperfecto" y pese a las voces que impugnaban su rol, aumentó considerablemente su número de asociados durante el peronismo: de los cuatrocientos cincuenta miembros que tenía en 1938 pasó en 1954 a contar con novecientos socios.[63] Durante esos años logró además finalizar la construcción de una sede propia: la Casa del Escritor. Lo último nos advierte sobre el escaso impacto que tuvo para la SADE tanto la fundación de ADEA como los embates estatales contra la institución.

---

dad democrática argentina atrincherada en un discurso de la defensa de las libertades en abstracto que derivaba en un aristocratismo cultural alejado de las aspiraciones populares. Se asomaba así en el horizonte del debate un tema que sería crucial unos años después en reestructurar el campo intelectual: el carácter elitista de la cultura intelectual local. Véase R. Passolini, "El nacimiento de una sensibilidad política", p. 425.

61. En 1953 esta asamblea derivó en la formación del Congreso Argentino de la Cultura donde se discutieron cuestiones como el rol del intelectual. Poco después de haber sido fundado, el Congreso vio seriamente afectado el radio de acción de sus actividades dado que su secretario general, Héctor Agosti, fue encarcelado el 10 de julio de 1954. Véase R. Passolini, "El nacimiento", p. 430.

62. Sobre las academias, véase el capítulo 2; sobre el CLES, F. Neiburg, *Los intelectuales*.

63. Véase SADE, acta N° 546, 31 de agosto de 1954.

Capítulo 3

Los intelectuales peronistas

Los ataques erráticos a intelectuales perpetrados por el gobierno peronista, especialmente en su segunda presidencia, las lógicas incompatibles que dominaron la relación entre el Estado y el campo intelectual, junto con los testimonios de los escritores sobre el período, le han dado a este movimiento una identidad antiintelectual. Esto llega al punto de que en el imaginario colectivo, cuando hablamos del período 1945-1955, la idea de un intelectual peronista se presenta como un oxímoron. Esta imagen, aunque captura algunos rasgos del peronismo, oculta entre otras cosas la suerte de los intelectuales que depositaron sus esperanzas en el nuevo régimen. ¿Quiénes eran estos intelectuales? ¿Por qué asumieron una posición que prácticamente los desterraba del campo intelectual? ¿Qué lugar ocuparon en el peronismo? ¿Cómo se relacionaron con las lógicas que marcaron la política estatal con la intelectualidad y la cultura? ¿Pudieron armar un proyecto cultural dentro del movimiento peronista? ¿Consiguieron crear una instancia de legitimación cultural alternativa? ¿Pudieron influir en el devenir y la ideología del régimen? Con el objetivo de responder estos interrogantes, este capítulo trata sobre los intelectuales peronistas. En el primer apartado describe escuetamente las causas que llevaron a algunos intelectuales a unirse al nuevo movimiento político y discute la naturaleza de su adhesión. En los dos siguientes se detiene en el estudio de dos proyectos provenientes de este grupo para observar tanto el rol que los intelectuales peronistas intentaron y lograron ejercer, como la política oficial con respecto a ellos. El primero de estos proyectos es el de la Asociación de Escritores Argentinos (ADEA), la asociación crea-

da por los escritores peronistas como una suerte de contra SADE. El segundo es de una publicación: *Hechos e Ideas*.

La opción por Perón

En la literatura sobre la intelectualidad peronista –en gran medida escrita por militantes– circulan varias listas que enumeran a sus integrantes. La intención de esos catálogos es clara: probar (en contra de la versión más difundida) que sí existieron hombres de pensamiento que se unieron al peronismo.[1] Esas listas incluyen escritores, poetas, historiadores, periodistas, profesores y también hombres de la Iglesia. Entre ellos se encuentran figuras establecidas en el ambiente cultural local como el poeta Leopoldo Marechal, aunque abundan los personajes desconocidos, al menos en la ciudad de Buenos Aires. Como ejemplo podemos mencionar al escritor Enrique Stieben, un maestro del interior, autor de una historia de la provincia de La Pampa que, aunque era conocido en su medio, no lo era de la misma forma en Buenos Aires. No hay dudas de que la posibilidad de reunir a "los intelectuales de Perón" en una lista reafirma –como advierte Silvia Sigal– aquello mismo que ésta quiere objetar: la escasa ascendencia de Perón en el sector.[2] Sin embargo, aun teniendo en cuenta esto último, el interrogante sobre el apoyo de estos intelectuales y el papel que jugaron en el nuevo proyecto político no pueden ser ignorados a la hora de comprender la dinámica del campo intelectual en la década peronista.

La mayoría de los intelectuales que apoyaron la candidatura de Perón en 1946 pertenecían al universo ideológico del llamado

1. La más conocida de estas listas es la de Ernesto Goldar, quien nombra uno por uno a los escriores peronistas. Entre los mencionados están Leopoldo Marechal, Ignacio Anzoátegui, Tulio Carella, Arturo Cambours Ocampo, Leonardo Castellani, Elías Castelnuovo, Arturo Carretani, Fermín Chávez, Ramon Doll, Ricardo Furlong, José Gobello y Raúl Scalabrini Ortiz. Véase E. Goldar, *El peronismo en la literatura argentina*, Buenos Aires, Freeland, 1971, p. 176. El historiador peronista Fermín Chávez también elaboró una lista donde incluye a otras figuras. Fermín Chávez, *Perón*, p. 229. La lista de los miembros de la ADEA es más amplia, pues contiene un total de 950 integrantes. Muchos de éstos no pueden ser considerados escritores (por ejemplo Evita) y es lícito aun sospechar de su involucramiento en la asociación. El novelista Manuel Gálvez, miembro fundador de ADEA, subrayó que en ella "abundaban los autores de textos escolares y escaseaban los nombres de auténtico prestigio literario", M. Gálvez, *Recuerdos de la vida literaria. En el mundo de los seres reales*, Buenos Aires, Hachette, 1965, p. 176.

2. S. Sigal, "Intelectuales y peronismo", p. 512.

movimiento nacionalista.[3] Como es sabido, el nacionalismo fue una corriente doctrinaria de derecha que vio la luz en la década de 1920 y que cuestionaba los principios que habían servido de sustrato ideológico al proceso de construcción de la nación, específicamente aquellos asociados al liberalismo, tanto al político como al económico. La conformación de este movimiento constituía el eco de un fenómeno que sobrepasaba las fronteras regionales: desde fines del siglo XIX se había expandido por Europa un conjunto de ideas críticas de la democracia y del liberalismo que se materializaba en el surgimiento de los regímenes fascistas. En América Latina la debacle producida por la crisis de 1930 había acelerado la influencia de esta corriente. En la Argentina, los nacionalistas se identificaban con el hispanismo apartándose del cosmopolitismo propio de los liberales argentinos; rescataban la religión católica como parte central de la indentidad nacional y condenaban la injerencia extranjera tanto en la economía como en la política local. Algunos de los nacionalistas expresaban abiertamente sus simpatías por el fascismo europeo y el corporativismo de Estado. En el momento cuando Perón apareció en la escena política el nacionalismo argentino distaba mucho de constituir una posición homogénea: había en su seno opiniones diversas y visiones encontradas sobre cuestiones como el rol que debía asumir el Estado en el curso de la economía nacional, las relaciones que se debían entablar con las tradiciones fascistas europeas o simplemente a qué se referían cuando apelaban al hispanismo.[4] La brecha más importante entre los nacionalistas se abrió precisamente en su momento de mayor difusión,

3. Sobre el nacionalismo existe una extensa bibliografía sobre todo en lo que se refiere a su período de mayor auge en los años 30. Entre otros véanse F. Devoto, *Nacionalismo, fascismo y tradionalismo en la Argentina moderna*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2002; A. Spektorowski, *The Origins of Argentina's Revolution of the Right*, University of Notre Dame, 2003; L. Zanatta, *El mito de la nación católica. Iglesia y ejército en los orígenes del peronismo, 1943-1946*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999; C. Buchrucker, *Nacionalismo y peronismo*; E. Zuleta Álvarez, *El nacionalismo argentino*, Buenos Aires, La Bastilla, 1975. Para un análisis extensivo a América Latina, véase S. McGee Deutsch, *Las derechas. The Extreme Right in Argentina, Brazil, and Chile, 1890-1939*, Stanford University Press, 1999, y el reciente libro de F. Finchelstein, *Fascismo trastlántico. Ideología, violencia y sacralidad en Argentina y en Italia, 1919-1945*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2010.

4. Sobre los debates dentro del nacionalismo en torno a las dos últimas cuestiones, véase el trabajo de Finchelstein, quien resume la relación del nacionalismo con el fascismo afirmando que "los nacionalistas tomaron lo que quisieron de la matriz originaria fascista", siendo la diferencia más importante del fascismo local la comunión con el catolicismo. F. Finchelstein, *El fascismo*, p. 291.

en la década de 1930, cuando surgió un nacionalismo de rasgos populares. Esta vertiente, aunque enarbolaba al igual que sus predecesores en el movimiento la bandera del antiimperialismo, lo hacía desde una postura favorable a la democracia de masas y en oposición al fascismo. Es decir que el objetivo final del nacionalismo popular era la instauración de una democracia de masas, capaz de atender las demandas de los sectores marginales.[5] Esto último los distanciaba de los nacionalistas de la primera hora quienes, incluso cuando para los años 40 habían comenzado a incorporar la cuestión social entre sus preocupaciones, seguían presos de una visión política signada por el elitismo y contraria a la política de masas.[6] A pesar de estas divergencias de peso, la figura de Perón atrajo a seguidores de las dos corrientes del nacionalismo local. El interrogante que este hecho suscita es *cómo y por qué* cada uno de estos grupos pensó que Perón podría llevar a cabo sus agendas.

La facción de los nacionalistas de sensibilidades más elitistas apoyó a Perón no sólo porque éste se hizo eco de algunas de sus ideas sino también porque en el contexto vigente representó el mal menor. En este sentido, el apoyo de ese grupo de nacionalistas a Perón debe ser interpretado como un proceso no exento de contramarchas y dudas y signado además por los vaivenes de la coyuntura política. El nacionalismo había recibido con optimismo el golpe de 1943, creyendo que el gobierno militar llegaba para limpiar los vicios de una democracia corrupta y para restaurar el orden social. Las expectativas no eran infundadas: el gobierno había convocado para la tarea a un número importante de hombres de "sensibilidades de derecha".

5. A grandes rasgos, y obviando una constelación de posiciones intermedias, el respeto por el sufragio o su rechazo dividía la familia nacionalista en dos grandes grupos: los democráticos y los antidemocráticos. División esta que la bibliografía también ha clasificado como *nacionalismo elitista y nacionalismo popular*, dado que los nacionalistas de corte más democrático postulaban como ideal un *régimen democrático popular* que debía ser liderado por un *caudillo*, quien encarnaría la voluntad popular, de ahí las vinculaciones que este segundo grupo establecería con el yrigoyenismo primero y luego con el peronismo.

6. Alberto Spektorowski sostiene que a mediados de los años 30 se produjo una transformación radical dentro del movimiento nacionalista de derecha, ya que a partir de ese momento éste incorporó la "cuestión social" en el centro de sus preocupaciones. Spektorowski discrepa así con las lecturas que reducen el nacionalismo a una postura restauradora; véase "Argentina 1930-1940: nacionalismo integral, justicia social y clase obrera", *Estudios Interdisciplinarios de América Latina*, 2 (1), 1991. Véase también M. Klein, "A Comparative Analysis of Fascist Movements in Argentina, Brazil and Chile Between the Great Depression and the Second World War", Ph.D. Dissertation, University of London, 2000, p. 219.

Algunos de los miembros más prominentes del nacionalismo fueron llamados para participar del nuevo gobierno. Gustavo Martínez Zuviría –director de la Biblioteca Nacional y conocido por sus novelas de contenido antisemita– fue nombrado ministro de Justicia e Instrucción Pública. Tomás Casares, un reconocido teórico clerical, se convirtió en el interventor de la Universidad de Buenos Aires. El ensayista católico Mario Amadeo asumió como el jefe de Cuestiones Públicas en el Ministerio del Exterior. Jordán Bruno Genta –otro importante ensayista nacionalista– desembarcó como interventor de la Universidad del Litoral. Según Loris Zanatta, el nombramiento de los nacionalistas en el gobierno debe ser interpretado como uno de los capítulos más importantes en el intento "de instaurar un régimen nacional católico", cuyo fin último era desmantelar los vestigios que aún quedaban en pie de la Argentina liberal.[7]

Luego de la corta experiencia de José F. Uriburu como presidente en 1930, ésta era la primera vez que el movimiento nacionalista adquiría influencia directa en la toma de decisiones políticas.[8] Como sabemos, Perón fue asumiendo un rol protagónico dentro de la coalición de gobierno. La relación entre este último y los nacionalistas de sensibilidades más elitistas estuvo signada desde el principio por cierta tensión y ambivalencia, incluso cuando uno y otros sostenían ideas y principios convergentes.[9] Al rememorar uno

7. L. Zanatta, *El mito*, p. 105. La introducción del catolicismo implicaba que el nuevo gobierno buscaba influir en el largo plazo modificando lo que era uno de los pilares básicos del imaginario nacional hegemónico. Una discusión de esta medida, sus causas y repercusiones puede leerse en L. Zanatta, *El mito,* pp. 109-115.

8. La derecha resumió las medidas descriptas como la consumación de la revolución que habían anunciado. Éste fue el título del libro del nacionalista Marcelo Sánchez Sorondo, *La revolución que anunciamos*, Buenos Aires, Nueva Política, 1945.

9. En el caso de los nacionalistas para quienes la fe católica operaba como eje de esa identidad, había dudas con respecto al tipo de estructura sindical que resultaría del proyecto de Perón. Para otros miembros del movimiento, eran la ambición y el estilo político de Perón lo que resultaba más problemático. En otros casos, se trataba de las políticas sociales populistas y la alianza que estaba conformando desde la Secretaría de Trabajo con los sectores obreros las que provocaban recelos. Por ejemplo, los sacerdotes Julio Meinvielle y Leonardo Castellani declararon públicamente su oposición a las medidas llevadas adelante por Perón, a las cuales calificaban de demagógicas. Los historiadores Julio y Roberto Irazusta también compartían esta visión. La relación de Perón con los nacionalistas se complicó en febrero de 1944 cuando, acosada por la presión internacional, la Argentina rompió relaciones diplomáticas con los países del Eje. Este hecho provocó el descontento generalizado de los sectores que apoyaban la neutralidad. La crisis derivó en la renuncia del presidente Pedro Ramírez, quien fue reemplazado por su ministro de Guerra, Edelmiro Farrell. Perón fue nombrado en-

de sus primeros encuentros con Perón, Mario Amadeo declaró que muy rápidamente percibió que la ambición política de aquél pesaba más que sus ideales nacionalistas. No obstante, Amadeo señaló que el alejamiento entre los nacionalistas y Perón se produjo "por voluntad de ambas partes". No sólo porque los primeros pensaban que en Perón el "poder ocupaba [...] un lugar mucho más importante que los ideales" sino también porque "había decidido concentrar su acción en la política de masas" y en su visión los nacionalistas "eran teóricos inútiles e intelectuales sin sentido práctico".[10] Es decir que, aunque en su proceder Perón se hiciese eco de las ideas de los nacionalistas, no parece haber estado interesado en cimentar esta relación.[11] Es probable que allí obrara su cálculo oportunista pues temía que los nacionalistas ahuyentaran el voto popular.[12] Por lo pronto, éstos adolecían de bases electorales relevantes que pudieran allanar su carrera política.

La marcha del 17 de octubre de 1945 abrió un ciclo que obligó a muchos intelectuales a redefinir identidades y prioridades. La candidatura de Perón profundizó las divisiones y los conflictos en el campo político e intelectual, como se puede ver proyectado en las discusiones que estaban teniendo lugar en la SADE sobre la posible expulsión de los nacionalistas.[13] La opción que tenían los nacionalistas en ese contexto era votar o por la Unión Democrática –coalición que defendía la tradición liberal, blanco por excelencia de los "odios" nacionalistas– o por Perón, un líder con quienes compartían ideas, lenguajes y objetivos. La intervención del embajador de Estados Unidos Spruille Braden a favor de la Unión Democrática, publicando un informe (el llamado Libro Azul), donde vinculaba a

tonces ministro de Guerra. Dada su nueva posición en el gobierno, los nacionalistas lo acusaban de ser el responsable del giro en la política exterior. Fue así como automáticamente Perón pasó de ser la esperanza (aunque con recelos) de los nacionalistas, a ser el blanco de sus diatribas. Un mes después, en marzo de 1945, la Argentina finalmente declaró la guerra a Japón y a Alemania, y los nacionalistas que estaban en el gobierno se vieron obligados a renunciar a sus puestos.

10. M. Amadeo, *Ayer, hoy y mañana*, Buenos Aires, Gure, 1956, pp. 18-20.

11. Al respecto, Loris Zanatta sostiene que en su proyecto social Perón se hizo eco de las ideas de la doctrina social de la Iglesia que eran muy importantes dentro del movimiento nacionalista.

12. Véase E. Zuleta Álvarez, *El nacionalismo argentino*, Buenos Aires, La Bastilla, 1975, pp. 509-546.

13. Sobre la formación de la Unión Democrática, véase M. García Sebastani, *Los antiperonistas*.

Perón con nazis locales y extranjeros y participando en los actos políticos de la Unión Democrática, acercó todavía más a los nacionalistas a Perón. El hecho de que el enviado máximo de un gobierno extranjero se involucrara tan abiertamente en la lucha electoral les corroboraba una de las sospechas sobre las que se basaban su credo político: la falta de independencia de la clase política argentina aglutinada en la Unión Democrática.[14] Carlos Ibarguren (hijo) resumió con claridad cómo el conflicto político abierto en torno a las elecciones de 1946 terminó de impulsar a los nacionalistas hacia Perón.

> El día que este cayó en octubre del 45, Perón significaba para mí lo peor que podía existir en el país, porque a mi juicio, lo había humillado al declarar la guerra en la forma indecorosa que la declaró. Pero a la semana de producido el derrocamiento de Perón como factótum revolucionario, el espectáculo que dieron en Buenos Aires quienes parecían dominar la situación, con su espíritu de venganza que consideraba a los nacionalistas sus enemigos, ese espectáculo nos mostró crudamente la realidad [...] Evidentemente ahí estaban nuestros verdaderos enemigos: los mismos enemigos de Perón. Como "criminales de guerra" y nazis, ellos nos identificaban con dicho coronel, y no le cuento lo que significó la intervención del embajador yanqui Braden. Todo eso acabó por decidir nuestro apoyo a Perón. *Por lo demás, desde un punto de vista pragmático, Perón resultaba nacionalista. Levantó las banderas de la soberanía política, independencia económica y justicia social, y el sentimiento del pueblo argentino lo hizo su caudillo.*[15]

En una carta a Manuel Gálvez años después, Mario Amadeo se refirió al voto por Perón como la elección natural para los nacionalistas, dado que "en aquel momento no se podía tener otra actitud nacional que no fuera la expectativa esperanzada".[16] No es casual

14. Perón supo capitalizar con astucia la intervención americana en las elecciones al hacer del tema del antiimperialismo un punto central de su campaña. El hecho de que varios nacionalistas eran identificados en el opúsculo de Braden como nazis aumentaba aun más sus iras.

15. Carlos Ibarguren entrevista realizada por Luis Alberto Romero, 15 de julio de 1971, Archivo Historia Oral del Instituto Torcuato Di Tella, mi subrayado. Según Félix Luna, el 30 de octubre de 1945 los *nacionalistas* cenaron con Perón para expresarle su apoyo. F. Luna, *El 45*, p. 400.

16. Mario Amadeo, carta a Manuel Gálvez, 16 de julio de 1946, Archivo de Gálvez en la Academia Argentina de Letras.

que Amadeo se refiera a expectativas y esperanzas, y no a convicciones. El apoyo a Perón de figuras como las de Martínez Zuviría, Amadeo o Ibarguren debe entenderse en el marco del conflicto maniqueo en que estaba sumergida la sociedad argentina en 1945, y en la ausencia de otras alternativas. La falta de convicciones fuertes se vio materializada en el escaso protagonismo que los hombres del nacionalismo de derecha tuvieron en la campaña de Perón. Tampoco la adquirieron luego, durante su gobierno, probablemente por el recelo que el mismo Perón sentía hacia estas figuras tan polarizantes, incluso cuando muchas de ellas siguieron (al menos hasta 1950) expresando públicamente su adhesión al líder.[17] En las elecciones de 1946, los nacionalistas presentaron una lista independiente para el Congreso donde partiparon como Alianza Libertadora Nacionalista aunque apoyaron la fórmula presidencial Perón-Quijano.[18] Este proceder puede ser leído como un indicio de que el apoyo de muchos nacionalistas (sobre todo, los que adherían a las concepciones más elitistas) –cuando se dio– fue muchas veces a regañadientes y pleno de suspicacias.

Claramente, la falta de alternativas no fue el único camino que llevó al encuentro de los nacionalistas con Perón. Al ser el nacionalismo un fenómeno complejo que albergaba diferentes lecturas, no siempre convergentes, la peronización de los nacionalistas estuvo basada en razones múltiples que muchas veces se superponían y que hacen difícil recortar un motivo único: El revisionismo histórico era la interpretación del pasado más popular entre aquellos cercanos al movimiento nacionalista. Los miembros fundadores del Instituto Juan Manuel de Rosas, creado en 1938, eran todos historiadores nacionalistas que intentaron desde ese espacio institucional imponer una visión de la historia que se oponía a la versión liberal del pasado.[19] A través de una reinvindicación de la figura de Juan Manuel Rosas, los revisionistas proponían una relectura de la historia que se proyectaba como una reinterpretación global del pasado en clave nacional.[20] Esta particular visión del pasado condensaba varios de los temas más caros al nacionalismo: el tópico del antiimperialismo tanto económico como político, la necesidad de instaurar un gobierno fuerte de manera de evitar la desintegración social y la reivindicación de una identidad nacional basada en la herencia hispana de la cultura argentina. A pesar de que el peronismo albergó en su seno a historiadores de distintas tendencias y que no todos los revisionistas se unieron al peronismo, como Julio Irazusta, muchos de ellos sí lo hicieron.[21] Éste fue el caso de Ernesto Palacio, Manuel Gálvez, Vicente Sierra y Ramón Doll, quienes declararon su adhesión al peronismo. Estos historiadores vieron en Perón un líder que parecía hacerse eco de sus diagnósticos sobre la realidad argentina, incluso cuando Perón no hiciera en ese período explícito su apoyo a esa escuela histórica.[22]

El catolicismo militante de muchos de los nacionalistas también jugó un papel importante a la hora de sumarse al peronismo. Si bien sabemos que la actitud del mundo católico frente al peronismo siguió, en las palabras de Zanatta, "caminos tortuosos y variados" y que, como también lo muestra detenidamente Lila Caimari, la irrupción del peronismo no fue recibida unilateralmente en forma positiva en el mundo católico, la variable del catolicismo

17. Éste es el caso de Mario Amadeo, por ejemplo, quien todavía en 1950 seguía escribiendo notas a favor del peronismo en la revista *Dinámica Social*. Véase J. Zanca, *Los intelectuales católicos y el fin de la cristiandad, 1955-1966*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2006, p. 53.

18. Hubo también voces antiperonistas dentro del movimiento nacionalista, como las de los hermanos Irazusta quienes continuaron desconfiando de Perón cuando éste ya había devenido candidato. Éstos sospechaban de su estilo político al que juzgaban demagógico pero también de su compromiso con las banderas del nacionalismo económico. Otros de los nacionalistas que se opusieron al proyecto de Perón desde sus días iniciales fueron los jóvenes miembros de la Alianza de la Juventud Nacionalista. Véase E. Zuleta Álvarez, *El nacionalismo*, p. 521; E. Piñeiro, *La tradición nacionalista ante el peronismo. Itinerario de una esperanza a una desilusión*, Buenos Aires, AZ, 1997.

19. Véase D. Quattrocchi-Woisson, *Los males de la memoria. Historia y política en Argentina*, Buenos Aires, Emecé, 1998.

20. Para la historia liberal, la figura de Rosas era la encarnación de la barbarie y todo aquello que la Argentina moderna debía superar. Acerca de las distintas interpretaciones sobre el revisionismo, véase A. Cattaruzza, "El revisionismo: itinerarios de cuatro décadas", en A. Cattaruzza y A. Eujanián, *Políticas*, pp. 143-182.

21. La bibliografía reciente tiende a subrayar una relación más ambigua entre el revisionismo y el peronismo. Julio Stortini sostiene, por ejemplo, que si hubo una peronización del Instituto Juan Manuel de Rosas, ésta no se puede percibir en la publicación. Véase J. Stortini, "Historia y política. Producción y propaganda revisionista durante el primer peronismo", *Prohistoria*, año VIII, N° 8, primavera de 2004, pp. 229-249.

22. Alejandro Cattaruzza señaló al respecto que "el rosismo no formaba parte del conjunto de posiciones oficiales compartidas por el peronismo, proclive en cambio a instalarse en una tradición más clásica". Tampoco la universidad de esos años fue "el escenario de un masivo desembarco revisionista en las áreas dedicadas a los estudios históricos". A. Cattaruzza, "El revisionismo", p. 167.

indujo a muchos a integrarse a sus filas.[23] Perón había iniciado una campaña social que decía explícitamente inspirarse en las encíclicas papales y hacer eco de la doctrina social de la Iglesia. Aun si dudaban sobre su curso, muchos católicos pensaban que las reformas sociales promovidas por Perón podían representar una barrera al ascenso del comunismo en una sociedad donde la clase obrera no sólo crecía en número, sino que se movilizaba. Además, el hecho de que el gobierno militar del cual Perón era (al menos hasta octubre de 1945) una importante figura hubiese introducido la religión católica en las escuelas era algo que los nacionalistas no podían soslayar. Si bien Perón no ratificó su adhesión al decreto durante la campaña, al menos no se pronunciaba en contra de esa conquista tan preciada.[24] Un ejemplo de esa convergencia entre catolicismo y peronismo se observa en el diario católico *El Pueblo*. En sus páginas se puede ver cómo el catolicismo fue para muchos intelectuales una vía de entrada al peronismo. Un ejemplo conspicuo es el del escritor e historiador Manuel Gálvez. Desde las páginas de *El Pueblo*, Gálvez expresó su admiración por Perón describiéndolo como el caudillo capaz de restaurar el orden, comprender a las masas y, por ende, hacer frente a la amenaza del comunismo. Para Gálvez, uno de los mayores méritos de Perón era su "sentido panorámico y profundo de la cuestión obrera".[25] Luego de la marcha de octubre de 1945, Delfina Bunge –la devota esposa de Gálvez– equiparó en las páginas del mismo diario a las masas peronistas con las que siguieron a Cristo en Palestina, des-

23. En la detallada reconstrucción de Zanatta la Iglesia pasó del apoyo más entusiasta, al intento por separarse lo más posible del gobierno revolucionario de junio cuando su suerte se volvía más incierta en 1945, para terminar en el texto de la pastoral previo a las elecciones de 1946 por recomendar (aunque no en forma expresa) a los católicos votar por Perón. La pastoral no fue acatada unilateralmente por todo el catolicismo. Algunos dirigentes de la Acción Católica dieron apoyo explícito a la fórmula de la Unión Democrática en la revista *Orden Cristiano*. Sobre el peronismo y el catolicismo, véanse L. Zanatta, *El mito*, p. 212, Lila Caimari, *Perón y la Iglesia Católica*, Buenos Aires, Ariel, 1995; véase también A. Ivereigh, *Catholicism and Politics in Argentina*, Nueva York, St. Martin Press, 1996; J. Zanca, *Los intelectuales católicos*, pp. 9-37. La ley de educación católica fue resistida por varios legisladores peronistas de origen sindical que se identificaban con los motivos de la tradición anticlerical. Véase R. Di Stefano, *Ovejas negras. Historia de los anticlericales argentinos*, Buenos Aires, Sudamericana, 2010, pp. 338-339.

24. Véase A. Ivereigh, *Catholicism*, p. 149.

25. M. Gálvez, "La obra social que desarrolla el general Perón", en J.D. Perón, *El pueblo quiere saber de qué se trata*, Buenos Aires, Freeland, 1944.

cribiendo el 17 de octubre como "la eclosión [...] de una multitud proletaria y pacífica" de aspecto "bonachón y tranquilo" sin "caras hostiles ni puños levantados".[26]

Lo dicho por Bunge muestra un tema que aparece recurrentemente en muchos escritores e intelectuales a la hora de explicar su entusiasmo inicial con el peronismo: la marcha del 17 de octubre como un momento revelador de que en esa multitud residía una verdad única e irrefutable. Ese día se había manifestado –según Bunge– "algo que no conocí[a], [...] que no sospech[aba] siquiera pudiese existir... [masas] que parecían trocadas por milagrosa transformación". El milagro era, para Bunge, la actitud no violenta y no amenzadora del orden social. Leopoldo Marechal también explicó su peronización en términos similares.[27] Para este poeta, vinculado al nacionalismo católico, el avance de las masas obreras era la prueba de la existencia de una Argentina poseedora de una verdad que no estaba en otra parte y que se exponía por primera vez. Según Marechal, fue el mismo 17 de octubre cuando se hizo peronista, yendo al "encuentro de una Argentina que desconocía", una "Argentina invisible que algunos habían anunciado literariamente, sin conocer ni amar sus millones de caras concretas".[28]

Raúl Scalabrini Ortiz fue uno de los que expresó con más elocuencia el gesto romántico frente al 17 de octubre. Para este ensayista, las masas del 17 de octubre representaban la encarnación de la patria misma: "el subsuelo de la patria sublevado", "el cimiento básico de la nación que asomaba por primera vez", "el sustrato de nuestra idiosincrasia y de nuestras posibilidades colectivas".[29] No hay dudas de que para los nacionalistas populares –como lo era Scalabrini Ortiz– la adhesión al peronismo era menos problemática. La devoción popular por Perón y los giros "obreristas" de su discurso no eran motivo de preocupación, sino la prueba irrefutable de que el peronismo era el camino a seguir. La mayoría de estos nacionalistas pertenecían al grupo Fuerza de Orientación Radical de la Joven

26. Delfina Bunge, citada por M. Gálvez, *Recuerdos de la vida literaria. En el mundo de los seres reales*, Buenos Aires, Hachette, 1965, p. 290. Estas declaraciones tuvieron un impacto importante en los círculos católicos; L. Zanatta, *El mito*, p. 403.

27. Marechal era un intelectual comprometido con el catolicismo: participó del grupo que había conformado los Cursos de Cultura Católica, fundados en 1922.

28. A. Andrés, *Palabras con Leopoldo Marechal*, p. 41.

29. R. Scalabrini Ortiz, "Identidad histórica de Yrigoyen y Perón", *Hechos e Ideas*, 54, 1948, p. 323.

Argentina (FORJA).[30] FORJA era una agrupación que habían fundado en 1935 miembros de la Unión Cívica Radical (UCR), cuyos integrantes se identificaban con la figura de Hipólito Yrigoyen. En sus filas se congregaban políticos e intelectuales que desaprobaban el curso adoptado por los líderes del radicalismo en la década del 30.[31] El grupo se aglutinaba en torno a una serie de posiciones que definían un programa antioligárquico, antiimperialista y latinoamericanista. Sus miembros abogaban por la libertad económica y cultural del país y por la emancipación de las masas que se encontraban –en su propia reconstrucción– subyugadas a una oligarquía sujeta a los intereses extranjeros. Desde temprano, sus seguidores se interesaron por la actividad que Perón realizaba desde la Secretaría de Trabajo y Previsión Social en apoyo de los trabajadores. Esto implicó que incluso antes de 1946 se dieran contactos concretos entre FORJA y Perón. Arturo Jauretche –la principal figura del grupo– se reunió en reiteradas ocasiones con Perón luego del golpe de 1943 con la intención de formar una alianza. Si bien esta última no se materializó, las reuniones familiarizaron al grupo con las reformas sociales de aquél.[32] El impacto de estos contactos iniciales se puede ver en toda su magnitud en la rápida reacción del grupo ante los acontecimientos del 17 de octubre de 1945. El mismo día de la marcha Jauretche firmó un documento apoyando a las masas obreras tomando distancia de la posición oficial de la UCR a la que acusó de pasarse al "campo de la oligarquía".[33] Muy poco tiempo después, en diciembre de 1945,

30. En esos años Scalabrini Ortiz estuvo alejado de FORJA en oposición a la postura favorable que el grupo adoptó en torno a la revolución de junio.

31. El golpe militar que terminó con el segundo gobierno de Yrigoyen en 1930 repercutió con fuerza dentro del radicalismo provocando divisiones profundas, las que se acentuaron con la muerte de Yrigoyen. El ex presidente radical Marcelo T. Alvear asumió el control del partido en un intento por unificarlo y purgarlo de los conflictos internos. En este contexto vio la luz el grupo FORJA, fundado con el propósito de desafiar el liderazgo de los alvearistas y evitar así lo que sus integrantes consideraban la desnaturalización del partido radical.

32. Sobre FORJA, véase A. Jauretche, *FORJA y la década infame*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1974, p. 8, y "Declaración de FORJA ante los acontecimientos del 4 de junio", en A. Jauretche, *FORJA*, p. 149.

33. Perón, sobre todo en sus primeros años de trayectoria política, intentó atraer hacia su lado a numerosas figuras radicales. Desde la Secretaría de Trabajo, buscó establecer una alianza con los sectores renovadores de la UCR. La iniciativa más ambiciosa en este sentido fue la propuesta que le hizo a Amadeo Sabattini –el gobernador de la provincia de Córdoba quien apoyaba la posición de neutralidad en la guerra– de conformar una fórmula electoral conjunta. Sabattini rechazó la pro-

en el momento de mayor agitación de la campaña electoral, FORJA fue disuelta porque, según lo justificaba el comunicado hecho público, su "pensamiento y finalidades" estaban realizadas en el peronismo.[34] Junto con Jauretche y Scalabrini Ortiz, prácticamente todos los *forjistas* como Ricardo Guardo, Atilio García Mellid y José Farías Gómez se unieron a las filas del peronismo.

Luego de 1946 fueron contados los intelectuales que se sumaron al peronismo. Uno de los pocos casos que se puede mencionar es la adhesión de un grupo de poetas y escritores ex miembros del grupo literario Boedo y del Partido Comunista, entre los cuales estaban Nicolás Olivari, César Tiempo y Elías Castelnuovo.[35] El Partido Comunista –que había formado parte de la Unión Democrática contra Perón– era en 1946 contundente a la hora de caracterizar el peronismo como un fascismo local. Sin embargo, el hecho de que la clase obrera estuviera del lado de Perón era un dato que constituía un *problema* para muchos comunistas. Además, el triunfo de los aliados en la guerra significaba que, entre los comunistas, el fascismo ya no era el enemigo a enfrentar sino el imperialismo estadounidense. En tal contexto, apareció un grupo de disidentes dispuesto a aceptar el carácter revolucionario y proletario del novel movimiento político. Su posición fue evolucionando hasta llegar a caracterizar en 1955 al peronismo como la "revolución emancipadora nacional".[36] Este proceso resultó en el quiebre del Partido Comunista. Los disidentes

puesta. El Comité Nacional de la UCR se manifestó abiertamente en contra de las alianzas con Perón y advirtió a sus miembros al efecto. Pero a pesar de dichas directivas, varios radicales desobedecieron al partido y comenzaron en 1945 a trabajar con Perón. Entre ellos, se encuentran los casos de Hortensio Quijano (luego vicepresidente de Perón), John Cooke quien fue nombrado ministro de Relaciones Exteriores y Armando Antille que asumió ministro de Economía. Durante la campaña electoral los radicales devenidos peronistas, despectivamente designados con el mote de "colaboracionistas", fundaron un grupo llamado Junta Renovadora y abandonaron definitivamente la UCR. Perón también intentó en vano negociar con otros radicales como Ricado Balbín y Moisés Lebensohn. Sobre el tema, véase N. García Sebastini, "La oposición", y A.V. Persello, *Historia del radicalismo*, Buenos Aires, Edhasa, 2007.

34. Entre los miembros de FORJA que no adhirieron al peronismo podemos nombrar a Luis Dellepiane, quien actuó en el período como diputado por la UCR.

35. No todo el grupo de Boedo se convirtió al peronismo. Algunos de sus miembros –como Leónidas Barletta– alzaron su voz opositora.

36. Véase S. Amaral, "Peronismo y marxismo en los años fríos: Rodolgo Puiggrós y el movimiento obrero comunista, 1947-1955", Jornadas "Ideas e intelectuales en el siglo XX: Argentina y América Latina", Universidad de San Andrés, 10 de agosto de 2000.

fueron expulsados y formaron una nueva agrupación. Entre ellos, se encontraban importantes figuras políticas como Rodolfo Puiggrós y Eduardo Astesano. Aunque ni Olivari ni Tiempo participaron del denominado grupo de disidentes, es claro que su afiliación al peronismo se explica por una preocupación compartida y por un dato difícil de obviar: la clase obrera estaba del lado de Perón. La ruptura se comprende mejor si se recuerda que hacía tiempo que dentro de las filas del comunismo local se alzaban voces que rechazaban la ortodoxia del partido y que planteaban la posibilidad de apoyar, o crear, un movimiento que los llevara hacia el camino de la revolución social por vías heterodoxas.[37]

Muchos comunistas vieron en el movimiento peronista una plataforma desde donde alcanzar –aunque con métodos poco ortodoxos– los objetivos revolucionarios. En las páginas del suplemento del expropiado diario *La Prensa,* Castelnuovo se hizo eco de estas discusiones al criticar el dogmatismo de sus colegas de izquierda, señalando que su oposición al peronismo se basaba en el hecho de que la "revolución argentina no se parece ni a la revolución rusa, ni a la revolución albanesa, ni a la revolución china".[38] Es importante señalar que la inteligencia democrática vivió la "peronización" de personas como Tiempo y Olivari como una verdadera traición. Durante la campaña antifascista de los 30 estos dos escritores habían estado del denominado lado democrático. Hay razones para pensar, sin embargo, que su peronismo carecía del mismo grado de fervor que el de otros intelectuales. César Tiempo, quien dirigió el suplemento cultural de *La Prensa* cuando ésta fue expropiada por el gobierno, mencionó que nunca tuvo que afiliarse al partido peronista para hacerse el destinatario de lo que prometía ser un interesante trabajo.[39]

37. Sobre este tema, véase J. Cane "«Unity for the Defense of Culture»: The AIAPE", p. 481.

38. E. Castelnuovo, "Los teatros independientes están errando el camino de la independencia", *La Prensa*, suplemento cultural, 30 de agosto de 1953.

39. César Tiempo citado por E. Toker, "Introducción César Tiempo, poeta bendito", en C. Tiempo, *Buenos Aires esquina de sábado*, Buenos Aires, Archivo General de la Nación, 1997, p. 17. En una carta de Tiempo de 1954, dirigida al crítico literario Emilio De Soto, deja entender que su labor en *La Prensa* corresponde a una de las diversas formas "de la prostitución literaria" a las que ha debido apelar para sostener a su familia. Sin ocultar su amargura, Tiempo se describe "uncido al sueldito del diario y cuidadosamente desprestigado", carta de César Tiempo, 23 de octubre de 1954, Archivo César Tiempo, Biblioteca Nacional.

Un grupo sin unidad: el caso de la Asociación de Escritores Argentinos

La pregunta acerca de quiénes eran los intelectuales peronistas tiene una respuesta clara: en su mayoría el grupo estaba conformado por los nacionalistas, a los que se sumaban algunas figuras de la izquierda. La adhesión al nuevo movimiento político implicaba *grados de entusiasmo* y *expectativas* concretas diversas. Esto último reflejaba la falta de unidad ideológica de la intelectualidad que se sumó al peronismo. El discurso de Perón, cargado de referencias vagas y hasta a veces contradictorias, permitía albergar lecturas contrapuestas pero ponía dudas sobre la conformación de un grupo con un proyecto común.[40] Por ejemplo, las posiciones de Arturo Jauretche y Gustavo Martínez Zuviría se encontraban en muchos sentidos en las antípodas ideológicas. Los mismos elementos que para Jauretche fueron decisivos a la hora de "convertirse" al peronismo –el acento popular del proyecto de Perón– tenían una connotación negativa para un nacionalista elitista como el escritor Martínez Zuviría, que se acercaba al peronismo por su costado antiliberal. Una distancia aun más honda separaba a Martínez Zuviría de César Tiempo. El primero era un escritor de textos de contenido antisemita, el segundo era un escritor judío que participaba de los proyectos culturales de su comunidad. Al menos en los primeros años, la euforia por Perón y la lucha maniquea que se había instalado en la sociedad argentina quitaron relevancia a estas contradicciones. Sin embargo, la heterogeneidad ideológica abría dudas sobre la formación de una inteligencia con objetivos compartidos. En otras palabras, la intelectualidad de Perón estaba impregnada de una doble debilidad: no sólo era marginal dentro del campo sino que también adolecía de coherencia interna. A pesar de este dato, que incluso los mismos intelectuales peronistas no podían ignorar porque las diferencias eran demasiado obvias como para no ser percibidas, hubo un intento por crear un espacio que los uniera. Éste fue el caso de la ADEA. El proyecto fracasó; sin embargo, su caso constituye una interesante vía de entrada para observar cómo se pensaron los intelectuales de Perón dentro del movimiento y el tipo de relación que este último estableció con sus propios cuadros intelectuales.

40. Sobre el discurso de Perón, véase M. Plotkin, "La ideología de Perón: continuidades y rupturas", en S. Amaral y M. Plotkin, *Perón del exilio al poder*, Buenos Aires, Cántaro, 1993, y S. Sigal y E. Verón, *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*, Buenos Aires, Eudeba, 2003.

Para 1945 hacía varios años que los intelectuales nacionalistas venían siendo marginados por el resto de la intelectualidad local dadas sus posiciones ideológicas. La prensa establecida les había cerrado sus páginas y, como sabemos, en la SADE su participación se había vuelto muy cuestionada. Fue entonces cuando los nacionalistas –ya en ese momento devenidos peronistas–, ofendidos por los términos con que eran tratados en la SADE, fundaron su propia asociación: ADEA. La creación de la ADEA debe ser entendida entonces como el punto culminante de un conflicto que había comenzado en la década del 30. Su fundación expresaba los esfuerzos de la inteligencia peronista de ejercer el liderazgo cultural y de conformarse como una voz colectiva. La asociación recibió la adhesión de un importante número de intelectuales. Varios escritores aprovecharon la ocasión para abandonar las filas de la SADE mientras que otros se sumaron por primera vez a una asociación intelectual. Los miembros de la novel asociación eran escritores, pero también historiadores, religiosos y docentes. Los nombres importantes se codeaban con desconocidos. Entre las figuras de mayor trayectoria estaban el novelista Leopoldo Marechal; el antiguo director del suplemento cultural del diario *La Nación,* Arturo Cancela; el historiador y novelista Manuel Gálvez y su mujer Delfina Bunge; el ensayista Raúl Scalabrini Ortiz junto con gran parte del grupo FORJA. La lista de los miembros reflejaba las contradicciones ideológicas que separaban al grupo de intelectuales que apoyaba a Perón. El escritor elitista antisemita Martínez Zuviría aparecía junto con el populista Jauretche.

La ADEA, fundada al mismo tiempo que la figura de Perón se afianzaba a finales de 1945, fue en muchos sentidos una réplica de la SADE, tanto por los objetivos que se autoimpuso como por algunos de los ideales que hizo suyos. Por ejemplo, aun cuando todos los miembros habían declarado abiertamente su apoyo al peronismo, e incluso cuando podemos identificar en su "Declaración de principios" un lenguaje afín tanto al peronismo como al nacionalismo –se afirmaba "defender y promover los ideales que componen la cultura nacional y defender los derechos de los trabajadores intelectuales"–, la asociación negó desde sus inicios tener afiliación partidaria, ideológica y/o estética. Es decir, apelaba al apoliticismo que había sido motivo fundacional en la SADE. Los proyectos concretos que prometía realizar también se parecían a los de la vieja asociación de escritores: la modificación de la ley que protegía la propiedad intelectual y artística, la creación de un plan de salud para los escritores y el establecimiento de un Instituto del Libro.

Es decir, la ADEA volvía al motivo económico que había sido aglutinante en el caso de la SADE. La ADEA también instituyó sus propios premios literarios, pues buscaba disputar a la SADE su capacidad de consagrar escritores y productos literarios, lo que constituye uno de los motivos principales de las pujas literarias. El parecido entre las dos asociaciones llegaba a niveles casi ridículos a la hora de ponerles nombre a los galardones literarios que la ADEA denominó "sello de honor"; recordemos que la SADE los denominaba "fajas de honor".[41]

Es claro que la ADEA no se alejaba de los motivos y afanes asociados a la profesionalización del oficio, claves (como vimos para el caso de la SADE) en la articulación de este tipo de asociaciones. Sin embargo, es importante recordar que su fundación se consumó por la necesidad de contrarrestar la situación de hegemonía que tenían los intelectuales antiperonistas en el campo. Esto mismo revelaba la ubicuidad de la política en la sociabilidad intelectual bajo el peronismo. Lo que desató la conformación de una contra SADE no fueron discrepancias sobre el rol que debían asumir los profesionales de la pluma, tampoco diferencias estéticas. En la SADE misma convivían escritores que abonaban distintas tesis sobre las formas estéticas y los temas que debía adoptar la literatura nacional. Lo que motivó la creación de la ADEA fue la necesidad de los intelectuales peronistas de promover la creación de espacios que les permitieran escapar a la marginalidad a la que habían sido condenados. La lista de sus asociados deja observar que prácticamente todos los intelectuales de renombre que se identificaron como peronistas se asociaron a la ADEA.[42] No obstante, ya en 1950 era claro que esta institución había fracasado en sus objetivos más básicos. Sus premios no ganaron credibilidad. Por ende, la asociación fue incapaz de contestar las jerarquías impuestas por la intelectualidad antiperonista mientras que la prensa ignoró casi por completo sus actividades. La sociedad tampoco consiguió aumentar los beneficios materiales de sus asociados, convirtiéndose en uno de los pocos gremios que no se favoreció de las reformas laborales del peronismo. Sin embargo, el símbolo

41. El hecho de que algunos de los más antiguos asociados de la SADE, como los escritores Arturo Cancela y Manuel Gálvez, estuvieran entre los fundadores de la ADEA explica en cierta medida las similitudes entre las asociaciones. ADEA, "Memoria y balance", 31 de diciembre de 1950, archivo de H. Frizzi de Longoni.

42. Entre sus miembros podemos mencionar a figuras conocidas como las de Gustavo Martínez Zuviría, Manuel Gálvez, Delfina Bunge, Carlos Ibarguren, Carlos Obligado, Juan Oscar Ponferrada y Pilar de Lusarreta.

más elocuente del fracaso fue el hecho de que rápidamente comenzó a perder asociados, como surge de varios testimonios. La creación en 1951 del Sindicato de Escritores Argentinos (SEA), otra asociación de escritores peronistas, significó una merma importante de asociados. No existe una lista de escritores que se transfirieron de una asociación a la otra pero, según el historiador Fermín Chávez –él mismo miembro del SEA–, fueron muchos los que eligieron este curso de acción.[43]

El proyecto de la ADEA pereció rápidamente por una serie de razones. La asociación experimentó recurrentes problemas económicos que restringieron su capacidad de acción. Las limitaciones financieras la privaron de contar con recursos que eventualmente podrían haber atraído a algunos intelectuales. Resulta sorprendente que la ADEA no haya recibido ningún tipo de ayuda estatal, lo que refuerza la imagen de las lógicas contradictorias de las que hablamos en el capítulo 1. Muestra la torpeza con que el gobierno operó en el campo intelectual, incluso en momentos cuando tenía como objetivo lograr la adhesión de los intelectuales. La falta de recursos financieros no posibilitó, por ejemplo, la tarea de publicar, no se propició una política de subsidios ni convenios con la imprenta oficial. Además, las pocas veces en que el Estado intervino en asuntos relacionados con el gremio de los escritores lo hizo sin tener en cuenta las reglas del campo y esto redundó en detrimento de la ADEA. El ejemplo más paradigmático se dio en 1948 cuando el gobierno le otorgó a la ADEA la misión de representar a los escritores en la Comisión Nacional de Cultura, lugar que hasta entonces era ocupado por la SADE. Si bien esto era positivo para la novel asociación, ya que comenzaba así a participar en las decisiones sobre la gestión cultural, asegurándose un canal de diálogo institucionalizado con las autoridades gubernamentales, la forma unilateral en que el recambio se produjo influyó negativamente en su imagen en el mundo intelectual. Es sabido que el uso de mecanismos propios de la política para dirimir en disputas intelectuales es pernicioso aun para aquellos que a priori parecen resultar beneficiados. Es ésta una mala táctica porque actúa en detrimento del campo y recordemos que la ADEA también era una institución que lo conformaba o, al menos, pretendía hacerlo. La intromisión de la política enfatiza los componentes más conflictivos de las disputas intelectuales.[44] Más acertado hubiera sido ampliar el número de representantes en la Comisión de Cultura, propiciar así un dialogo que se eludía (el de los escritores en su conjunto, peronistas y antiperonistas) y por esa vía legitimar la misma existencia de la ADEA. Además, la incorporación de un representante de la ADEA en la Comisión no aumentó ni la exposición pública de esta asociación ni su influencia.

43. Fermín Chávez, entrevista realizada por la autora, Buenos Aires, 1 de agosto de 1999.

Finalmente, lo que terminó por decidir la suerte de la ADEA fue la lógica con que se fue tiñendo el Estado peronista desde el inicio de la década de 1950, que tergiversó sus objetivos y alienó a sus miembros más reconocidos. Esto nos remite a los dos tiempos del peronismo en cuanto a las estrategias seguidas con respecto al campo intelectual. Ciertamente el equilibrio entre estar a favor de Perón y no ser una asociación peronista era demasiado frágil para ser sostenible en el largo plazo, sobre todo si pensamos en las características que fue progresivamente asumiendo el régimen. Claramente, quienes fundaron la ADEA pensaron que este equilibrio podía ser mantenido. Gálvez, quien dedica varias páginas de sus largas memorias al asunto, se refiere al tema afirmando:

> Desde el primer momento la Asociación fue considerada como peronista. Entiendo que se quiso hacerla apolítica, es decir, no militante. Eso no impedía que simpatizara con la orientación general del gobierno. Pero luego fue vinculándose cada vez más a las autoridades.[45]

En 1950 la ADEA había comenzado a festejar el día de la lealtad peronista, organizaba conferencias sobre la "fe peronista" y públicamente defendía al gobierno en sus alocuciones institucionales. En 1953, un documento de la institución expresaba que las actividades desde 1950 demostraban la "devoción peronista" de la entidad. Ahí se decía que en el período "la entidad [había] certificado su posición justicialista en principios y conducta, sosteniendo una prédica permanente y tratando, dentro de sus recursos, de divulgar la doctrina y extender el conocimiento de la acción de gobierno, en especial en materia cultural".[46] A pesar de que en la ADEA siempre la política indirectamente había estado presente, finalmente se

44. Véase R. Collins, "On the Acrimoniousness of Intellectual Disputes", *Common Knowledge*, 8: 1, 2002, p. 54.

45. M. Gálvez, *Recuerdos de la vida literaria. En el mundo*, p. 175.

46. Sin título, 1953, archivo de H. Frizzi de Longoni.

había fundado por diferencias de tal índole, algo había cambiado en una institución que en 1947 había declarado en su manifiesto fundacional que no tenía "afiliación política". La ADEA se había convertido en una simple y bastante poco importante agencia de propaganda del gobierno. ¿Cómo explicar esta transformación? Aquí nuevamente debemos apelar a los impulsos dispares que subyacen en el peronismo. Si se vincula el caso de la ADEA a la suerte que tuvieron otras empresas culturales promovidas por intelectuales peronistas como el caso de la revista *Hechos e Ideas* que veremos en el próximo apartado, donde las plumas más renombradas fueron desplazadas por propagandistas y figuras menores, la peronización puede verse como el resultado de un gobierno que para 1950 había abandonado los intentos más conciliatorios con respecto al campo intelectual.

Según varios testimonios, fueron numerosos los escritores que abandonaron la ADEA cuando se dio esta transformación. Manuel Gálvez sostiene que para "1951, se habían retirado muchos socios, porque la Comisión Directiva [...] había llegado a las más increíbles adulaciones a Perón y a su mujer".[47] El hecho de que los más importantes escritores renunciaran a la asociación cuando la apología del régimen se hizo insoportable nos permite rechazar la hipótesis de que la peronización fue el producto del cálculo pragmático de los escritores para ganar poder, cualquiera que fuese su naturaleza (material o simbólica). Por el contrario, este proceso se originó en forma externa a la ADEA. Ésta era afín a un clima general de mayor control y censura por parte del gobierno. Luego de 1950, el rol que los miembros de la ADEA construyeron para ellos fue el único que el Estado estaba preparado para darles: el de ser propagandistas del peronismo. Desde esta posición era difícil para los intelectuales peronistas legitimar su lugar dentro del campo intelectual. La ADEA no podía ser reconocida como una institución equivalente a la SADE. El resultado final de la peronización fue, como se señaló, que sus miembros más prominentes abandonaron la organización y formaron otra –el SEA– en 1951. El SEA tampoco fue muy exitoso y tuvo muy poca repercusión. De acuerdo con Fermín Chávez, lo único que lograron hacer fueron unas "pocas conferencias".[48] La intelectualidad peronista, débil desde su nacimiento por cuestiones de número y escasez de nombres reconocidos, se debilitó más por criterios divergentes sobre cuál debía ser la naturaleza del apoyo al peronismo. Además, aunque las diferencias entre el SEA y la ADEA nunca fueron públicas, sería erróneo concluir que éstas no existieron dado que ambas instituciones luchaban por la legitimidad de representar a los escritores peronistas. En dos artículos diferentes aparecidos en el suplemento cultural de *La Prensa* las dos asociaciones se disputan el derecho a representar a los "escritores nacionales", eufemismo con que se autodenominaban los escritores peronistas.[49] En un manifiesto publicado en 1953 se pueden ver sugeridos los conflictos internos del campo intelectual peronista:

> Elementos disociados que trabajan contra la unión de los trabajadores argentinos, realizan actividades confusionistas, especialmente en el interior del país, solicitando adhesiones a entidades que invocan un carácter gremial que no tienen y una representación que no les pertenece y hacen uso indebido del nombre de escritores que están afiliados al Sindicato de Escritores de la Argentina, adherido a la CGT, fuerza rectora del movimiento obrero organizado, en cuyo seno los trabajadores intelectuales ocupan el puesto que les corresponde, representados por nuestro sindicato que es la entidad representativa de los escritores de todo el país.[50]

Cuando se le preguntó a Chávez, uno de los miembros más prominentes del SEA, por qué habían formado otra institución en lugar de aunar sus fuerzas en la ADEA, la respuesta fue: "No nos asociamos a la ADEA y creamos otra institución porque veíamos a la ADEA en decadencia. No era de mucho nivel lo que crearon, fue muy política en vez de intelectual y poco representativa de los escritores y periodistas".[51] El dilema para los intelectuales peronistas del cual Chávez y Gálvez dan expresa cuenta no era entre supervivencia y nivel de oposición, entre alzar la voz y preservar los espacios propios, como lo era para sus colegas opositores, sino entre adhesión y conciencia crítica; entre continuar siendo reconocido como un intelectual y posicionarse del lado del gobierno.

47. Ésta fue la razón por la que Gálvez mismo decidió renunciar. M. Gálvez, *Recuerdos de la vida literaria. En el mundo*, p. 175.

48. Fermín Chávez, entrevista de la autora, Buenos Aires, 1 de agosto de 1999. Véase también M. Gálvez, *Recuerdos de la vida literaria. En el mundo*, p. 176.

49. *La Prensa*, 9 de junio de 1953.

50. Ibídem.

51. Fermín Chávez, entrevista. Véase también M. Gálvez, *Recuerdos de la vida literaria. En el mundo*, p. 176.

Hechos e Ideas

La ADEA no fue el único espacio desde donde los intelectuales peronistas trataron de ejercer influencia. Sus propias publicaciones fueron medios importantes para transmitir sus ideas y objetivos, y para intentar elaborar proyectos. Dado que las páginas de revistas tradicionales como *Sur* estaban cerradas para quienes adherían al gobierno, durante esos años aparecieron nuevas publicaciones y algunas viejas adquirieron un protagonismo distinto. Entre las más importantes podemos mencionar *Sexto Continente*, *Continente* y *Hechos Ideas*. Como en el caso de la ADEA, éstas pueden ser vistas como parte de los intentos de los intelectuales convertidos al peronismo de crear un polo alternativo de instituciones culturales.[52] Este apartado se detiene en el análisis de algunos aspectos puntuales de la experiencia de *Hechos e Ideas* durante el período peronista. Se tomó esta revista por su calidad y duración (apareció desde 1947 hasta 1955) y porque al haber sido publicada durante casi toda la gestión de Perón nos permite ver los cambios que se dieron en las lógicas estatales con respecto al campo intelectual.[53] Tomamos un caso perteneciente al nacionalismo popular pues este grupo fue el que se sumó al peronismo con más convicción y porque sus miembros intentaron más claramente hacerse un lugar dentro del régimen. Los nacionalistas de derecha perdieron influencia luego de las elecciones de 1946 y progresivamente se fueron sumando a la oposición contra Perón.[54]

Para cuando surgió el peronismo *Hechos e Ideas* era una revista que tenía cierta tradición y presencia ya que había aparecido entre 1935 y 1941 como publicación de la UCR. Durante ese período reprodujo las discusiones que se daban en el seno de la UCR y fue un fiel reflejo de la heterogeneidad político-ideológica de ese partido expresada en las divisiones entre personalistas y antipersonalistas.[55] La

52. Sobre *Continente*, véase A.G. Zarrilli, "Un símbolo cultural de la nueva Argentina: *Continente*, 1947-1955", en N. Girbal-Blacha y D. Quatrocchi-Woisson, *Cuando opinar*, pp. 337-362; para una descripción general de estas revistas, A. Avellaneda, *El habla de la ideología*, pp. 17-20.

53. *Hechos e Ideas* apareció mensualmente con el auspicio financiero de la publicidad oficial.

54. Las rupturas se produjeron en masa cuando el régimen inició su conflicto con la Iglesia Católica.

55. Para un panorama sobre los debates dentro del radicalismo, se puede leer el libro de A.V. Persello, *Historia del radicalismo*.

publicación se interrumpió en 1941 y volvió a aparecer en 1947 con algunos de sus antiguos colaboradores y el mismo director, aunque la nueva versión era muy distinta. Si en sus primeros años cobijó posturas contrapuestas y dio lugar al debate, en cambio, en el período peronista la revista articuló un discurso homogéneo aunque, como veremos, éste se puede dividir en dos etapas muy diferentes. El número inaugural incluyó una declaración de principios la cual, reproducida regularmente en los números posteriores, dejaba en claro de qué se trataba la nueva versión: "Si usted desea contribuir al robustecimiento de la nueva conciencia social surgida del movimiento revolucionario colabore con el esfuerzo editorial que significa esta publicación, difundiéndola y suscribiéndose".[56] Esto quería decir que, si bien se apelaba una tradición ya presente en la revista durante su período radical (la del nacionalismo popular), se silenciaban las voces de quienes estaban en contra del peronismo. La revista no provee ninguna explicación de por qué esta facción de intelectuales de la UCR se arrogó el derecho de quedarse con ella.

La lectura de esta publicación permite distinguir dos etapas que están directamente ligadas a las lógicas del peronismo con el campo intelectual que hemos venido mencionando. El primer período, que va desde 1947 a 1951, fue el tiempo de los ideólogos, de los nacionalistas populares, en la revista. Éstos utilizaron la publicación como un espacio donde definir ideológicamente el proyecto del peronismo, lo que implicaba un proceso no exento de contradicciones porque, al mismo tiempo que se intentaba dotar de una serie de contenidos programáticos al nuevo régimen político, se procuraba leer la misma experiencia –tal como se estaba dando– bajo el marco de esos contenidos. La segunda fase de *Hechos e Ideas* comenzó alrededor de 1951 y concluyó con la desaparición de la revista luego de producida la Revolución Libertadora. Esta etapa se caracterizó por la proliferación de artículos de carácter más técnico, por los comentarios de la coyuntura política y por el tono propagandístico. En ese momento, el objetivo de definir ideológicamente el peronismo se desdibujó. Estas transformaciones no sólo implicaban cierto cambio en la naturaleza de la publicación sino que también estaban acompañadas por un recambio en los autores de la revista.

El hecho de que la mayoría de los colaboradores de *Hechos e Ideas* fueran ex miembros del grupo radical FORJA significaba que el contenido que estos intelectuales querían dar al peronismo era

56. *Hechos e Ideas*, N° 44, 1947.

el mismo que previamente habían discutido en su agrupación, es decir, el del nacionalismo popular. De acuerdo con tales objetivos, estos intelectuales intentaron desde las páginas de *Hechos e Ideas* inventar una tradición y una historia para el movimiento peronista y definir un programa político, cultural, económico, que se adecuara a sus visiones previas. Dejaremos aquí de lado la discusión de ese proyecto y nos concentraremos en observar algunos aspectos puntuales que nos permiten iluminar el interrogante que nos interesa: la forma en que el Estado se relacionó con sus propios intelectuales. A grandes rasgos, podríamos decir que lo que se intentó en la revista fue definir al peronismo en consonancia con el ideario del nacionalismo popular: un proyecto económico antiimperialista liderado por la intervención del Estado en la economía, un proyecto cultural hispanista y católico, y una democracia que avanzara en el plano social.[57] Para los intelectuales de *Hechos e Ideas* había un punto de partida histórico obvio en el proceso de definir ideológicamente al peronismo: la identificación de Perón como un continuador de la gesta de Yrigoyen.[58] En el relato de *Hechos e Ideas* el golpe de Estado de 1930, que había terminado con la experiencia democrática de Yrigoyen, y su muerte tres años después habían dejado a los sectores populares totalmente desprotegidos hasta la llegada de Perón. De este último argumento se podían deducir dos corolarios claros: por un lado, Perón debía continuar lo que Yrigoyen había dejado trunco y, por el otro, esto mismo implicaba que las bases sociales de estos dos movimientos políticos eran las mismas. Raúl Scalabrini Ortiz fue contundente en este sentido. Para este escritor, las mismas "muchedumbres que salvaron a Perón del cautiverio y que el día siguiente paralizaron el país en su homenaje, eran las mismas multitudes que asistieron recogidas con dolor al entierro de Hipólito Yrigoyen, las mismas que lo acogieron con el alborozo de un mesías aquel memorable 12 de octubre de 1916 en que el pueblo argentino comenzó a reconocerse a sí mismo".[59]

Adscribir el peronismo al camino abierto por el líder radical implicaba una particular lectura de Yrigoyen y del partido que éste

57. Para una discusión sobre este tema véase F. Fiorucci, "Neither Warriors".

58. Véase "Glosas políticas", *Hechos e Ideas*, 47, 1948, p. 372.

59. R. Scalabrini Ortiz, "Identidad de la línea histórica Yrigoyen y Perón", *Hechos e Ideas*, 54, 1948. Aquí vemos cómo estos intelectuales se distanciaban de aquellos que construyeron al radicalismo como un partido de las clases medias. Sobre los debates que se dieron en la UCR por la emergencia del peronismo, véase A.V. Persello, *Historia del radicalismo*, pp. 133-171.

había liderado. La UCR era presentada "como un movimiento esencialmente popular con un profundo sentido nacionalista",[60] mientras que Yrigoyen era descripto como el caudillo nacionalista que había comprendido a las masas y había avanzado más allá de una concepción legalista de la democracia adoptando posiciones antioligárquicas y antiimperialistas, las cuales eran retomadas por Perón.[61] La similitud entre los apolíticos era tal que, en palabras de Jorge Farías Gómez, "Perón representaba [...] la revolución de Yrigoyen".[62] Uno de los editoriales de la revista afirmaba que no había que buscar demasiado para observar la convergencia entre ambos movimientos, bastaba con la "realidad de los hechos" para probar "el parentesco espiritual-político, social y económico entre el partido de Yrigoyen y el movimiento que reconoce como líder a Perón".[63] Claramente, el tipo de vínculo democrático que ambos movimientos políticos propiciaban era identificado por quienes escribían en *Hechos e Ideas* como una coincidencia esencial. En la visión de *Hechos e Ideas* la democracia que tanto el peronismo y antes el radicalismo buscaban construir era una donde la soberanía popular se expresaba a través del caudillo, quien personificaba la voluntad popular haciéndose eco de formas nacionales. El comentario del ensayista Atilio García Mellid ilustra con nitidez este argumento:

> Yrigoyen organizó en el poderoso movimiento de opinión llamado Unión Cívica Radical las fuerzas representativas de la libertad. Al estado formalista de derecho, opuso una concepción argentina basada en las esencias más prístinas de la nacionalidad. Ni la enunciación de principios institucionales, ni el dispositivo legalista, ni las fórmulas enmarañadas en que se frustraba el destino de las muchedumbres nativas, concitaron su fe y animaron sus batallas [...] ¿A quién señalaría el destino para asumir en el presente el papel ilustre de restaurador de la nacionalidad? Tocole al coronel Juan Domingo Perón constituirse en el artífice de la magna empresa de restablecer las verdades primordiales.[64]

60. "Glosas políticas", *Hechos e Ideas*, N° 47, 1948, p. 372.

61. Ídem, p. 293.

62. J. Farías Gómez, "Mensaje al radicalismo", *Hechos e Ideas*, N° 45, 1947.

63. "Glosas políticas", *Hechos e Ideas*, N° 47, 1946, p. 372.

64. A. García Mellid, "Alem, Yrigoyen Perón: símbolos de las muchedumbres argentinas", *Hechos e Ideas*, N° 55-57, 1948, pp. 286-298.

A partir de 1951, el tono y el contenido de la revista sufrieron modificaciones importantes. Hasta entonces *Hechos e Ideas* era una revista elaborada por intelectuales, todos ellos defensores del denominado nacionalismo popular que incluía a veces la palabra de algunos políticos. En 1951, esta descripción ya no era aplicable, aun cuando el director continuaba siendo el mismo y conservaba el mismo formato gráfico. En ese entonces, los intelectuales perdieron visibilidad dentro de la publicación. Las notas firmadas por Raúl Scalabrini Ortiz, Ernesto Palacio o Atilio García Mellid desaparecieron de sus páginas y fueron reemplazadas por artículos elaborados por ministros, diputados, técnicos estatales y burócratas, que en su gran mayoría no pertenecían a la ADEA, es decir, no se autorrepresentaban como escritores. Se redujeron, además, los comentarios dedicados a discutir temas abstractos e ideológicos como el significado de la democracia o la identidad cultural del país y en su reemplazo se publicaron textos referidos a la coyuntura política, proliferando entre éstos los artículos que subrayaban y enumeraban los logros del peronismo. Asimismo, la revista comenzó a reproducir el contenido de leyes, decretos y discursos de políticos peronistas, no restringidos a los de Perón como era usual hasta entonces. Hubo también cambios en una dimensión más ideológica. Si bien el nacionalismo era todavía el principal discurso de esta publicación, su foco se modificó. En los primeros años la revista se había encargado de propagar y discutir una visión nacionalista en términos culturales, políticos y económicos. En la *Hechos e Ideas* elaborada por políticos y burócratas a partir de 1951, el énfasis fue puesto en el nacionalismo económico.[65] La historia, otrora preocupación central de la revista, perdió importancia. Además, a partir de 1954 comenzaron a proliferar las notas críticas sobre la Iglesia Católica, que se hacían eco del conflicto que el gobierno había abierto con esa institución. Concretamente se acusaba al clero de interferir con el poder temporal subvirtiendo su misión espiritual. Las diatribas contra la Iglesia, si bien se ajustaban al clima reinante en el país, no dejan de sorprender si se comparan con la posición defendida por la revista unos años antes, cuando el cato-

65. Véase, por ejemplo, P. Almonocid, "Reflexiones sobre la reconstrucción de las teorías económicas marxista y capitalista", *Hechos e Ideas*, N° 114-115, 1953; R. Christensen, "La independencia económica y la radicación de capitales", *Hechos e Ideas*, N° 116, 1953; Manetti Cusa, "Economía racional: el mercado mundial", *Hechos e Ideas*, N° 120-121, 1954; "Apuntes de economía peronista", *Hechos e Ideas*, N° 124-125, 1954; C. Verardo, "Planificación y economía", *Hechos e Ideas*, N° 126-127, 1954.

licismo era vinculado a la esencia de la nacionalidad.[66] Empero, no fue ese reposicionamiento el más notable de *Hechos e Ideas* en esos años sino aquel que tenía que ver con uno de los motivos fundantes del grupo y al que se había apelado recurrentemente. A partir de 1951 el radicalismo dejó de ser representado como convergente con el peronismo y pasó a ser descripto como un partido oligárquico. Esa postura cuestionaba además la caracterización de Yrigoyen como un reformista social y como un defensor de los intereses nacionales. La nueva lectura, que apareció más de una vez, fue resumida en la sección "Glosas políticas" de 1955 en los siguientes términos:

> Cuando se despache y se inicie la discusión de este asunto en la Cámara de Diputados, los radicales negarán los beneficios del convenio, y repitiendo los sofismas y supercherías de siempre, volverán a decir que Yrigoyen defendió el petróleo, traerán a colación el recuerdo de la obra de Alvear, insistirán en que Yrigoyen es el padre de la legislación social, enumerando sus proyectos que jamás merecieron ni la atención de sus propios correligionarios que llegaron a sumar mayoría en ambas cámaras, y como siempre ocurre, el reciente pasado ignomioso que los sindica como traidores a la voluntad del pueblo y ardorosos defensores de los intereses de la oligarquía capitalista, extranjera y nacional, lo pasaran sobre ascuas, por entender que esa no es herencia que les corresponde.[67]

Para observar el significado de este cambio es importante aclarar que los forjistas que escribían en *Hechos e Ideas,* si bien fueron enfá-

66. Para finales de 1954, el conflicto que Perón mantenía abiertamente con la Iglesia se tradujo en un discurso fuertemente anticlerical dentro de la publicación. La derogación de la ley que había introducido la educación religiosa fue justificada a través de la reproducción del discurso del legislador Raúl Bustos Fierro. Aparecieron además en la revista numerosas referencias al laicismo como tradición histórica de la nación. Por ejemplo, se reprodujo una nota de José Manuel Estrada titulada "La Iglesia y el Estado" donde el autor presentaba una defensa de un Estado secular. El artículo era introducido con un párrafo que rezaba lo siguiente: "A más de ochenta años de su publicación, sus ideas recobran vigorosa actualidad, y son tan irrefutables como lo fueron en aquellos tiempos", "Glosas políticas: la intromisión del clero en la política gremial", *Hechos e Ideas*, N° 126-127, 1954. R.C. Bustos Fierro, "Supresión de la enseñanza religiosa en las escuelas", *Hechos e Ideas*, N° 133, 1955; A. del Valle, "Párrafos de un discurso histórico que cobran actualidad", *Hechos e Ideas*, N° 133, 1955, y J.M. Estrada, "La Iglesia y el Estado", *Hechos e Ideas*, N° 134-135, 1955.

67. Véanse también "Glosas políticas: la oposición y la ley de amnistía", *Hechos e Ideas*, N° 117, 1954; "Glosas políticas: el lenguaje conocido que utiliza la oposición", *Hechos e Ideas*, N° 118-119, 1954.

ticos a la hora de expresar su apoyo a Perón, nunca abandonaron su afiliación radical ni tampoco abogaron por subsumir el radicalismo al peronismo. El compositor de tango y antiguo miembro de FORJA, Homero Manzi, se refirió a su doble identidad radical y peronista declarando que en su grupo: "No [eran] ni oficialistas, ni opositores".[68] En ningún momento de su primera etapa *Hechos e Ideas* alentó la disolución de ese partido. Por el contrario, el proyecto impulsado desde la revista era convertir a la UCR en una oposición "capaz de concurrir con el esfuerzo a fin de que la revolución sea lo antes posible una realidad para todos los argentinos.[69]

68. H. Manzi, "No me defiendo, acuso", *Hechos e Ideas*, N° 46, 1948, p. 287. En sintonía con su postura, los escritores de *Hechos e Ideas* caracterizaban como un grave error la actitud asumida por la mayoría de los radicales frente a la llegada del peronismo. Dado que Perón continuaba la gesta del padre fundador de la UCR, estar en su contra era (como resumió Manzi) "antirradical". Farías Gómez expresaba lo siguiente al respecto: "Los visitadores asiduos y más o menos encubiertos de Justo y de Ortiz han decidido que es un delito hablar con el general Perón, quizá porque Perón no le debe la presidencia al fraude o porque es el presidente argentino que ha sabido honrar el nombre y la memoria de Yrigoyen [...] Perón, definiéndose como continuador de Yrigoyen, ha venido a nuestro encuentro. Nosotros, los radicales, ¿hemos de ser menos generosos que él y quedarnos hoscos y rencorosos en el mismo lugar en que nos dejó la Unión Democrática?", J. Farías Gómez, "Mensaje al radicalismo", *Hechos e Ideas*, N° 45, noviembre-diciembre de 1947, p. 180. En un contexto donde la sociedad estaba irreconciliablemente polarizada entre peronistas y antiperonistas y en el cual la UCR estaba del lado de la oposición, estas dos identidades eran cuando mínimo problemáticas. El partido desaprobaba las acciones de aquellos miembros que vinculaban a Perón con su propio proyecto, como fue el caso de quienes formaron la Junta Renovadora. Homero Manzi y Farías Gómez fueron expulsados de la UCR en 1948 por visitar a Perón y firmar un manifiesto en su apoyo. Véase M. García Sebastiani, *La oposición*, p. 60. Aquellos que aceptaron trabajar para Perón en 1945, como Quijano, Antille y Cooke, también fueron expulsados.

69. J. Farías Gómez, "Mensaje", p. 184. La historiadora Virginia Persello argumenta que la posición de Manzi y de Farías Gómez –que alentaban a la UCR a convertirse en una oposición constructiva– era marginal dentro de las páginas de *Hechos e Ideas*. Esta aseveración se basa, probablemente, en el hecho de que Persello no observa ningún cambio en el desarrollo de la publicación. Para justificar su lectura, la autora afirma que Perón nunca dejó espacios para las identidades a medias: se era peronista o no se lo era. Incluso cuando es plausible pensar que Perón tuviera esa posición, no existe en toda la revista un solo artículo que sugiera que este grupo de intelectuales consideraran estas dos identidades –radical y peronista– incompatibles. El argumento que se defiende en las páginas de *Hechos e Ideas* es que el partido radical había abandonado sus ideales originarios y que por lo tanto éstos debían volver a ser retomados, lo que en este contexto significaba apoyar a Perón. El argumento de Persello se aplica perfectamente a la segunda fase de la revista, cuando su contenido se peronizó completamente y se llegó incluso a negar a Yrigoyen el estatus de precursor del peronismo. A.V. Persello, "De la diversidad a la unidad. *Hechos e Ideas* (1935-1955)", en Diana Quattrochi-Woisson,

No hay dudas de que tanto el discurso contrario a la Iglesia como al partido radical responden al clima político más polarizado de la segunda presidencia de Perón; no obstante, su inclusión en la revista resignificaba la identidad político-ideológica de la publicación e implicaba que, para 1951, *Hechos e Ideas* ya no era el órgano de difusión de los nacionalistas populares provenientes de FORJA. Para ese entonces la revista se había convertido en un mero órgano de propaganda del régimen. No existe una explicación unívoca y definitiva para dar cuenta de la *peronización* de *Hechos e Ideas*. No se encuentran otras fuentes escritas sobre la revista que la publicación misma. Sin embargo, es posible ver que lo que pasa con ésta se ajusta a un patrón que se da en otros lugares más o menos al mismo tiempo. En el apartado anterior observamos lo que sucedió con la ADEA en el período. La historiadora Diana Quatrocchi-Woisson describió un proceso similar en el Instituto Juan Manuel de Rosas donde los políticos comenzaron a ser invitados para dar discursos sobre las obras del gobierno. Paralelo a estos desarrollos, varios intelectuales de FORJA experimentaron en ese contexto sutiles forma de censura. Scalabrini Ortiz afirmó que a partir de 1951 fue silenciado porque varias de las publicaciones en las que trabajaba se cerraron. El ensayista se refirió a este tema afirmando que había sido "excomulgado del gobierno" y que no sabía si esto se debía a "chismes" o a "su particular modo de enfocar los asuntos sin cortapisas".[70] Ricardo Guardo, quien ocupó el puesto de presidente de la Cámara de Diputados y fue un colaborador asiduo de *Hechos e Ideas*, describió una situación análoga para la misma época que, según el, se explicaba en la resistencia de Perón a tolerar figuras que pudieran competir con

Cuando opinar es actuar, p. 301, y "Liberalismo y democracia en el pensamiento radical, *Hechos e Ideas*", *Anuario de la Escuela de Historia*, 14, Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario, 1990, pp. 298-301.

70. Véase N. Galasso, *Vida de Scalabrini Ortiz*, Buenos Aires, Colihue, 2008, p. 98. Existen varias razones que pueden explicar la particular situación de Scalabrini Ortiz. Por un lado, es probable que Perón (o algún otro funcionario) se haya ofendido con él por rechazar el ofrecimiento oficial de dirigir los recientemente nacionalizados ferrocarriles. Fue también en ese momento cuando Scalabrini Ortiz barajó la posibilidad de fundar un partido comunista nacional para proveer al peronismo de un pensamiento de izquierda. Scalabrini Ortiz le envió al respecto una carta a Juan José Hernández Arregui donde le sugería la formación de un partido comunista nacional que incidiera sobre el peronismo. Si Perón estaba enterado de esto, es difícil saberlo; pero si lo estaba, es evidente que no hubiera aprobado el proyecto. Para ese entonces Scalabrini Ortiz ya había sugerido publicamente la necesidad de revolucionar las políticas de Perón.

su liderazgo.[71] Arturo Jauretche presidió el Banco de la Provincia de Buenos Aires hasta 1949 cuando debió renunciar por un conflicto con Perón,[72] y también apeló a la poca disponibilidad de Perón a acepar liderazgos alternativos a la hora de explicar su marginación. Según Jauretche, "Perón no quería que hubiera capitanes ni tenientes, ni sargentos, ni nada. Me lo dijo a mí en el 45. Yo le dije a Perón lo que nadie le decía y el hombre se había desacostumbrado a mi franqueza".[73] El cambio que se produjo en *Hechos e Ideas* coincide con el momento en que el peronismo había abandonado los intentos de cooptar a la intelectualidad y la confrontación domina su relación con las elites cultas. Lo notorio es que acá no estamos hablando de intelectuales antiperonistas sino de figuras que han expresado su adhesión al régimen.[74]

Conclusión

Tanto el caso de la ADEA como el de *Hechos e Ideas* muestran que el régimen alienó a sus plumas más lúcidas y abortó los planes de los intelectuales peronistas de crear instancias alternativas en un campo intelectual dominado por el antiperonismo. El Estado se relacionó mediante lógicas similares con acólitos y detractores. Lo sucedido en la ADEA revela cómo se vició un proyecto institucional que hubiera podido ser potencialmente muy interesante. El destino de *Hechos e Ideas* también nos habla de un fracaso: el fracaso de una empresa intelectual y de un grupo. A partir de 1951, los nacionalistas populares fueron privados de uno de sus órganos de difusión más relevantes desde donde pretendían otorgar al peronismo un contenido ideológico y programático. No hay datos que corroboren que la peronización de la revista fuera producto de la acción directa del Estado; sin embargo, el proceso se ajusta a un patrón general de un gobierno que se volvía progresivamente más autoritario y que dejaba poco espacio para un discurso mínimante diferente del de Perón. En el caso específico de *Hechos e Ideas*, lo mismo significaba que para la segunda presidencia de Perón ya no era posible ser peronista e yrigoyenista al mismo tiempo.

La falta de protagonismo de los intelectuales peronistas no se explica por sus divisiones y sus diferencias ideológicas, aun cuando éstas fueran profundas. Lo que pasó con los intelectuales peronistas que intentaron hacerse un lugar en el régimen fue sintomático de una tendencia. Son muchos los indicios de un cambio general en los ánimos del gobierno a partir de 1950 y sobre todo durante la segunda presidencia de Perón. Al clausurar el Congreso de Filosofía, Perón mencionó por primera vez el concepto de *comunidad organizada*, y dejó claro que su ideal era una sociedad en armonía "en la que no se produzca disonancia ninguna".[75] Este objetivo se materializó en iniciativas concretas. En el plano educativo implicó la elaboración de libros de texto con contenidos político-partidarios a favor del gobierno. En paralelo, la relación entre el Estado y la Iglesia comenzó a estar signada por la competencia.[76] El Segundo Plan Quinquenal, convertido en ley a fines de 1952, estipuló la doctrina peronista como doctrina nacional. Es decir que lo que había sido un conjunto de máximas se convirtió en un conjunto de principios obligatorios, al menos para funcionarios y empleados estatales: a partir de la segunda presidencia, la identidad peronista fue presentada como exclusiva e incompatible con otras lealtades.

71. Guardo dijo al respecto: "Creo que lo que me ocurrió a mí le ocurrió a la mayoría de los hombres que han venido interviniendo y que han tenido una posición más o menos destacada en la política del país, a mí me ocurrió sí, pero también a Bramuglia, Mercante, Cooke, Albrieu, Paladino, llegando hasta épocas actuales, [...] Perón nunca dejó que se crearan personalidades políticas y por lo tanto por una cosa o por la otra iban cayendo en el camino". Ricardo Guardo, entrevista de Archivo Oral Instituto Di Tella, Buenos Aires, 11 de mayo de 1972.

72. La renuncia de Jauretche estuvo relacionada a la supuesta concesión por parte de éste de un crédito al diario *La Prensa* que era en ese entonces opositor al régimen. Véase H. Gambini, *Historia del peronismo*, Buenos Aires, Planeta, 1999, p. 305. Cabe aclarar que el líder de FORJA no colaboró con *Hechos e Ideas* durante el período estudiado.

73. Citado por N. Galasso, *Dos Argentinas: Arturo Jauretche-Victoria Ocampo*, Buenos Aires, Homo Sapiens, 1996, p. 90.

74. Es llamativo que el carácter cada vez más represivo del gobierno no resultara en cismas. Estos intelectuales continuaron siendo peronistas aunque su peronismo se convirtió en algo privado y todos ellos se retiraron de la escena pública. De acuerdo con varios testimonios, seguían pensado que el peronismo era la major opción para llevar adelante sus ideas y agendas y, por lo tanto aunque no estuvieran de acuerdo con alguna de las acciones de gobierno, no se convirtieron en opositores. Ponían claramente sus ideales en un lugar subordinado a sus intereses o aspiraciones personales. Scalabrini Ortiz mencionó que decidió no criticar públicamente a Perón porque sabía que "todo desacuerdo que [manifestara iba a ser] aprovechado por los enemigos de esa misma Revolución Nacional", citado por N. Galasso, *Vida*, p. 98.

75. *Actas del Primer Congreso Nacional de Filosofía*, Mendoza, Universidad Nacional de Cuyo, 30 de marzo-9 de abril de 1949.

76. Para una interpretación distinta de la peronización en los contenidos de la enseñanza estatal, vista como una faceta de la democratización, véase M. Somoza Rodríguez, *Educación y política (1946-1955)*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2006.

El archivo institucional de la Biblioteca Nacional guarda una carta enviada por el ministro de Educación el 6 de junio de 1952 que es muy representativa de los rasgos cada vez más autoritarios del gobierno. En ésta se aconsejaba "hacer un minucioso reajuste en los cargos directivos de modo que no queden en los cargos sino hombres de absoluta confianza y lealtad [...] ya que que el desempeño de los altos puestos de la función pública es un privilegio exclusivo para los *funcionarios leales* y decididos". Es claro que la figura del intelectual –asociada al pensamiento y a la polémica– no se ajustaba a esa demanda incondicional de adhesión. La marginación vivida por los intelectuales peronistas nos remite a un problema que se presenta cada vez que el intelectual asume una identidad política. Las prácticas, las disposiciones y las actitudes que distinguen al intelectual –entre las que sobresalen el pensamiento crítico y la resistencia a lo preestablecido– lo distancian de aquello que el poder demanda. En 1952 apareció una nota en *Mundo Peronista* que es ilustrativa de esa tensión entre la lealtad a la tarea intelectual y a los objetivos político-partidarios. Justificando la ausencia de notas firmadas, la revista postulaba que "al hablar de intelectuales peronistas, se habla de hombres cuyas vidas están al servicio de un ideal. *Y si las vidas –y por lo tanto la producción intelectual– de estos hombres están al servicio de un ideal, ¿qué importa el anonimato personal a condición de que el ideal avance*?".[77] La respuesta de *Mundo Peronista* sobre cómo abordar esa ambigüedad era tajante: terminar con esa tensión, abandonar incluso la identidad individual, porque el ideal era más importante. Se podría decir que el camino que siguió el peronismo a partir de su segunda presidencia fue el que subyace en la nota. No es casual que en 1953 el Estado haya clausurado la Junta de Intelectuales en cuya fundación habían participado numerosos miembros de la ADEA. El gobierno fue reemplazando a los intelectuales con un grupo de hombres cuyas credenciales no eran otras que la de expresar un peronismo incondicional. Fue también en ese momento cuando asumió Oromí en reemplazo del poeta Castiñeira de Dios. Arturo Jauretche describió al grupo que rodeaba a Perón como un "sistema de alcahuetes".[78]

La historia aquí relatada indica que estos intelectuales fracasaron en convertirse en los ideólogos oficiales o en los intelectuales orgánicos del peronismo. Empero, es preciso matizar la contundencia de esta aseveración indicando ciertas victorias en el plano simbólico. A pesar de haber sido marginados, los nacionalistas –especialmente los populares– tuvieron una influencia importante en el discurso peronista.[79] El mismo Perón aceptó la deuda ideológica con los nacionalistas cuando en una carta que le escribió a Scalabrini Ortiz en 1958 afirmó: "A usted le cabe el honor de ser el precursor, el formador de una promoción que alimentó la Revolución Nacional. Está lejos el tiempo aquel en que usted clamaba, prácticamente en el desierto, ante la incomprensión de la masa y la indiferencia oligárquica".[80] Después de 1955, algunas de las ideas más importantes del repertorio nacionalista inspiraron a una nueva generación que intentó combinar el marxismo y el peronismo.[81] Esto nos lleva a concluir que, si bien estos intelectuales no lograron relevancia a largo plazo, ganaron varias batallas en el terreno de la lucha ideológica, aunque a contrapelo de su suerte personal.

77. "Cultura peronista. Hablemos de intelectuales", *Mundo Peronista*, N° 20, mayo de 1952, mi subrayado.

78. A. Jauretche, "Carta a lectores", *Primera Plana*, 30 de mayo de 1967.

79. Véanse C. Altamirano, *Peronismo y cultura de izquierda*, Buenos Aires, Temas, 2001, p. 39; M. Svampa, *Civilización o barbarie: el dilema argentino, de Sarmiento al revisionismo*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1994, p. 231.

80. Citado por N. Galasso, *Vida*, p. 109.

81. Véase C. Altamirano, *Peronismo*.

Capítulo 4

Lecturas en clave: representaciones contemporáneas del peronismo en la prensa cultural

En los capítulos anteriores vimos que el peronismo alimentó las tempranas aprehensiones de los intelectuales cada vez que intentó intervenir en el campo. Desde la asociación que los agrupaba, los intelectuales antiperonistas evitaron la confrontación directa con el régimen y moderaron el tono de sus intervenciones en la esfera pública, de modo de preservar la autonomía del campo intelectual. No obstante, cabe preguntarse cómo fue evolucionando la lectura del peronismo que ellos hicieron a medida que éste se desarrollaba. ¿Cuáles fueron los temas en que recalaron y que podrían ser leídos como "la lectura antiperonista del peronismo" en la inmediatez de su hora? ¿Qué imagen del peronismo construyeron a través de su prensa cultural? ¿Cómo trataron de explicarlo? ¿En qué lugares enfocaron su crítica y cómo encararon la lucha simbólica contra aquello que interpretaron desde un principio como una mutación local del fascismo? ¿A qué tono apelaron a la hora de expresar sus disensos? ¿Constituía el antiperonismo intelectual un bloque homogéneo donde no se podían observar matices ni disensos? ¿Hubo cambios en las lecturas y en las alianzas a lo largo del tiempo? ¿En qué medida estas críticas hablaban del régimen peronista o remitían a discusiones que tenían más que ver con debates internos del campo intelectual que con políticas y acciones estatales?

Para abordar tales preguntas analizaremos el contenido de algunas de las revistas culturales que durante el período pueden ser identificadas como canales de expresión de los distintos grupos de intelectuales antiperonistas. La lista está integrada por *Sur, Expresión, Realidad, Liberalis, Imago Mundi* y *Contorno*. Aunque éstas no agotan el universo de publicaciones periódicas, y pese a

que el "recorte" tiene, como toda selección, un componente arbitrario, la diversa extracción ideológica de los autores que se congregaron en torno a los casos escogidos nos permite tener un panorama bastante exhaustivo del debate intelectual antiperonista, al menos del que se articuló alrededor de uno de los dispositivos más importantes de la vida intelectual como son las revistas culturales. Además, el análisis de varias publicaciones y no exclusivamente de una de ellas nos permite la comparación. Las revistas fueron elegidas o por la importancia de la publicación en sí misma, o por la relevancia de las plumas que en ellas escribieron. Salvo *Sur,* que tenía una trayectoria consolidada cuando emergió el peronismo, estas publicaciones fueron fundadas en el período. En las páginas que siguen se puede notar un mayor detenimiento sobre *Sur*. Esto se explica no sólo porque esta revista publicó regularmente alrededor de un centenar de números durante los diez años en los que Perón gobernó (lo que no es el caso de las demás publicaciones), sino también porque impuso el tono del debate al ser la revista cultural más importante de la época. Mientras *Sur* publicó casi cien números, *Expresión* tuvo una efímera duración de ocho. Esto significa que las cuestiones que se relacionaban con el peronismo no fueron discutidas ni en la misma proporción e intensidad ni con el mismo tono y/o estilo por cada una de estas publicaciones.[1] Cabe aclarar que no nos detendremos aquí en reproducir el quehacer de estas revistas en su totalidad, en registrar cada uno de sus análisis y/o discusiones, sino en la lectura que propiciaban de la experiencia peronista al mismo tiempo que ésta se iba desarrollando.[2]

1. Esto torna imposible cualquier comparación acerca de la importancia que cada publicación adjudicaba a un determinado tópico.

2. Escapa al análisis de este trabajo la producción literaria de la época pero es importante advertir que también ésta fue un espacio usado por varios autores para hablar de la experiencia que vivían. Al igual que en las revistas, fueron pocos los casos donde la referencialidad era transparente, donde se hablaba con nombre propio del peronismo. Es decir que en la literatura también se apeló a un sistema de signos que remitía a un determinado tipo de lector que lo conocía. Los casos más paradigmáticos son los de los cuentos de Honorio Bustos Domecq (seudónimo de Borges y Bioy Casares) o los compilados en el volumen *Bestiario* por Julio Córtazar. El crítico Andrés Avellaneda también vincula el desarrollo experimentado por la literatura fantástica y policial a la creación de ese lenguaje antiperonista. Véase A. Avellaneda, *El habla de la ideología*; N. Gimelfarb, "Las novelas de Sábato y la situación argentina de 1948 a 1974", *Revista Iberoamericana*, N° 137, pp. 951-956.

El antiperonismo del grupo Sur

Cuando Perón llegó al poder, hacía ya más de quince años que la revista *Sur* había aparecido por primera vez y constituía para entonces una institución en el mundo intelectual local. Como ha sido señalado por la crítica, en torno a este proyecto editorial de tan larga duración se había articulado un grupo al que se le podía adjudicar una serie de posiciones ideológicas y estéticas que conformaban lo que Raymond Williams denominó una "estructura de sentimientos" común.[3] Muy escuetamente, estas posiciones aglutinantes podrían resumirse como la adopción de un ideal de cultura asociado al universalismo, la afiliación del grupo con la tradición liberal argentina y la autorrepresentación de la publicación como apolítica. Esto significaba concretamente que el grupo que hacía *Sur* se posicionaba en contra de cualquier definición acotada de la cultura nacional y que se representaba como heredero de la obra de las generaciones de 1837 y 1880.[4] El liberalismo del grupo estaba habitado por una marcada preocupación acerca del rol de las masas en la sociedad moderna. De ahí se derivaba el papel preponderante que éste adjudicaba a las minorías cultas, las cuales tenían como misión proteger los valores de la cultura y la civilización de los posibles efectos del igualitarismo democrático. En torno a esta última idea se articulaban algunos de los objetivos más específicos de la revista: "Hacer conocer lo mejor de la cultura europea, difundir a los escritores argentinos en el extranjero y formar la elite futura".[5] En cuanto al apoliticismo, no sólo

3. R. Williams "The Bloomsbury Fraction", en *Problems in Materialism and Culture*, Londres, Verso, 1984, p. 148. En la caracterización de Sur sigo la extensa bibliografía que discute el tema de la formación de este grupo además de los testimonios de sus miembros. Entre otros, véanse J. King, *Sur*; M.T. Gramuglio, "*Sur:* uma minoria cosmopolita na periferia ocidental", *Tempo Social. Revista de Sociologia da USP*, vol. 19, N° 1, pp. 51-68; "*Sur* en la década del 30: una revista política", *Punto de Vista,* año IX, N° 28, noviembre de 1986; "Posiciones de *Sur* en el espacio literario. Una política de la cultura", en S. Saítta, *Historia de la crítica de la literatura argentina*, Buenos Aires, Emecé, 2004; R. Sitman, *Victoria Ocampo y* Sur*, entre Europa y América*, Buenos Aires, Lumière, 2003.

4. En un balance retrospectivo, Victoria Ocampo declaró que "en el dominio político *Sur* tuvo siempre la misma línea liberal. Siempre estuvo contra las dictaduras y los totalitarismos de cualquier índole. Fue decididamente antitotalitaria", V. Ocampo, "Vida de la revista *Sur*. Treinta y cinco años de una labor", *Índice,* N° 303, 304, 305, 1966, p. 16.

5. M.T. Gramuglio, "*Sur*: constitución del grupo y proyecto cultural", *Punto de Vista*, 17, 1983, p. 9; véase también Jorge A. Warley, "Un acuerdo de orden ético", *Punto de Vista*, N° 17, 1983.

tenía límites evidentes, sino que no eximía al grupo de compromisos. De acuerdo con lo declarado en la propia publicación, el apoliticismo significaba que la revista se desentendía del tratamiento del día a día de la política pero sí asumía como tarea la defensa de los ideales que definían al grupo.[6] Es decir, el grupo se proyectaba como una elite que tenía la *obligación ética* de defender los valores de la civilización y en particular los de la vida intelectual si éstos eran amenazados por el devenir de la política.[7] A partir de esta posición se tejían consensos y diferencias.

Como sabemos, la primera lectura que se hizo en *Sur* del peronismo debe explicarse con relación al contexto argentino y mundial de la época. Desde mediados de los años 30 *Sur* había hecho reiteradamente público su rechazo a los regímenes fascistas europeos, declarando primero su apoyo al bando republicano en la guerra civil española y luego a los aliados en la Segunda Guerra Mundial.[8] Los argumentos que la intelectualidad esgrimió en torno a la conflagración mundial adquirieron particular resonancia cuando el peronismo apareció en escena. En el momento en que Perón se convirtió en candidato presidencial, la posición antifascista que los intelectuales autodenominados democráticos habían asumido previamente se convirtió rápidamente en antiperonismo, tanto que los términos "antifascismo" y "antiperonismo" fueron usados como sinónimos en el vocabulario de la época. En el caso particular de *Sur,* es evidente que el antiperonismo fue un desenlace previsible y hasta cierto punto ineludible del antifascismo de los años precedentes. Si nos

6. Guillermo de Torre resumió la ambigua postura de *Sur* sobre el asunto afirmando que, como "revista de expresión esencialmente literaria, *Sur* no estaba obligada a intervenir en otros debates [...] pero en cuanto revista hecha por intelectuales humanamente sensibles a tales pugnas, tampoco hubiera podido dejar de llamarse a la parte, lo que no quiere decir tomar partido", G. de Torre, "Evocación e inventario de *Sur", Sur,* N° 192-194, 1950.

7. La defensa de aquellos ideales que Sur juzgaba universales justificaba involucrarse en debates de contenido político-ideológico. Según Gramuglio, el tipo de intervención que *Sur* aceptaba "implicaba un reconocimiento de la especificidad y por ende, de su autonomía", ya que ésta debía consumarse sólo "en nombre de valores correlativos a esa autonomía, como los de la verdad, el bien y la justicia, irreductibles al reclamo de las pasiones políticas", M.T. Gramuglio, "Posiciones de *Sur*", p. 108.

8. Varios de los escritores españoles exiliados en la Argentina comenzaron en esos años a publicar en *Sur*. El tema de la postura de *Sur* frente a la guerra civil motivó una ácida polémica con la revista católica *Criterio.* Véase M. Monserrat, "El orden y la libertad. Una historia intelectual de *Criterio*, 1928-1968", Working Paper N° 11, Buenos Aires, Universidad de San Andrés, marzo de 1998.

detenemos en el número que precedió al 17 de octubre, el de julio de 1945 dedicado a celebrar la paz en Europa, podemos anticipar que la revista no sólo se iba a posicionar en contra del peronismo sino que iba asociarlo con el fascismo. En primer lugar, esas páginas articulaban una severa crítica a la política de neutralidad frente al conflicto mundial asumida por el gobierno militar que todavía estaba en el poder. La neutralidad era presentada por la directora de la revista como contraria "a la tradición profunda [del] país, [la] tradición democrática" y como "un acto degradante".[9] El escritor Enrique Anderson Imbert no ahorraba adjetivos al identificar expresamente al gobierno militar como "imitador de las teorías y prácticas nazis".[10] El hecho de que Perón fuese un actor protagónico de ese gobierno que *Sur* asociaba al fascismo no era un dato que pudiese ser fácilmente pasado por alto.[11] Otra de las claves de por qué el grupo iba a relacionar el peronismo con el fascismo desde sus horas inaugurales tenía que ver con otro argumento esgrimido en ese mismo número: aquel que postulaba que el nazismo no había perimido con la derrota del Eje. Por el contrario, las páginas de ese número repetían que esa ideología se había expandido por otras geografías.[12] En palabras de Victoria Ocampo, "la enfermedad" se había diseminado por el mundo y "los focos infecciosos todavía permanecían activos".[13] Tanto era así que, según Ernesto Amorín, los campos de concentración constituían sólo "un mero hito en las sórdidas etapas del salvajismo nazi" pues *"sin campos, sin alambrados, la ideología reverdecía por las tierras"*.[14] A esta apreciación se sumaba una serie de posicionamientos específicos sobre cuestiones de la época que nos permiten advertir con nitidez cómo el rechazo al peronismo por parte de *Sur* constituyó el desenlace predecible de un debate previo. La revista hizo pública en la ocasión su postura contra los "líderes mesiánicos", el "avance del Estado" y la "apelación a las masas bajo cualquier

9. V. Ocampo, *Sur*, N° 129, 1945, p. 7.

10. E. Anderson Imbert, "Hitler corre el Amok", *Sur*, N° 129, 1945, p. 19.

11. La ruptura claramente para *Sur* se inicia en 1943, véase por ejemplo M. Río, "La consolidación de la libertad", *Sur*, N° 237, 1955, pp. 30-37.

12. El final de la guerra sí significaba que las hipótesis tremendistas que habían alarmado a algunos sectores sobre una posible invasión alemana resultaban ahora insostenibles.

13. V. Ocampo, *Sur*, N° 129, julio de 1945, p. 7. Según Sábato, era equivocado pensar que "el fascismo [era] privativo de Alemania", E. Sábato, *Sur*, N° 129, 1945, p. 37.

14. E. Amorín, *Sur*, N° 129, 1945, p. 72, mi subrayado.

bandera".[15] Si observamos los sucesos acaecidos el 17 de octubre de 1945 que dieron nacimiento al peronismo y el discurso político del nuevo régimen en el marco del número de *Sur* de julio de 1945, podemos comprender hasta qué punto el antiperonismo fue un lenguaje que se había ido gestando antes de que Perón se perfilase como candidato presidencial.[16]

Como mencionamos en el capítulo 2, a pesar de los diagnósticos agoreros sobre la difusión del fascismo, la intelectualidad liberal esperó el resultado de las elecciones de 1946 con cierto grado de esperanza. Es que, como dijo Bioy Casares, en los círculos frecuentados por los intelectuales había muy pocos peronistas.[17] Tal vez sea la sorpresa ante un resultado que no preveían posible la que explique por qué *Sur* no publicó nada sobre el 17 de octubre, ni sobre las elecciones presidenciales, ni antes ni después de conocido el resultado. La primera referencia directa al peronismo recién apareció en agosto de 1946 en una nota firmada por Jorge Luis Borges, donde reproducía el discurso proferido por el escritor en la cena que sus colegas le habían organizado en desagravio luego de que el gobierno municipal lo transfiriese de su puesto en una biblioteca local a inspector de aves del Abasto. En ese discurso, Borges señalaba que había sido informado por un funcionario del gobierno que el traslado consistía en un castigo por haber firmado previamente una declaración en apoyo a los aliados. Según Borges, no fue su despido lo que más le llamó su atención sino un cartel con la leyenda "Déle déle", el cual capturaba para el escritor la esencia del régimen:

> Tendré que renunciar, repetí, pero mi destino personal me importa menos que ese cartel simbólico. No sé hasta dónde el episodio que he referido es una parábola. Sospecho, sin embargo, que la memoria y el olvido son dioses que saben bien lo que hacen. Si se han extraviado lo demás y si retienen esa absurda leyenda, alguna justificación los asiste. Lo formulo así: las dictaduras fomentan la opresión, las dictaduras fomentan el servilismo, las dictaduras fomentan la crueldad, más *abominable es el hecho de que fomenten la idiotez*. Botones que balbucean imperativos, efigies de caudillos, vivas y mueras prefijados, muros exornados de nombres, ceremonias unánimes, la mera disciplina usurpando el lugar de la lucidez.[18]

15. G. de Torre, "Introducción al mundo de la paz", *Sur*, N° 129, 1945, p. 61.

16. La violación de las libertades públicas, en especial la campaña contra el reformismo en las universidades, también fue un factor decisivo en la conformación del antiperonismo. Muchos de los intelectuales fueron víctimas de esa campaña. Además, el progresivo avance de Perón y los acuerdos que éste tejió les confirmaban las similitudes con la experiencia fascista en Alemania e Italia.

17. Véanse en el capítulo 2, p. 70, las declaraciones de Bioy Casares citadas por F. Sorrentino, *Siete conversaciones*.

La elección de esta intervención tan particular para revelar la posición del grupo sobre el nuevo régimen no fue casual, pues servía para ilustrar y denunciar al mismo tiempo las acciones del nuevo gobierno en el ámbito intelectual. El texto muestra que el peronismo constituyó para *Sur* una dictadura desde sus inicios. No obstante, sería equivocado anticipar del tono de esta primera nota una actitud de militancia opositora por su parte. Por el contrario, después de dar a conocer el discurso de Borges la revista moderó el tono de sus intervenciones. Durante los años en que Perón gobernó, el mensaje opositor fue desplazado en *Sur* a una posición marginal, al comentario sobre un libro, una exposición o un concierto. Esto significa que, si bien es posible reconstruir un discurso crítico sobre el gobierno, la revista no asumió la voz de la oposición intelectual en el período.

Bajo el peronismo la discusión sobre cuestiones relacionadas a la cultura fue el medio que *Sur* utilizó con mayor frecuencia para expresar sus discrepancias con el régimen. Centrar la crítica en tópicos culturales no sólo se correspondía con la naturaleza de la publicación sino que era también una forma de evitar represalias. Si bien no se sabía con precisión hasta dónde llegaba el control gubernamental, es evidente que tales temas generaban menor interés y alarma en los círculos oficiales, y esto último disminuía los riesgos de ser censurado o castigado. En este orden de cosas, uno de los aspectos en que se concentró *Sur* fue en denunciar los efectos que el nacionalismo cultural tenía en el desarrollo de la cultura argentina.[19] El nacionalismo cultural en el arte consistía para *Sur* en

18. J.L. Borges, "Palabras pronunciadas por Jorge Luis Borges en la comida que le ofrecieron los escritores", *Sur*, N° 142, 1946.

19. Podemos argumentar que el protagonismo del tema del nacionalismo cultural en *Sur* no fue casual ya que éste entraba en contradicción con el proyecto de la revista. Como es conocido, *Sur* hizo del cosmopolitismo una declaración de principios. El grupo pensaba la literatura argentina (y por extensión la cultura) como una obra en construcción y proponía en consecuencia, como señala Gramuglio, "incorporar dinámicamente lo extranjero a una literatura percibida como incompleta, necesitada de actualización y estancada"; de ahí que prefiriera "lo más nuevo de lo extranjero". La política de la traducción que guió la empresa de *Sur* era funcional

la apelación a una serie predeterminada de referencias e imágenes asociadas con lo local, lo folclórico y también con lo patriótico para representar *lo nacional*. Para los colaboradores de *Sur*, el nacionalismo se había difundido tanto en la plástica como en el cine y en la literatura, y esto último tenía efectos negativos sobre la cultura local. De acuerdo con el crítico de arte Félix Della Paolera, la pintura argentina estaba en crisis porque los artistas locales se empeñaban en expresar lo argentino a través de "temáticas que [habían] perdido vigencia", "formas anacrónicas y [...] tipicismos que disfraza[ban] las cualidades auténticas [del] paisaje [local]".[20] Estela Canto, quien escribía en *Sur* sobre cine, advirtió en varias ocasiones acerca de los resultados del nacionalismo en la industria cinematográfica local. En 1950, Canto describió los filmes locales como "falsos, lánguidos, casi intolerantes". Según la autora, en ese entonces, "el criterio para juzgar los filmes argentinos [estaba] determinado por la dosis [...] *patrioterismo*" que contenían.[21]

Como era de esperarse de una publicación de las características de *Sur*, la influencia del nacionalismo en la literatura fue un tópico reiterado de análisis.[22] En uno de los artículos referidos al tema, la revista señaló que la misma existencia de una literatura nacional era una falsedad cuya motivación era política.[23] No casualmente, en el número 232 de enero de 1955, *Sur* publicó el ensayo (hoy clásico) de Borges "El escritor argentino y la tradición", que había sido tema de una conferencia en el CLES unos años antes. Dicho texto resume la posición del grupo frente al nacionalismo cultural. Ahí Borges desafiaba cualquier definición "restringida" de lo nacional, al argumentar que la cultura argentina no debía ser confinada a una tradición dado que ésta estaba influida por distintas culturas y tradiciones.[24] Lo verdaderamente nativo podía, por lo tanto "prescindir del color local".[25]

a dicha perspectiva y se basaba en el reconocimiento de la "desigualdad entre el capital literario propio y el de los centros europeos", M.T. Gramuglio, "Posiciones de *Sur*", p. 116.

20. Della Paollera indicaba en esa crítica que "la *mera acumulación de carretas, chiripás, coyas, ranchos, mates, aljibes, guitarreros, domas, pericones o carreras de sortija*" no era el camino para lograr "una plástica nacional", F. Della Paolera, "Crítica de arte", *Sur*, N° 183, 1950, p. 68, mi subrayado. Un tiempo más tarde el crítico de arte Romualdo Brughetti volvió sobre el asunto afirmando que estaban "equivocados" quienes apelaban al "color local para uso de la propaganda nacionalista de bazar". Esto último no significaba una toma de partido por posiciones estéticas más vanguardistas, ya que Brughetti también se expresaba en contra de los "que sólo ven una excitante corona de colores dispuestos sobre una superficie plana". Brughetti planteaba un cuestionamiento concreto al pintoresquismo y la fetichización de lo local; R. Brughetti, "El problema actual de nuestra pintura", *Sur*, N° 207, 1953, p. 132. La defensa del arte moderno en *Sur* estuvo liderada por Julio E. Payró. Sobre este tema, véase A. Giunta, *Vanguardia*, pp. 51-59.

21. La crítica de Canto se refiere concretamente al film *Almafuerte* dirigido por César Amadori que había sido juzgado por algunos críticos como el mejor film nacional de 1950 y había ganado un Cóndor de Plata. Estela Canto, "Crónica de cine", *Sur*, N° 185, 1950, p. 70.

22. Entre otros, véase J. Solero, "Comentario del libro de Josefina Cruz: *El viento sobre el río*", *Sur*, N° 197, 1951, p. 58; V. Barberi, "Comentario del libro de Manuel Mujica Láinez: *Misteriosa Buenos Aires*", *Sur*, N° 200, 1951, p. 98.

23. El artículo dice: "Nos hemos ido enredando en las inapropiadas falacias del nacionalismo hasta el punto exagerado de postular literaturas nacionales, que en el hecho, *no tienen otra realidad sino la de la afirmación ideológica, aspiración dictada por consideraciones o sentimientos de índole política, y en todo ajenos a la literatura misma* [...] Ese prejuicio de las literaturas nacionales perjudica de manera muy efectiva al escritor, porque le impone una cerrazón de horizonte". En la crítica asomaba una clara defensa de la autonomía de la literatura y de un modelo de intelectual acorde. "El poetizar es un ejercicio abierto al mundo y desatendido de cuestiones municipales", F. Ayala, "El escritor", *Sur*, N° 203, 1951, p. 13, mi subrayado.

24. Sobre el ensayo de Borges véase S. Contreras, "Variaciones sobre el escritor argentino y la tradición", en *Borges: ocho ensayos*, Rosario, Beatriz Viterbo, 1995, p. 35. Debemos mencionar que la propia representación de lo nacional en Borges fue motivo de polémica en las páginas de *Sur* en esos años. Héctor Murena acusó a Borges de insistir en su poesía en lo nacional pero ser incapaz –al no identificarse con los tipos folclóricos– de infundir sentimiento nacional en ellos: "El poeta [refiriéndose a Borges sobre todo en sus años en el grupo Martín Fierro] describe los símbolos del sentimiento nacional, pero no experimenta el sentimiento nacional", Héctor Murena, "Condenación de una poesía", *Sur*, N° 164-165, 1948, pp. 69-86. Carlos Mastronardi y Mario Albano emprendieron en dos artículos la defensa de la poesía de Borges. Véase C. Mastronardi, "Sobre una poesía condenada", *Sur*, N° 169, 1948, p. 58, y M. Albano, "Atisbo de interpretación argentina: Jorge Luis Borges", *Sur*, N° 169, 1948.

25. No casualmente, en ese escrito Borges se detuvo en la fama entre los nacionalistas del libro *Don Segundo Sombra* de Ricardo Güiraldes. Según Borges, el libro de Güiraldes estaba habitado por metáforas y un habla más cercana a los cenáculos contemporáneos de Montmartre que a la tradición gauchesca. La ironía era evidente: Güiraldes le servía a Borges (como sostiene Beatriz Sarlo) para demostrarles a los nacionalistas que el texto que proponían como modelo de lo nacional era "una escritura de cruce cultural". En una misiva transcripta en *Sur*, Victoria Ocampo también le informaba en tono irónico a un ya fallecido Ricardo Güiraldes sobre el renovado interés por su obra: "Por obra del *Don Segundo*, te has convertido en el santo y seña de los cultores del color local y del gaucho. ¡Tú, tan entusiasta conocedor de los más sutiles y abstrusos poetas de la Francia contemporánea!", V. Ocampo, *Sur*, N° 217-218, 1952, p. 70; B. Sarlo, "Borges y la literatura argentina", *Punto de Vista*, N° 34, 1989, pp. 6-10.

El tema del nacionalismo cultural, la crítica a la estética del color local y al folclore, no eran nuevos en *Sur*. La novedad radicaba en las *resonancias políticas* que esos tópicos adquirían en el contexto del peronismo. Si bien la política cultural del peronismo difícilmente podría ser reducida a temas nacionalistas, como ya vimos en el capítulo 2, incluso cuando nos referimos al cine de la época, al resaltar su rechazo, los intelectuales antiperonistas tomaban distancia de iniciativas como la fundación de un Instituto del Folclore, la institución de un día de la tradición y una retórica estatal que, aunque de forma ambigua, fragmentaria y vaga, declaraba la necesidad de *fomentar lo nacional* en la cultura. La operación de asociar el peronismo al nacionalismo cultural también se justificaba en el "culto del color local" que patrocinaban muchos escritores adherentes del gobierno y en el rechazo que éstos hacían del cosmopolitismo cultural que defendía *Sur*. Además, la apelación a los motivos nacionalistas implicaba el uso de estrategias narrativas del realismo en contra de las cuales se posicionaban varios escritores de *Sur*. Los experimentos y las pruebas de varios miembros del grupo para operar un cambio en el sistema literario, apelando a la literatura fantástica y a la policial, se representaban como una reacción contra el realismo. A la hora de explicar las diferencias entre la SADE y la ADEA (la asociación que reunía a los escritores peronistas), la que fuera su secretaria general, Haydée Frizzi de Longoni, dijo que lo que los dividía era una posición diversa sobre la naturaleza de la labor cultural y la construcción de una cultura nacional. La ADEA, según Frizzi de Longoni, apoyaba un "pensamiento nacionalista en términos culturales" incluso cuando "no apoyaba el nacionalismo político".[26] Posicionarse en contra del nacionalismo cultural significaba, entonces, para el grupo *Sur* cuestionar el ideal de cultura promovido por un número

26. Haydée Frizzi de Longoni, entrevista realizada por la autora, 1 de julio de 1999. La declaración de principios de la ADEA expresaba que la asociación se había fundado para "defender y promover los ideales que componen la cultura nacional y defender los derechos de los trabajadores intelectuales". Los motivos de la ADEA se dejan ver mejor cuando los comparamos con el acta de fundación de la SADE, cuyo cuarto artículo especificaba que la institución había sido creada con el fin de "fomentar, prestigiar y difundir las letras en la República Argentina. Prestigiar y difundir las letras argentinas en el exterior". Para nombrar otro ejemplo de intelectuales peronistas que se asociaban al nacionalismo cultural, se puede recurrir a las páginas de la revista *Sexto Continente*, donde se abogaba reiteradamente "por impulsar una expresión cultural basada en lo argentino" y en lo latinoamericano para superar un "afán de internacionalización del arte" que alejaba al artista de la autenticidad. Reproducido por A. Avellaneda, *El habla,* p. 28.

importante de peronistas y constituía por ende una forma de oponerse al peronismo.[27]

La preocupación por el auge del nacionalismo cultural se cruzaba en *Sur* con el malestar y la incomodidad que producían entre los círculos intelectuales las políticas democratizadoras del consumo cultural encaradas por el peronismo, la transposición de lo culto para el consumo masivo discutida antes.[28] ¿Se podía difundir y/o "irradiar" cultura, tal como se proponía el gobierno? ¿Cómo observaban los intelectuales el ingreso masivo de nuevos consumidores de bienes culturales? Francisco Ayala no tenía dudas al respecto: "El régimen social de las masas, en lugar de extraer, cultivar y fomentar lo valioso y digno de toda humanidad, liberándola de la

27. A pesar de que la postura a favor del nacionalismo cultural era dominante en los círculos intelectuales peronistas, sería equivocado señalarla como unánime. Resulta ilustrativo detenerse en el suplemento cultural de *La Prensa,* una vez que este diario fue expropiado, cuando se convirtió en un órgano de difusión de los intelectuales que adhirieron abiertamente al peronismo. El tema de cómo representar lo nacional fue recurrente en sus páginas. Claramente se puede recortar de este suplemento un grupo de intelectuales que defendían el nacionalismo cultural no sólo porque identificaban en sus intervenciones una temática para *representar* la nación, sino porque oponían lo extranjero al desarrollo cultural. Para dar un ejemplo de las distancias que lo separaban de un proyecto como el de *Sur*, basta apelar a una iniciativa que los unía: abrir una editorial para contrarrestar la actividad de traducción de las "grandes editoriales *empeñadas en que las corrientes de la cultura foránea impidan el florecimiento de la cultura local*". Sin embargo, esas intervenciones coexistían con otras que alertaban sobre el "regionalismo artificioso", sobre la "falta de actualidad" en la proliferación del folclore, y sobre un universalismo no antitético a imperativos nacionales. "El deber de cumplir con la parábola de creación personal *nunca desarraigada del suelo* no implica privar su creación de universalidad", afirmaba el poeta Mario Jorge de Lellis quien dedicó paradójicamente muchos de sus versos a cantarle a su barrio, Almagro. En 1953, dos años antes de ser publicado el ensayo de Borges sobre el color local en la literatura, en una nota sobre la novela policial, el autor y también actor Alfonso Ferrari Amores había llegado a conclusiones muy parecidas: "Shakespeare trató casi siempre temas italianos, lo cual no le impidió ser el más inglés de los poetas; y Dante escribió sobre el paraíso y el infierno, aunque no pertenecen a la geografía de Italia". Para artículos apoyando el nacionalismo, véanse "Babel de papel", *La Prensa*, 3 de mayo de 1953; A. Medina Verna, "Independencia de nuestro idioma nacional", *La Prensa*, 25 octubre de 1953; Jiménez Vega, "Nuestra expresión", *La Prensa*, 15 de noviembre de 1953. Notas relacionadas a una posición a favor del cosmopolitismo, véanse A. Ferrari Amores, "La novela policial", *La Prensa,* 23 de agosto de 1953; D.J. Kohon, "La personalidad temática de un cine nacional", *La Prensa*, 10 de mayo de 1953; M.J. de Lellis, "Necesidad de una poética nacional", *La Prensa*, 21 de noviembre de 1954.

28. Uso aquí la expresión de Bernini citada en el capítulo 1, nota 74.

opresión, ha desencadenado por el contrario, y erigido en paradigma común, lo *ordinario y vulgar,* lo negativo de la humanidad".[29] Varios son los comentarios de esos años que apuntan a la crítica del público y a advertir que la cultura no se "irradia", como pretendía el peronismo. En una nota en la revista el articulista se preguntaba directamente si la afluencia de conciertos había "aumentado el grado cultural del pueblo", es decir, si el acceso había "elevado" –usando el lenguaje del gobierno– al pueblo. La respuesta era no. La ciudad de Buenos Aires, otrora descripta como un centro cultural cosmopolita, estaba, según Miguel Ángel Olivera, sumida en "la indigencia espiritual",[30] un lugar donde según estos escritores ya ni se encontraban libros.[31] Héctor Murena concluía en 1950 que "toda actividad cultural resulta en [el] país un equívoco, un prejuicio, un tenue vapor del invernadero que un viento helado dispersa en pocos segundos".[32] Victoria Ocampo se quejaba de que San Isidro "[olía] a radio" y que éste era un mal olor. Estela Canto no tenía dudas en postular que el público difícilmente podría comprender un film como *Manon*, estrenado en 1950, "porque está muy lejos de la película... por *imbecilidad* de sentimientos".[33]

Otro de los temas utilizados por *Sur* para objetar al peronismo fue la discusión acerca del pasado nacional. Es sabido que en el período el pasado nacional devino, como resume Carlos Altamirano, una "alegoría del presente", en un espacio hacia donde se podían proyectar las disputas culturales y políticas. Rescatar determinados hechos, períodos y figuras de la acción o del pensamiento se constituyó en un "objeto privilegiado de la lucha por la definición legítima del presente nacional".[34] En ese contexto, tanto la crítica al revisionismo histórico como la reivindicación de la generación liberal de 1837 sirvieron para "hablar" del peronismo sin referirse directamente a él. Si bien Perón no se definió como un partidario del revisionismo, al menos en el período que aquí nos ocupa, había varias razones que justificaban para la intelectualidad liberal la asociación entre revisionismo y peronismo. Por un lado, varios historiadores revisionistas se inclinaron por el peronismo, se reconocieron en los propósitos del régimen, y, por el otro, el peronismo mismo incorporó en su propio lenguaje fórmulas y términos afines al revisionismo.

29. F. Ayala, "El escritor", *Sur*, N° 203, 1951, p. 11

30. M.Á. Alfredo Olivera, "Sección Teatro", *Sur*, N° 215-216, 1952, p. 147.

31. F. Ayala, "El escritor", p. 14.

32. Héctor Murena, "Los penúltimos días (Calendario)", *Sur*, N° 183, 1950, p. 71.

33. Estela Canto, en *Sur*, N° 215-216. No muy alejado a lo proferido por Ocampo, Cortázar declaró que había dejado Buenos Aires en 1951 para trasladarse a París "porque los altoparlantes peronistas [le] impedían escuchar los cuartetos de Bela Bartok", citado por H. Salas, *Borges. Una biografía*, Buenos Aires, Planeta, 1995, p. 214.

34. C. Altamirano, *Peronismo*, pp. 27-38. Sobre el tema de las querellas en torno al revisionismo durante el peronismo, véase el capítulo 3. Para más precisiones, véanse los trabajos de D. Quattrocchi-Woisson, *Los males*, y A. Cattaruzza, "El revisionismo".

La primera mención a esa corriente historiográfica apareció en *Sur* en 1947, en un comentario firmado por Francisco Ayala al libro de Ezequiel Martínez Estrada sobre Sarmiento. Ayala acusaba a los revisionistas de estar movidos por "objetivos *ajenos en verdad a la tradición nacional*" e "irrumpir trayendo en andas sospechosos iconos a cuyo amparo vilipendiar a las grandes figuras, y muy destacadamente la de Sarmiento constitutivas de aquella tradición". Describía al revisionismo como otra fase de la "morbosa decadencia del espíritu público" en que el país estaba cayendo, como la "repercusión de las convulsiones [de la] época".[35] Además de dejar en claro que el revisionismo era percibido como un capítulo más de la crisis en que vivían, el escrito era transparente acerca de cuáles eran los contenidos más censurables de la nueva escuela histórica. Ésta cuestionaba las figuras que los miembros de la revista *Sur* identificaban como modelos de la tradición nacional. El segundo artículo que apareció sobre el revisionismo se detenía específicamente sobre este último tema. En esta nota se imputaba a los revisionistas de "tergiversar y destruir, mediante un procedimiento corrosivo, aquello único que [los] enorgullec[ía]". "Por debajo de todas esas argucias", se movía, según Víctor Massuh (autor del texto), "el nítido afán de borrar esfuerzos, silenciar voces augurales, negar períodos y reducir nuestra historia al esquema de una deplorable desnudez, una pura nada; en suma, un olvido".[36] La operación del revisionismo de redimir la figura de Rosas era catalogada en *Sur* como "un crimen",[37] no sólo porque se oponía a la versión liberal de la historia sino porque en ese momento era leída como una legitimación de la figura de Perón.[38]

La reivindicación de la tradición liberal se concentró en el período alrededor de dos fechas: en 1951, cuando se conmemoró el centena-

35. F. Ayala, "Ezequiel Martínez Estrada: Sarmiento", *Sur*, N° 150, 1947, p. 72.

36. V. Massuh, "La lucha contra el olvido", *Sur*, N° 224, 1953, p. 133.

37. F. Ayala, "El escritor", p. 73.

38. Véase A. Weiss, "Y otra propaganda roja pero casera", *Sur*, N° 206, 1951, p. 148.

rio de la muerte de Esteban Echeverría, y en 1953, al cumplirse cien años de la sanción de la Constitución Nacional.[39] El ánimo recordatorio no era gratuito. En el caso de Echeverría, su obra y su figura convocaban una serie de imágenes que servían para impugnar al peronismo.[40] *Sur* publicó dos artículos en el período dedicados en forma específica al autor de *El matadero*. El primero de ellos, firmado por Carlos Alberto Erro, era esclarecedor sobre el significado que Echeverría adquiría en el período:[41]

> Su nombre es indesligable de los principios de Mayo y de la Constitución del 53, y en su obra se halla insinuada, en germen, una nueva línea de propulsión y expresión de la realidad argentina, que la penetra y la representa, una Argentina honda, más responsable, más auténtica, más justa y más libre que la que el destino hasta ahora nos ha deparado, y que con la muerte de Echeverría parece borrarse o perderse [...] *Y si este centenario no ha llegado en vano, debe servir para que renazcan proas y alas en esa corriente sumergida de nuestro devenir histórico*.[42]

La cita ilustra un lugar común del debate intelectual de la época: la representación dual del pasado nacional.[43] Erro daba voz al argumento de que en la Argentina (invocando a Sarmiento) existían dos tradiciones históricas: una que representaba a la barbarie y al populismo nacionalista y otra que representaba a la civilización y

39. Véanse como ejemplo *Liberalis*, N° 23, 1953, y N° 13, 1951.

40. Su pertenencia a la generación de Mayo adquirió una resonancia particular ya que bajo el peronismo ese generación devino un símbolo para los intelectuales que superaba la importancia de su producción. Era ésta una generación que, asediada por la "tiranía de Rosas", se había visto forzada a exiliarse, pero que pese a las arbitrariedades había sido capaz de diseñar un programa para la nación. Véanse P. Groussac, "Echeverría y la Asociación de Mayo", *La Biblioteca*, 1897; T. Halperín Donghi, *El pensamiento de Echeverría*, Buenos Aires, Sudamericana, 1951, y José Ingenieros, "La filosofía social de Esteban Echeverría y la leyenda de la Asociación de Mayo", *Revista de Filosofía*, vol. 2, 1918.

41. El segundo de los artículos consistió en un estudio hecho por Roger Labrousse, "Echeverría y la filosofía política de la ilustración", *Sur*, N° 219, 1953, p. 220.

42. C.E. Erro, "Centenario de Echeverría. Homenaje", *Sur*, N° 195, 1951, p. 44, mi subrayado.

43. Según Altamirano, la representación dual del pasado no apareció por primera vez con el peronismo pero éste les dio a éstas un uso y una circulación que no habían conocido previamente, *Peronismo*, p. 31.

al liberalismo. Rosas era el arquetipo de la primera y Echeverría de la segunda; por lo tanto, los revisionistas y los peronistas devenían automáticamente defensores de la barbarie, y los antiperonistas en guardianes de la civilización.

En las páginas de *Sur* se rescataba principalmente al Echeverría del *Dogma socialista*, específicamente sus argumentos sobre la democracia. En este texto, Echeverría, apelando a Alexis de Tocqueville, advertía que la democracia podía convertirse en el despotismo de las mayorías, por lo que el ejercicio de la soberanía popular debía estar subordinado a la defensa de las libertades individuales.[44] Es decir que los intelectuales de *Sur* recurrían a Echeverría porque sus argumentos les servían para objetar el carácter democrático del peronismo sin entrar en el debate político de la época.[45] En una operación que hoy tal vez nos sorprenda por su incorrección política, Erro explicaba la defensa del voto calificado de Echeverría como los gestos de un "buen demócrata" que nunca claudicaba como tal:

> En verdad es difícil explicar esta fractura del pensamiento echeverriano, es insólito que la misma mente les haya reprochado a los unitarios, primero haber endiosado y al mismo tiempo despreciado al pueblo con sus pretensiones aristocráticas, segundo haber dado el voto y la lanza al proletario (segunda carta de De Angelis). Pero si la contradicción es evidente e innegable en este caso no es menos cierto que Echeverría *no claudica nunca como demócrata. Todo en la doctrina del* Dogma *va dirigido a instaurar una libertad efectiva y a emancipar a las masas; quiere educarlas, independizar su cuerpo antes, para que su liberación no sea fugaz, y ceda y perezca cayendo en la trampa de las fuerzas retrógradas, o en el sentimientos a ídolos demagógicos y despóticos, novísima especie, en América del Sur.* [...] Echeverría propició el voto calificado, como solución provisional. Pero como solución final y permanente sólo el sufragio universal, hacia el que nos encaminamos dijo. Creía que había que educar a las masas previamente, para que, con bajísima cultura como eran las del Plata en su época, no perdieran sus derechos enseguida, en

44. E. Echeverría, *Dogma socialista*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1988.

45. No quedaron dudas del significado político que tenía el rescate de Echeverría cuando en 1955, luego de la caída del peronismo, los intelectuales también apelaron a Echeverría para hacer explícitas sus posiciones en contra del peronismo. Véase el número 237 de *Sur* producido luego de la caída del régimen.

manos de santones y caudillos [...] como *buen demócrata* habló de emancipar las masas como única forma de que puedan ser efectivamente liberadas.[46]

Las alegorías y los guiños implícitos en el artículo de Erro eran evidentes. En su lectura Erro dejaba claro que compartía con el autor de *El matadero* la visión de que el ejercicio del sufragio no hacía de un régimen una democracia, pues requería de una preparación previa para que se tradujese en la emancipación efectiva de las masas.[47] Lo mismo significaba que Erro, al igual que antes lo había hecho Echeverría, condicionaba la soberanía popular a la existencia de ciertas circunstancias que, se sobreentendía, en la Argentina que había votado a Perón no se daban. Cabe señalar que Erro no fue el único miembro de *Sur* que en esos años expresó su alarma frente al "poder" de las mayorías. Por el contrario, fueron variados y de diverso tono los comentarios al respecto. Victoria Ocampo señaló en 1948 (en un artículo sobre el mal gusto en la arquitectura del período) que "establecer una dictadura [...] de los que más saben" para contrarrestar las elecciones de la mayoría "no vendría mal". Y pese a que luego matizó la contundencia de esta aseveración afirmando que "salvo raras excepciones" a los que más saben "les repugna el papel de dictador, aunque redunde en bien del prójimo", el comentario era revelador de un malestar compartido.[48] "El derecho de las mayorías no ha de ser confundido con la presión de las mayorías", señaló Norberto Rodríguez Bustamente en 1951, en un artículo referido a Carlos Pellegrini, "ninguna mayoría tiene derecho a avasallar la persona o degradarla en las solicitaciones de lo fácil y lo absurdo".[49]

Varios autores corroborarían en esas declaraciones, e incluso en el mismo rechazo al peronismo por parte de *Sur*, uno de los rasgos constitutivos de la tradición liberal argentina: su dificultad para incorporar la democracia de masas y pensar una modernidad inclusiva.[50] No hay dudas de que, enfrentado al espectáculo de la democracia de masas, este grupo recurrió a argumentos reaccionarios y elitistas; no obstante, deducir de ellos una postura "real" del liberalismo argentino y/o del grupo en torno a la democracia pierde de vista el contexto en que esos comentarios fueron emitidos y reduce las contradicciones a una interpretación unilateral. El lenguaje encendido de algunas de las intervenciones debe ser reubicado en el debate maniqueo de la época y en un gobierno que cada vez que intervino en el campo intelectual no hizo más que alimentar las sospechas con impulsos contradictorios. Asimismo, es necesario advertir que *Sur* no renegó de la democracia ni cuestionó su validez intrínseca como sistema político. Los intelectuales de *Sur* apelaban a argumentos clásicos del republicanismo liberal, ya que sostenían que el sistema democrático necesariamente debía ser representativo. El mecanismo de la representación tenía como misión oficiar de barrera de contención, constituirse en un antídoto "contra los peligros del número".[51] En suma, la democracia debía ser representativa porque así se podía limitar la soberanía popular y elegir a *los mejores*. Además, los escritos de los miembros de *Sur* adjudicaban un valor central a la idea de virtud en el ejercicio de los deberes cívicos, entendida ésta como una conducta que privilegiaba el bien común sobre los intereses de un grupo en particular, fuera éste mayoritario o no. Claramente, el tipo de democracia que proponían como modelo era afín al rol tutelar que *Sur* atribuía a las minorías cultas.[52]

La apelación a un conjunto recortado de temas para oponerse en forma alusiva al peronismo significa que la revista *Sur* se abstuvo

46. C.A. Erro, "Centenario de Echeverría", *Sur*, N° 195, 1951, p. 50.

47. La narrativa de Echeverría inspiró el cuento de Borges y Bioy Casares "La fiesta del monstruo" que, aunque fue escrito en 1947, sólo fue publicado en 1955. En la historia el protagonista es un trabajador que narra su participación en una marcha peronista. Usando los adjetivos más degradantes, los escritores describen a los peronistas como vulgares, estúpidos y feos. El conflicto de la historia se desata cuando las masas de peronistas matan a un estudiante judío, evidenciando su intolerancia y brutalidad: Para un análisis, véase L.A. Rossi, "Borges, Bioy Casares y el peronismo", *Estudios Sociales*, N° 14, 1998, y A. Avellaneda, *El habla*, pp. 58-92.

48. V. Ocampo, "La nueva estética de las plazas públicas", *Sur*, N° 163, 1948, p. 99.

49. N. Rodríguez Bustamente, "Carlos Pellegrini y la democracia argentina", *Sur*, N° 198, 1951, p. 43.

50. Esta posición sobre la tradición liberal argentina se puede leer contemporáneamente en algunos escritos de *Contorno*, véase por ejemplo O. Masotta, "Sur o el antiperonismo colonialista", *Contorno*, N° 7-8, julio de 1956. Para una crítica académica sobre la tradición liberal, véase O. Terán, "La tradición liberal", *Punto de Vista*, N° 50, 1994. Un juicio sobre los elementos elitistas del discurso socialista bajo el peronismo se puede leer en O. Graciano, *Entre la torre*, p. 329. Sobre el debate en torno a la "idea liberal" en la Argentina, véase E. Zimmermann, "La idea liberal", en C. Altamirano (ed.), *La Argentina en el siglo XX*, Buenos Aires, Ariel, 1999, pp. 263-272.

51. P. Rosanvallon, *La démocratie inachevée*, París, Gallimard, 2000, p. 258.

52. El rescate de un liberalismo republicano como garantía frente al ejercicio del poder fue un motivo recurrente en las alocuciones de los intelectuales antiperonistas. Osvaldo Graciano sostiene que este ideario fue central en las intervenciones que venían del campo socialista, lo que llevó a estos intelectuales a "posiciones elitistas". Véase O. Graciano, *Entre la torre*, pp. 287-330.

en esos años de discutir el fenómeno; de debatir sobre lo que éste significaba en el devenir político y social del país e incluso de exponer cuáles eran las consecuencias concretas que el régimen tenía en ese momento en la vida intelectual. Lo mismo provocó cierta inmovilidad en las imágenes y las interpretaciones que se tejieron alrededor de este movimiento político. Tanto es así que se puede afirmar que a lo largo de la década en que Perón fue presidente la lectura de *Sur* no se modificó en nada. El peronismo siguió siendo percibido como la manifestación local del fascismo, y como un régimen dictatorial que promovía la vulgarización y la nacionalización de la cultura. Volveremos sobre este tema en el capítulo 5, donde nos referiremos específicamente al número de la publicación posterior a la caída del régimen. Allí veremos que en 1955 la revista describió el peronismo con el mismo lenguaje que había utilizado para referirse al fascismo en Europa, aun cuando podemos encontrar en este ejemplar algunos matices.[53]

El recurso de hablar del peronismo sólo en clave significó la ausencia de un debate sobre el régimen y también el silencio frente a los ataques perpetrados contra intelectuales e instituciones culturales.[54] Es notorio en este sentido que no haya aparecido en las páginas de esta publicación ningún comentario sobre las dificultades que vivía la SADE en el período, ya que la mayoría de quienes publicaban en *Sur* eran socios de la institución. Es igualmente significativo que la revista no se haya referido en forma directa al encarcelamiento de los escritores, entre ellos su propia directora, en 1953.[55] En uno de los volúmenes de sus *Testimonios,* escritos en 1957, Victoria Ocampo recuerda este episodio pero no aclara por qué *Sur* no hizo

53. Un caso paradigmático fue el de Guillermo de Torre. Este autor reprodujo en el número 237 de *Sur* posterior a la caída de Perón parte del artículo que había escrito en el número 129, anterior a la elección de Perón como presidente, donde se había referido a la necesidad de combatir el caudillismo. Guillermo de Torre, "La planificación de las masas", *Sur*, Nº 237, 1955, p. 71.

54. Las ocasiones en que *Sur* se refirió a políticas concretas fueron contadas. Una de ellas fue el artículo que Victoria Ocampo publicó en 1954 defendiendo la ley que suprimía las diferencias legales en las filiaciones legístimas: "Una nueva ley", *Sur*, Nº 231, 1954.

55. En el número posterior a la detención de los escritores la revista publicó las cartas que el filósofo italiano Antonio Gramsci había escrito en prisión. La inclusión de esos textos no era fortuita. Si bien Gramsci era un exponente del marxismo, pensamiento que la revista rechazaba expresamente, su figura funcionaba como un símbolo que iba más allá de sus posturas ideológicas: la del escritor víctima de un gobierno autoritario.

declaraciones públicas al respecto. En ese texto, Ocampo justifica las omisiones y la ausencia de conductas más comprometidas en el miedo y la vigilancia omnipresente que el régimen ejercía sobre el campo intelectual.

> Nuestra vida era un mal sueño. Un mal sueño en que no podíamos echar una carta al correo por inocente que fuese, sin temer que fuese leída. Ni decir una palabra por teléfono sin sospechar que la escucharan y que quizá la registraran. En que nosotros, los escritores, ni teníamos el derecho de decir nuestro pensamiento íntimo, ni en los diarios, ni en las revistas, ni en los libros, ni en las conferencias –que se nos impedía a pronunciar– pues todo era censura y zonas prohibidas [...] *Puede decirse sin exagerar que vivíamos en un estado de perpetua violación.*[56]

Cualquiera sea la razón, la reticencia a condenar públicamente los ataques contra intelectuales no se condice con los compromisos que el grupo Sur mismo había identificado como guías de conducta. Aun cuando su caso no puede ser juzgado de la misma forma que el de la sociedad de escritores, ya que esta última institución tenía como misión expresa defender los derechos del gremio, es posible aseverar que el grupo Sur no vivió a la altura de la responsabilidad que se había autoimpuesto: la de alzar la voz cada vez que la política amenazase los valores que consideraba universales, entre ellos las condiciones que hacían al funcionamiento de la vida intelectual. Podemos preguntarnos, como lo hicimos en el segundo capítulo, por las causas y la oportunidad de ese renunciamiento. Al igual que en la SADE, la falta de un discurso abiertamente opositor fue deliberada y respondía a una estrategia de supervivencia institucional en un contexto dominado por el miedo. ¿Era fundado el temor? Aunque no podemos medir el riesgo al que se enfrentaban, no hay dudas de que los ataques erráticos a figuras e instituciones del campo perpetrados por el gobierno justificaban las actitudes precavidas. Victoria Ocampo describió esta conducta como propia de la vida en una "*cárcel invisible* [que] nacía del miedo a la cárcel".[57] En las próximas páginas veremos que la estrategia de *Sur* se pareció mucho a la aplicada a otras publicaciones. En septiembre de 1955, el gobierno de Perón

56. V. Ocampo, "La hora de la verdad", *Testimonios. Quinta serie*, Buenos Aires, Sur, 1957, p. 233.

57. Ídem, p. 232.

cayó y *Sur* dedicó un número completo a hablar en forma directa y con nombre propio sobre el peronismo. La publicación de ese número ilumina el carácter deliberado del silencio previo.

Las nuevas revistas y el antiperonismo

Sur no fue el único medio de expresión de los escritores antiperonistas. Por el contrario, una de las características peculiares del campo intelectual en el período fue la aparición de un número significativo de revistas culturales, las cuales no sólo difundieron opiniones sino que también posibilitaron la cohesión de una comunidad intelectual unida en el rechazo al peronismo. La revista cultural *Expresión* apareció en diciembre de 1946 y tuvo una breve duración de ocho números editados a lo largo de dos años. Ésta congregaba a nombres de la izquierda local, tanto del comunismo como del socialismo. El comité editorial estaba formado por Héctor Agosti, Enrique Amorín, Roberto Giusti y Emilio Troise, y entre los colaboradores estaban Amaro Villanueva, Samuel Eichelbaum, Rodolfo Ghioldi, Pablo Neruda y Raúl González Tuñón. La cooperación entre comunistas y socialistas, otrora difícilmente concebible, se explicaba en la comunión que se había gestado en los años 30 cuando ambos grupos habían mancomunado esfuerzos para luchar contra el fascismo.[58] Esta alianza perduró bajo el peronismo en proyectos como el de esta revista, aun cuando hubo tensiones, discrepancias ideológicas y rupturas, y cuando en el plano internacional eran evidentes los primeros signos de fractura, dadas las políticas autoritarias llevadas adelante por la Unión Soviética en la posguerra.[59]

58. Desde los años 30 el Partido Comunista argentino se convirtió en un ferviente defensor de la generación de 1837, participando por ejemplo en la celebración de su centenario, lo que hizo que los intelectuales comunistas saldasen diferencias con otros miembros del campo intelectual y político. Esto fue aun más notorio cuando el Partido Comunista se abocó a la lucha contra el fascismo y luego se posicionó en contra del peronismo.

59. En la Argentina la asociación entre socialistas y comunistas sobrevivió a las primeras rupturas que se daban en esta alianza en el plano internacional en la segunda posguerra porque, a los ojos de los contemporáneos, era necesario luchar contra el fascismo criollo. En este sentido, se puede ver cómo el régimen peronista pospuso la emergencia de los conflictos que fracturaron la alianza antifascista en otros lugares. No obstante, es preciso recordar que algunas fracciones de la izquierda se acercaron al peronismo a principios de la década de 1950 y que el Partido Comunista fue ambivalente en cuanto a la identificación del peronismo como fascismo luego de las elecciones de 1946. Entre las rupturas más notables de la izquierda antiperonista, debemos mencionar la que se dio dentro del Partido Socialista en 1953, cuando Enrique Dickmann fundó en ese año el Partido Socialista de la Revolución Nacional que apoyaba explícitamente las políticas de Perón con los trabajadores. El Partido Comunista también fue afectado por la aparición del peronismo. Rodolfo Puiggrós organizó en torno a su figura un grupo que para 1953 apoyaba abiertamente al peronismo y había establecido con el gobierno un vínculo orgánico. Otra de las rupturas altisonantes del Partido Comunista fue la de Juan José Real, quien en 1952 se lanzó a la búsqueda de unidad con el peronismo. Véase C. Altamirano, *Peronismo*, pp. 9-26 y pp. 49-79, y L. Prado Acosta, "Héctor Agosti", pp. 87-105.

Los fundadores de *Expresión* se propusieron crear una revista con acento nacional y americanista, lo que se vio reflejado en las temáticas abordadas.[60] El número inaugural abrió con un editorial un tanto vago en el que se mencionaba que la publicación era el fruto de una joven generación que buscaba su propia expresión y que quería representar una "nueva alma nacional" dado que el país vivía transformaciones notables.

> Sentimos que algo late tumultuosamente en las entrañas del país, y aspiramos a conseguir que esa novedad pueda expresarse en los planos de la especulación cultural [...] ¿Cómo podría dejar de percibirse ese oscuro latido que conmueve la existencia colectiva? Dicha conmoción que reclama también maneras de pesquisa intelectual, y creemos, por ello, que la intimidad de los redactores y lectores permitirá encontrar las formas auténticas de esta nueva alma nacional.[61]

Fiel a su programa, *Expresión* fue receptiva a la discusión sobre temáticas asociadas tanto a la cultura popular como a la cultura del interior del país. Contenía artículos dedicados al tema del folclore y a la relación de éste con la identidad nacional.[62] Tanto los objetivos planteados como los tópicos abordados diferenciaban el proyecto de

60. El manifiesto fundacional expresaba: "Revista argentina, *Expresión* será por ello mismo una revista americana puesto que desde el flanco rioplatense entendemos cada vez más distintamente la necesidad de hablar un lenguaje de compresión americana". Para leer artículos que tomaban la temática americanista, véase D.A. Siqueiros, "No hay más ruta que la nuestra", *Expresión*, N° 1, 1946; J.A. Corretjer, "Puerto Rico: cultura y luchas del pueblo", N° 2, 1947; C. Prado, "Carácter y desarrollo de la cultura brasileña", N° 4, 1947.

61. *Expresión*, N° 1.

62. L. Gudiño Kramer, "Nuevos aspectos del folclore argentino", *Expresión*, N° 2, 1947; M.A. Torres Fernández, "El aporte del interior a la literatura nacional", *Expresión*, N° 3, 1947.

Expresión del de *Sur*. Hasta cierto punto las dos revistas sostenían distintos ideales de cultura. Aunque *Expresión* se manifestaba en contra del nacionalismo cultural, a diferencia de *Sur* entendía la cultura como algo que debía sobrepasar la producción de las elites y que no debía basarse en modelos culturales europeos. Una nota firmada por Torres Fernández aseveraba que se debían promover las literaturas regionales para poder representar la pluralidad cultural del país.

> El aporte del interior a la literatura nacional tendrá que preocupar desde ahora en adelante [...] Buenos Aires con sus figuras consagradas, con núcleos de jóvenes talentosos, [...] no logrará por sí sola una literatura sustancialmente nacional [...] Hay que estimular, entonces, el regionalismo. Con la concurrencia de todos, en el gran mercado, se tendrá un panorama múltiple, representativo, integral.[63]

Sería difícil encontrar un argumento como éste en la revista dirigida por Ocampo.[64] Dado el contexto en que *Expresión* salió a la luz, podemos interpretar su apertura hacia las producciones artísticas populares y del interior no sólo como una toma de distancia de las visiones de *Sur* sino también como una disputa cultural velada con los escritores peronistas. Como lo señaló Frizzi de Longoni en la cita incluida en el apartado anterior (p. 132), los escritores peronistas representaban sus diferencias con los antiperonistas en el plano cultural como la defensa por parte de estos últimos de un modelo de cultura europeo y cosmopolita al que ellos oponían uno basado en "lo nacional". El contenido de *Expresión* servía para demostrar que ni lo nacional ni lo popular eran preocupaciones exclusivas de la intelectualidad peronista.

¿Cómo articuló esta revista de la intelectualidad de izquierda su antiperonismo? Pese a las diferencias ideológicas y estéticas con *Sur*, *Expresión* apeló al mismo conjunto recortado de tópicos a la hora de expresarse en contra del peronismo. Es sabido que la emergencia

63. M.A. Torrres Fernández, "El aporte", p. 286.

64. Giusti aclaró las diferencias que tenía con un proyecto como el de *Sur* haciendo mención al "error de Victoria Ocampo": "El hacer una revista europeizante en forma manifiesta". Roberto Giusti, entrevista realizada el 17 y el 24 de marzo 1971, Archivo Oral del Instituto Di Tella. Pese a este acento sobre lo americano y lo nacional, *Expresión* no dudó en subrayar desde su manifiesto fundacional las distancias que la separaban de una idea de cultura cerrada a influencias y temas europeos: "Desde el flanco rioplatense descubrimos cuán imperiosamente nos viene impuesta la advertencia de abrir los ojos ante Europa".

del peronismo supuso para la izquierda un desafío teórico y práctico difícil de resolver. La clase obrera, que en el imaginario de izquierda debía ser la base de apoyo tanto del comunismo como del socialismo, se había inclinado en masa por el movimiento surgido el 17 de octubre. En el caso de *Expresión*, el apoyo popular al peronismo no se tradujo en una lectura del peronismo distinta de la realizada por *Sur*, más comprensiva y/o positiva o que, al menos, se hiciera eco de los problemas y las contradicciones que este movimiento político implicaba para la izquierda. Esto quiere decir que los colaboradores de *Expresión* no sólo coincidieron en la visión general de *Sur* sobre el peronismo (descripto como un fascismo criollo), sino que a lo largo de sus ocho números apuntaron sus críticas más específicas a los mismos aspectos denunciados por la revista dirigida por Ocampo. Al igual que esa publicación, reivindicaron los valores de la tradición liberal argentina y resaltaron, frente al revisionismo, el valor "universal" de la obra de las generaciones de 1837, la que Agosti denominó "nuestra generación por antonomasia", y de 1880.[65] Uno de los aspectos en que concentraron sus invectivas fue en criticar las leyes que en materia de educación avanzaban contra la tradición laica.

> Surge evidente el contraste entre el criterio amplio y liberal de los hombres que hicieron la Constitución de 1853, el congreso pedagógico de 1882, la ley de matrimonio civil, la ley de educación común y el de la escuela de los últimos quince o veinte años. Marchaban al unísono, entonces, los intereses de la burguesía continuadora y realizadora del programa de Mayo y los intereses de la ley 1.420. Pero ya no es así, la escuela con la enseñanza dogmática y con el revisionismo rosista ahuyenta de las escuelas el espíritu de comprensión y convivencia democrática que fue característica rioplatense [...] Si pudo ser obvia en 1884 la constancia expresa de que la escuela argentina debía ser democrática y educar para la democracia, la tremenda experiencia que ha vivido el mundo entero a causa del fascismo y del nazismo hace imprescindible esa declaración al frente de una ley de educación común.[66]

La revista también observó que las elecciones no bastaban para hacer del peronismo una verdadera democracia, "una expresión de

65. H. Agosti, "Otra vez Sarmiento", *Expresión*, N° 6, 1947; véase también A. Mastelli, "La reforma educacional argentina", *Expresión*, N° 1, 1946.

66. A. Mastelli, "La reforma". Sobre la defensa de la tradición laica como motivo importante en el antiperonismo, véase R. Di Stefano, *Ovejas negras*, pp. 335-341.

ideales políticos positivos", como resumió Giusti.[67] *Expresión* denunció además la decadencia cultural que vivía el país, la que era asociada en las notas a la realidad política. Uno de los artículos criticaba la sesión musical del Teatro Colón afirmando que el programa había sido escogido por Evita, y afirmaba que las orquestas nacionales y municipales nacían "bajo el signo funesto de la svástica".[68] Aunque se apoyaran las expresiones culturales del interior, en las páginas de *Expresión* también se criticaba el nacionalismo cultural, afirmando que era necesario "trascender en literatura la simple nominación de lo nacional y recrear una figura del país física y espiritualmente verdadero".[69] En el segundo número de la publicación, el escritor Luis Gudiño Kramer resumió la postura de la revista en torno al tema del nacionalismo cultural. En un artículo sobre el folclore, el escritor manifestó que, si bien se oponía "la subordinación mental de [los] artistas [locales] a las formas de expresión y a las técnicas europeas", esto no significaba que se debía apelar al pintoresquismo. Por el contrario, el escritor juzgaba negativamente la apelación al folclore y a lo popular, porque aunque consideraba necesario "apreciar la capacidad del hombre de pueblo, para embellecer su vida miserable [...] su mundo de símbolos y representaciones mágicas, [éstas] deb[ían] servir de apoyo para un crecimiento paulatino de su expresión y no como pretexto para mantener al pueblo en el culto y sometimiento a formas y prácticas primarias". Podemos ver que en esta revista también se mezclaba como en *Sur* el tema del nacionalismo cultural con el malestar frente a la democratización y las sospechas, que aun estos intelectuales de izquierda no podían esconder frente a las masas que invadían espacios otrora monopolio de la aristocracia de espíritu. Gudiño Kramer también se declaró en contra del "crecimiento horizontal de esos sustitutos de cultura, de música plebeya, no popular, de la letra soez y chabacana".[70] El musicógrafo Leopoldo Hurtado, también colaborador de *Sur*, juzgó en *Expresión* la temporada musical de 1946 como pobre. Si bien para Hurtado no todas las responsabilidades las tenía el gobierno –más eran las de los empresarios musicales–, no hizo ningún esfuerzo en ocultar las sospechas que el peronismo le merecía en cuanto a su

67. R. Giusti, "¿Qué quieren los jóvenes?", *Expresión*, N° 6, 1947.

68. L. Hurtado, "La música en Argentina", *Expresión*, N° 2, 1947.

69. M.A. Torres Fernández, "El aporte".

70. L. Gudiño Kramer, "Nuevos aspectos del folclore argentino", *Expresión*, N° 2, 1947.

proyecto cultural. Por ejemplo, afirmaba que el programa del Colón era ahora dirigido por Eva y el "cambio de dirección no había traído ninguna mejora sensible, ni en su elenco, ni en su repertorio". Por el contrario, para Hurtado ni siquiera merecía la pena referirse al primer espectáculo "dado por la nueva conciencia".[71]

Hubo un aspecto en que *Expresión* sí se distinguió de *Sur*: en el tono de sus críticas y acusaciones. En una columna titulada "Perfil del tiempo" Giusti informó periódicamente de los ataques que el gobierno perpetraba a las libertades públicas, a la tradición liberal de la que en esos años se volvió un acérrimo defensor y a la autonomía del campo intelectual. Dio cuenta, por ejemplo, del conflicto que se suscitó con los premios de la Dirección de Cultura discutidos en el capítulo 2, episodio que calificó como "un acto político [...] y en cierto modo un acto religioso y místico".[72] Como mencionamos anteriormente, en la ocasión se despojó a Ricardo Rojas de su galardón para reasignárselo a una figura vinculada al nacionalismo católico. Giusti también se expresó sin eufemismos en contra de los apremios que sufrían algunas figuras. Denunció la situación de Bernardo Houssay, quien recientemente había recibido el premio Nobel y que, según Giusti, no sólo era perseguido por el gobierno sino también obligado a interrumpir sus investigaciones científicas. Es preciso aclarar que, cuando *Expresión* salió a la calle, todavía el régimen no había mostrado sus aristas más censuradoras y aún barajaba la posibilidad de cooptar a la intelectualidad. Esto significa que hablar del gobierno de la forma en que lo hacía Giusti no significaba el "gesto de heroísmo" que hubiera implicado luego de 1950. En julio 1948, la publicación dejó de aparecer, probablemente por motivos económicos.

En febrero de 1947 surgió otra revista cultural: *Realidad*. Ésta provenía de un universo ideológico distinto al de *Expresión*, ya que se posicionaba abiertamente en contra del marxismo.[73] Publicó un total de dieciocho números que aparecieron entre 1947 y 1949. *Realidad* fue fundada y dirigida por el filósofo Francisco Romero, y congregaba a un grupo de intelectuales entre los que se podían identificar varios nombres asociados a *Sur:* el filólogo español Amado Alonso, el escritor también español Francisco Ayala, el experto en educación Lorenzo Luzuriaga, el abogado Carlos

71. L. Hurtado, "La música".

72. R. Giusti, "Perfil del tiempo: actos de fe", *Expresión*, N° 1, 1947.

73. Véase *Expresión*, N° 6, 1947, p. 282.

Alberto Erro, los ensayistas Eduardo Mallea y Ezequiel Martínez Estrada, el economista Raúl Prebisch y el jurista Sebastián Soler. Entre sus colaboradores ocasionales también estaban Ernesto Sábato, Julio Cortázar, Alfonso Reyes y Guillermo de Torre. La revista era visiblemente menos literaria que *Sur* y se proponía como programa discutir la realidad desde el "mirador argentino".[74] La influencia de Francisco Romero se podía percibir en el lugar que ocupaban las discusiones acerca de filosofía. Había en la publicación una manifiesta intención de mantener al lector informado de los debates políticos que estaban teniendo lugar en el mundo y, para esto, se reproducían traducciones de artículos y extractos de libros recientemente publicados en Estados Unidos y en Europa. Por ejemplo, el primer número de *Realidad* incluyó un artículo escrito por el profesor de la New School for Social Research de Nueva York Hans Kohn, en el cual se analizaba el futuro del mundo en la posguerra.[75] En el sexto número, se reproducía un extracto de la famosa intervención de Jean-Paul Sartre "¿Qué es la literatura?", donde el escritor francés discurría sobre el rol del intelectual en la sociedad moderna y establecía que "el deber de todo escritor era tomar partido contra todas las injusticias, vengan de donde vengan".[76] Estas discusiones, sobre todo por las plumas que las firmaban, legitimaban según la propia publicación el proyecto de *Realidad*. Proyectaban al grupo como una intelectualidad en diálogo con el debate cultural contemporáneo y en contacto con sus pensadores de mayor renombre.[77] En este sentido, también vale aclarar que el manifiesto inaugural de la publicación subrayaba la pertenencia de la cultura argentina a la esfera de influencia europea:

> A Europa corresponde el honor de haber concretado nuestra cultura, no sin incluir legados e injertos de otras más viejas. Pero los americanos no somos advenedizos en ella. Es tan nuestra como lo pueda ser de cualquier pueblo actual.[78]

74. Editorial, *Realidad*, N° 1, 1947, p. 4.

75. Véase H. Kohn, "Un mundo", *Realidad*, N° 1, 1947.

76. J.-P. Sartre, "¿Qué es la literatura? Entre burguesía y proletariado", *Realidad*, N° 6, 1947, p. 365.

77. En el número 9 *Realidad* reprodujo un artículo de Martin Heidegger y otro de Arnold Toynbee. En esa ocasión la revista sostuvo: "El hecho fortuito de que en nuestras páginas, *autorizadas ya desde el comienzo por la colaboración de tantas figuras de relieve mundial, coincidan esta vez los dos grandes pensadores citados* [...] simboliza acaso el sentido de nuestra tarea y expresa la medida en que damos cumplimiento a nuestro programa", "Nota", *Realidad*, N° 9, 1948, pp. 418-419.

Uno de los argumentos que guiaba la publicación era que la civilización occidental estaba sumida en una crisis profunda que se manifestaba tanto en un plano político como espiritual. La crisis nacional (de la que el peronismo era una manifestación) debía por lo tanto entenderse en ese marco transnacional.[79] El manifiesto aparecido en el primer número de *Realidad* era ilustrativo tanto de las preocupaciones como del tono con que *Realidad* abordaba la experiencia peronista.

> Nuestra cultura –la vieja e ilustre cultura de Occidente– ha llegado a una situación excepcional. Por una parte, atraviesa formidable crisis; por la otra, se halla en la obligación de proporcionar al mundo entero –ya no exclusivamente a lo que era hasta ahora su propio ámbito– un programa completo de vida y de pensamiento [...] Estos deberes –tal como han sido esbozados antes en el sentido de la lucha por la vigencia de valores universales capaces de configurar un esquema vital aceptable para todo el mundo y dotado de viabilidad histórica– *gravitan sobre nosotros de manera particular, porque a nuestro alrededor prosperan tendencias negativas*, fuerzas que empujan al mundo, no hacia aquel deseable programa de vida, sino hacia la disolución de todo principio espiritual y aun de toda cultura. Contra esos impulsos destructores queremos elevar la voz de la razón, en una tarea clarificadora que afirme la validez suprema del espíritu y desentrañe con serenidad, energía e independencia su papel en la civilización y en la vida del hombre.[80]

La asociación entre peronismo y fascismo, aunque no era expresada literalmente en las páginas de *Realidad,* era fácilmente deducible de los comentarios que en la revista se hacían sobre la crisis universal. Esto quiere decir, por ejemplo, que si bien *Realidad* no criticaba la introducción de la religión católica en el plan de estudios

78. Editorial, *Realidad*, N° 1, 1947.

79. La convicción de que la civilización occidental estaba sumida en una crisis profunda no era nueva. Había comenzado a instalarse en el debate intelectual desde la eclosión de la Primera Guerra Mundial pero había adquirido un lenguaje más trágico desde el surgimiento de las experiencias totalitarias en Europa.

80. Editorial, *Realidad*, N° 1, 1947, p. 1.

de la escuela pública argentina auspiciada por el peronismo, sí denunciaba la falta de libertad religiosa en los "estados totalitarios y seudototalitarios", lo que era como decir que el régimen peronista era totalitario. En la nota que mencionaba el tema religioso, también se hacía alusión a un tópico de la época sobre el que *Realidad* discurrió en varias ocasiones: el ingreso de las masas a la política "en condiciones" que juzgaba "desfavorables en cuanto a su educación".[81] Como ya sabemos, la preocupación acerca de las masas era un lugar común entre la inteligencia antiperonista y en el caso de *Realidad* se emparentaba directamente con la discusión acerca de la crisis del mundo occidental. Según *Realidad,* la democracia moderna aniquilaba al individuo, el cual vivía esclavizado a las "sentencias del sufragio" y era forzado a tomar decisiones para las que no estaba preparado. En un sugestivo artículo, Francisco Ayala sostenía que era esta situación la que empujaba al hombre moderno a entregar el mando a "un monarca plebeyo", a "abdicar a la voluntad de un jefe, al que se supon[ía] providente", dado que así suprimían el "desamparo" de vivir "en una democracia sin dioses". Esto hacía que para Ayala:

> Desde cierto punto de vista, la diferencia entre aquellos regímenes políticos que conservan la estructura democrática liberal y siguen funcionando según dispositivos electorales y aquellos otros que han adoptado una estructura dictatorial, sin ser insignificante en orden a la posible libertad del individuo [...] apenas constituye una diferencia de grado: la atmósfera pública es, en el fondo, igualmente perversa, e igualmente desoladoras las perspectivas para la persona humana. Acaso, vista la inseguridad en que el ciudadano de las democracias vive, pendiente siempre de las sentencias del sufragio –ese oráculo irracional manejado por sospechosos y oscuros munidores–, se piense que la entrega entusiasta, clamorosa, a la dirección de algún monarca plebeyo sea un movimiento de las masas para librarse, a la desesperada, del desamparo que el hombre actual sufre en una democracia sin dioses; y que, en efecto, mediante el expediente de esa entrega, suprimen su insoportable sensación de abandono.[82]

En *Realidad* tampoco estuvo del todo ausente el tema del nacionalismo cultural, aunque éste ocupó un lugar claramente marginal

81. L. Luzuriaga, "Totalitarismo y liberalismo en educación", *Realidad*, N° 12, 1948, p. 339.

82. F. Ayala, "El hombre al día", *Realidad*, N° 10, 1948, p. 35.

en la lista de preocupaciones de la revista.[83] El balance es claro, el principal foco de atención de la publicación fue la crisis del mundo occidental y la suerte del orden mundial en la posguerra. No eran necesarias complejas herramientas de lectura para entender que para los responsables de la revista debía vincularse el régimen argentino a una coyuntura internacional más amplia. Esto se podía inferir incluso del contenido de las notas firmadas por colaboradores extranjeros. Tal es el caso del artículo inaugural de Hans Khon, el que observaba que las esperanzas abiertas por la posguerra se habían visto desmentidas por "los conflictos nacionales, de clase, ideológicos, exacerbados *en todas partes* hasta un grado que apenas antes se conocía".[84] Al hacer alusión al peronismo en términos tan generales e indirectos, el discurso de *Realidad* era, como en el caso de las revistas anteriormente analizadas, *intencionalmente vaciado* de contenido opositor, incluso aceptando que los sobreentendidos eran demasiado obvios para ser pasados por alto por sus contemporáneos. Como ocurrió también con otras publicaciones, *Realidad* dejó de aparecer luego de unos pocos números por problemas económicos, motivados entre otras cosas por el creciente costo del papel, lo que ha sido asociado en la literatura al control gubernamental.[85] El abrupto fin de *Realidad,* presentando en la ocasión como transitorio, nos revela la debilidad financiera de estas instituciones culturales y el carácter poco institucionalizado del activismo cultural que surgió como reacción al peronismo. No es un motivo menor a la hora de reflexionar sobre la corta permanencia de estas empresas que las revistas del período compartiesen temas y autores. Es probable que esto significase una audiencia aun más reducida que la habitual para este tipo de publicaciones.

Desde un universo ideológico similar al de *Realidad* y con una temática parecida, en mayo de 1949 apareció *Liberalis.* Esta revista tuvo una inusual duración para el período, ya que fue publicada bimestralmente desde 1949 hasta 1961. En sus páginas escribieron intelectuales que lo hacían en otras revistas. Tal fue el caso de Roberto Giusti (director de *Expresión),* Francisco Romero, Vicente Fa-

83. Véase, por ejemplo, "Rosa Chacel, «Lo nacional en el arte»", *Realidad*, N° 13, 1949, p. 71.

84. H. Kohn, "¿Un mundo?", p. 49.

85. En el último número se presentó la interrupción "a la espera de circunstancias más auspiciosas", pero la revista no volvió a aparecer nunca más. "A nuestros lectores", *Realidad*, N° 17-18, 1949, p. 261.

tone, José Luis Lanuza, Ernesto Sábato, Bernardo Canal Feijoo y Carlos Alberto Erro quienes publicaban asiduamente en *Sur*, y en algunos casos también en *Realidad*. A estos nombres debemos agregar el de los profesores Juan Canter y Luis Aznar, quienes, junto con José Luis Romero, fundaron *Imago Mundi* tres años después.[86] El alma máter de este proyecto era el abogado Rodolfo Fitte, fundador del grupo antifascista Argentina Libre. El objetivo de la publicación, como se puede deducir de su título, era la defensa de la tradición liberal, la que se identificaba como "natural" en América puesto que era el ideal que había dado nacimiento a las naciones americanas.[87] La fundación en 1949 de una tribuna con el expreso fin de defender el liberalismo tenía que ver, entre otras cosas, con la visión del peronismo como un régimen que ponía en riesgo los rasgos liberales de la sociedad argentina.[88] El primer número incluyó una declaración de principios que dejó en claro cuáles eran los valores que esta empresa editorial se proponía salvaguardar:

> Llamamos *Liberalis* a nuestra revista, compartiendo con la acepción clásica del vocablo, la *intención ideológica de nuestra tarea*, es decir lo que conviene a un hombre libre, o es digno de él [...] *Defenderemos el liberalismo* con la razón, única fuerza valedera del pensamiento [...] Trabajaremos en favor del individualismo y de la libre iniciativa, convencidos de que únicamente en el hombre reside la auténtica fuerza generadora del progreso, sin desconocer, asimismo, que las sociedades, al evolucionar al unísono con la naturaleza, exigen la heterogeneidad coordinada que emerge de la cultura, conciliando social y biológicamente al individuo con el todo.[89]

Pasando revista a sus números, es evidente que *Liberalis* enfatizó las consignas políticas y culturales del liberalismo y relegó a un segundo plano los temas económicos, posiblemente porque en ese terre-

86. Para una lista completa de los colaboradores, véase *Liberalis*, N° 23.

87. Véase C.E. Erro, "La libertad como ideal de la emancipación Americana", *Liberalis*, N° 1, 1949, p. 21.

88. En un balance retrospectivo Fitte resumió el esfuerzo de *Liberalis* como resultado de un consenso compartido en torno al liberalismo aunque según éste no todas las páginas publicadas tuvieron, tratándose del liberalismo económico, igual sentido crítico. R. Fitte, "Deberes y derechos", *Liberalis*, N° 47, 1959.

89. *Liberalis*, N° 1, 1949, p. 1.

no había mayores diferencias entre sus colaboradores.[90] Es notoria la colaboración en sus páginas de intelectuales que pertenecían al universo de la izquierda, empezando por el propio Fitte, que era miembro del Partido Socialista, pero también Giusti y Sábato. Si bien son conocidos las vinculaciones y los cruces entre la izquierda argentina, especialmente el socialismo, y la tradición liberal, no por ello debemos dejar de señalar la presencia de intelectuales de izquierda en una empresa que se pone como objetivo manifiesto defender el liberalismo y esto tiene que ver con el lugar central que ocupó esta doctrina, o mejor dicho sus consignas, como discurso crítico frente al peronismo, como antes lo había sido para el fascismo. Finalmente, como hemos visto hasta ahora, ser antiperonista implicaba defender la democracia liberal, los derechos y las libertades civiles e individuales, oponerse a la razón de Estado y rescatar la obra de las generaciones de 1837 y 1880. Claramente, la apelación a este conjunto de consignas remitía a una definición laxa de esa ideología, lo que permitía a *Liberalis* gozar de una convocatoria amplia. Pese a esto, la revista muestra con particular nitidez cómo una de las consecuencias de la emergencia del peronismo (posiblemente no buscada) fue hacer que el liberalismo volviera a adquirir un rol preponderante en ciertos ámbitos del campo intelectual, como un discurso de consenso e incluso una identidad, al menos hasta septiembre de 1955. Esto indica que, a pesar de que ya se podían identificar voces y grupos discordantes, todavía en la década de 1940 el liberalismo era aglutinante en el mundo intelectual.

La adhesión abierta a una serie de principios ideológico-políticos en el caso de *Liberalis* no significó un antiperonismo de tono o contenido diferente. Por el contrario, sus páginas volvieron sobre los mismos asuntos y utilizando un lenguaje similar al de otras publicaciones. Una vez más, la posición de los escritores frente al peronismo había que buscarla en los signos y guiños que los lectores de la época podían fácilmente descifrar. Es decir que en este caso también debemos leer el rechazo al régimen y a los cambios que éste había traído aparejados en las diatribas contra el revisionismo, el clericalismo, el avance del intervencionismo estatal y en los artículos sobre las efemérides de la tradición liberal argentina o en aquellos que discutían el régimen político ideal.[91] Al igual que en *Sur*, esta

90. Sobre el liberalismo económico, véase R. Fitte, "Economía dirigida y liberalismo económico", *Liberalis*, N° 1, 1949.

91. Véanse las editoriales de *Liberalis*, N° 26, 1953; *Liberalis*, N° 31-32, 1955. Sobre el revisionismo, véase "Revisionismo. Una palabra ambigua", *Liberalis*, N° 31-32, 1955, p. 6. Casi la totalidad del número 31-32 de la revista está referido al tema del revisio-

revista invocó al régimen republicano para definir el orden político deseable, discusión que sabemos servía para subrayar la distancia entre el orden "ideal" y el vigente. La republica era definida –en uno de los editoriales donde se exhortaba a "volver a la república"– como un sistema capaz de regular la participación popular a través de representantes. La ausencia de "república" abría, según este editorial, el terreno a la demagogia y a la manipulación del pueblo por parte de dictadores.

> Bajo el manto de una pseudo democracia, resurgen las fuerzas del despotismo, las oligarquías y el absolutismo, protegidas por la demagogia con que se conquista el apoyo popular. Aparece entonces el Estado, ajeno a la expresión republicana de una organización donde el pueblo gobierna por medio de sus representantes, regido por los mandatarios que, en nombre de un Estado omnipotente, esclavizan al pueblo. El Estado moderno en el cual se tienda a revivir los regímenes de fuerza y arbitrariedad que es la negación de la república como forma típica de gobierno. Y acabar con la república es, desde ya, plantear la suerte de la democracia y de nuestra cultura misma.[92]

En el mismo número en que apareció este editorial, Francisco Romero resumió la democracia ideal como "la menor delegación posible del poder" y, apelando a la idea de virtud republicana, subrayó que dicho régimen se fundamentaba "en el concepto de ciudadano, en la plenitud de derechos políticos en el individuo, en la participación libre y efectiva de cada persona en la vida pública de la colectividad".[93]

El uso del lenguaje en código indica que *Liberalis* tampoco alzó la voz para oponerse públicamente a los ataques concretos perpetrados por el gobierno contra el campo intelectual o contra los principios del liberalismo. Refiriéndose al lugar del intelectual en la democracia de

nismo. Este número cierra con la reproducción de diez caricaturas antirrevisionistas del humorista gráfico que firmaba con el seudónimo Tristán. Éstas habían aparecido anteriormente en otros medios. Notas sobre efemérides patrias, véanse M. Mujica Láinez, "Julio mes de la libertad", *Liberalis*, N° 2, 1949, pp. 2-5; R. Rojas, "Meditación cívica para el 9 de Julio", *Liberalis*, N° 2, pp. 5-20.

92. "Volvamos a la república", de *Liberalis*, N° 4, 1949, p. 2.

93. F. Romero, "Sobre universidades libres", *Liberalis*, N° 4, 1949, p. 13. Esta nota remitía a la intervención del peronismo en el ámbito universitario. En ella Romero defendía la posibilidad de organizar autónomamente universidades libres.

masas, Francisco Ayala presentó el silencio no sólo como necesario sino también como una estrategia "moral", dado el "espíritu dominante entre las nutridas multitudes".

> El escritor, a la fecha, más bien tendrá que reducirse a una especie de clandestinidad, de estrecha, oscura, disimulada, secretísima confabulación, dejándose despojar de todo, abandonando cualquier pretensión de influjo directo sobre el mundo, a cambio de preservar tan sólo sus palabras más desnudas.[94]

En 1950 apareció otra nota referida al tema titulada "Libertad de pensamiento" donde, si bien no había un solo nombre propio, eran evidente para el lector informado que lo que se estaba criticando era el estatuto del trabajador intelectual y los intentos del peronismo de cooptar a la intelectualidad, discutidos en los capítulos 1 y 2. El artículo proclamaba como modelo de conducta para la inteligencia "el refugio en los extremos límites de su propio mundo", "escapar apenas en forma de alusiones, de ironías, de planteos genéricos", ya que en tal contexto "las medias palabras cobran sentido inmediato" y "el silencio" opera como un "vacío condenatorio alrededor del tirano".[95] Es decir que desde *Liberalis* se planteaba el recorte del rol público de los intelectuales no sólo como una estrategia sino también como una conducta ética. Incluso aceptando, como ya hemos mencionado, que sería anacrónico juzgar a los intelectuales antiperonistas por su actitud, resulta difícil aceptar sin reservas esta justificación. El carácter oportuno del lenguaje en código quedó en claro cuando, luego de la Revolución Libertadora, la revista (al igual que otras publicaciones) expresó en forma directa, usando adjetivos y nombres propios, su posición frente al régimen peronista. El primer editorial de *Liberalis* luego de la caída del peronismo en septiembre de 1955 se tituló "Frente al campo despejado". Ahí se mencionaba que ahora que el régimen había terminado

94. F. Ayala, "El escritor", *Liberalis*, N° 2, 1949, p. 35. Un argumento similar fue esgrimido por el crítico de arte Romero Brest al justificar la creación de la revista *Ver y Estimar* en 1948. Si bien en éste no se menciona lo que pasaba en el país, en el manifiesto fundacional de la publicación afirma que en el contexto vigente "la única salida posible para la minoría intelectual era el refugio en el terreno seguro de las ideas puras, aisladas de las contingencias de lo inmediato", A. Giunta, *Vanguardia*, p. 59.

95. J. Marpons, "Libertad de pensamiento", *Liberalis*, N° 5, 1950, p. 21; véase también L.M. Lozzia, "Más sobre la libertad del escritor", *Liberalis*, N° 5, 1950.

era la labor de los intelectuales ahondar en las acciones que habían abandonado por precaución.

> Mediante estas acotaciones a las ideas que nos sirvieron de norte desde el día de nuestra aparición, hoy vislumbramos un campo despejado para dar un paso más *en nuestra tarea. Antes de ahora hubimos de concretarnos, limitarnos, "a abrir surcos al pensamiento". Nuestra labor adolecía forzosamente de un excesivo alarde doctrinario. Cuando mucho, nos referíamos a fenómenos o acontecimientos de lejanos países de otros continentes, tratando de reflejar en el comentario, hábilmente, el caso argentino. La tiranía mantenía sobre todas las expresiones libres, su amenaza, ya oculta, ya desembozada.* Desde ahora se abre a nosotros una nueva etapa, más fértil, más promisoria. Trocaremos en lo sucesivo el pensamiento en acción y la teoría en conducta. Así serviremos mejor a esta patria necesitada de una convalecencia activa.[96]

Como dijimos anteriormente, *Liberalis* continuó publicando hasta 1961. En esos años la revista fue perdiendo colaboradores, especialmente aquellos más identificados con la izquierda. Este proceso se dio en consonancia con los conflictos que, como veremos en el próximo capítulo, tuvieron lugar en el campo intelectual a partir de 1955. Tal fue, por ejemplo, el caso de Ernesto Sábato, quien luego de 1955 no figuró como colaborador de la revista.

En septiembre de 1953, en un contexto político de mayor conflictividad, nació el proyecto editorial de José Luis Romero: *Imago Mundi*. Esta revista reunió a muchas de las figuras que ya actuaban en otras publicaciones.[97] Vicente Fatone, Francisco Romero, quienes firmaban regularmente artículos en *Sur* y *Realidad,* junto con el infatigable Giusti, formaban el comité editorial. Por los testimonios posteriores de sus autores, es sabido que las oficinas de *Imago Mundi* se constituyeron en esos años en un activo y concurrido ámbito de reunión y sociabilidad intelectual.[98] *Imago Mundi,* que llegó a publicar doce ejemplares entre septiembre de 1953 y junio

96. Editorial, "Frente al campo despejado", *Liberalis,* N° 35, 1956, p. 3, mi subrayado.

97. Un pormenorizado análisis de *Imago Mundi* se puede leer en O. Acha, *La trama profunda. Historia y vida en José Luis Romero*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 2005, pp. 85-100.

98. Véanse los comentarios de Tulio Halperín Donghi en sus recientes memorias al respecto: *Son memorias*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2008.

de 1956,[99] comparte muchos de los tópicos, lenguajes y preocupaciones presentes en los periódicos que fueron fundados en ese contexto. Las afinidades con *Realidad* y con *Liberalis* son particularmente visibles. Como era de esperarse, los debates históricos ocuparon un lugar central en la lista de temáticas desarrolladas por esta revista. Esto respondía tanto a la influencia de Romero como también a un clima de época en que la historia ocupaba un espacio importante en el debate intelectual. El subtítulo de la revista, *Revista de Historia de la Cultura*, implicaba la adopción de una postura metodológica en los estudios históricos que buscaba superar los reduccionismos. En su primer número, Romero precisó cuáles eran los objetivos de la historia cultural:

> En tanto que ciertas corrientes historiográficas procuran hallar la vía de la comprensión a través de una radical reducción de la realidad a algunos de sus elementos simples, la historia de la cultura parte como de un supuesto evidente de la idea de que la vida histórica es esencialmente compleja e irreductible a sus elementos simples, y procura captar de alguna manera, así sea imprecisa, precaria y a veces exenta de crítica, esa complejidad en la que se supone que reside la peculiaridad de lo histórico.[100]

De acuerdo con el propio Romero, la defensa de esta perspectiva metodológica era cardinal en su proyecto. En una entrevista posterior afirmó:

> *Imago Mundi* [...] era una defensa, un alegato, una toma de posición en el campo historiográfico [...]. Con esa revista yo quise defender el punto de vista de la historia de la cultura, o sea dicho de una manera vaga, una concepción integral de la historia que no terminaba en la historia política, que iba mucho más allá, que era mucho más comprensiva en sentido filosófico, que comprendía muchas más cosas y quería ser mucho más profunda.[101]

99. La revista fue financiada por el empresario de zapatos Alberto Grimoldi, por lo tanto sus oficinas funcionaban en el subsuelo de la casa Grimoldi. Véase O. Acha, "*Imago Mundi* (1953-1956) en una coyuntura historiográfico-política", *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, N° 3, 1999.

100. Editorial, *Imago Mundi,* N° 1, 1953, p. 4.

101. José Luis Romero, citado por F. Luna, *Conversaciones con José Luis Romero*, Buenos Aires, Timmerman, 1976, p. 138. Sobre las perspectivas historiográficas

Al igual que muchas de las revistas del período, la novedad y el cosmopolitismo constituyeron rasgos distintivos de *Imago Mundi.* Es indicativo del carácter novedoso y cosmopolita el lugar asignado a las reseñas de libros. En un ejemplar de 130 páginas, aproximadamente un cuarto de ellas contenían reseñas de trabajos publicados recientemente en el extranjero. Por contrapartida, esto significaba que el espacio adjudicado al tratamiento de temáticas nacionales fuera más bien reducido. Al igual que en otras revistas, la discusión sobre la crisis de la civilización occidental ocupaba un lugar preponderante en las páginas de esta publicación. Tanto es así que de sus doce números uno de ellos en su totalidad abordó esta temática.[102] La introducción que abría y justificaba la pertinencia de ese número especificaba que la crisis era "un problema que [inquietaba] a las conciencias más sensibles" y que la misma sospecha de ella los "envolvía en una atmósfera de declinación [...] que condicionaba [su] espíritu y existencia", volviéndola un "fenómeno de la cultura" de la época.[103] Uno de los aspectos relativos a la crisis sobre el que se hizo hincapié en las páginas de *Imago Mundi* fue la discusión sobre la decadencia del régimen democrático liberal. El pensador italiano Renato Treves, exiliado en la Argentina durante la guerra, dijo al respecto que el liberalismo nunca había estado amenazado como en ese entonces:

> Las tendencias que atacan, critican y ponen en peligro los principios fundamentales del liberalismo en la Edad Contemporánea son en lo sustancial las mismas que han turbado y amenazado la vida del liberalismo desde que éste se afirmó e impuso en la vida social y política del continente europeo pero esta crisis es más grave que la que atravesó en años pasados.[104]

Cabe preguntarse el porqué de este énfasis en las distintas publicaciones sobre la idea de una crisis de la civilización occidental si la guerra había terminado en el triunfo de los aliados. El fin de la contienda mundial, aun si significó la derrota del fascismo, fue seguido

de *Imago Mundi* y sobre las visiones de Romero del peronismo, véase O. Acha, *La trama.*

102. *Imago Mundi,* N° 11-12, 1956.

103. Editorial, *Imago Mundi,* N° 1, 1953. Véase *Imago Mundi,* N° 11-12, 1956.

104. R. Treves, "Consideraciones sobre la crisis del liberalismo contemporáneo", *Imago Mundi,* N° 11-12, 1956.

de un clima de malestar y pesimismo acerca del futuro del mundo occidental. Era muy difícil superar el trauma de la guerra y hacer frente a sus costos tanto simbólicos como materiales. Los países beligerantes, salvo Estados Unidos, estaban en ruinas. Además, en muy poco tiempo el orden de la posguerra se transformó en el de la Guerra Fría.[105] En este horizonte, para quienes publicaban en *Imago Mundi,* la ideología nacionalista seguía constituyendo uno de los grandes riesgos para la vigencia de las democracias modernas. Según Treves, el error del liberalismo había sido considerar el comunismo como su gran enemigo. Esto mismo era lo que lo había llevado "a su aniquilación, al dar acogida favorable al totalitarismo fascista".[106]

Imago Mundi no discutió las modalidades que la crisis asumía en la Argentina. No hubo por lo tanto menciones directas al peronismo en las páginas de esta publicación y, hasta cierto punto, las referencias indirectas al régimen fueron más escasas que en el caso de otros periódicos. No se abordó por ejemplo el tema del nacionalismo cultural y tampoco hubo notas dedicadas a rescatar la figura de Esteban Echeverría.[107] Como se dijo en capítulos anteriores, desde el comienzo de la segunda presidencia de Perón en 1952 el gobierno incrementó los niveles de censura y violencia contra instituciones y figuras del campo intelectual. Por lo tanto, en el momento en que *Imago Mundi* fue fundada (1953), la autocensura era un recurso cada vez más utilizado por los intelectuales con el fin de preservar sus proyectos culturales. Además, debemos recordar que algunos de sus colaboradores habían sufrido la represión en carne propia. Para cuando *Imago Mundi* apareció por primera vez la comisión entera de ASCUA ya había sido encarcelada por el régimen.[108] Éste fue el caso

105. Véase E. Hobsbawm, *Age of Extreme: The Short Twentieth Century (1914-1991),* Oxford, Peguin Books, 1994, p. 230.

106. R. Treves, "Consideraciones".

107. En la revista se menciona a Echeverría en algunos artículos aunque no hay notas dedicadas exclusivamente a la defensa y/o estudio de esta figura. Echeverría fue mencionado en la crítica que Norberto Rodríguez Bustamante hace a la *Historia argentina* de Ernesto Palacio donde advierte sobre la "discrepancia intensa" que el autor tiene con los juicios proferidos por Palacio sobre la figura de Echeverría, entre otros. El nombre de Echeverría también aparece invocado en un artículo sobre la educación popular en América. Véase N. Rodríguez Bustamante, "Notas. Historiografía y política; A propósito de la historia de la Argentina de Ernesto Palacio", *Imago Mundi,* N° 8, 1955, pp. 36-57; "La educación popular en América. Historia de una idea", *Imago Mundi,* N° 7, 1955, p. 34.

108. Véase capítulo 3.

de Francisco Romero, quien no sólo escribía en *Imago Mundi* sino que era el hermano del director de la publicación.

Si se considera a *Imago Mundi* en el contexto de las revistas que emergieron en el período y nos atenemos a la lectura de sus páginas, resulta difícil encontrar en ella rasgos excepcionales. Ciertamente, la publicación constituyó un ambicioso proyecto que incorporó intervenciones notables. Entre sus autores figuran intelectuales que asumirían roles protagónicos en el campo intelectual y académico. Éste es el caso del historiador Tulio Halperín Donghi. En una entrevista realizada muchos años después, José Luis Romero afirmó que *Imago Mundi* se constituyó en esa época en una "universidad en las sombras":

> *Imago Mundi* se transformó en el nucleamiento de una generación de profesores que habían salido de la Universidad [...] en una Universidad preparada, una *Shadow University*, preparada para reemplazar a la otra [...] Nosotros favorecimos el contacto, favorecimos la aglutinación del humanismo no oficial, y ese grupo fue reconocido en cierto modo como una especie de alternativa porque tuvimos esta experiencia curiosa.[109]

Romero justificaba su argumento en el protagonismo que los autores de *Imago Mundi* asumieron luego de la Revolución Libertadora. No sólo él fue escogido como rector de la Universidad de Buenos Aires, sino que los otros dos nombres que habían competido para el puesto también habían colaborado en *Imago Mundi:* el filósofo Vicente Fatone y el historiador de la ciencia José Babini. Fue el mismo Romero quien se encargó de subrayar que los tres candidatos barajados para gobernar la universidad más importante del país "habían salido de la revista".[110] Estas declaraciones han hecho que el rol y la excepcionalidad de esta publicación hayan sido sobreestimados. Como hemos visto hasta ahora, la capacidad de incorporar a una publicación a figuras importantes no fue una condición exclusiva de *Imago Mundi* sino un rasgo de la época. La participación de los intelectuales en varias revistas al mismo tiempo no sólo tiene que ver con que era ésta una práctica afín al mundo intelectual, sino también que en los días del régimen peronista las

109. F. Luna, *Conversaciones con José Luis Romero*, Buenos Aires, De Belgrano, 1978, p. 155.

110. Citado por F. Luna, *Conversaciones*.

revistas eran uno de los espacios donde se podían ejercer la voz con relativa libertad.[111] Basta mencionar que los tres candidatos para el rectorado de la Universidad de Buenos Aires también habían participado de *Realidad* y *Sur*. *Imago Mundi* se sumaba entonces a un conjunto de publicaciones que tenían como misión –sea explícita o no– preservar y propiciar un espacio de debate y sociabilidad intelectual ajeno a los avatares políticos. Lo que constituyó una universidad en las sombras fue en alguna medida la vida intelectual que se gestó bajo el peronismo alrededor de revistas y grupos por fuera de las instituciones estatales.

La situación descripta era la resultante directa de lo que había sucedido con las universidades.[112] La renuncia o cesantía de numerosos profesores había hecho que la universidad dejase de ser un ámbito natural de la sociabilidad y la práctica de la intelectualidad local. Concluida la experiencia peronista, un importante número de estos profesores retornaron a sus cátedras.[113] Esto quiere decir que la descripción de Romero respecto de *Imago Mundi* como una universidad en las sombras se debe hacer extensiva al conjunto de publicaciones de la época, en tanto todas ellas en conjunto proveyeron a los profesores antiperonistas de un espacio de reflexión, de debate y de sociabilidad. Silvia Sigal sostiene que la debilidad institucional del Estado argentino ha hecho de la universidad a lo largo de todo el siglo XX una arena de conflictos políticos. Cada grupo que ha conquistado el poder ha intentado imponerse en esta institución eliminando a aquellos que estaban en la oposición, como fue el caso con Perón. Según Sigal, si bien esto produjo anomia institucional, impactó positivamente en la capacidad de autoorganización y generación de proyectos de los intelectuales locales, derivando en la proliferación de redes intelectuales autónomas del poder político, aun al costo de una fuerte asociación entre cultura y política.[114] La descripción de la práctica intelectual bajo el peronismo se ajusta claramente a la hipótesis de Sigal. La vida

111. Aun relativizando la importancia de la revista Omar Acha sostiene que "esa publicación era una institución [...] experiencia de confluencia, nacimiento, origen y linaje", O. Acha, "*Imago Mundi* (1953-1956) en una coyuntura historiográfica política", p. 117.

112. Véase P. Buchbinder, *Historia de las universidades*, pp. 144-164.

113. Muy poco después de producida la Revolución Libertadora el gobierno suspendió a los profesores universitarios que habían trabajado durante el peronismo y llamó a concurso para todos los puestos docentes. Sobre este proceso, véase F. Neiburg, *Los intelectuales*, pp. 215-255.

114. S. Sigal, *Intelectuales y poder*, p. 101.

intelectual durante el gobierno de Perón sobrevivió en una serie de proyectos autogestionados por los propios intelectuales como lo fueron las revistas y los grupos del período.

¿Voces discordantes?

Hasta ahora hemos descripto un campo intelectual que apela recurrentemente a un conjunto recortado de temas, tópicos y valores para referirse, en general alusivamente, a un régimen que desaprobaba. Cabe preguntarse si hubo voces discordantes y/o matices dentro del universo de estas revistas. De la discusión anterior se puede inferir que entre los intelectuales antiperonistas había coincidencias de base fuertes que vedaban la posibilidad de lecturas distintas del fenómeno. Por empezar, la asociación entre peronismo y fascismo dejaba poco lugar para interpretaciones sustancialmente diversas. Recordemos además que el debate se sostenía en un nivel de vaguedad y un lenguaje de sobreentendidos que tampoco facilitaba el intercambio de opiniones. Es por estas razones que las discrepancias no sólo fueron pocas y marginales sino que no hay que buscarlas en las lecturas en torno al "hecho peronista", sino en algunos debates adyacentes puntuales. Uno de los temas donde es posible registrar opiniones encontradas tiene que ver con la discusión acerca del rol que debían asumir en tanto intelectuales bajo el peronismo. Dados los desafíos y las amenazas (fueran éstos potenciales, reales o imaginados) en que estaban sumidos los intelectuales, el cuestionarse su propia tarea adquiría inmediata relevancia. ¿Qué responsabilidad arrogarse en una hora cuando lo que se enfrentaba era una versión local del fascismo?

Por lo visto en el capítulo 2, sabemos que los intelectuales no asumieron una posición de militancia opositora. Por el contrario, eludieron desde sus asociaciones la confrontación con el gobierno. Sabemos también que el retraimiento público fue presentado en más de una ocasión como una estrategia no sólo oportuna sino ética. Sin embargo, esta posición despertó cierto malestar. Entre los que discrepaban con la estrategia de una resistencia silenciosa estaba Carlos Alberto Erro, quien lo hizo público en varias de sus intervenciones. Erro reclamó desde un principio a los intelectuales tanto desde la SADE como desde otras tribunas una toma de posición más clara. En una nota aparecida en *Realidad,* cuyo título "Los intelectuales argentinos y la realidad actual del país" era elocuente sobre la relevancia de la pregunta por el rol del intelectual, Erro expresó sus diferencias con

lo que denominaba "la postura de las bocas cerradas" y se quejó de la falta de un esfuerzo por explicar el peronismo. Señaló además como "urgente el concurso de todos y *especialmente* los intelectuales para dilucidar los problemas de la nación".[115] Si bien Erro proyectaba la acción como virtud, no esperaba de los intelectuales que conjugasen ésta con el pensamiento sino tan sólo que ejercieran "su tarea específica de expresar y opinar". Incluso cuando aceptaba los riesgos que podía implicar, veía la renuncia a ejercer la voz como una clara claudicación de lo que eran los deberes de un intelectual:

> Sucesos tan extraordinarios como la llegada de las modernas masas argentinas al poder y el desplazamiento de los viejos partidos políticos, en virtud de elecciones inobjetadas, por una fuerza nueva organizada en la víspera del comicios, *parecen "tabú" y nadie las comenta ni analiza con espíritu y método científicos.* Cierto es que hoy no se vive en el país en un clima apropiado para el libre examen de su situación social y política; pero Echeverría y los proscriptos no trabajaron en tiempos mejores ni en más cómoda posición. Pese a todo escribieron. Grabaron su palabra, que es *lo irrenunciable en el intelectual, porque para aquél cuya misión consiste en pensar y decir, el silencio equivale a la negación de sí mismo.*[116]

El malestar que suscitó en Erro el silencio de sus colegas, la consecuente falta de debate sobre el futuro sumado a su visión del rol del intelectual, lo llevó a fundar junto con varios de sus colegas la Asociación Cultural Argentina para la Defensa y Superación de Mayo (ASCUA). De acuerdo con Erro, esta asociación debía convertirse en un espacio donde no sólo se expresaran diferencias sino también se buscaran soluciones a futuro. En el primer boletín de la ASCUA, Erro declaró que "ante el momento que vive la República, el deber de los hombres que piensan consiste mucho más que en expresar el punto de vista individual de cada uno, en esforzarse a llegar a pensamientos compartidos".[117] Era el tamaño del desafío el que llamaba a la tarea intelectual y ésta debía realizarse en conjunto. Erro no fue el único en expresar cierta incomodidad frente al rol asumido por la intelectualidad. Desde *Realidad,* el filósofo

115. C.A. Erro, "Los intelectuales argentinos y la realidad actual del país", *Realidad,* N° 6, noviembre-diciembre de 1947, p. 340, mi subrayado.

116. Ídem, p. 341.

117. C.A. Erro, "Por qué nos basamos en Mayo", *Boletín de ASCUA,* N° 1, 1953.

Aníbal Sánchez Reulet, quien juzgaba al país adormecido en una crisis moral, exhortó a sus colegas y a la sociedad a "salir, mediante una *crítica lúcida e implacable,* del pozo de las ficciones [que los] sofocaban" (concretamente, el creer en un progreso ilimitado que eventualmente retomaría su curso) y apelar al que juzgaba el "mejor instrumento": "la verdad".[118] En una dirección algo distinta de la de sus contemporáneos, José Luis Romero advirtió desde las páginas de *Liberalis* sobre los términos de un debate que le parecía inadecuado para la hora que vivían:

> Nadie discute el valor de Echeverría, Alberdi, Sarmiento o Mitre como testimonio o como intérpretes de su tiempo. Pero hay fundados motivos para suponer que no conservan el mismo valor frente al nuestro, y todo parece aconsejar un uso prudente de sus interpretaciones [...] Por lo demás, también por el carácter de su análisis conviene extremar la prudencia en cuanto al uso de esos testimonios para hacerlos valer frente a nuestra realidad contemporánea.[119]

Romero cuestionaba la validez de proyectar los debates contemporáneos a sucesos históricos y advertía en la misma nota sobre la necesidad de abrir una discusión objetiva y directa sobre el presente y el futuro.

Cabe interrogarse sobre la relevancia de estas críticas. ¿Suscitaron debates y/o cambios de conducta y estrategia? Las advertencias de Romero no transcendieron ni tuvieron mayor eco incluso en la misma revista que las publicó. Ésta continuó apelando recurrentemente a la historia para referirse a la situación contemporánea. ASCUA tampoco logró su objetivo ya que no consiguió convertirse en una usina proveedora de soluciones para los problemas del país.[120] La situación se dio aun cuando la asociación recibió una acogida favorable en distintos ámbitos del campo intelectual y político-ideológico, a juzgar por los nombres que se sumaron a su comisión directiva. Entre los que se integraron a la asociación estaban Rodolfo Fitte (director de *Liberalis),* Víctor Massuh (filósofo colaborador de *Sur*), el jurista Carlos Manuel Muñiz, el pensador marxista Héctor Raurich, el filósofo Francisco Romero, el escritor Ernesto Sábato y el oficial

118. A. Sánchez Reulet, "Ficción y realidad de la Argentina", *Realidad*, N° 3, mayo-junio de 1947, p. 429.

119. J.L. Romero, "Argentina: imágenes y perspectivas", *Liberalis*, N° 2, 1949, p. 21.

120. Véase "Reunión de ASCUA en Rosario", *Boletín de ASCUA*, N° 2, 1954, p. 3.

militar Ángel Zuloaga.[121] La apuesta de ASCUA implicaba definir un rol muy específico pero ambicioso para el intelectual, quien debía primero diagnosticar los males que aquejaban al país y luego proponer un programa superador. Claramente, una enorme distancia separó el ideal propuesto de lo que ASCUA logró hacer. La asociación se limitó a organizar una serie de conferencias y reuniones y a publicar un boletín que, dado el contexto político, salió menos regularmente de lo que inicialmente se había planeado.[122] Tanto en las conferencias como en los artículos, ASCUA no se desvió de las imágenes y del lenguaje al que apelaban las revistas para referirse a la situación que vivían. Es decir, rescató la tradición liberal argentina, criticó ideas y argumentos que se relacionaban al nacionalismo y en consecuencia al peronismo, en especial a su concepción de la historia.[123] En sus boletines apareció recurrentemente la discusión sobre la verdadera democracia; se invocó a la figura de Echeverría para señalar la distancia que separaba al régimen peronista de la democracia ideal y la generación de 1837 apareció representada como modelo.[124] Es preciso advertir que la fundación de la asociación coincidió con el momento más álgido del conflicto político bajo el peronismo. En 1962 ASCUA fue cerrada porque, según la institución, en ese momento se había vuelto "estéril todo esfuerzo serio y sincero para comprender racionalmente la realidad argentina".[125]

Según Carlos Agosti, en una crítica devastadora realizada varios años después, el problema del grupo ASCUA fue quedar atrapado en el lenguaje del liberalismo clásico argentino y estar más preocupado por defender tal tradición que por discutir problemas concretos. Agosti

121. No es posible precisar quién fue el autor intelectual de la iniciativa de crear ASCUA, pero es posible conjeturar que ésta nació en 1951 como parte de los actos que conmemoraban el centenario de la muerte de Echeverría.

122. Entre 1952 y 1956 ASCUA publicó tan sólo seis boletines. El primero apareció cuatro meses más tarde de lo que se había planeado porque fue en ese momento cuando la comisión organizadora de la institución fue encarcelada.

123. Entre los artículos que se pueden leer, véanse C.A. Erro, "Rosas en 1954", *Boletín de ASCUA*, N° 4, 1954; C.A. Erro, "Rosas en 1954", *Boletín de ASCUA*, N° 4, 1954; J.P. Barreiro, "Las Indias no eran colonias" *Boletín ASCUA*, N° 2, 1953; J.P. Barreiro, "Un caso de versatilidad histórica", *Boletín de ASCUA*, N° 2, 1953.

124. En el caso de ASCUA la centralidad de Echeverría es evidente. Como el nombre de la institución lo indica, fue creada para rescatar y difundir la obra de la generación intelectual a la cual Echeverría mismo pertenecía. Véase, por ejemplo, D.A. Seijas, "Echeverría y la juventud", *Boletín de ASCUA*, N° 2, 1953.

125. *La Nación*, 11 de mayo de 1962.

concluyó esa crítica con un cuestionamiento dirigido a Erro, quien era el alma máter de la asociación: "¿Y no le parece, entonces que en lugar de los discursos sobre la libertad cuya importancia como ejercicio de la disertación filosófica no niego, convendría indicar con precisión cuáles son los enemigos reales de la libertad verdadera en el país?".[126] Agosti formaba parte del comité de celebración del centenario de Echeverría y por sus diferencias con el antiperonismo se alejó de éste. En un libro sobre el autor del *Dogma socialista* que publicó casi contemporáneamente a las celebraciones, el escritor comunista hizo públicas sus diferencias con el antiperonismo argumentando que el ascenso de Perón se debía el fracaso de la burguesía liberal y juzgó el peronismo como una experiencia positiva en tanto provocaba la movilización de las masas.[127] La provocación de Agosti fue casi contemporánea al acercamiento de algunas figuras relevantes de la izquierda al peronismo, como fue el caso de Juan José Real del Partido Comunista y de Emilio y Enrique Dickman del Partido Socialista. Si bien estas rupturas y conflictos podían alarmar y poner dudas sobre la unidad del frente antiperonista, constituyeron casos aislados y no lograron quebrar el núcleo duro del antiperonismo.

No podemos cerrar la pregunta acerca de las voces discordantes sin referirnos al menos brevemente a *Contorno*. Esta revista, que apareció a fines de 1953 y que cuando Perón todavía gobernaba publicó cinco números, fue el vehículo de un discurso atípico en el debate intelectual de la época por su posición crítica tanto del peronismo como del antiperonismo.[128] La empresa reunió a un grupo de jóvenes que luego descollarían como importantes figuras de la intelectualidad local (los hermanos Viñas, León Rozitchner, Noé Jitrik, Ramón Alcalde, Tulio Halperín Donghi y Juan José Sebreli).[129] En los cinco números que se publicaron cuando Perón todavía gobernaba, a través de la crítica literaria la revista se dedicó a consumar una operación donde el grupo era presentado como una generación dotada de una nueva sensibilidad estética y política. Sus autores, influenciados tanto por el

126. H. Agosti, *El mito*, p. 172.

127. Véase L. Prado Acosta, "Héctor Agosti", p. 108.

128. *Contorno* tuvo una corta duración, llegó tan sólo a publiar diez números entre 1953 y 1959 junto con dos ediciones *Cuadernos de Contorno*. La publicación fue dirigida por los hermanos Ismael y David Viñas. Para más datos sobre *Contorno*, véase M. Croce, *Contorno, izquierda y proyecto cultural*, Buenos Aires, Colihue, 1996, y O. Terán, *Nuestros años sesentas*.

129. La lista de colaboradores completa se puede leer en M. Croce, *Contorno, izquierda y proyecto cultural*. *Contorno* ha sido reproducida en formato CD por el Cedinci.

marxismo como por el existencialismo, atribuían una función social a la literatura, demandando por lo tanto del intelectual un compromiso social y político. Era esta posición la que llevaba a sus integrantes a cuestionar con duros términos tanto la literatura como el rol asumido por las generaciones intelectuales que los precedían.[130] Concretamente, esto quería decir que *Contorno* acusaba a la intelectualidad liberal de no asumir el compromiso que tenían como intelectuales.[131] En el primer número de la revista, Ismael Viñas se refirió a los escritores consagrados como "cobardes" e "ineptos":

> Cuando empezamos a enterarnos del mundo a que pertenecíamos, nos encontramos con una constelación de nombres que parecían ocupar cumplidamente su tierra y su cielo: nuestros héroes, nuestros poetas, nuestros políticos, nuestros profesores, nuestros filósofos, nuestros maestros. Fuimos aprendiendo puntualmente que pocos de entre ellos poseían algo detrás de sus fachadas. No era el común rechazo juvenil por los antepasados. Era que, debajo de los renunciamientos con aires beatificables, se ocultaba la ineptitud o la cobardía, que debajo de los gestos, accionaba el halago a las pasiones fáciles o electoreras, que proclamas y vocaciones no eran más que persecución del triunfo inmediato, falsificaciones.[132]

Según Viñas, era en las "obras" donde la ausencia de compromiso con la realidad circundante era más notoria y esta circunstancia les producía "rebeldía, rechazo y desconcierto".[133] Estos jóvenes críticos consideraban que, dada su falta de compromiso, la intelectualidad establecida había sido incapaz de comprender el significado más evidente de la irrupción del peronismo: el hecho de que gran parte de la población era ignorada por los representantes políticos. Según una

130. Véase S. Cella (dir.), *La irrupción de la crítica*, Buenos Aires, Emecé, 1999, p. 8.

131. Esto implicó que ese grupo intentase crear una especie de contracanon literario al designarse nuevos antepasados/modelos literarios en oposición a las genealogías vigentes. Véase, por ejemplo, F.J. Solero, "Una expresión, un signo", *Contorno*, N° 2, mayo de 1954; I. Viñas, "Reflexión sobre Martínez Estrada", *Contorno*, N° 4, diciembre de 1954. Críticas feroces a los miembros de Sur se pueden leer en varias notas, entre otros J.J. Sebreli, "Los martinfierristas: su tiempo y el nuestro", *Contorno*, N° 1, noviembre de 1953, y A. Gigli, "Victoria Ocampo: V.O.", *Contorno*, N° 3, septiembre de 1954; R.M. Pandolfi, "Mujica Láinez y el gran cambio", *Contorno*, N° 5-6, septiembre de 1955; L. Rozitchner, "Mallea y nuestras vergüenzas", *Contorno*, N° 5-6, septiembre de 1955.

132. I. Viñas, "La traición de los hombres honestos", *Contorno*, N° 1, noviembre de 1953.

133. Ibídem.

nota firmada por David Viñas, los intelectuales antiperonistas dividían la realidad en una fórmula maniquea entre el mal y el bien, sin realmente comprenderla:

> Unos y otros hombres de cuarenta y sesenta años, llegaban a añorar los tolerantes y corteses ademanes del *bon vieille régime*; y todos se aliaban contra el Candidato Imposible estableciendo por centésima vez el reino de los Santos frente al de los Abyectos, sin advertir que la Imposibilidad era la parte de la realidad, era la Realidad misma, y que no cabía condenarla imponiéndole el sayo amarillo.[134]

Contorno expresaba una sensibilidad diversa dentro del universo de revistas culturales antiperonistas por su posición crítica frente al antiperonismo. Pese a esto, no debemos exagerar ni el significado de ese desacuerdo ni el grado de conflicto, al menos en esa hora. El distanciamiento con el antiperonismo no quería decir que estos escritores y ensayistas estuvieran a favor de Perón o su régimen; entre otras cosas porque, según su visión, el peronismo (junto con el anti) había contribuido a construir esa "pieza tapiada" en que se debatía el país.[135] David Viñas resumió el conflicto en que estaba sumida la Argentina en los siguientes términos: "En el otro extremo también –lógicamente– se alzó el estandarte del con nosotros o la nada, el sí definitivo o la aniquilación, el acatamiento íntegro o la eliminación. Se estaba en un bando para condenar al otro".[136] Los dichos de estos ensayistas tampoco significaron en ese entonces ni altisonantes rupturas, ni la formación de nuevas asociaciones, ni su expulsión de espacios que compartían con intelectuales antiperonistas; algo que sí había pasado cuando se dio el conflicto entre intelectuales nacionalistas y democráticos. En otras palabras, la franja contestataria no rompió completamente con el antiperonismo, al menos hasta que el peronismo no dejó el Estado.[137] También sería equivocado deducir

134. D. Viñas, "La historia excluida: ubicación de Martínez Estrada", *Contorno*, N° 4, 1954.

135. Sebreli sostiene en sus memorias publicadas en 2005 que, en 1953, tanto él como Oscar Masotta y Carlos Correas creían que había que apoyar al peronismo desde la izquierda. Esta postura era desaprobada por los hermanos Viñas, quienes controlaban la publicación. J.J. Sebreli, *El tiempo de una vida*, Buenos Aires, Sudamericana, 2005, p. 187.

136. D. Viñas, "La historia excluida".

137. Véase O. Terán, *En busca de la ideología argentina*, p. 214. Ejemplo de esto es

de sus reflexiones sobre el compromiso y de su tono de confrontación una militancia opositora. *Contorno* tampoco denunció los ataques concretos a las libertades intelectuales perpetrados por el régimen peronista, ni discutió la coyuntura política antes de septiembre de 1955. La gran novedad de *Contorno* radicó en su impacto a largo plazo y en su carácter anticipatorio. A la distancia, uno de sus animadores, Juan José Sebreli, dijo que ésta fue "una actitud, un estado de ánimo" y distinguió la historia de la revista que fue "corta", "ocho números y dieciocho colaboradores, la mayoría esporádicos", con "su historia póstuma", que fue "larga y todavía no ha terminado".[138] Las páginas de *Contorno* adelantaron muchas de las discusiones que se volverían relevantes en el período posterior, en especial aquellas que tenían que ver con la función social del intelectual y que evidenciaron la emergencia de una nueva generación imbuida de creencias, sensibilidades, apuestas estéticas y políticas diversas. Luego de producida la Revolución Libertadora, estos intelectuales reevaluaron el foco de sus críticas y, si el peronismo se les fue develando menos impugnable, no así el antiperonismo de sus mayores.[139] Esta última posición terminaría por definir los contornos de un nuevo sujeto intelectual, el del intelectual comprometido y/o contestatario de los 60 propio de la nueva izquierda de esa década, quien no dudaría en sublimar toda práctica intelectual a las demandas de imperativos éticos considerados superiores.

Conclusión

La ausencia de una toma de partido pública frente al 17 de octubre y al resultado de las elecciones de febrero de 1946 que pudimos observar en la SADE fue sintomática de una estrategia que se repitió en otros ámbitos del campo intelectual: la de moderar el conteni-

que Sebreli y Halperín Donghi publicaron tanto en *Sur* como en *Contorno*. Ramón Alcalde fue el secretario de redacción de *Imago Mundi*.

138. J.J. Sebreli, *El tiempo*, p. 188.

139. Este viraje claro se puede ver en el número 7-8 de julio de 1956 donde se analiza la experiencia del peronismo pero ya inscripta en los debates que suscitaron las apuestas políticas de la Revolución Libertadora. De igual forma, en ese mismo número, nunca se deja de señalar que Perón fue un dictador que engañó al pueblo, aun cuando éste actuaba con racionalidad. Véase en especial el editorial "Peronismo y lo otro" y la nota firmada por León Rozitchner, "Experiencia proletaria y experiencia burguesa", *Contorno*, N° 7-8, julio de 1956.

do de las intervenciones de modo de preservar la vida intelectual en un régimen al que se le adjudicaban impulsos autoritarios. Son varios los trabajos que señalan que la derrota política de la Unión Democrática se tradujo en una despolitización del lenguaje intelectual. Osvaldo Graciano sostiene, por ejemplo, que en la Universidad Popular Alejandro Korn, animada por algunas de las figuras más notables del socialismo, luego de 1945 desaparecieron por completo las disertaciones sobre asuntos políticos y económicos.[140] Federico Neiburg señala que, a pesar de que el CLES fue muy activo en esos años, su labor "dio paso a una serie de actividades de características acentuadamente menos políticas".[141] Como vimos aquí, esta última tendencia fue evidente en el universo de las publicaciones culturales. La intelectualidad no expresó desde las revistas que estudiamos en este capítulo sus opiniones ni participó de debates que tuvieran que ver con la coyuntura política más inmediata. No discutió casi nunca leyes ni políticas específicas, al menos usando nombres propios. El debate intelectual se sostuvo siempre en un nivel de vaguedad que, si uno le borrase fechas y autores a los artículos, podría relacionarlos con cualquier régimen de rasgos autoritarios, aun cuando hubiese referencias locales. En otras palabras, los intelectuales antiperonistas evitaron desde sus publicaciones la confrontación en sus intervenciones. La moderación contrasta con la actitud militante que dominó el campo intelectual en los años previos al peronismo, como se puede ver en los trabajos que estudian las luchas antifascistas de los años 30 y tempranos 40, los cuales remiten a manifiestos, tomas de partido, reuniones y debates públicos.[142] No obstante, los intelectuales sí hablaron y discutieron sobre el peronismo, pero para esto hicieron uso de un lenguaje en código a través de señas, metáforas y guiños retóricos, volviendo una y otra vez sobre ciertos temas que, aunque para un lector avezado remitían claramente a las políticas del gobierno, difícilmente iban a generar la reacción del poder político, entre otras cosas porque las referencias podían pasar inadvertidas. El editorial de *Liberalis* de 1956 ya citado daba cuenta expresa del uso de este lenguaje en código durante los años previos.

140. O. Graciano, *Entre la torre*, p. 249.

141. F. Neiburg, *Los intelectuales*, pp. 171-173. Neiburg también asocia esta tendencia al alejamiento de los políticos profesionales del CLES, a las temporadas que algunos académicos argentinos pasaron en el exterior y a la presencia de más extranjeros en el CLES.

142. Véanse los artículos reunidos en la compilación de M. García Sebastiani (ed.), *Fascismo y antifascismo.*

> Cuando mucho, nos referíamos a fenómenos o acontecimientos de lejanos países de otros continentes, tratando de reflejar en el comentario, hábilmente, el caso argentino.[143]

La vaguedad del lenguaje de los intelectuales en el período significó que no hubiese variaciones significativas en el tratamiento de las cuestiones que remitían al peronismo. La inteligibilidad del discurso en clave dependía del hecho de que las publicaciones culturales estaban mayormente dirigidas a pares, presuponían un público con quien se compartía un idioma y referencias comunes. La insistencia en ciertos temas, que además fueron *retomados en forma explícita* cuando las restricciones fueron levantadas, concretamente luego de la caída del peronismo, abonan la tesis de que, cuando se hablaba de ellos, se hablaba por transitividad de este fenómeno político. Es entonces la recurrencia de una serie de tópicos la que nos permite leer entre líneas cómo se iban gestando las representaciones sobre el peronismo en tiempos cuando éste, como objeto específico de indagación, era deliberadamente esquivado en la discusión intelectual. Estos tópicos fueron el nacionalismo cultural y la decadencia de la cultura, la naturaleza o las características de lo que podía ser considerada una verdadera democracia, la figura de Esteban Echeverría y la generación de 1837, el rol de la intelectualidad y la existencia de una crisis del mundo occidental, y en especial del liberalismo. Estos temas, que no eran nuevos, adquirieron una particular y específica *resonancia política* durante el peronismo, como los mismos autores se encargaron de mencionar. Además, el énfasis sobre los tópicos enumerados nos remitía directamente a la existencia de un consenso. Sintomático de ese clima es el hecho de que varios autores colaboraron en más de una publicación. Tal es el caso de Roberto Giusti, quien escribió en una revista que apoyaba en algunas de sus notas el marxismo *(Expresión)* y en otra de nombre *Liberalis*, cuyo objetivo explícito era "defender el liberalismo, [...] trabajar a favor del individualismo y de la libre iniciativa".[144] No había dudas de que para la mayoría de la intelectualidad el peronismo era un fenómeno dictatorial que representaba un salto atrás en el desarrollo político y cultural del país. Tal coincidencia no fue un dato menor; por el contrario, ofició en esos años como un importante factor aglutinante del campo intelectual. Como veremos en el próximo capítulo, la expul-

143. Editorial, "Frente al campo despejado", *Liberalis*, N° 35, 1956, p. 3.

144. *Liberalis*, N° 1, 1949, p. 1.

sión de Perón del Estado significó el fin de ese clima de colaboración en el campo intelectual y reveló cuán frágil era esa cohesión signada por la oposición. Claramente uno de los temas ausentes en el debate fue la discusión sobre el futuro y sobre un proyecto nacional que pudiera unir a todos aquellos que se oponían al régimen peronista. Este silencio fue funcional al consenso porque no permitió que afloraran discrepancias sustantivas.

Con respecto a la conducta de los intelectuales –la de moderar el contenido de sus intervenciones–, podemos decir que ésta no sólo se justificaba en las acciones del régimen sino que fue *fructífera*, en tanto logró su objetivo: permitió la supervivencia del debate intelectual y, en especial, de uno de sus dispositivos más importantes como lo eran las revistas. Empero, considerando que muchos intelectuales se autoidentificaban como guardianes de la civilización y la libertad, podemos decir que su rol bajo un régimen que percibían como una dictadura no estuvo a la altura de *sus propias representaciones*, aun cuando el tema haya generado roces y discusiones, e incluso aceptando que la autocensura era el resultado de las presiones que el gobierno ejercía contra el campo intelectual.[145] La literatura ha impugnado la actitud de la intelectualidad antiperonista por su "inflexibilidad" e "incapacidad" para comprender el fenómeno en ciernes. Si este reclamo a posteriori nos suena un tanto injusto, se abstrae de las condiciones en que estos intelectuales estuvieron (o al menos creyeron estar) inmersos en un régimen hostil a la cultura; pensamos en cambio que sí es posible concluir que la intelectualidad no vivió de acuerdo con los estándares, los modelos de conductas que *ellos mismos* habían proclamado. Como veremos en el próximo capítulo, esta cuestión formó parte de algunos de los balances críticos que los intelectuales hicieron luego de la caída del peronismo.

Resta preguntarse en qué sentidos las imágenes que construyeron los intelectuales en el momento del peronismo nos iluminan sobre la suerte de la cultura bajo ese régimen. Claramente, las intervenciones de los intelectuales son una fuente importante para abordar el tema pero es necesario contrastarlas con otros materiales, como el estudio de las políticas estatales propiamente. No olvidemos que las reconstrucciones aquí analizadas provienen de un sector con el cual el gobierno tuvo una relación de desentendimiento desde la primera hora. No sólo algunas de las imágenes, incluso si justificadas en el clima de la época, resultan algo desmesuradas, como aquellas que equiparaban el peronismo al nazismo, sino también algunas de sus lecturas sobre temas más concretos, que no pueden ser tomadas sin recaudos, por ejemplo, en cuanto al nacionalismo cultural. Ya hemos aclarado en el primer capítulo que la política cultural del régimen no acentuó, al menos en forma exclusiva, las prácticas de la cultura popular o aquellas que comúnmente se asocian con lo nativo, ni intentó socavar jerarquías culturales establecidas. Es muy probable que en este punto hayan sido los afanes democratizantes encarnados en los objetivos de la Subsecretaría de Cultura los que hayan nutrido estas lecturas. El énfasis de los intelectuales antiperonistas en enfrentarse al revisionismo –como si el peronismo fuese el gran propulsor de esta visión de la historia – tampoco se condice con un gobierno que rescataba la tradición liberal a la hora de construir la memoria histórica. Esto último se puede ver con nitidez en la gestión de la Comisión de Monumentos y Lugares Históricos (CMMLH) realizada por el gobierno peronista. Una lectura minuciosa de las Actas de la CMMLH desde 1948 (que es cuando se reorganizó) hasta 1955 nos permite concluir que el peronismo no innovó en materia de memoria histórica.[146] La Comisión recuperó los proyectos de la gestión anterior liderada por el historiador liberal y antiperonista Ricardo Levene, todos ellos vinculados a los héroes de la tradición liberal. El ánimo liberal también fue evidente a la hora de discutir aquello que la Comisión se negaba a incluir como parte de la memoria nacional.[147] En 1949 la Comisión rechazó el pedido del gobernador de La Rioja de auspiciar el traslado de los restos de Facundo Quiroga a la iglesia de Santo Domingo en esa provincia por considerar que "no era un prócer consagrado por la historia".[148] En 1952, en cambio, rindió su homenaje al general Justo José de Urquiza en

145. Rosalie Sitman analiza la autocensura para el caso de *Sur* y concluye que ésta se explicaba en los "condicionamientos nada inocentes por parte del gobierno", *Victoria Ocampo y Sur*, especialmente pp. 208-235.

146. La producción de patrimonios culturales es importante en este sentido porque no consiste en una mera selección de edificios, sitios y obras de arte que pasan a tener una protección especial del Estado, sino que constituye la narrativa estatal acerca de los contenidos simbólicos que integran la nación. Véase M.C.L. Fonseca, "Para além da pedra e cal: por uma concepção ampla do patrimônio cultural", en R. Abreu y M. Chagas (orgs.), *Memoria e patrimônio: ensaios contemporâneos*, Río de Janeiro, DP&A, 2003, pp. 56-76.

147. Como ya fue señalado, algunos estudios cuestionan el impacto del peronismo dentro de las filas revisionistas. Véase J. Stortini, "Historia y política".

148. Acta de la CMMLH, 6 de diciembre de 1949.

conmemoración del centenario de la batalla de Caseros. En una publicación oficial de la Comisión el subsecretario de Cultura Antonio Castro definió en un orden jerárquico la tríada de monumentos públicos donde se asentaba la historia patria: la Casa Histórica de Tucumán, el Cabildo de Buenos Aires y el Palacio San José (donde vivió y murió Urquiza), sitios donde, en palabras de Castro, nacieron "la libertad, la independencia y la organización de nuestra patria". Es probable que aquí resida el ímpetu de los intelectuales antiperonistas de construir un enemigo más coherente ideológicamente de lo que realmente era.

CAPÍTULO 5

La crisis del consenso antiperonista

En 1954, luego de casi una década de ejercicio en el poder, el régimen peronista mostraba evidentes signos de agotamiento. El 16 de septiembre de 1955, una asonada militar dio por concluida abruptamente la experiencia de Perón. Hasta cierto punto, Perón allanó el camino para el golpe. Un año antes había abierto un frente de conflicto con la Iglesia que resultó fatal para su propia supervivencia. En el transcurso de unos meses, la otrora aliada del gobierno (la Iglesia Católica) fue identificada como enemiga. Disputas por el poder material y simbólico, cuestionamientos a los valores que promovía la sociedad concebida por el peronismo, se mezclaron en este conflicto que fue adquiriendo ribetes progresivamente más violentos. El gobierno emprendió una ofensiva anticatólica que implicó el encarcelamiento de sacerdotes, la clausura de periódicos y la institución de leyes como la legalización del divorcio. La puja alcanzó su punto más álgido cuando varias iglesias fueron incendiadas en episodios sumamente confusos luego de que se intentara derrocar a Perón por la fuerza. Durante este período los antiperonistas se unieron en la defensa del cristianismo y la libertad de cultos, aunando sus fuerzas con cientos de militantes católicos cuyo objetivo era terminar con el régimen. Incluso conocidas voces anticlericales como el periódico socialista *La Vanguardia* participaron de esa campaña. El golpe se pudo concretar cuando algunos sectores del ejército se unieron a la ofensiva.[1]

1. Una crónica de los días finales del peronismo se puede leer en M.E. Spinelli, *Los vencedores vencidos El antiperonismo y la "revolución libertadora"*, Buenos Aires, Biblos, 2005, pp. 21-51.

En este capítulo se abordarán dos temas que se relacionan con ese contexto. Los dos primeros apartados discuten cómo se fue articulando el ocaso, la creciente violencia y finalmente la destitución de Perón con el devenir del campo intelectual local. Se busca mostrar cómo fue afectada la vida intelectual por estos acontecimientos de manera de observar la forma en que los intelectuales se fueron ajustando a la cambiante situación política. Los siguientes apartados transitan el camino que fue desde un clima donde dominaba el consenso (justo después de septiembre de 1955) hasta otro donde prevalecían el debate y las diferencias.

Compromisos de última hora, pasados épicos

Dadas sus características, la SADE fue escenario del cambio de tono que se dio en la sociabilidad y en las prácticas intelectuales a la par que el régimen agonizaba. Como sabemos por lo discutido en el capítulo 2, más allá de algunas voces discordantes como las de Barletta, Agosti o Erro, había consenso entre sus socios acerca de que en el contexto del régimen peronista el silencio y el retraimiento eran una actitud adecuada para garantizar la supervivencia de la sociedad de escritores. En junio de 1954, la SADE hizo pública una declaración de naturaleza diversa a la que acostumbraba en los años previos: ésta no estaba motivada por temas que tenían que ver con los intereses más particulares e inmediatos de la corporación de escritores sino que se parecía, en su forma y contenido, a los manifiestos lanzados en los tempranos años 40 cuando la institución había asumido la defensa de la democracia y la libertad. En esta ocasión los escritores firmaron un editorial donde se posicionaban frente a los sucesos que se habían dado en la república de Guatemala. Allí, el gobierno de inclinaciones de izquierda del coronel Jacobo Arbenz había sido depuesto por un grupo ayudado por Estados Unidos.[2] En su declaración la SADE afirmaba su "adhesión sin reservas a los principios de libre determinación de los pueblos". Si bien la toma de partido tenía que ver con un conflicto

2. El gobierno de Perón evitó deliberadamente posicionarse frente a este evento en la 10ª Conferencia de Cancilleres donde se votó una resolución anticomunista que permitía la aplicación de medidas militares contra el gobierno de Jacobo Arbenz. La política exterior del régimen era sumamente ambigua frente a la situación. La oposición leía esta política como un abandono de la declamada solidaridad con los pueblos americanos a cambio de las inversiones norteamericanas que se planificaban en el país.

internacional y nos remite a la preocupación que la intelectualidad local comienza a expresar frente a los avances del imperialismo estadounidense, es destacable el hecho de que nuevamente, como lo habían hecho en los tempranos años 40, los intelectuales asumieron la defensa de una causa que no los atañía directamente y no los afectaba en su día a día.

> La SADE declara que, para que esos principios adquieran en todos los países del continente una conciencia integral, *es necesario luchar sin descanso para mantener intangibles las conquistas de la libertad de expresión*, el respeto por la libre enunciación de las ideas y los fueros de la personalidad humana.[3]

El manifiesto daba cuenta de un cambio en el proceder institucional que se terminó de consumar en 1955, cuando la SADE dio un giro sustancial al reembarcarse en la defensa de sus escritores encarcelados, incluso cuando las reuniones de la institución seguían estando prohibidas. En junio de 1955, ante el pedido de pacificación del presidente Perón que siguió al intento de golpe de Estado, la sociedad de escritores envió un comunicado a la prensa en el que abogaba por el fin del estado de guerra interna declarado por el Ejecutivo. En el texto, la SADE afirmaba que la paz sólo se materializaría si el gobierno terminaba con la represión a la oposición y a la institución en particular.[4] La respuesta de la SADE ante la convocatoria oficial poco se diferenciaba de la que habían acercado otros actores de la sociedad civil, su significación residía en su aparición, ya que contrastaba con el silencio de la institución ante hechos similares a lo largo de la década anterior. Había un evidente paralelismo entre el manifiesto de la SADE de agosto de 1955 y uno fechado diez años antes, cuando la sociedad se había manifestado para reclamar el retorno a la normalidad constitucional.[5]

El escritor Vicente Barbieri reemplazó a González Lanuza como presidente de SADE. Mientras, Perón era desplazado por una revuelta militar. En esa ocasión la SADE, presentándose como la asociación que "agrupaba a los más representativos hombres de letras del

3. Acta N° 541, 30 de junio de 1954.

4. El manifiesto declaraba que sólo "suprimiendo las detenciones sin causa, sin juicio y sin explicación, y dejando sin efecto las prohibiciones de actos literarios" iba a ser viable la paz interna. SADE, acta N° 564, 8 de agosto de 1955.

5. SADE, acta N° 388, 31 de julio de 1945.

país", declaró públicamente su adhesión al golpe. En el comunicado se podía intuir la agenda de la institución ya que, al subrayar su historia de resistencia antiperonista y persecución, la sociedad de escritores buscaba reposicionarse en la Argentina posterior a Perón.

> Durante largo tiempo esta sociedad vio trabadas sus actividades. Sus conferencias, sus cursos de arte y de literatura y sus reuniones de difusión intelectual fueron prohibidas. Muchos de sus asociados, conocidos profesores y escritores, sufrieron persecución y encarcelamiento, y no pocas veces la entidad debió afrontar la difamación [...] La libertad del intelectual, en sus expresiones más puras, ha sido siempre el ideal de nuestra institución, y orientada hacia ese fin expresa hoy un profundo anhelo.[6]

Proyectándose como una víctima del régimen depuesto, adjudicándose una historia de militancia opositora, la SADE y sus escritores buscaban legitimar su lugar en la Argentina posterior a Perón, procuraban convertirse en actores clave en los que juzgaban tiempos de reconstrucción. Sabemos que esa imagen no respondía a lo actuado por la institución en los años del peronismo: si hubo escritores que hicieron una militancia más activa, como Erro, nunca fue en representación de la asociación. No obstante, dentro de la SADE ese pasado "inventado" operaba como una legitimación más allá de cualquier cuestionamiento. La historia era construida a través de ciertos datos: quien había sido exonerado de la universidad o se había visto perjudicado por el gobierno se convertía automáticamente en un antiperonista militante. Lo mismo era aplicable para la SADE: cualquier evento censurado era una prueba de oposición al gobierno. Cuando estos antecedentes no resultaban suficientes, el mismo silencio, la "no colaboración" de sus escritores, se presentaban como la evidencia del pasado antiperonista de la agrupación y de sus miembros porque, como afirmó uno de sus poetas asociados: "*Con sólo negarse a las genuflexiones de rigor, con sólo mantenerse en la SADE*, ese benemérito reducto de la inteligencia libre salvaron su dignidad y la de nuestras letras".[7] El pasado daba legitimidad a los escritores y los colocaba en una posición que les permitía reclamar determinadas políticas, al menos resarcimientos por los "sufrimientos" vividos. Roberto Giusti lo expresó con claridad al afirmar:

6. SADE, acta N° 569, 24 de septiembre de 1955.

7. E. Fernández Latour, en *Mayoría*, 8 de enero de 1959.

> Validos de esta fuerza moral que nos concede un pasado limpio, los afiliados de la SADE tenemos el derecho, no digo a ejercer represalias, pero sí a mantenernos vigilantes para exigir que no sean indultados moralmente los que pecaron contra la libertad de la inteligencia.[8]

A partir de septiembre de 1955 el antiperonismo se convirtió en un valioso capital simbólico; por esto mismo, el fin del peronismo determinó una suerte de batalla dentro del campo intelectual. Esta disputa se puede ver plasmada con nitidez poco después en las páginas de la revista *Mayoría,* donde se desarrolló una polémica sobre la participación de escritores de la institución en revistas peronistas. Para los antiperonistas, el sentido de la polémica era "demostrar que [había habido] vinculación cultural entre el peronismo oficialista y el antiperonismo oficial". Para los escritores de la SADE la intención era negar "cualquier tipo de colaboración".[9] La que primó fue la versión de la SADE. Al menos en el corto plazo, los escritores protagonistas de estos hechos lograron autoconcederse un pasado de resistencia antiperonista, la que les facilitó adquirir un rol preponderante en la "Argentina de la Libertadora". Tan sólo unos días después del golpe, una comisión de la institución fue a visitar al general Eduardo Lonardi para "agradecer la distinción nominativa a miembros de la institución" en puestos de gobierno.[10] Entre otros, Jorge Luis Borges fue nombrado director de la Biblioteca Nacional, José Luis Romero interventor de la Universidad de Buenos Aires, Vicente Barbieri director de la revista *El Hogar*, Ernesto Sábato director de la publicación *El Mundo*, Roberto Giusti director del Instituto de Literatura Iberoamericana de la Universidad de Buenos Aires y Vicente Fatone embajador en la India.[11]

8. R. Giusti, en "Roberto Giusti. Gran Premio de Honor 1957-1958", *Boletín de la SADE. 1957-1959,* Buenos Aires, SADE.

9. "Si los escritores auténticamente democráticos se negaron a tener ningún contacto con el peronismo, no cabe duda de que la SADE está poblada de intelectuales totalitarios", P. Finnegan, en *Mayoría,* 5 de febrero de 1959; Á. Pineda, "Los socios de la SADE –benemérita institución, reducto de la inteligencia libre– también escribían en las revistas oficiales del peronismo", en *Mayoría,* 26 de marzo de 1959; "Una carta aclaratoria del escritor Delio Panizza: hechos, circunstancias y conclusiones que de la misma se extraen", *Mayoría*, 16 de abril de 1959.

10. SADE, acta N° 570, 4 de octubre de 1955; acta N° 571, 18 de octubre de 1955.

11. La lista de intelectuales antiperonistas que fueron convocados por el Estado para liderar proyectos culturales sobrepasa a la de los socios de la SADE. Para citar dos casos de los cuales la bibliografía ha dado cuenta, se puede mencionar a Gino Germani,

¿Cómo interpretar la operación de autolegitimación? Su evaluación depende de nuestra perspectiva sobre la naturaleza silenciosa de la resistencia que discutimos en los capítulos 2 y 4. Si creemos, como lo dicho por la escritora Josefina Marpons en *Liberalis*, que el silencio "opera[ba] como un vacío condenatorio alrededor del tirano" y, como señalaba Ayala, que era preferible callar "a cambio de *preservar tan sólo* [las] *palabras*", no podemos dejar de aceptar la visión de los escritores.[12] Durante el gobierno de Perón la SADE resistió preservando su existencia pero, como ya dijimos, esto implicó abandonar uno de sus objetivos institucionales más importante: proteger a sus propios asociados. Sabemos que en algunas revistas, e incluso en algunas de las reuniones de la SADE, hubo críticas a esa posición. De hecho, no todos los escritores miembros de la asociación aceptaron ese "pasado" que la institución se autoadjudicó. Como fue mencionado en el capítulo 2, Barletta no tuvo reparos en censurar desde su diario la gestión de la asociación: juzgando que para 1955 "el prestigio moral de la institución se ha desmoronado al no participar en primera fila en la lucha por la democracia, por las libertades civiles, por la libertad de prensa, por los presos políticos".[13] Es decir que si bien el escenario creado por la Revolución Libertadora significó un contexto propicio para varios miembros de la sociedad, el peronismo tuvo costos para la SADE. El consenso dentro de las filas de la institución llegó comprometido a septiembre de 1955. Los reproches aquí citados y los mencionados en el capítulo 4 pueden ser interpretados como los primeros indicios de un conflicto mayor que en breve agitaría a la intelectualidad local hasta entonces unida en el rechazo a Perón.

quien fue nombrado jefe del nuevo Departamento de Sociología en la Universidad de Buenos Aires y que tuvo un rol crucial en la renovación de las ciencias sociales, y el de Jorge Romero Brest, quien fue designado interventor del Museo de Bellas Artes. Para el caso de Germani, véase A. Blanco, *Razón y modernidad*, y para el de Romero Brest, A. Giunta, *Vanguardia, internacionalismo*.

12. J. Marpons, "Libertad de pensamiento", *Liberalis*, N° 5, enero-febrero de 1950, p. 27; F. Ayala, "El escritor", p. 35.

13. L. Barletta, "Problemas del escritor", *Propósitos*, 11 de agosto de 1955. Véase también J.A. López (seudónimo de Leónidas Barletta), "El día del escritor", *Propósitos*, 16 de junio de 1955.

Tiempos de hablar en *Sur*

Si uno observa el comportamiento de los intelectuales en el momento posterior a la denominada Revolución Libertadora, lo que sobresale es la necesidad de hablar, de decir aquello que la cautela había aconsejado silenciar en la década anterior. La urgencia de alzar la voz era instrumental a la idea de adjudicarse un rol predominante y constituía un capítulo más en la operación de autolegitimación mencionada antes.[14] Claramente fue el grupo Sur el que asumió la tarea con más premura dedicando un número completo de la revista al tema del peronismo. Desde su título "Por la reconstrucción nacional", el número 237 de *Sur*, consagrado en su totalidad al peronismo, implicaba una toma de partido y un posicionamiento ideológico. El peronismo era una etapa a ser superada pero cuyo legado implicaba un evidente desafío: "reconstruir". Con este ánimo, el ejemplar, aparecido tan sólo dos meses después de que se diese por concluido el peronismo, incluyó veintisiete notas, entre ellas algunos poemas, que se proponían en su conjunto describir y explicar la experiencia vivida. Se abre con un artículo de Victoria Ocampo, en el que la autocrítica y la justificación del silencio previo sirven a la autora para lanzar un llamado a los intelectuales: *intervenir, debatir, decir aquello que habían callado*.

> Últimamente Martínez Estrada me decía que habíamos sido casi todos cobardes (se refería, creo, a nosotros, los escritores), pues hubiéramos debido hacernos matar gritando la verdad. Es cierto; desde el punto de vista de héroes o de santos de la grandeza de un Gandhi, pocos de entre nosotros han llegado al límite de extremo coraje que se necesita, en tiempos de dictadura [...] para ponerse sin restricciones al servicio de la verdad. Benditos sean los que más se han acercado a esa meta salvadora. En lo que a mí me concierne, cuántas veces he sentido con vergüenza que pecaba, no por acción sino por omisión, pues ya no se trataba de hablar, sino de gritar. Cada vez que cantaba el gallo yo tenía la sensación de haber renegado de algo por pura omisión [...] Pero *lo que propongo hoy*

14. José Zanca describe un impulso similar en la intelectualidad católica. Según el autor, "la dimensión del traumático cataclismo de 1955 puede ser medida en relación con la cantidad de relatos que inmediatamente trataban de explicarlo". En el caso del catolicismo, el impulso de hablar se entremezclaba con la necesidad de explicar las contradictorias relaciones entre la Iglesia y el peronismo. Véase J. Zanca, *Los intelectuales*, p. 51.

a los intelectuales argentinos es hacer un frente común contra las mentiras, cualquiera sea su procedencia.[15]

La respuesta a ese llamado se puede observar en la convocatoria lograda por *Sur* en ese número. Por las páginas del número 237 desfilaron tanto colaboradores habituales de la revista como Guillermo de Torre, junto con otros menos conocidos por sus lectores, como el intelectual católico, autor de textos de derecho y filosofía, Manuel Río, quien escribió esa única nota para *Sur* en toda su trayectoria. Claramente, no todas las intervenciones asumieron el mismo tono, ni se asomaron a la experiencia peronista con los mismos parámetros. Entre los comentarios más simplificadores podemos mencionar el de Borges, quien redujo el peronismo a dos historias –una del orden de lo criminal y otra de lo teatral– junto con el poema de Silvina Ocampo, quien describió la vida bajo el régimen como una sucesión de actos ridículos. Estas observaciones coexistían con un esfuerzo de reflexión, aunque no desinteresado, sobre la década transcurrida. La importancia de esta empresa residía en que era el gesto de un grupo que había repetido en diversas ocasiones que la política no entraba dentro de sus preocupaciones. No era más que el tamaño del desafío el que los empujaba a hablar. De Torre aclaró expresamente el porqué de esta intervención en los siguientes términos:

> He ahí, sin más explicaciones, el motivo de por qué alguien como yo, cuyos temas y preferencias más antiguas y habituales se dirigen a otros horizontes, incurre ahora en consideraciones como las de estas páginas. En un momento u otro *todos estamos obligados a reflexionar sobre ciertos problemas ideológicos, ciertas cuestiones públicas*, que debieran ser estrictamente privativas de los correspondientes especialistas. Mas sucede que estemos donde estemos, vengamos de donde vengamos, la *desazonante realidad política nos alcanza y nos sacude, penetrando insidiosamente en nuestras vidas y conciencias.*[16]

La justificación se parecía a aquella que la SADE había esgrimido en los tempranos años 40 para abandonar su apoliticismo y nos remite a la autorrepresentación del intelectual como un actor social

15. V. Ocampo, "La hora de la verdad", *Sur*, N° 237, 1955, p. 7, mi subrayado.

16. G. de Torre, "La planificación de las masas", *Sur*, N° 237, 1955, pp. 61-72, mi subrayado.

investido de una tarea pública. Si la dictadura se asentaba, como sostenía Carlos Peralta, sobre "la irresponsabilidad de nuestras clases mejor educadas con respecto a las peor educadas", el "sector culto" debía entonces "proyectar su cultura sobre la zona inculta, vincularse con sus temores y sus necesidades, ser para ella *la proa de la nave* y no una isla".[17]

Este número 237 de *Sur*, considerado por la crítica una especie de radiografía del pensamiento antiperonista en 1955, trajo pocas novedades. Si bien cada uno de los autores abordó el fenómeno desde ángulos particulares y puso el acento sobre cuestiones que le eran más cercanas, ninguno de ellos difirió en dos puntos esenciales: el peronismo había sido una dictadura y, por ende, debía ser una etapa superada. Esto último indicaba que las representaciones del peronismo poco habían cambiado desde el momento en que éste había irrumpido en la escena política, incluso aún seguía vigente la asociación con el fascismo. De Torre mismo se encargó de enunciar las diferencias entre una y otra experiencia.

> La diferencia, por ejemplo, entre una Alemania nazi y una Argentina peronista no estuvo a este respecto en los métodos, sino en la psicología de los sujetos respectivos, en los modos hispánicos criollos, en las abundantes reservas de dignidad y de burla empleadas como parapetos de resistencia. He ahí el escollo más sólido que salvó a un país de hundirse definitivamente en la masificación, en el infierno concentracionarios.[18]

Si bien algunos autores se dejaron contagiar por cierto triunfalismo, la mayoría de los que colaboraron en esta entrega de la revista dejaron claro que la Revolución Libertadora no implicaba el final del peronismo. El poeta Jorge Paita observó en su nota, "Aproximación a ciertos problemas", que era difícil compartir el júbilo de las celebraciones cuando ni un solo obrero había participado de ellas:

> Fui a la plaza a recibir a esos hombres que venían de Córdoba [...] Debo confesar que junto al júbilo de la libertad recuperada, habitaba mi ánimo no sé qué indefinible preocupación [...] No sabría decir cuándo exactamente renació la inquietud, pero creo que fue allí mismo, entre la muchedumbre cuya sola presencia reconquistaba para la historia patria la plaza

17. C. Peralta, "La rosa negra", *Sur*, N° 237, 1955, p. 113, mi subrayado.

18. G. de Torre, "La planificación de las masas", p. 67.

de Mayo. Mientras, asombrado, escuchaba las palabras presidenciales [...] advertí que no había entre los circunstantes gente del pueblo; no había obreros, o muy pocos [...] *Vencida la tiranía, nuestro lugar está junto a los que con ella se consideran vencidos.* No debemos ni podemos prescindir de ellos.[19]

Jorge Paita advirtió sobre una preocupación que no le era privativa: ¿qué hacer con los peronistas? "Hemos hecho sido salvos, ¿y ahora qué?", se preguntaba Alberto Girri.[20] Victoria Ocampo, tan proclive a comentarios que leídos hoy nos sorprenden por su incorrección política, admitía que era necesario distinguir entre "los que creen en las mentiras por candor con los que las adoptan como medio para satisfacer apetitos o hacer fortuna rápidamente".[21] Tampoco estuvo ausente de ese número la autocrítica por la responsabilidad en la década pasada. Carlos Peralta sostenía en ese sentido que el peronismo era una responsabilidad compartida y que todos habían "contribuido *de alguna manera a darle forma, color y relieve a esa flor lamentable*".[22]

Tiempos de hablar en *Imago Mundi, Liberalis* y *Contorno*

A pesar de que el ánimo de hablar era compartido en esa primavera de 1955, la iniciativa de *Sur* (de dedicar un número entero al peronismo) fue original. Las revistas estudiadas en el capítulo anterior que publicaron luego de septiembre de 1955 no emprendieron un esfuerzo equiparable de hacer un balance de la experiencia peronista en el momento inmediato posterior a la caída del régimen. Ninguna de ellas dedicó el número aparecido después de septiembre de 1955 al fenómeno. No obstante, es posible intuir, por las menciones que sí aparecen en sus páginas, que sus interpretaciones poco se distanciaban de las que habían proferido en los años anteriores. *Imago Mundi* publicó sólo un volumen luego de producida la Revolución Libertadora: el número del 11-12 de marzo y junio de 1956. Éste analiza la crisis de la civilización occidental, por lo que casi no hay referencias explícitas a la situación local. En términos estrictos,

19. J.A. Paita, "Aproximación a ciertos problemas", *Sur*, N° 237, 1955, p. 90, mi subrayado.

20. A. Girri, "Acto de fe", *Sur*, N° 237, 1955, p. 49.

21. V. Ocampo, "La hora de la verdad", p. 7.

22. C. Peralta, "La rosa", p. 113.

hay una nota sola en ese número –la del historiador uruguayo Gustavo Beyhaut– dedicada al tema de la crisis en América Latina. En ésta, el autor vincula las reacciones chauvinistas y la respuesta que tienen las consignas demagógicas en la región a las desigualdades sociales, culturales y étnicas en estos países pero no desarrolla los casos específicos.[23] *Contorno* no entró en el debate sobre el posperonismo hasta casi un año después de ocurrida la Revolución Libertadora, en el número publicado en julio de 1956 y, como era de esperarse de sus posicionamientos previos, asumió una voz crítica contra el antiperonismo.[24]

De esas tres revistas, *Liberalis* fue la que más páginas consagró en el volumen posterior a la Libertadora a referirse específicamente al fenómeno peronista. El número abrió con un editorial donde la revista asumió el compromiso de luchar de forma más abierta por la vigencia de las libertades que cuando "la tiranía mantenía sobre todas las expresiones libres su amenaza, ya sea oculta o desembozada". En un gesto algo distinto del de *Sur*, ese mismo editorial observó que todavía no era el tiempo para el balance retrospectivo porque ese examen podría todavía estar "teñido por la emoción o la pasión", aunque sí era preciso "volver los ojos a los doce años de régimen antiliberal".[25] Adscribiendo a la descripción general del peronismo como una dictadura, las páginas de *Liberalis* recurrieron, aunque en un tono más directo, al mismo lenguaje afín al liberalismo y al mismo repertorio de temas usado en los años anteriores.[26] Es notorio en este sentido la apelación a Echeverría, incluso hay un artículo que discurre sobre "la actualidad de Echeverría" en el posperonismo. El tema de la educación pública y sobre todo el de las tendencias antiliberales en ese ámbito sobresale como una preocupación importante. Hay, por ejemplo, una entrevista al dirigente socialista Américo Ghioldi donde éste evalúa los efectos de la "dictadura" en el campo educativo. Ghioldi aconseja una revisión completa de los textos es-

23. G. Beyhaut, "Notas sobre la crisis en Occidente y América Latina", *Imago Mundi*, N° 11-12, pp. 127-133.

24. Este número, sumamente crítico de las interpretaciones próvistas por los intelectuales de *Sur*, no puede ser analizado en el mismo marco que las páginas que aparecieron en los meses inmediatos a septiembre de 1955, porque incorpora al debate elementos que tienen que ver estrictamente con el desarrollo del gobierno provisional.

25. "Frente al campo despejado", *Liberalis*, N° 33-34, 1955, p. 3.

26. En este número de *Liberalis* se hace, al igual que *Sur*, mención al tema de las similitudes del peronismo con los regímenes fascistas europeos. Véase, por ejemplo, C. Pastore, "Páginas de América. El peronismo en Paraguay", *Liberalis*, N° 33-34, p. 46.

colares y del personal para, por un lado, "desterrar la enseñanza sistemática de la idolización del jefe único y la desnaturalización del sentido liberal de la historia argentina" y, por el otro, para "eliminar de la enseñanza a los principales responsables de la pedagogía del odio y la didáctica del sometimiento".[27] Son pocas las menciones al futuro y pocas también las referencias a los "peronistas" en esas páginas, aunque podemos encontrar algunos argumentos aislados los que se sugiere la necesidad de pacificar y superar los odios aunque no sin distinguir de qué lado estaba la "verdad". Es éste el caso del socialista Luis Pandra quien, en su artículo sobre Echeverría, recurriendo al ejemplo de los unitarios, señala que habían sido tan sinceros "la mayoría de los que abrazaron la causa la causa del régimen depuesto" como los "que optaron por la resistencia democrática". La responsabilidad del engaño al pueblo recaía, según Pandra, en los dirigentes políticos que no habían resuelto "el problema de la educación popular",[28] argumento que también había aparecido en *Sur*. Estas coincidencias, la ausencia de debates y/o la apelación al lenguaje clásico del antiperonismo sugieren que todavía a fines de 1955 el peronismo seguía siendo interpretado por una porción importante de los intelectuales antiperonistas con los mismos marcos con que se lo había hecho en los años anteriores. Esta situación comenzó a cambiar en unos pocos meses.

De la expectativa a la desilusión

Inmediatamente de ocurrido el derrocamiento de Perón, el líder de la ofensiva militar contra Perón (el general Eduardo Lonardi) fue escogido como presidente. Lonardi, un hombre desprovisto de experiencia política, reunió una coalición de gobierno de diversa extracción ideológica, que contaba entre sus colaboradores más cercanos a conocidos nacionalistas como su cuñado, Clemente Vidal Achával, y los ministros de Educación y Relaciones Exteriores, Atilio Dell'Oro Maini y Mario Amadeo respectivamente.[29] El vicepresidente era un liberal, Isaac Rojas. Muy pronto la coexistencia entre estos dos sectores se volvió insostenible revelando la ausencia de acuerdos políticos básicos en la coalición gobernante sobre el período abierto por

27. "Escuela Argentina. Reportaje a Américo Ghioldi", *Liberalis*, N° 33-34, 1955.

28. L. Pandra, "Actualidad de Esteban Echeverría", *Liberalis*, N° 33-34, p. 45.

29. Sobre la experiencia de Lonardi, véase M.E. Spinelli, *Los vencedores*.

el derrocamiento de Perón. Aun cuando los nacionalistas habían conspirado contra Perón en los años más recientes, para una porción importante del público y en especial de la comunidad política, éstos eran percibidos como nazis y antiperonistas de última hora. Lonardi propiciaba además una política conciliatoria con los peronistas que incluía la posibilidad de crear una especie de "peronismo sin Perón", lo cual era rechazado por el resto de la coalición gobernante cuyo proyecto era borrar todo vestigio del peronismo, proceso que denominaban *desperonización*.[30] Lonardi estuvo muy poco tiempo en el gobierno para poder avanzar en su proyecto. Su breve estadía –sólo permaneció en el cargo hasta el 13 de noviembre de 1955– se debió a su incapacidad de lograr apoyos para la política de pacificación en un contexto donde era hegemónica la visión de que se debía castigar y excluir al peronismo.

Las luchas entre liberales y nacionalistas en los días posteriores a la revolución agregaron una importante dosis de inestabilidad a la coyuntura. En un primer momento el consenso del campo intelectual no fue afectado por las disputas de la coalición gobernante. Si bien es posible intuir que los intelectuales antiperonistas (en su mayoría opositores al nacionalismo) deben haber estado preocupados por el nombramiento de Dell'Oro Maini como ministro de Educación, éstos no atacaron públicamente al gobierno por esas designaciones. El hecho de que varios intelectuales antiperonistas fuesen reconocidos con puestos oficiales ayudó a disipar la oposición en ese ámbito. Los intelectuales podían compensar la nominación de Dell'Oro Maini con la de José Luis Romero como interventor de la Universidad de Buenos Aires. Julio Cortázar, ya alejado del país, hizo mención a esta situación en una carta a un amigo:

> He recibido muchas cartas de amigos argentinos, en general me dan buenas noticias, y *varios de ellos acaban de ocupar puestos importantes*, lo que prueba por parte del gobierno la buena voluntad de llevar gente honesta a las funciones públicas. Naturalmente hay también informaciones menos optimistas, pero la perfección no es de este mundo, y sería absurdo pretender que una revolución militar levante una Argentina

30. Para un testimonio de las visiones del nacionalismo sobre el peronismo véase M. Amadeo, *Ayer*. Sobre las posiciones del sector liberal, véase R. Potash, *El ejército y la política en la Argentina*, vol. 2, Buenos Aires, Sudamericana, 1971. Los periódicos de sectores del ejército *El Gorila* y *El 16* muestran con nitidez cuán irreconciliables eran las divisiones entre los distintos sectores dentro de las fuerzas armadas (se pueden consultar en el Cedinci).

inmaculada en un abrir y cerrar de ojos. Yo espero con mucha confianza.[31]

Durante los primeros dos meses de la gestión de la Revolución Libertadora las actas de la SADE –que, como hemos visto hasta ahora, pueden ser leídas como un termómetro del nivel de conflicto en el campo intelectual– no registraron ningún tipo de discusión relacionada con este tema. Por el contrario, la institución envió una comisión que visitó a Lonardi para expresar el apoyo de los escritores. En esos meses se organizó un festival y una antología para celebrar la libertad.[32] Como otras veces, Barletta fue la voz disonante. Desde las páginas del periódico que dirigía, comenzó a criticar al gobierno y a expresar su preocupación por la presencia de los nacionalistas. A principios de noviembre de 1955 publicó un artículo con expresiones tajantes: "La mayor parte de los funcionarios nombrados y los que han quedado en puestos claves, no son democráticos. No demuestran serlo. No proclaman su credo democrático. Desde sus posiciones ya están entrampando a la democracia".[33] No obstante, el hecho de que su posición era marginal puede leerse en su misma publicación. Unas pocas páginas separaban las declaraciones de Barletta de una entrevista hecha a Jorge Luis Borges, quien no sólo hizo mención al conflicto sino que se refirió a la Libertadora con palabras que denotaban una evidente adhesión. Dijo Borges:

> La revolución no es un hecho exclusivamente político-militar. Es un proceso que se ha realizado en cada uno de nosotros: un proceso emocional [...] Ahora [se] viven instantes que cobrarán con el tiempo el carácter de mito.[34]

Pese a este consenso inicial, sería equivocado argumentar que los intelectuales no estaban preocupados por el futuro. No era sólo la composición del gobierno la que llamaba a la cautela. La existencia misma del régimen peronista era una realidad demasiado problemática como para no interrogarse sobre su significado. La discusión no podía cerrarse con esas veintisiete tempranas notas de *Sur*. Era

31. Julio Cortázar, carta a Jean Barnabé, 31 de octubre de 1955, en *Cartas*, p. 327.

32. SADE, acta N° 570, 4 de octubre de 1955, acta N° 571, 18 de octubre de 1955.

33. L. Barletta, "¿Qué pasa con el gobierno?", *Propósitos*, 3 de noviembre de 1955.

34. J.L. Borges, "Flamante director de la Biblioteca Nacional", entrevista, *Propósitos*, 3 de noviembre de 1955.

necesario preguntarse sobre aquello que había hecho posible el régimen, sobre sus legados para el futuro y, en particular, sobre las masas peronistas. Era perentorio hablar, hacerse eco de aquello que los intelectuales habían expuesto como la responsabilidad de la hora en el número 237. En consonancia con tal urgencia, aparecieron casi contemporáneamente varios libros y trabajos acerca del "fenómeno peronista". Entre los más importantes, teniendo en consideración las repercusiones que luego tuvieron para el campo, podemos mencionar los trabajos de Ernesto Sábato *El otro rostro del peronismo* y el de Ezequiel Martínez Estrada, *¿Qué es esto? Una catilinaria*.

Sólo cinco meses después de la publicación del número de *Sur* sobre el peronismo fue publicado el ensayo de Martínez Estrada *¿Qué es esto? Una catilinaria*. El libro apareció luego de un largo silencio del autor, quien en los años en que Perón gobernó sufrió de una afección en la piel, que atribuyó a su rechazo al peronismo. El libro resulta hoy un tanto inhóspito a la lectura, pues constituye una larga y a veces caótica disertación, repleta de largas citas, donde se mezclan irreverentemente autores y teorías. Sin apartarse demasiado de lo dicho por sus colegas de *Sur*, para Martínez Estrada el peronismo era esencialmente antidemocrático, de ahí la necesidad de reconstruir. Martínez Estrada no tenía dudas en asociar el peronismo a las experiencias fascistas, proclamando que éste era "bonapartista y fascista juntamente", "un vástago criollo de la familia nazifascistafalangista".[35] La emergencia del peronismo se explicaba, según el autor, por la marginación de las clases populares que había expuesto a los intelectuales una Argentina que desconocían:

> Perón nos reveló, no al pueblo sino a una gran zona del pueblo que efectivamente nos parecía extraño y extranjero. El 17 de octubre Perón volcó en las calles céntricas de Buenos Aires un sedimento social que nadie había reconocido. Parecía una invasión de gentes de otro país, hablando otro idioma, vistiendo trajes exóticos, y sin embargo eran parte del pueblo argentino, del pueblo del himno.[36]

De acuerdo con este diagnóstico, el peronismo era la prueba del fracaso del sistema político de incluir a las masas en un proyecto colectivo.

35. E. Martínez Estrada, *¿Qué es esto? Catilinarias*, Buenos Aires, Lautaro, 1956, pp. 123-123.

36. Ídem, p. 31.

Los verdaderos heraldos, precursores y managers de Perón, fueron el cansancio y la decepción del pueblo después de muchísimos años de ser tratado como recua, engañado y embrutecido por todos los métodos que ya conocían los unitarios, los federales, los nacionalistas, los autonomistas, los conservadores y los radicales que ejercieron a su turno el poder.[37]

Aun cuando el autor aceptaba que el apoyo de las masas al peronismo estaba justificado, concluía que aquello que el régimen depuesto había construido no era una democracia social:

Si lo que Perón realizó en el gobierno hubiera respondido a un plan de progreso y libertad, de dignificación del trabajador y de reparto equitativo de la riqueza, habría hecho un gobierno incomparablemente superior al de todos sus antecesores juntos, después de Rivadavia. Todos nos habríamos afiliado a su gran partido de justicia. Pero no fue así [...] Usó los programas revolucionarios y en parte el léxico para poner en vigencia, solapadamente, un programa retrógrado, netamente nazifascista, aunque no de agresión y conquista sino de sumisión y entrega. Éste era el móvil, encubierto hasta cierto punto nada más, de su política de gobierno: restaurar aquí lenta y gradualmente un régimen nazi como reconquista de la gran guerra perdida.[38]

Este diagnóstico sobre aquello que había erigido el peronismo convivía con un retrato de las masas contradictorio y ambiguo. Para el autor de *¿Qué es esto?,* si bien éstas no eran "culpables", no podían ser eximidas de toda responsabilidad.

Mi pueblo había cometido muchos y muy graves pecados y Perón le ofreció la impunidad y no la absolución. Hay que ofrecerle la regeneración y la purificación. Castigo y compasión, sobre todo amor y solidaridad humana. No hago su defensa en estas páginas, porque antes es preciso determinar netamente *cuál es el grado de su culpabilidad en este crimen de lesa patria al que ha prestado sus manos de cómplice ejecutor; tampoco es noble ni justo absolverlo con frases tan incoloras e inodoras como "ni vencedores, ni vencidos"*.[39]

37. E. Martínez Estrada, *¿Qué es esto?*, p. 37.

38. Ídem, p. 74.

39. Ídem, p. 18, mi subrayado.

Lo dicho servía a Martínez Estrada para señalar el peligro que constituían las masas ahora desprovistas de su líder. "¡El pueblo es una fiera terrible, no lo hostiguéis!"[40] Esto significaba que las masas no podían quedar libradas a su propia suerte: "Si se desatiende al pueblo que Perón denominó trabajador y se lo hostiga, éste será el bautista de cualquiera de sus primogénitos porque pueden aparecer muchos que reclutarán sus huestes, si él no lo hace personalmente".[41] No había dudas de que, para Martínez Estrada, la única vía posible para alcanzar la paz social era la integración de los peronistas. Si bien el texto adolecía de sugerencias específicas acerca de cómo realizar este proceso, el ensayo dejaba claro que no había integración posible sin desperonización,[42] proceso éste que debía llevarse adelante evitando a cualquier costo la violencia. Por lo tanto, si bien Martínez Estrada se posicionaba expresamente en contra de la política conciliatoria de Lonardi, también se separaba de las opiniones de quienes estaban dispuestos a aceptar cualquier método para terminar con el peronismo.

El tratamiento que aconsejan a los que pueden hacer mucho mal y poco bien, es liquidar a tiros de ametralladora a peronistas renitentes. A los obreros, o lo que sean de la clase desheredada, que ahora resisten la reparación que barruntan y en la que no creen, con razón, no hay que matarlos a tiros: *hay que inculcarles la noción de sus deberes y sus derechos con arreglo a una justicia social que no sea de bandidos, aumentándoles la fuerza en lugar de mutilarlos, pues demasiado acobardados están.*[43]

40. Ídem, p. 282.

41. Ídem, p. 279.

42. Ilustrativo de esta falta de especificidad pero énfasis al mismo tiempo en la desperonización es un discurso que pronunció en esos días y que fue reproducido en su libro *El cuadrante del Pampero,* incluido también en que *¿Qué es esto?*: "Yo no puedo indicar aquí el método, porque, como decía Chesterton, para contestar a esta pregunta necesitaría escribir un libro, pero algo puedo insinuar. Nada debe hacerse destruyendo, sino construyendo. El lema para esta tarea material de la regeneración podría ser paralelamente el que indiqué para la educación: «construir destruyendo y destruir construyendo» [...] Hay *enfermos a los que nos se les puede decir que se los va a curar, porque se indignan y se agravan muy complacidos.* Porque nuestro pueblo ha sido, en repetidas ocasiones, capturado y reducido a impotencia mientras dormía, y nosotros tenemos que aprovechar la enseñanza de lo maleable que es cuando se lo trata durante el sueño, y utilizar la hipnosis para curarlo", E. Martínez Estrada, *El cuadrante del Pampero*, Buenos Aires, Deucalión, 1959, p. 121, mi subrayado.

43. Ídem, p. 216.

Es necesario subrayar que el énfasis de Martínez Estrada sobre el tema de la violencia y la necesidad de incluir a las masas peronistas no significaba que su interpretación sobre el fenómeno difiriera mayormente de aquella que era dominante en el campo. El ensayista no se separaba de los supuestos que subyacían en gran parte de los artículos del temprano número de *Sur*. Pese a esto, unos días después de publicado *¿Qué es esto?*, Borges acusó a Martínez Estrada de apoyar a Perón en su libro, "de dar conferencias y hecho publicaciones que significan un elogio indirecto a Perón".[44] Martínez Estrada reaccionó a tales cargos desde el periódico de Barletta llamando a Borges un "turiferario a sueldo".[45] Sabemos que en el número 237 de *Sur* Borges fue uno de los escritores que expresó de forma más reaccionaria su rechazo al peronismo, pero esto no explica por qué respondió de esa forma a los argumentos de Martínez Estrada. En las páginas de *Sur* varios de sus colegas había expresado comentarios que eran asimilables a lo expuesto en *¿Qué es esto?*[46] Cuando comenzó el debate entre estos dos escritores el curso de la Revolución Libertadora había abierto un nuevo frente de disputa. Nueve meses después de ocurrido el golpe, las políticas del gobierno y los vaivenes de una coyuntura política cada vez más compleja se convirtieron en un tema capaz de dividir al campo y crear al mismo tiempo tensiones y solidaridades nuevas. Como ya fue expuesto, luego de ocurrido el derrocamiento de Perón, los intelectuales democráticos recibieron a los oficiales que lideraron la asonada militar como héroes. El mismo Martínez Estrada fue parte de la comitiva que envió la SADE para visitar al presidente provisional para ofrecerle el apoyo de los escritores. Para cuando Martínez Estrada escribió su texto, la situación política había cambiado y el general Eugenio Aramburu había asumido la presidencia.

Aramburu le otorgó a su gestión un claro perfil antiperonista desde el principio.[47] Éste expusó el proyecto tendiente a desmontar el andamiaje del "sistema totalitario" en un documento titulado "Directivas básicas" el cual no dejaba ningún espacio para la negociación con el vencido.[48] Perón y sus seguidores fueron declarados oficialmente traidores a la patria y se impuso por decreto la prohibición de difundir cualquier tipo de propaganda peronista. Esta normativa vedaba el uso de expresiones como *peronismo, peronista, justicialista, tercera posición* y el acrónimo PP. En el marco de estas políticas cientos de militantes sindicales fueron encarcelados.[49] La campaña de Aramburu incitó la resistencia de los militantes peronistas y, a principios de junio de 1956, se produjo un intento de golpe de Estado. La rebelión fue organizada por un grupo de militares nacionalistas y apoyada por un grupo de activistas peronistas que, no obstante, actuaban sin el consentimiento de Perón. Rápidamente el gobierno logró poner a los rebeldes bajo control y ordenó el castigo de los responsables. Los líderes de la rebelión fueron ejecutados junto con una serie de personas cuya participación en el evento no era del todo clara.[50] El episodio no hizo más que incrementar la virulencia de la resistencia peronista, alimentando el sentimiento de persecución entre los seguidores de Perón.[51]

Las medidas progresivamente más represivas tomadas por el gobierno dividieron a la sociedad civil e introdujeron un punto de inflexión en la imagen pública de la Revolución Libertadora.[52] En el

44. J.L. Borges, "Jorge Luis Borges habla de la Argentina", *La Acción*, 4 de junio de 1956.

45. E. Martínez Estrada, en *Propósitos*, 10 de junio de 1956, citado por J.L. Borges, "Una efusión de Ezequiel Martínez Estrada", *Sur*, N° 242, 1956.

46. Un artículo posterior a los dichos de Martínez Estrada donde se repiten varios de sus argumentos es el de Francisco Ayala, "El nacionalismo sano y el otro", *Sur*, N° 242, 1956.

47. No bien asumió Aramburu, disolvió el partido peronista y ordenó la intervención de la CGT, medidas que Lonardi se había negado a ejecutar.

48. "Directivas básicas", *Anales de Legislación Argentina*. Véase R. Potash, *El ejército*, pp. 292-364.

49. Al asumir un unilateral rol desperonizador, el gobierno se autoexcluyó de ser "árbitro del conflicto peronismo-antiperonismo para asumirse como parte del mismo en condición de representante de los vencedores": los antiperonistas. Véase M.E. Spinelli, *Los vencedores*, p. 75.

50. Estos eventos fueron inmortalizados en el libro de Rodolfo Walsh *Operación Masacre*, publicado en 1957. Walsh publicó en diciembre de 1956 una entrevista a uno de los sobrevivientes de esos acontecimientos en el periódico *Propósitos* dirigido por Barletta.

51. Sobre la resistencia, véase D. James, *Resistencia e integración. El peronismo y la clase obrera argentina 1946-1976*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999.

52. El gobierno intentó consolidar el apoyo de los partidos políticos y dar al régimen cierta apariencia democrática con la promesa de que compartiría el poder con las fuerzas civiles. La Junta Consultiva –un cuerpo colegiado formado por representantes de distintos partidos políticos antiperonistas, creado en los últimos días de la gestión de Lonardi– fue presentada como la voz civil del régimen. En poco tiempo fue evidente que la Junta no tenía influencia concreta en las decisiones del gobierno, en especial en lo que concernía a las políticas de "desperonización". Una crítica contemporánea a la Junta puede leerse en L. Barletta, "¿Qué se consulta a los consultores?", *Propósitos*, agosto de 1956. Sobre la Junta, véase M.E. Spinelli, *Los vencedores*, p. 95.

caso de los intelectuales, este tema se convirtió en una disputa que tomó por asalto el campo. El debate ya no residía exclusivamente en entender el peronismo, en separar lo legítimo de las demandas de los trabajadores de los excesos del régimen depuesto o de su denostado líder, sino en posicionarse frente al vuelco que había dado la Libertadora. En otras palabras, el interrogante que los intelectuales no podían evadir era uno que se asomaba desde los albores del denominado *proceso libertador* y sobre el cual hasta entonces habían evitado hablar concretamente: el de los límites, el del significado específico de la política de desperonización. Esto mismo estaba en el centro de la polémica entre Borges y Martínez Estrada. En las alocuciones de Borges citadas previamente, el escritor articuló una defensa incondicional del gobierno militar:

> El actual gobierno argentino no es perfecto. Ningún gobierno lo es. Pero, sin dudas, es el mejor gobierno posible en estos momentos. Y, sobre todo es un gobierno mejor que el que nos merecemos. Todos los argentinos tenemos el deber de apoyarlo. Aramburu y Rojas podrán estar a veces equivocados pero nunca serán culpables. Por eso considero mala la actitud de Martínez Estrada.[53]

Por el contrario, Martínez Estrada no dudaba en hacer expresa en su ensayo la desconfianza que le generaba el nuevo gobierno:

> Los sucesores de Perón han demostrado, y siguen demostrándolo hasta el cansancio del pueblo, una ineptitud asombrosa para dirigir y hasta para comprender el país. Esto después de Perón no puede hacerse con la impunidad de antes [...] ¿No hay en el país otro material intelectual y moral para reemplazar a unos con otros programas de gobierno y de acción?[54]

Es importante destacar aquí que estos últimos son los comentarios de un hombre que visitó al primer presidente provisional para expresar su apoyo al nuevo gobierno. Fueron los excesos de la nueva administración y no las interpretaciones opuestas de la experiencia peronista las que terminaron por enemistar a estas dos figuras emblemáticas del campo intelectual local. El curso del gobierno medió

53. J.L. Borges, en *La Acción*, Montevideo, 4 de junio de 1956.

54. E. Martínez Estrada, *¿Qué es esto?*, p. 276.

para que brotaran las diferencias que se escondían detrás del objetivo compartido pero equívoco de desperonizar. La negativa de Borges de tomar distancia de una serie de medidas que para Martínez Estrada desvirtuaban el mismo sentido de la Revolución Libertadora significaba "la mayor ruindad, la peor calaña [...] predicar el catecismo del envilecimiento".[55] Acusaciones a las que Borges contestó en *Sur* reafirmando su fe en la administración de la Libertadora.

> La injuria no me alcanza porque yo sé que la felicidad que sentí, una mañana de septiembre, cuando triunfó la revolución, fue superior a cuantas me depararon después honras y nombramientos cuya esencial virtud, por lo demás, fue la de ser reverberaciones o reflejos de aquella gloria. Creí en la revolución cuando ésta no era otra cosa que una esperanza, sigo prestándole mi fe, ahora que es una realidad victoriosa.[56]

Lo que estaba en el centro del debate era la confianza en la revolución y en la capacidad de los líderes militares de llevar a buen término la transición. Mientras que Borges creía incondicionalmente en el ejército, Martínez Estrada junto con otros intelectuales comenzaron a expresar sus reservas frente al gobierno. Desde las páginas de su periódico, Barletta –tomando el lado de Martínez Estrada– aclaró los términos del debate en un contencioso editorial:[57]

> Nosotros lucharemos junto a los actuales hombres de gobierno para que sea imposible el retorno a una época humillante, pero también para que no se vean obligados a crear una nueva dictadura militar que les haga faltar a la palabra empeñada. Nuestras diferencias son claras: no estamos absolutamente de acuerdo con una democracia en la que el respeto se imponga con la policía. El gobierno, en cambio, a pesar de sus públicas declaraciones, y de algunas medidas de indudable importancia que han dado esperanzas a la ciudadanía, persiste en mantener las raíces del Estado policial y sus arbitrariedades [...] Si no se busca la unión, si se exacerba el

55. Citado por J.L. Borges, "Una efusión de Ezequiel Martínez Estrada", *Sur*, N° 242, 1956.

56. Ibídem.

57. Había lazos de amistad muy fuertes entre Martínez Estrada y Barletta, quien fue una de sus habituales visitas durante la convalecencia que vivió el primero bajo el peronismo. Véase P. Orgambide, *Un puritano en el burdel*, Buenos Aires, Ameghino, 1997.

espíritu de revancha o resentimiento que nos separa, el clima de guerra civil echará sus sombras de tragedia sobre nuestra castigada Nación. ¿Quien podría llamarse victorioso de una guerra entre hermanos?[58]

Las diferencias entre las posiciones de Borges y Barletta no tenían que ver con los objetivos expuestos por el nuevo gobierno con relación al pasado reciente, al menos los de máxima, sino con sus tácticas y procedimientos. Ambos participaban de un acuerdo esencial: el de la necesidad de desperonizar el país, de borrar todo vestigio del régimen anterior. Lo que separaba sus visiones eran los métodos utilizados por Aramburu. A fines de ese año tan lleno de ácidas disputas como fue 1956, un artículo del joven poeta Jorge Paita en *Sur* mostró que la visión de Borges sobre la gestión de Aramburu no era compartida por todos los colaboradores de la publicación y que la preocupación por este tema alcanzaba a otras figuras del campo. Apoyando expresamente a Martínez Estrada, Paita señalaba las limitaciones del nuevo gobierno. El "hecho heroico de haber desalojado a Perón por las armas configura una rebelión, una gesta libertadora cuya gloria nadie piensa menoscabar. Pero no es por sí una revolución", afirmaba Paita. Faltaba todavía "el reordenamiento jurídico a que Martínez Estrada aludía". Al mismo tiempo, Paita subrayaba la necesidad de una política integradora y respetuosa de las libertades de todos:

Hay que entender, de una buena vez, que una democracia vive en función de las oposiciones, no de los oficialismos. No era libertad, ayer, la de poder vivar hasta desgañitarse a Perón; no lo sería hoy la que sólo nos permitiera elogiar los actos de gobierno [...] Por otra parte, para vivir en libertad, no basta, aunque es imprescindible, que el gobierno se abstenga de ejercer coacciones. Deberíamos empezar nosotros a no escandalizarnos de la libertad ajena [...] Sería bueno salir por fin de este juego de "o gobernamos nosotros o gobiernan ellos". Sería bueno que gobernáramos alguna vez para todos.[59]

Todas estas opiniones revelaban que en 1956 el antiperonismo había dejado de ser una posición capaz de aglutinar a los intelectua-

58. L. Barletta, "Nunca hacia atrás", *Propósitos,* 10 de julio de 1956.

59. J. Paita, "Nuestra actualidad pública", *Sur*, N° 243, 1956.

les. Por el contrario, se había convertido en un tema de discrepancia, aun cuando todavía no se había emprendido una verdadera reevaluación de la experiencia peronista.[60] Paita resumió el debate en una preocupación: si "el antiperonismo en tiempos de Perón [había sido] la única posibilidad de decencia", el temor era que "ahora sin Perón, [pudiese] derivar en un peronismo al revés".[61]

Los cimbronazos de esta querella terminaron con el clima festivo que había sido dominante en la SADE en los días posteriores a la caída del peronismo. El conflicto explotó en julio de 1956, cuando la asociación se aprestaba a organizar el cuarto congreso de escritores.[62] La controversia se suscitó ante la decisión de demandar ayuda oficial para solventar el evento. Varios intelectuales se opusieron al apoyo estatal porque juzgaban que este último comprometería la libertad de expresión del congreso. Enrique Anderson Imbert afirmaba al respecto que "pidiendo ayuda al gobierno [el] congreso nacería con un pecado original insalvable".[63] La polémica sugería la desconfianza que generaba en algunos intelectuales la gestión de Aramburu. Del otro lado de Anderson Imbert se posicionaban los escritores que, en sintonía con lo dicho por Borges, expresaban un apoyo incondicional al gobierno. En el contexto de esta discusión, Vicente Barbieri, presidente de SADE en ese entonces, afirmó que "con lo que había hecho la Revolución Libertadora se había ganado ampliamente la confianza de los escritores" y que por esto no veía inconvenientes en que el Estado financiase el congreso.[64] El desenlace de esta discusión fue emblemático de la ruptura del consenso en una institución otrora unida en su posición antiperonista. El congreso de escritores fue pospuesto indefinidamente porque se consideró que los tiempos no eran propicios para el debate. Este hecho motivó, a principios de 1957, la renuncia de José Luis Romero, quien ejercía de presidente luego de la muerte de Barbieri un año antes. En su nota de renun-

60. La aprehensión que generaban las políticas represivas de la Libertadora convivía con una preocupación más pedestre: el llamado a elecciones. Como su predecesor, Aramburu había prometido que su gestión sería temporaria y permanecería en su cargo hasta completar la desperonización y el país estuviese listo para elegir un gobernante civil. A fines de 1956, varias voces expresaron su preocupación porque el gobierno no había llamado a elecciones para 1957, como lo había estipulado.

61. J. Paita, "Nuestra actualidad pública".

62. Vale recordar que bajo el peronismo no se organizaron congresos de escritores.

63. Otro de los intelectuales que expresaba rechazo a la ayuda era González Lanuza. SADE, acta N° 583, 23 de julio de 1956.

64. Ibídem.

cia, el historiador adjudicó a la resistencia a debatir su voluntad de alejarse de la institución mientras que alertaba sobre los potenciales efectos de evadir la discusión:

> En cuanto al fondo del asunto, debo manifestar que deseaba vivamente la realización del Congreso. Hubiera habido opiniones encontradas, sin duda, y también coincidencias, y finalmente clara dilucidación de todas. Éste es un momento oportuno para esta clase de debates, porque nada urge tanto como saber qué piensa el país. Confieso que no puedo entender qué temores mueven a los que prefieren la falsa inmortalidad al libre coloquio, pero es el momento de abandonar la presidencia de la SADE, *y me siento en el deber de llamar la atención a los escritores que se autolimitan en el uso de la libertad de expresión con argumentos demasiado prudentes invitándolos a reflexionar sobre si no han sido y son renunciamientos de esa índole que luego justifican las limitaciones autoritarias que nos imponen las dictaduras.*[65]

Para ese entonces no había dudas sobre a qué se refería Romero cuando mencionaba la autolimitación de los escritores. La autocensura, otra vez el silencio, la moderación en el tono de las críticas, pero ahora por otras causas, no sólo era aceptada por varios intelectuales sino recomendada.[66] El signo más evidente del apoyo a esta posición puede leerse en una declaración pública firmada por más de sesenta escritores en septiembre de 1956, entre cuyos firmantes estaban Borges, Victoria Ocampo y Manuel Mújica Láinez. Ésta sostenía que el apoyo incondicional a Aramburu era oportuno y necesario, en pos de preservar un orden amenazado. Por contrapartida, se juzgaba a la crítica como entorpecedora y a quienes la enunciaban como enemigos de la revolución.

> Ante la persistente campaña de sospecha y de acusaciones que en estos días trata de agitar a la opinión publica, los escritores que firman esta nota reiteran su plena confianza en el gobierno de la Revolución Libertadora. Entendemos que los hombres de este gobierno prosiguen juiciosamente, en la paz, la obra iniciada con las armas en septiembre de 1955, y van encaminando la patria hacia un porvenir sereno y honroso. *Juzgar y censurar la cosa pública es un derecho inalienable al que renunciamos, pero no podemos olvidar que el país sale de una zona de infamia y que nuestra discordia favorecería fatalmente a los opresores de ayer. Por eso nos vemos obligados a condenar a quienes perturban el afianzamiento de la Revolución.*[67]

65. J.L. Romero, "Renunció el vicepresidente de la SADE", *La Nación*, 5 de mayo de 1957. Algunos miembros de la SADE renunciaron en solidaridad.

66. Para ese entonces Romero ya había renunciado a su cargo de interventor en la Universidad de Buenos Aires en ocasión del debate sobre las universidades privadas. Sobre esta experiencia de Romero véase O. Acha, *La trama*, pp. 50-52.

Al mismo tiempo que se daba esta discusión, la aparición del ensayo de Ernesto Sábato, *El otro rostro del peronismo. Carta abierta a Mario Amadeo*, mostró a través de sus repercusiones que el debate sobre la Libertadora y sobre la política desperonizadora dividía cada vez más a la comunidad intelectual. En sus argumentos centrales el trabajo de Sábato no se apartaba demasiado de varios de los comentarios reproducidos en el número 237 de *Sur*.[68] El ensayo de Sábato, de sesenta páginas, escrito como si fuese una carta para responder al libro del autor nacionalista Mario Amadeo *Ayer, hoy y mañana*, retoma varios de los interrogantes y los temas que ya habían sido expuestos antes. Sábato no atribuye ninguna legitimidad democrática al peronismo, afirmando que éste terminó en "la tiranía más execrable, en la megalomanía y en la corrupción, en el peculado y en la amoralidad".[69] El escritor tampoco tuvo reparos en relacionar a Perón con el nazismo, pues aquél no sólo era "un entusiasta epígono de la doctrina nazi y de sus métodos" sino también un agente alemán.[70] Al igual que Martínez Estrada, Sábato reconocía la autenticidad de las demandas de los obreros y explicaba su adhesión a este fenómeno como "una justificada ansia de justicia y reconocimiento".[71] Este argumento le servía para diagnosticar el fracaso del sistema

67. "Los escritores declaran su fe en la revolución", *La Nación*, 24 de septiembre de 1956, mi subrayado. Para una lectura cínica de esta declaración, véase la nota de Barletta firmada con el seudónimo José Ariel López, "Los incondicionales", *Propósitos*, 2 de octubre de 1956.

68. Esto explica por qué el texto de Sábato también fue criticado por el intelectual peronista Arturo Jauretche como prueba del ánimo antipopular de las clases cultas argentinas. En ediciones posteriores, Sábato suprimió la apreciación de que el resentimiento movilizaba a las masas peronistas. Véase A. Jauretche, *Los profetas del odio*, pp. 14-21.

69. E. Sábato, *El otro rostro del peronismo. Carta abierta a Mario Amadeo*, Buenos Aires, Imprenta López, 1956, p. 26.

70. Ídem, p. 22.

71. Ídem, p. 43.

político y reprobar la distancia que históricamente había separado a las elites del pueblo. Repitiendo una frase que había incluido en la nota que había escrito para el número 237 de *Sur,* Sábato subrayaba la responsabilidad colectiva del peronismo:

> Cada nación tiene también el rostro inmanente que se merece, pues todos somos culpables de todo y en cada argentino había y hay un fragmento de Perón.[72]

Preocupado por el futuro, Sábato dedicó una sección entera de su ensayo a discutir los medios necesarios para llegar a una situación de "conciliación nacional".[73] La perspectiva del escritor sobre este punto tampoco se distanciaba de argumentos que habían sido esgrimidos antes, al alertar sobre la urgencia de atender las demandas de los peronistas y la necesidad de incluir al pueblo en el proyecto nacional. Era en esta sección donde Sábato introducía un elemento innovador; incorporaba una serie de propuestas que constituían una clara respuesta a las políticas represivas del gobierno de Aramburu: demandaba el fin de las intervenciones en los sindicatos, el ataque a las libertades públicas y todo tipo de persecución o acto violento ejercido en nombre de la revolución a la vez que concluía que sólo el ejercicio libre del sufragio completaría la "obra de reconciliación nacional". De no atenderse esta agenda, se ahondarían las divisiones que aquejaban al país.[74] A pesar del acento que el trabajo ponía sobre la legitimidad de las demandas de las masas peronistas, la carta a Amadeo no constituía una lectura ni condescendiente ni positiva sobre el peronismo. No cuestionaba la necesidad de desperonizar a las masas cuya movilización era adjudicaba al "resentimiento", y advertía del peligro de la "doctrina neoperonista" que postulaba que lo único que contaba era el pueblo. Esto último era para Sábato no sólo "cuantitativamente falso [sino también], cualitativamente ruin, demagógico y peligroso".[75] En las páginas finales del texto, tituladas "Respeto por el antiperonista", Sábato era aun más enfático en este punto:

> Quiero decir que si es bueno y generoso pedir largues de espíritu para los peronistas, no es mucho exigir que los

72. E. Sábato, *El otro rostro*, p. 34.

73. Ídem, p. 47

74. Ídem, p. 61.

75. Ídem, p. 55.

> que hemos sufrido una década de infamia, de persecución y de cárcel seamos por lo menos considerados respetuosamente.[76]

Si bien había poco de nuevo en el escrito de Sábato, más allá de algunas recomendaciones coyunturales, el libro generó una ácida polémica con Borges. La disputa otra vez fue pública y en voz alta. Sábato explicó en la revista *Ficción* el enojo de Borges con él y con Martínez Estrada por su falta de "grandeza espiritual para comprender y aceptar que todos somos culpables [del peronismo] y que buena parte de la verdad histórica estaba con aquellas oscuras y desamparadas masas que se levantaron".[77] Para Borges, las palabras de Sábato tenían la intención de "lograr el favor de un electorado que suponen muy numeroso".[78] El interrogante que nos suscita esta polémica es el mismo que nos deparaba la querella con Martínez Estrada: ¿por qué Borges reaccionó de esa forma a tesis que ya habían sido ventiladas previamente? En concreto, ¿por qué no se escandalizó con lo dicho por Sábato cuando éste escribió su artículo para *Sur* en 1955? ¿Por qué no se expresó en esa ocasión contra Carlos Peralta, por ejemplo, quien había afirmado que la sociedad en su totalidad era responsable del peronismo? Nuevamente, la polémica tiene que ver principalmente con el curso de la Revolución Libertadora cuyo devenir provocó nuevos alineamientos y rupturas en el campo intelectual y obligó a definirse más concretamente sobre aquello que se entendía como desperonizar. Además, el comentario de Borges sobre el electorado no era casual. En el contexto en que se daban estas polémicas, ya eran audibles las críticas del líder de la fracción opositora de la UCR al gobierno, Arturo Frondizi. Especialmente desde lo sucedido en la rebelión de Juan José Valle, y al calor de las políticas represivas, los hombres de la UCR Intransigente liderada por Frondizi se habían volcado a la oposición en contra de la persecución de los peronistas, incluso cuando no renegaran de su antiperonismo. Esta defensa conllevaba el nunca del todo explicitado objetivo de atraer bajo su órbita el voto peronista. Si bien no es evidente que con sus dichos Sábato buscase ya a esta altura apoyar directamente el proyecto de integración de los peronistas de

76. Ídem, p. 54.

77. E. Sábato, "Una efusión de Jorge Luis Borges", *Ficción*, Nº 4, 1956, en E. Sábato, *Claves políticas*, Buenos Aires, Rodolfo Alonso, 1971.

78. J.L. Borges, "Un curioso método", *Ficción*, marzo de 1957.

Frondizi, ni tampoco hay indicios para sostener que los tiempos de la disputa en el campo intelectual reproducían fielmente los tiempos y los argumentos de las disputas del campo político, Borges leía en esas declaraciones un evidente apoyo al plan de Frondizi. Claramente estas razones también se entrelazaban con inquinas personales y con una disputa por el poder en el campo intelectual. En relación con este último punto, Carlos Altamirano sostiene que el debate sobre el peronismo le ofreció a Sábato una "oportunidad de reunir, en una misma interpretación, el cuestionamiento político con el cuestionamiento literario". En sus diatribas contra Borges, Sábato buscaba también impugnar la literatura de su oponente como el producto de un escritor aristocrático cuyo contenido y estilo eran tan reaccionarios como sus posiciones políticas.[79]

Como ya mencionamos, en 1955 el gobierno militar nombró a Sábato director de la revista *Mundo Argentino*, una publicación que había sido usada por Perón para publicitar los logros de su régimen, por lo que Sábato tenía ante sí el desafío de desperonizar el contenido de la revista.[80] En un acto de evidente osadía, éste usó las páginas de la publicación para criticar al gobierno militar. En agosto de 1956, publicó un detallado artículo titulado "Para que termine la interminable historia de las torturas", en el cual denunciaba al régimen por instalar un régimen "de terror" perpetuando la tortura y persiguiendo a los peronistas.[81] Inmediatamente luego de aparecido este texto, Sábato fue obligado a renunciar. Según la propia reconstrucción del autor de *Sobre héroes y tumbas*, el interventor de la revista, el coronel Merediz, lo había prevenido de que debía morigerar sus intervenciones si deseaba permanecer en el cargo. Ante aquella demanda Sábato había reiterado su compromiso con la revolución, insistiendo no obstante en su "desacuerdo sobre la forma de hacerlo" y su renuencia a moderar sus declaraciones.[82] El alejamiento de Sábato de *Mundo Argentino* dividió al campo intelectual incrementando las sospechas de aquellos intelectuales que miraban con recelo el

79. Véase C. Altamirano, *Peronismo*, pp. 39-48.

80. Sobre la experiencia de Sábato en *Mundo Argentino*, véase C. Ulanovky, *Paren las rotativas. Una historia de grandes diarios, revistas y periodistas argentinos*, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1997, p. 112; J. Constela, *Sábato, el hombre. Una biografía*, Buenos Aires, Seix Barral, 1997, pp. 153-158.

81. E. Sábato, "Para que termine la interminable historia de las torturas", *Mundo Argentino*, 22 de agosto de 1956.

82. E. Sábato, *El caso Sábato. Torturas y libertad de prensa*, Buenos Aires, Centro de Estudios para la Cultura de Izquierdas en la Argentina, s/d.

curso de la llamada Revolución Libertadora. En solidaridad con él se retiraron la mayoría de los colaboradores de la publicación, quienes expresaban así "su decisión de mantener y exigir la verdadera existencia de tal libertad de pensamiento y prensa".[83]

Las repercusiones de este episodio no sólo mostraron las diferencias que progresivamente separaban a los literatos locales, sino que sobrepasaron ampliamente las fronteras del campo, mostrando la fluidez que en ese entonces dominaba las relaciones entre el campo intelectual y el campo político. Un día después de que Sábato dejase la revista, el 24 de agosto de 1956, el escritor participó junto con la comisión directiva de ASCUA de un programa en Radio del Estado para hablar de un congreso de federalismo que organizaba la institución. Sábato usó esa tribuna para denunciar una vez más las torturas perpetradas por el gobierno a militantes peronistas.[84] Por motivo de esas declaraciones, el ministro del Interior Jorge Landaburu invitó al escritor a una reunión donde le garantizó el compromiso oficial del gobierno de investigar las denuncias y castigar a sus culpables dado que era, según el ministro, un "atributo fundamental de la Revolución Libertadora el respeto por la inviolabilidad de los fueros humanos".[85] Sus colegas intelectuales no trataron a Sábato con la misma deferencia que el ministro. Por el contrario, en virtud de lo dicho y actuado en esa emisión de Radio del Estado, decidieron desvincular al escritor de ASCUA alegando que no les había informado previamente del contenido de sus declaraciones radiofónicas.[86] En un comunicado reproducido por la prensa la asociación justificaba la medida en los siguientes términos:

> La actitud del señor Sábato procediendo a título puramente individual en un acto de tal naturaleza, implica desconocer el principio básico de toda asociación, la que de este modo se anarquiza y se anula. Si el propósito de las manifestaciones vertidas por el aludido miembro era denunciar supuestos hechos lesivos de los fueros de la persona humana, tenía el deber elemental de poner previamente en conocimiento de la institución los antecedentes del caso. Por otra parte la actitud extemporánea del señor Sábato se apartó por completo de las bases con que se tramitó la audición ante las

83. E. Da Mommio, "Fuera del orden del día", *Propósitos*, 11 de septiembre de 1956.

84. Véanse las declaraciones de Sábato reproducidas en J. Constela, *Sábato*, p. 153.

85. "El caso Sábato", *La Nación*, 26 de agosto de 1956.

86. *Boletín de ASCUA*, septiembre de 1956.

autoridades de Radio del Estado y con el director y organizador de programa.[87]

Evidentemente, para ASCUA, las críticas proferidas por Sábato eran inaceptables. En este contexto esos sesenta escritores mencionados anteriormente lanzaron su manifiesto de apoyo incondicional al gobierno. Esto implicaba que dichos intelectuales justificaban las violaciones de los derechos humanos en nombre de un orden político supuestamente amenazado y significaba que cualquier método era aceptado si se creía que conducía a la tan ansiada desperonización. Es preciso recordar que este proceder se originaba en una institución que había sido formada expresamente para defender la libertad. Sábato rechazó la sanción de ASCUA y presentó su propia renuncia describiendo el castigo de que había sido objeto: "Un gravísimo desconcepto respecto de la libertad de expresión y de los propios fines de ASCUA, asociación que, entre otras cosas, afirmaba estar constituida para defender los fueros inalienables de la persona y la libertad de expresión". Concluía que "la resolución de diez años de totalitarismo [habían creado] una mentalidad totalitaria hasta en personas que [afirmaban] ser antitotalitarias".[88] Apoyándose en argumentos similares y sin esconder sus discrepancias con sus colegas antiperonistas, el escritor también se retiró de la Asociación Argentina para la Libertad de la Cultura. La institución, fundada en diciembre de 1955, constituía la sucursal local del Congreso de la Libertad de la Cultura creado por la comunidad intelectual internacional en Berlín en 1950 como una reacción a la experiencia totalitaria en Europa. Sábato había sido uno de los miembros fundadores de la subsidiaria local y esperaba por lo tanto un gesto contra la sanción que le había proferido ASCUA.[89] Tal gesto no se materializó; por el contrario, el Congreso avaló tácitamente lo hecho por ASCUA designando a Erro (presidente de ASCUA) como representante del Congreso en una conferencia internacional a realizarse en México e invitando al secretario de ASCUA, Francisco Romero, a deliberar sobre la libertad de la cultura.[90]

Después de que Sábato fuese desplazado de ASCUA, envió una carta abierta al presidente de la nación. Pese a que la comunicación fue

87. *La Nación*, 26 de agosto de 1956.

88. "Documento 6", en *El caso Sábato*.

89. Véase *Biblioteca de la Libertad*, N° 1, Asociación Argentina para la Libertad de la Cultura.

90. Ernesto Sábato, carta a Roberto Giusti, *Propósitos*, 23 de octubre de 1956.

remitida a todos los diarios, ésta fue sólo publicada por el periódico *Democracia* y finalmente llegó a las manos de Aramburu. La misiva exponía la preocupación del escritor ante las medidas que atentaban contra la libertad de expresión y era particularmente específica en lo que concernía a aquello que lo distanciaba de la Libertadora:

> Todavía hay fe en usted y en algunos de los hombres que se jugaron la vida en la revolución, pero es menester que pronto urgentemente, valerosamente, esos pocos hombres que aún tienen crédito moral den al pueblo de la república una muestra inequívoca de comprensión de la gravísima crisis abatiendo todos los obstáculos que interesadamente se han ido levantando a su alrededor [...] Esa ansiedad que podría sintetizarse en muy pocas palabras: *libertad, prescindencia genuina en los pleitos partidarios, justicia social y generosidad por los vencidos que no sean delincuentes. Éstas son las palabras que usted, señor presidente, debería escuchar. Y no la de esos paradojales consejeros que en nombre de la democracia quieren impedir elecciones libres, y en nombre de la libertad recomiendan un nuevo despotismo.*[91]

Nuevamente Sábato reiteraba que con sus críticas no cuestionaba "la revolución" sino su curso posterior que la ponía al borde del fracaso y podía deslegitimar las "razones éticas" que la habían motivado. Sábato hacía expreso "su temor de que [estuviesen] ya sobre la pendiente de un nuevo y terrible desengaño, y de que aquellos valores éticos que [habían justificado] la cruenta revolución [estuviesen] a punto de malograrse por la borda".[92] Finalmente Aramburu se reunió con el escritor el 11 de septiembre de 1956 y consensuaron una serie de medidas en pos de garantizar el respeto por los derechos humanos y la libertad de expresión.[93] Para desilusión de Sábato, no hubo cambios visibles en la política oficial.[94]

91. "Documento 8", en *El caso Sábato*, mi subrayado.

92. Ibídem.

93. Sábato demandó el fin de la censura a la prensa, la libertad de los presos políticos y la normalización de la actividad sindical.

94. Como mencionamos antes, al mismo tiempo que se producía este debate en el campo intelectual, los sectores intransigentes de la UCR junto con el Partido Comunista y ciertos sectores del espectro conservador y el nacionalista se fueron volcando progresivamente hacia la oposición impugnando la política de desperonización encarada por el gobierno. El gobierno continuó a lo largo de 1956 sin definir una fecha para las elecciones generales. En su lugar, llamó a una convocatoria para escoger

En esta saga de acusaciones y renuncias Sábato no hacía más que alejarse de los espacios por donde circulaban las figuras más notables de la inteligencia local. No obstante, no estaba solo en su cruzada contra el antiperonismo virulento. Miembros de las generaciones más jóvenes junto con algunos intelectuales de izquierda comenzaron a posicionarse públicamente en contra de la visión sostenida por Borges de la Libertadora.[95] En virtud de sus dichos y acciones Sábato se aproximaba a los representantes de las jóvenes generaciones, quienes ya habían hecho explícita la distancia que los separaba del antiperonismo de sus mayores. En ese contexto, nuevas voces o figuras, algunas cercanas al grupo *Contorno*, comenzaron a ganar tanto autoridad como relevancia en el país, al menos entre los sectores estudiantiles y en aquellos próximos al peronismo. Sábato se convirtió en un aliado de facto de estos círculos, en tanto ambos se distanciaban de la experiencia de la Revolución Libertadora. El hecho de que varios escritores comenzaran a enunciar su conformidad con Sábato puede ser leído como un síntoma de su creciente popularidad. Esto fue evidente cuando el grupo de colaboradores de *Mundo Argentino* en pleno renunció a la revista luego de su alejamiento. Una nota posterior aparecida en *La Nación* sugería que la solidaridad con Sábato expresaba un apoyo no sólo a su persona sino a su posición:

> Como escritores y ciudadanos de un país que acaba de salir de una dictadura cuyos procedimientos no pueden ser revalidados, expresan su solidaridad con la actitud de denuncia asumida por Ernesto Sábato y manifiestan su firme decisión de reclamar públicamente contra esos atentados a la integridad humana, que afectan a la ciudadanía misma y el repudio por toda medida que suponga un acto –efectivo o de prevención– contra la libertad de imprenta y la dignidad del escritor.[96]

En marzo de 1957, tan sólo unos meses después de que el conflicto con Borges tuviera lugar, podemos encontrar a Sábato firmando un manifiesto demandando el retorno a la democracia con importantes voces de la nueva generación como David Viñas o Noé Jitrik.[97]

representantes para una asamblea constitucional que fue vista por los sectores del antiperonismo críticos del gobierno como una forma de evadir una participación más amplia, ante el temor de la forma en que se comportarían los peronistas. Recién a finales de 1957 se definió la fecha del próximo proceso electoral para febrero de 1958. La competencia del partido peronista fue prohibida en las elecciones.

95. Las tendencias anticomunistas del gobierno aceleraron el divorcio entre éste y la izquierda.

96. *La Nación*, 9 de septiembre de 1956.

Si nos abstenemos de observar la deriva posterior de Sábato hacia el frondicismo tal vez quede más claro qué era aquello que lo separaba *en ese momento* de sus colegas de ASCUA. Sábato no se posicionaba en contra de la Libertadora, no cuestionaba la pertinencia del golpe, ni siquiera reprobaba completamente a Aramburu. El consenso dentro del campo se fracturó porque Sábato se opuso a la posición de sus colegas antiperonistas, quienes articularon públicamente una defensa sin reservas del gobierno que violaba las mismas reglas que habían motivado su creación. Sus denuncias, como afirmó, fueron recibidas "como inoportunas y enemigas de la revolución" por sus colegas. En el caso específico de Borges, Sábato aclaró la disputa en los siguientes términos:

> Mientras que para mí el repudio del tormento físico debe ser un imperativo categórico, para él es apenas un imperativo hipotético. Dicho en términos menos filosóficos, hay que distinguir entre torturadores totalitarios y torturadores democráticos, entre tormentos oportunos e inoportunos. Cardoso es un mal torturador, un torturador perverso, como quien dice.[98] Los otros son encantadores muchachos que luchan por la instauración de un régimen que respete los fueros humanos.[99]

Pero como el mismo Sábato se encargó de destacar, incluso cuando los peronistas sufrían ataques, esto no implicaba "que [entonces se debiese] glorificar el régimen que tenía a los hermanos Cardoso".[100]

97. E. Sábato, L. Barletta, N. Jitrik, L. Rozitchner, D. Viñas *et al.*, "Exigen plena democracia", *Propósitos*, 12 de marzo de 1957.

98. Cardoso era el jefe de policía responsable de encarcelar y torturar militantes antiperonistas.

99. E. Sábato, "Sobre el método histórico de Jorge Luis Borges", *Ficción*, N° 7, 1957. Para una reconstrucción posterior de esta disputa, véase "Para Ernesto Sábato las declaraciones de Jorge Luis Borges sobre el peronismo son agraviantes para el pueblo", *La Opinión*, 3 de junio de 1971, p. 23.

100. E. Sábato, "Planteos éticos o defensa de la soberanía económica", *¿Qué?*, 1 de octubre de 1959.

Conclusión

El recorrido por el campo intelectual discutido muestra que éste fue profundamente afectado por el fin del régimen peronista y por la evolución del gobierno provisional. Al ocaso del régimen le siguió la necesidad de hablar, abandonar la cautela, dejar atrás los ademanes de la resistencia silenciosa para discutir, gritar en voz alta y con nombre propio aquello que los intelectuales habían callado en los años previos. Una vez que se abrió el debate, quedaron al descubierto las diferencias que dividían a quienes poco antes había estado unidos por el unánime rechazo al peronismo. Los desafíos de la Argentina posterior a Perón implicaban no sólo interrogantes nuevos sino perspectivas y posiciones encontradas sobre el futuro. Esto último sumió a importantes figuras del campo en una disputa visceral cuyos ecos provocaron alianzas y quiebres. Las ondas expansivas de esas batallas se extendieron más allá de los límites "geográficos" del campo intelectual. Tales disputas no dejan de tener algo de sorprendente. Si el consenso contra Perón era tan fuerte, ¿cómo es que el antiperonismo se convirtió muy poco después de 1955 en una categoría tan divisoria? La historiografía señala las distintas interpretaciones como las causantes de la disputa. Según Oscar Terán, fueron las mismas posiciones de Sábato y Martínez Estrada, por el prestigio de sus figuras, las que "fisuraron [el] frente macizamente antiperonista". La estrategia de Sábato de "separar al peronismo como acontecimiento social respecto de las características de su jefe [...] y exculpar a las masas que lo secundaron",[101] junto con el esfuerzo emprendido por Martínez Estrada en la misma dirección, bastaron, según Terán, para romper el consenso antiperonista porque "abrían la necesidad de rever todo ese pasado inmediato que con tanto afán [los intelectuales habían] combatido".[102] La perspectiva aquí adoptada es que esos argumentos no eran totalmente novedosos en el campo intelectual cuando fueron proferidos por Sábato y Martínez Estrada. Las diferencias se referían a los métodos utilizados pero no a la pertinencia o la necesidad de "desperonizar". Las batallas retóricas entre los intelectuales adquirieron un efecto disruptivo porque se conjugaron con la brutalidad de la Revolución Libertadora. Es decir que fueron las políticas del propio gobierno provisional las que terminaron por dividir al campo

101. O. Terán, *Nuestros años sesentas*, p. 42.

102. O. Terán, *En busca de la ideología*, p. 223.

intelectual. Sin lugar a dudas, éstas se superpusieron a inquinas y rivalidades personales como el mencionado tema de las diferencias literarias entre Borges y Sábato. A esto se sumaba que el antiperonismo era una posición vaga, definida no por consensos programáticos sino por el rechazo, y donde la solidaridad grupal aconsejaba eludir debates que pudieran comprometer la lealtad a la causa. Era de esperar que para la alianza antiperonista fuera difícil procesar las discrepancias y que los desacuerdos se amplificaran.

Observada con relación al futuro, desde el mirador privilegiado que nos provee la perspectiva histórica, estas querellas adquieren un significado sumamente relevante en lo que atañe al devenir de la vida intelectual. Aquellos que se distanciaron de la ofensiva antiperonista llevada adelante por el gobierno de Aramburu –incluso cuando se reivindicasen como antiperonistas– abrieron las puertas y muchas veces emprendieron ellos mismos una reevaluación crítica de la tradición liberal local y luego del peronismo. La represión ejercida por el gobierno y la defensa que de ella hacía un grupo de intelectuales era juzgada como una prueba de la naturaleza elitista del liberalismo argentino, ya que con el fin de defender valores asociados a esta ideología y erradicar el peronismo se atacaba al pueblo apelando a soluciones y tácticas autoritarias. En este registro, uno de los reproches que en ese momento se volvió más audible –aunque no siempre articulado de la misma forma– fue el que recriminaba a la intelectualidad el hiato que la separaba del pueblo. El argumento implicaba abrazar la propuesta de que el lugar del intelectual estaba con las masas. Es por todo esto que el fin del consenso antiperonista dentro de las filas intelectuales puede ser comprendido como el fin de la hegemonía del liberalismo en ese medio que, como dijimos en el capítulo 4, había resurgido como ideología de consenso durante la gestión de Perón.

José Aricó resumió los cambios que se produjeron en la inteligencia argentina como un doble proceso de "«nacionalización» intelectual y política de izquierda argentina y de progresiva pérdida de nervadura democrática en un liberalismo siempre más proclive a buscar soluciones autoritarias".[103] El modelo de intelectual defensor

103. J. Aricó, *La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina*, Buenos Aires, Puntosur, 1988, pp. 178-179. El fin de la dicotomía entre peronistas y antiperonistas no fue la única causa de los realineamientos que se produjeron en esos años en la izquierda argentina. Fenómenos como el endurecimiento de la Unión Soviética, la Revolución Cultural en China y la descolonización de África también tuvieron repercusiones en el mundo de la izquierda local. Véase M. Plotkin,

de los grandes valores de la civilización, la cultura y la democracia, que tan importante había sido desde las luchas antifascistas de los 30, perdía vigencia. Es decir, dejaba de ser un ideal para los jóvenes escritores. Muy poco después, los debates abiertos por la Revolución Cubana y su repercusión en el campo intelectual local terminaron por desplazar la preeminencia de ese tipo de figura intelectual. Asimismo, si en 1956 las intervenciones de los desilusionados con el curso de la Revolución Libertadora no implicaban una relectura de la experiencia peronista, en retrospectiva, pueden ser vistas como los primeros pasos hacia la reinterpretación positiva del fenómeno que llevaría a gran parte de la joven inteligencia argentina a su radicalización en las décadas siguientes.

Es posible afirmar que fueron esas mismas credenciales democráticas y antiperonistas, que los intelectuales levantaron en los días posteriores a la Revolución Libertadora, las que terminaron por socavar las bases de su legitimidad, en tanto en nombre de ellas aceptaron procedimientos antidemocráticos. Por todo esto, es claro que los años inmediatamente posteriores a la caída del peronismo constituyeron en muchos sentidos una bisagra para el campo intelectual tanto en términos ideológicos como en relación con sus mecanismos de funcionamiento. La caída del peronismo cerró y abrió al mismo tiempo un ciclo. De un medio dominado por el consenso y las medias palabras se pasó a otro donde lo que prevalecía eran las divisiones y el debate, y donde la política marcaba completamente el tono de la vida intelectual pero con una fluidez y una urgencia desconocidas hasta entonces. Los alineamientos se volvieron más confusos y progresivamente las divisiones etarias más importantes, a la vez que el apoliticismo fue abandonado como principio de identidad para el intelectual.

Buenos Aires, Sudamericana, 2003, pp. 255-264.

Epílogo

Hoy nadie discute que el peronismo marcó indeleblemente la sociedad argentina, ya que revolucionó de formas impensables previamente las relaciones sociales y transformó los vínculos entre el pueblo y el Estado. ¿Es esta descripción aplicable a los intelectuales? En cuanto a la relación entre el Estado y los intelectuales, fue poco lo que el peronismo modificó. Proyectos como los de la Subsecretaría de Cultura y el de la Junta de Intelectuales implican que Perón barajó en algún momento la posibilidad de integrarlos al Estado a través del patronazgo. No obstante, ni los ánimos ni las intenciones estatales fueron siempre congruentes –incluso varias de las iniciativas estaban imbuidas de objetivos incompatibles– y el fracaso del proyecto fue estrepitoso. Con el tiempo, los gestos más conciliadores fueron reemplazados por el hostigamiento. Esto último se explica por una combinación de factores. Por un lado, desdén: afianzado en el poder, Perón no necesitaba a los intelectuales; por otro, revanchismo: la censura es claramente una reacción al inflexible rechazo de la mayoría de los intelectuales al régimen y a la negativa que éste recibe frente a cada intento por incorporarlos a la revolución y, por último, es el resultado de un régimen que adquiere progresivamente rasgos más censuradores en todos los ámbitos y niveles de su accionar.[1] Esta situación implicó ciertas incomodidades pero no se tradujo en

1. Según Ezequiel Adamovsky, el obrerismo casi exclusivo del régimen fue una opción impulsada menos por la postura ideológica de Perón que por la recepción de las iniciativas que apuntaban a incorporar a otros sectores, como lo fue por ejemplo el caso de los sectores medios. E. Adamovsky, "El régimen peronista y la Confederación General de Profesionales: orígenes intelectuales e itinerario de un proyecto frustrado (1953-1955)", *Desarrollo Económico*, vol. 46, N° 2, 182, julio-septiembre de 2006, pp. 245-265.